

Holden Centeno

365 días con la chica de Los Planetas



En esta segunda parte de *La chica de Los Planetas*, Holden Centeno relata cómo ha reaccionado la chica a la publicación del libro, cómo ha evolucionado su relación, pero también habla de muchos otros temas fundamentales como el azar, la muerte la música o la literatura.

«Tengo heridas en las manos de no tocarte y de escribirte tanto».

Después de un año vuelvo para cerrar el círculo. 365 días, 8760 horas, muchos centenares de miles de minutos para contarte y solo unas cuántas páginas de papel. Tal vez sea imposible concentrar nuestra historia en unas hojas, pero es el único lugar en el que te encuentro siempre. Aquí está el punto y seguido que es también en nuestro caso el punto y final. La última gota de tinta que derramarán mis venas donde ahora me pregunto si realmente fuimos una gran casualidad, un azar inédito, está dentro de este libro. Ábrelo y después no hará falta que nos digamos nada.

365 días con la chica de Los Planetas es la cara B de la historia de Holden Centeno con la chica de Los Planetas. En estas páginas Holden vuelve a la transparencia narrativa de la primera parte de la historia y nos descubre paso a paso las emociones, sentimientos y vivencias que ha traído consigo la publicación de su historia de amor: el nacimiento del blog, la idea del libro, la publicación... Pero sobre todo cómo ella, a raíz de todo esto, ha vuelto a ser parte de su universo. O no.

«La gente cree que me merezco estar con ella pero no tienen razón. Eso es una chorrada. Nadie se merece nada cuando estamos hablando de personas. El que lucha por alguien, el que ama sin condición, lo hace sin esperar nada a cambio, porque si haces todos esos actos creyéndote el mejor y con derecho a alguna cosa, vas por muy mal camino. Las personas no se merecen. Conectan y punto. Viven, luchan, se matan y vuelven a vivir porque son capaces de quitarse esas balas que se han disparado mutuamente. Todos hemos disparado alguna vez contra otra persona sin razón alguna y luego hemos sido capaces de entregar las armas y curar las heridas».

Lectulandia

Holden Centeno

365 días con la chica de Los Planetas

ePub r1.0

Titivillus 05.12.2017

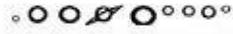
Título original: *365 días con la chica de Los Planetas*
Holden Centeno, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para

EL DISCURSO DE LA MUERTE Y LA
SUERTE PROPICIA.
CINCO RELATOS



«Si muero, no moriré del todo».

SALVADOR DALÍ

RAY

De pequeño me leí *La metamorfosis*, que no es lo mismo que *Las metamorfosis*, un libro que también me descubrí casi a la par. Este último, cuando me lo mandaron en Primero de Bachillerato en la asignatura de latín. Obviamente no lo leí en latín. Había una parte de la asignatura (una hora a la semana) que se llamaba Cultura Clásica, en la que nos enseñaban todo lo que tuviera que ver con la cultura romana. A mí me flipaba. Ya habíamos hecho una primera incursión en aquel mundo el año anterior, en 4.º de ESO, y habíamos leído, por ejemplo, sobre la guerra de Troya y sobre cómo el amor por una chica guapa que se llamaba Helena (así, con H) había desencadenado una batalla de cojones que había acabado con la destrucción absoluta de una ciudad en la que por aquella época todo el mundo quería vivir. Para que os hagáis una idea, era la Malasaña de entonces. Supongo que conocéis la historia: la guerra de Troya se cuenta en *La Eneida*, y, una vez leído el libro de Virgilio, nuestro profesor nos examinó. No era un examen complicado. Más bien consistía en una especie de comprensión lectora. Te hacían preguntas sobre el contenido del libro y tú básicamente contabas la batallita pero con tus palabras.

Me encanta leer desde pequeño, y además tengo facilidad para retener los detalles más pequeños y ridículos, en los que nadie habitualmente se fija, de cada libro que pasa por mis manos. Por ejemplo, cuando tenía diez años, nuestro profesor apareció un día en clase con diez folios para que los leyéramos cada uno por nuestra cuenta durante un tiempo limitado. Cuando llegó la hora, nos retiró los folios a todos y nos puso un examen sobre lo que acabábamos de leer. Todo el mundo se quejó y creo que yo también, pero cuando vi las preguntas, facilísimas, sobre detalles de la lectura, del tipo: «¿De qué color era el sombrero del mendigo?», me froté las manos y respondí a todas sin ningún problema mientras la clase entera resoplaba porque no tenía ni idea de por dónde empezar. Mis compañeros seguramente habrían sido capaces de contar lo que acababan de leer, pero no eran capaces de responder a esas preguntas menos generales. Creo que entonces me di cuenta de que soy una persona que se fija más en las tonterías y en los detalles que en el grueso de las historias. En aquella ocasión me interesó más el color del sombrero del mendigo que la moraleja final, y a día de hoy sigo pensando que ese tipo de detalles son los que nos definen, y también los que nos ayudan a conocer a una persona mejor que nadie. Pero, lo que es más importante, de ahí pueden surgir las cosas más grandes que os podáis imaginar.

El caso es que yo con diez años ya suspendía las matemáticas, de hecho suspendía prácticamente todo. No sé si es porque era gilipollas y el cerebro no me daba para

más o sencillamente porque era un vago de cojones. La gente a mi alrededor me decía que era más bien por lo segundo y yo creo que también, pero siempre he pensado (y no es por hacerme la víctima) que soy un poco corto y que me cuesta razonar las cosas más sencillas del mundo. Soy un negado por ejemplo para sumar, siempre lo he sido, y aún uso los dedos de las manos. Con el tiempo he aprendido que hay que hacerlo discretamente si no quieres que la gente se ría de ti, así que lo que hago es esconderlas de la vista de los demás y calcular entonces con los dedos, por ejemplo, la vuelta de la compra. Muy patético lo mío.

Suspender todo significaba en aquella época que los profesores te mirasen con ojos casi de odio y que para el resto de la clase valieses nada o muy poco. El mismo profesor que nos hizo el examen de las diez hojas de lectura había establecido que todos los alumnos de la clase de Matemáticas se sentaran en el aula en función de las notas de los exámenes. Nos tenía divididos en filas, y le había puesto una letra a cada una de ellas. La última era la B de burros. Yo estaba sentado junto a mi amigo Velao en la última mesa de aquella fila, es decir, éramos los más tontos de toda la clase de mates y aquello daba por hecho que para el resto de cosas también éramos idiotas. Uno a uno, todos los profesores acababan enterándose de por qué ocupábamos aquel puesto de honor. Entonces se reían y desde aquel momento me miraban distinto. Casi mal. Era horrible.

Velao en la actualidad es profesor y uno de esos profesores que son buenos, además de haber hecho infinidad de cosas grandes antes de serlo, y yo..., pues ya sabéis, ahora soy Holden Centeno, y ninguno de los dos tenemos ni una pizca de burros. Nunca os fieis de esa gente que cataloga, y sobre todo no estéis mucho tiempo a su lado. De todas formas, os aseguro una cosa, mejor que os pongan de burros a que os pongan de listos y que luego descubran que en realidad los burros son ellos. Ese día el profesor corrigió todos los exámenes allí mismo y yo fui el único de la clase que sacó un diez. Antes de decirme la nota, tuvo los cojones de preguntarme si había copiado alguna de las respuestas. En aquel momento yo pensé que el idiota era él por haber hecho un examen para tontos, y el resto de la clase por no haber sacado un diez en aquella birria de control.

Pero, volviendo a 4.º de ESO: en la última pregunta del examen de *La Eneida*, nuestro profesor de Cultura Clásica nos pidió que le contásemos qué era lo que más nos había llamado la atención del libro. Por lo visto todo el mundo contestó cosas sobre la guerra, el incendio, la destrucción de Troya, etcétera. Creo que yo fui el único pringado que dijo que lo que más me había impresionado había sido ver a Eneas, que, después de haber rescatado a su padre del fuego y de haberlo llevado a hombros hasta un lugar seguro, había tenido el valor de volver al caos de Troya para buscar a su mujer, Creúsa. Hinchado de dolor y tristeza, había gritado su nombre por cada rincón de Troya. Sin importarle el fuego, había entrado en los lugares más peligrosos para encontrarla. Si me llamó la atención aquella estampa fue porque deseé con todas mis fuerzas experimentar algún día un amor igual de grande, por el

que no me importara dar la vida, un amor por el que entrar en una casa devorada por el fuego y a punto de desplomarse.

Creo que *La Eneida* fue el primer libro que leí por obligación pero con gusto. Al año siguiente, el mismo profesor nos mandó leer *Las metamorfosis* de Ovidio. Y me impactó mucho. Es un libro que básicamente te explica el origen divino de las cosas, o al menos así lo entendí yo. La historia que más me impresionó fue la de Píramo y Tisbe. Yo era el raro de la clase; a la gente le flipaban las historias bélicas de aquellos libros y yo sin embargo me quedaba con las historias de amor y muerte. Píramo y Tisbe eran novios en secreto, puede que los primeros Romeo y Julieta de la historia. Shakespeare no inventó nada nuevo, no fue ningún visionario. Píramo y Tisbe eran vecinos, pared con pared literalmente, y no podían estar juntos porque sus padres se lo tenían prohibido, pero, a pesar de ello, se comunicaban a través de signos y miradas que pasaban desapercibidos a sus familias. A través de una grieta en la pared de la casa se enviaban palabras de amor y se contaban sus historias. Por esa misma grieta planearon su huida, pero todo salió mal. Tisbe, que llegó la primera al moral blanco en el que se habían dado cita la noche convenida, huyó del lugar asustada por una leona que volvía de cazar una presa. Y Píramo, que encontró el velo de su amada ensangrentado con los restos de la caza, pensó que esta había fallecido entre las garras del animal. Sintiendo su vida carente de sentido, sacó entonces un puñal y se lo clavó en el pecho. La sangre brotó con tal fuerza de su cuerpo que tiñó el moral blanco de rojo. Cuando Tisbe salió de su escondite, al principio no reconoció el árbol. Solo cuando encontró a Píramo ensangrentado en el suelo comprendió lo que había pasado. Entonces lo abrazó, le sacó el puñal del pecho y se suicidó haciendo exactamente lo mismo que su amado. Desde entonces, el fruto de la morera ya no es blanco, sino púrpura, en honor de los dos jóvenes. Leer aquello me dejó sobrecogido, y creo que entonces me di cuenta de que el amor es capaz de provocar cualquier locura.

El amor y la muerte, la unión de ambos conceptos, me atrae desde entonces. Y es que es así, se puede morir de amor. Vale, podéis llamarme intenso, o gilipollas o las dos cosas directamente.

Unos años antes mi profesor de Literatura me descubrió a Andrés Trapiello. Devoré todos sus poemas. Su antología de *Las tradiciones* me parecía una auténtica genialidad de lo cotidiano. Luego leí muchos de sus poemarios y, cada vez que venía a fumar a la Feria del Libro, pensaba en llevárselos para que me los dedicase o para contarle que en uno de mis poemas más recientes le había hecho una mención, incluso lo imprimí para regalárselo, pero nunca me atreví. Me daba miedo lo que pudiera pensar de mi poesía. Pero, hace un par de años, después de haber estado estudiando en la Biblioteca Eugenio Trías de El Retiro, como siempre, con mi colega Jaén, recuerdo que nos dimos un paseo por las casetas de la Feria del Libro, que había empezado esa semana. Como era un martes al mediodía, no había mucha gente visitándolas. Recuerdo que Jaén me dijo que algún día yo también estaría ahí

firmando y que yo le contesté que aquello era imposible, que no soñara. Entonces vimos a Trapiello firmando en una de las casetas y sin dudarle me puse a la cola. Cuando llegó mi turno, le dije todas esas cosas que siempre había pensado decirle. Él fue muy educado y amable, y yo me fui a casa tachando mentalmente de mi «Lista de cosas por hacer antes de morir»: conocer a Andrés Trapiello.

Después de la lectura de *Las metamorfosis* decidí leer *La metamorfosis* de Kafka, únicamente porque buscaba algún tipo de parecido o influencia de Ovidio. Leer la historia de Gregorio Samsa, asistir a la evolución del personaje y del odio que empieza a tenerle su familia por haberse convertido en un insecto, tuvo el mismo efecto que si me hubieran disparado en la cabeza. Investigué sobre Kafka. Leí *El proceso*. Aquel hombre me gustaba porque escribía locuras, cosas sin sentido que jamás podrían suceder pero que a mí me habría encantado haber vivido: he querido muchas veces convertirme en un insecto para que después me maten. Pegué sus fotos en blanco y negro en la pared de mi habitación, veneré su obra y su forma de ver el mundo y, siete años después conocí a Ray Loriga.

No fue durante una noche de sexo, drogas y *rock & roll*, no. Yo estaba en el Ritz. Me habían invitado a los Premios Alfaguara 2015 y no tenía ni puta idea de quién era Ray Loriga: error mío. Leo pocos autores del siglo XXI y aún menos (prácticamente ninguno) que escriban en español. El único contacto que había tenido con Ray Loriga hasta la fecha eran las citas que una amiga de la facultad se empeñaba en soltarme cada vez que me veía. Podíamos estar hablando de una asignatura o de lo que habíamos hecho el fin de semana, que no sé cómo conseguía conectar una de aquellas frases con algo que yo acababa de decir. La verdad es que eran muy buenas. Al principio yo siempre le preguntaba de quién eran y ella se pasaba cinco minutos diciéndome que era una vergüenza que un tío como yo no supiera quién era Ray Loriga ni hubiera leído uno solo de sus libros. Esto ocurría tan a menudo que dejé de preguntarle a quién citaba. «¿Ray dixit?», apostillaba con sorna, y ella respondía con cara de cabreada: «Sí, el mismo que nunca te has leído porque no me haces ni puto caso». Mi amiga me contó que Ray Loriga fue un icono de los noventa, cuando todas las chicas llevaban fotos de él en su carpeta: que la prensa lo comparaba con Kerouac pero que para ella y un puñado de gente era una especie de Bukowski español. Aquello había despertado mi interés, pero el caso es que seguía sin haberlo leído.

Los Premios Alfaguara se celebraron a finales de marzo, y yo había recibido mi invitación una semana antes. Muy halagado, confirmé mi asistencia a aquella comida sin dudarle, y aquel día me escapé del trabajo con una excusa. No podía faltar, iba a ser mi primer contacto con el mundo editorial y sin duda conocería a muchos escritores. Lo curioso es que la invitación no llegó de cualquier forma: vino en un sobre plastificado de mensajería interna de Penguin Random House que por error llevaba pegado junto a mi dirección la etiqueta con la dirección y el nombre de otro invitado: ¡Andrés Trapiello! Los pelos se me pusieron de punta al leerlo. Es decir, ¿cuántas posibilidades había de que eso sucediera? Ninguna.

Era la primera vez que me invitaban a algo así. *La chica de Los Planetas* se había publicado cuatro meses antes y yo era el novato de la editorial. Para no ir solo, se me ocurrió escribir a Elisabet Benavent porque pensé que ella iría, y así fue. Nos presentamos los dos en el Ritz, y durante el aperitivo nos encontramos con Puri, la responsable de *marketing* de Alfaguara, a quien ella conocía. Nos presentaron, estuvimos hablando, y después, mientras salíamos los tres a echar un pitillo, vi a Benjamín Prado, un escritor al que admiro. Sintiéndome bastante cateto, le dije sin embargo a Elisabet:

—Mira, Benjamín Prado.

—¿Sabes quién está a su lado? —me respondió ella, que no lo conocía.

—Ni idea.

—Es Ray Loriga.

—¡No jodas!

—Sí.

—Al fin le pongo cara.

—¿De verdad que no sabías quién era?

—No. Todo el mundo me dice siempre eso.

—Pues tú te das un aire a él.

Elisabet no dijo nada más y salimos a echar ese pitillo. A los tres minutos también salió Ray Loriga a fumar y se saludaron. A mí me presentaron como Holden Centeno. Mientras me estrechaba la mano con fuerza, pensé: «Con este seudónimo, debe de estar pensando que soy cuando menos gilipollas». Pero sin embargo fue muy correcto. Tenía la piel curtida, en su rostro, escondido tras la barba y unas Ray-Ban Aviator en las que el sol jugueteaba con las nubes, se adivinaban los golpes y triunfos que había ido obteniendo de la vida. Llevaba una americana, camisa y unas botas de punta con ese tipo de cremalleras que llegan hasta los talones. Con una sonrisa, sacó una cajetilla de tabaco Pueblo y nos ofreció a todos. Era un tipo divertido. Gastaba bromas y escuchaba cuando los otros hablaban. No sabéis cuánto lamenté no haberme leído ninguno de sus libros para poder hablar con él de su obra. Al poco tiempo, paró un taxi en la puerta del Ritz y de él se bajó Pablo Álvarez, mi editor, con gafas de sol polarizadas. Empezaba a sentirme desnudo por llevar los ojos al descubierto. Tenía las Wayfarer en el bolsillo, pero decidí no sacarlas a pesar de que sentía como si me faltara el escudo. Ya no era plan de ponerse las gafas, hubiera parecido tonto. O no. Realmente nunca pienso ese tipo de cosas porque me la sudan bastante, pero ese día lo hice.

Pablo conocía a Ray Loriga hacía tiempo, y enseguida se abrazaron y empezamos a hablar todos. Loriga nos contó que estaba escribiendo encerrado en casa durante todo el día hasta las ocho de la tarde, cuando se permitía el lujo de salir a la calle a darse un paseo. Estuvimos hablando de la situación editorial y Loriga, que no tenía ni puta idea de quién era yo aunque allí estábamos, cara a cara, me decía que la vida del escritor es bastante jodida, salvo en días como aquel, en los que te invitan a comer a

sitios caros. Me siguió diciendo que si quería saber el futuro que me esperaba, solo tenía que ir a Praga y visitar la casa de Kafka, un cuchitril de mierda donde solo hay espacio para una cama y una mesa.

—De ahí sacó a su insecto. No busques más. No nos hace falta nada más para escribir —me decía mientras movía el cigarro de un lado a otro gesticulando con la mano.

La frase se me quedó grabada. Seguimos hablando lo que duró otro pitillo y entramos todos al salón a comer. Después de que me cediera el paso en la puerta giratoria de madera del Ritz nunca más lo vi.

Me fui antes de que sirvieran el postre y de escuchar el fallo del jurado. Aquella misma tarde al salir de trabajar, llamé a mi amiga para contarle que había conocido a su ídolo, y antes de poder decirle nada me soltó llorando que no podía hablar conmigo, que hacía unas horas se acababa de morir su padre. «La gente le hablaba de aeropuertos y lavadoras, pero él solo podía pensar en huracanes» me dijo. Cuando fui a contestarle ya había colgado. Volví a llamar pero había apagado al móvil. Llegué a casa y lo primero que hice fue buscar en Google aquella frase. Era de Ray Loriga. A la mañana siguiente me compré su primer libro.



EL RELÁMPAGO, EL TRUENO Y EL RAYO

Cuando tenía nueve años, pocos asuntos me preocupaban, y eso por suerte no ha cambiado. Nunca he sido alguien de darles muchas vueltas a las cosas, aunque parezca todo lo contrario.

Con esa edad aprendí a distinguir cuándo una tormenta se acerca o se aleja del lugar en el que está descargando toda su rabia. Nos lo enseñó un viejo del pueblo de mis abuelos a mis hermanos Antonio y Rodrigo y a mí. Rodrigo tenía trece años y yo era su «mochila». Siempre le tocaba llevarme a todos lados, estar pendiente de lo que hacía y todas esas cosas que un hermano mayor detesta cuando su hermano pequeño es el típico tocapelotas, como era mi caso. Él se ponía muy nervioso porque yo siempre tenía nuestro cuarto hecho un desastre. A su edad, Rodrigo ya era bastante cuadrulado, dócil y recto. Supongo que gracias a eso ahora es un tipo repleto de cosas buenas. Yo, sin embargo, sigo teniendo un cuarto en el que reina el caos. Mi mesa es una especie de montaña repleta de papeles, objetos no identificados, monedas de cinco céntimos, libros, discos, libretas y bolígrafos Bic de color azul (soy de la *old school*). La gente suele decir que dentro de su caos hay un orden en el que pueden encontrar todas las cosas. Joder, que me digan cómo lo hacen porque yo dentro de mi caos solo encuentro más caos y no lo que necesito.

Mi hermano Antonio empezaba a ser por aquel entonces el «rebelde» de la familia, el que se dejaba el pelo largo, decía palabrotas como «¡Vete a tomar por culo!» y nos inculcaba al resto el gusto por Los Planetas. Detrás de aquella rebeldía, que aún mantiene a sus treinta y dos años, siempre escondió uno de esos corazones grandes que no caben en un pecho.

Antonio tenía entonces dieciséis, Rodrigo, él y yo éramos los tres pequeños de una familia con muchos más hermanos. Para mi madre siempre seremos los tres pequeños, y así nos sigue llamando, «los pequeños», a pesar de que hemos crecido y de todos los sobrinos que han venido a aumentar la familia. A mí tampoco me preocupa mucho que ella nos llame así; de hecho me da igual, pero sin embargo me jode bastante que cuando digo que soy el pequeño de tantos hermanos, me respondan con un «Vamos, que siempre has sido el mimado de la casa». La gente que dice eso es porque en su casa les trataban a palos, y no precisamente porque hieran los mayores de la familia, sino por ser directamente idiotas. Pero, bueno, no quiero ponerme a insultar a todo aquel que lo merece y empezar a parecer un auténtico cretino.

Como iba contando, los tres pequeños hacíamos prácticamente las mismas cosas en aquella época. Es decir, íbamos juntos al colegio, comíamos a la misma hora,

dormíamos en la misma habitación y no cagábamos juntos porque no cabíamos en la misma taza, que si no quizá lo hubiéramos hecho tan ricamente y sin quejarnos.

En las noches de verano, en el pueblo, compartíamos la misma pandilla. Cada vez que íbamos por vacaciones éramos la novedad, todos los niños querían jugar con nosotros, sobre todo porque siempre estábamos inventándonos juegos y teníamos la habilidad de hacer creer al resto de los chavales que aquello era la polla. Sobre todo Antonio.

Un día, por ejemplo, llegó con su Mountain Bike negra y se puso a dar órdenes a todo el mundo: «Vamos a jugar a un polis y cacos pero con las bicicletas. Vosotros con vosotras. Ellas con ellos. Vosotros sois polis y vosotros sois los cacos». Los niños le escuchaban siempre con atención a pesar de que se trababa al hablar: más de una colleja me he llevado yo por haberle llamado tartaja, pero cuando nos proponía un juego nuevo, nadie parecía fijarse en eso. Todos nos subimos a las bicis salvo uno que iba de líder, uno al que llamábamos Pumuko y que sentado en la acera preguntó primero cuáles eran los límites del juego. «No hay límites. Vale jugar por todo el pueblo». Aquello convenció a Pumuko, y levantándose de un salto se subió a su BH California. Aquella noche muchas de las calles del pueblo estaban sin iluminación, y en veinte minutos uno de los polis se estrelló contra la bicicleta de Pumuko y este se hizo una brecha en la cabeza. Se acabó el juego y nos fuimos a casa. La madre de Pumuko solía decirle que no se juntara con nosotros, que éramos de Madrid y que de los de Madrid nadie se puede fiar.

Fue en el verano de 1999 cuando conocimos a Eusebio, el viejo que nos explicó lo de las tormentas: un hombre con setenta años que parecía tener quince menos. Aún seguía trabajando en el campo, al contrario que los hombres de su quinta, que ya iban todos con bastón y se pasaban las noches sentados en viejas sillas que sacaban a las aceras de sus casas, hablando en corro sobre el campo y criticando a los vecinos. Era lo único que hacían o esa era la impresión que me daba. A Eusebio lo encontramos una tarde en el campo. Era la típica tarde fría de finales de verano, con viento, y el repleto de nubes. Aprovechando la tregua que nos daba el calor aplastante de la Mancha, habíamos salido en bicicleta a recorrer las viñas que rodeaban el pueblo. Mis hermanos se iban contando chistes que a mí no me hacían gracia ninguna, concentrado como estaba en dar pedales y en mantener su ritmo sin que se me notara que estaba echando los pulmones por la boca. Quería que pensaran que era igual de resistente que ellos, igual de fuerte, igual de duro, supongo.

Fue a la altura de La Camarera, una zona del campo que conocíamos bien porque mi tía tenía allí una parte de sus tierras, donde de repente nos topamos con un viejo sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la boca de un pozo y leyendo un ejemplar gigante del *Quijote* mientras mordisqueaba una pajita seca que había arrancado del suelo. Como era el único ser humano a quince kilómetros a la redonda, ni siquiera nos planteamos la posibilidad de no pararnos a hablar con él, así que pedaleamos hasta el pozo. Al vernos, dejó el libro en el suelo y nos preguntó quiénes

éramos. Cuando logró situarnos gracias al mote con el que conocían en el pueblo a mi abuelo, nos invitó a compartir el aperitivo con él como habría hecho con sus amigos más íntimos.

Nos condujo hasta una caseta donde tenía guardados un queso y una bota de vino. Yo había tomado vino por primera vez el año anterior; en el pueblo era costumbre que los niños más pequeños lo probaran en época de vendimia, pues de aquello vivía el noventa por ciento de la población, así que nadie se extrañó de que el anciano nos pasara la bota. Bebimos un trago cada uno, y unos minutos después, ya habíamos acabado con su queso manchego. Allí sentados en aquella caseta repleta de herramientas, junto a los restos del tentempié. Eusebio se presentó y nos contó entre otras cosas que el *Quijote* era lo único que se había leído en toda su vida y que no pensaba leer nada más; estaba convencido de que el resto de los libros eran «una jodía mierda que no vale *pa na*». Quizá tuviera razón. O no. Yo la verdad es que no me he leído el *Quijote*, nunca ha entrado en mis planes y sigue sin entrar.

El hombre no tenía mucha conversación. Cuando llevábamos un rato metidos allí dentro, empezamos a escuchar un repiqueteo de lluvia sobre el tejado de chapa. Comenzó a caer una lluvia ligera de la que casi hubiéramos podido contar el número de gotas de haber seguido con atención el rítmico martillar que provocaban al caer contra la superficie metálica que nos cubría la cabeza. Era un sonido parecido al de dos canicas que chocan mientras bailan; a la resonancia de otro mundo que provoca un beso lento cuando dos labios mojados se separan. Pero, de pronto, la luz de un relámpago se coló por la puerta abierta de la caseta y, al segundo, el sonido de un trueno nos dejó completamente mudos; enseguida la lluvia empezó a caer con más fuerza.

Eusebio abrió el cajón de la mesa sobre la que reposaba la bota de vino, y de allí sacó un tarro de cristal. Este tenía una pegatina blanca pegada en la tapadera, donde apuntó la fecha del día en el que estábamos. Luego la desenroscó y se la guardó en el bolsillo. Mirando al cielo, sacó el tarro fuera de la caseta y allí lo dejó bajo la lluvia. Volvió junto a nosotros, esperó a que cayera el siguiente relámpago, que lo inundó todo de una luz cegadora, y entonces empezó a contar en voz baja: «Uno, dos, tres...», y cuando iba a decir «cuatro», sonó otro trueno devastador que no le dejó terminar. Casi inmediatamente después de que el sonido dejara de propagarse por todo el campo, el relámpago volvió y Eusebio empezó a contar de nuevo: «Uno, dos, tres, cuatro, cinco...», y en el «seis» sonó otro trueno. Le preguntamos entonces que qué cojones estaba haciendo.

«Es la única forma de saber si la tormenta se acerca o se aleja. Cuantos más números, más lejos está, más kilómetros de distancia», dijo con su acento del pueblo.

Y era verdad. Siguió haciendo aquello hasta que la tormenta se alejó por completo, dejando a Eusebio con una cifra en los labios ahora imposible de recordar.

Cuando paró de llover, fue a buscar el tarro, que estaba lleno de agua, sacó la tapa de su bolsillo con la fecha que había apuntado y lo guardó en el maletero de su

Simca 900 color rojo. Nos explicó que tenía más de quinientos botes guardados en el frío de la bodega de su casa.

«Se los regalo a mi mujer, porque ella piensa que cuando llueve es porque Dios está llorando por nuestra culpa».

Nosotros lo mirábamos en silencio. Siguió comentando que a él le parecía una soberana estupidez, pues era ateo, al contrario que su mujer. Aquel año yo acababa de hacer la comunión y no tenía ni idea de que se podía no creer en Dios. De hecho, desconocía por completo lo que ser ateo significaba, pero lo pude averiguar en cuanto Eusebio empezó a blasfemar:

«Yo soy el que tendría que llorar con todo lo que Dios me ha quitado; con todos los sufrimientos que me da los trescientos sesenta y cinco días del año».

Antonio le preguntó que por qué molestarse entonces en recoger el agua de cada tormenta, y Eusebio, que era un hombre bajito, fuerte y con el pelo totalmente blanco, miró a mi hermano con sus ojos marrones y brillantes y le contestó: «¡Porque estoy chiflado por ella! ¡Me lleva volviendo loco desde que somos pequeños! ¡Y si ella cree que esta agua turbia son las lágrimas de Dios, pues todas para ella!».

Al escuchar aquello se me pusieron los pelos de punta. No me preguntéis por qué. Yo ni siquiera sabía qué era el amor; mi mayor preocupación de aquel entonces era aprender a lanzar el diábolo al aire a más de dos metros del suelo y recogerlo después sin que se me cayera. Pero, en cualquier caso, el escalofrío que noté no me lo quitará nadie jamás.

Nos fuimos de allí. Él en su coche y nosotros con las bicis. Aunque no lo dijéramos, nos sentíamos emocionados de haber aprendido un método para poder hablar con la lluvia, y estábamos deseando que volviera otra tormenta para ponerlo en práctica. Pero tuvo que pasar un mes para que lloviera. Cada día al despertarme me asomaba al balcón de la habitación y miraba al cielo a ver si tenía ganas. Pero no. Siempre hacía sol. En ese mes vi varias veces a Eusebio en la puerta de su casa, en alguna calle o en la plaza de la iglesia. Cuando nos encontrábamos, solía entrar conmigo en algún bar e invitarme a una Coca-Cola y a una ración de oreja que los dos devorábamos en unos tres minutos. Como no me gustaba el pan, me servía de los dedos para empujar los trozos de carne hasta el tenedor o para metérmelos directamente en la boca. Aún hoy me gusta tocar la comida. Soy un primitivo.

La tormenta llegó la noche anterior a que se acabaran las vacaciones y volviéramos a Madrid. A las tres de la madrugada, la lluvia empezó a caer con más fuerza todavía de la que tuvo durante aquella tarde en la caseta de Eusebio. Habíamos dejado la ventana abierta porque hacía calor, y los tres nos despertamos asustados en la habitación que compartíamos en cuanto sonó el primer trueno, que irrumpió con fuerza por todos los huecos que encontró abiertos en la pared de la casa. Sin embargo, el miedo pronto dejó paso a la excitación y a la felicidad de poder poner en práctica por primera vez la técnica de Eusebio.

La oscuridad era parcial. Con la persiana abierta, el cuarto se impregnaba de la

tenue luz anaranjada de una farola que había al otro extremo de la calle y en la penumbra podíamos diferenciar nuestras siluetas aunque no nos viéramos las caras. El destello del relámpago lo iluminó todo fugazmente y los tres nos pusimos a contar en silencio. Nadie dijo nada, pero todos sabíamos lo que estábamos haciendo.

A los diez segundos llegó el trueno y mi hermano Antonio dijo: «Se acerca». La luz de otro relámpago iluminó la habitación y volvimos a contar en silencio. Contamos y contamos mientras se sucedían relámpagos y truenos, hasta que yo me atreví a anunciar en voz bajita: «Se aleja». Y eso fue lo que sucedió; el fervor de la tormenta se fue apagando, aunque no paró de llover en toda la noche.

A la mañana siguiente me salté el desayuno para que me diera tiempo de coger la bicicleta e ir a contárselo a Eusebio antes de que mis padres terminasen de cargar el coche. Primero pasé por la plaza de la iglesia y allí no estaba, así que me dirigí a su casa, en la calle de la Amargura, junto a la plaza de la Virgen de la Soledad. Al llegar a la plaza me llamó la atención el gentío que se había reunido a la entrada de esta. Me bajé de la bici y fui abriéndome paso entre los vecinos y algún que otro galgo de caza que allí estaba junto a su dueño. La muchedumbre llegaba hasta la casa de Eusebio, delante de la cual se había formado una fila en la que cada uno esperaba turno para entrar. Pronto me di cuenta de que se había muerto alguien. Me acerqué hasta la puerta y me asomé por la ventana, que estaba abierta de par en par. En medio del salón, sobre dos sillas de comedor, reposaba un ataúd marrón brillante. Eusebio estaba dentro. Junto al féretro, sus dos hijos lloraban mientras recibían el pésame de los vecinos en fila. La escena me impactó; no dejaba de ser un poco fuerte para mí ver a una persona muerta aunque estuviera vestida de puta madre y pareciera que en realidad se estaba echando una siesta de cojones dentro de una caja que era la más cara todas las cosas que había en aquel salón. Entonces vi a la mujer de Eusebio, que estaba sentada al lado de sus hijos con un tarro de agua entre las manos y que era quien emitía aquellos alaridos que había escuchado fuera y que parecían venir de otro mundo, que yo sin duda no quería conocer. Sentí absoluto terror y, cuando me recompuse, pregunté al vecino que tenía más cerca qué había pasado. Me contó que la noche anterior Eusebio había dormido en la caseta del campo para intentar reparar una gran avería que tenían en la bomba del riego de las viñas. Unos mozos de campo lo habían encontrado por la mañana tirado en el suelo junto a la puerta de la caseta, con un tarro de agua en las manos. Le había caído un rayo que había acabado con su vida en el segundo que tardó en atravesar su cuerpo de arriba abajo.

Me di cuenta entonces de que el tarro con agua que la mujer de Eusebio tenía sobre el regazo contenía el recuerdo de la tormenta con la que mis hermanos y yo habíamos contado esa misma noche. Eusebio había muerto por amor, recogiendo las lágrimas de un Dios en el que no creía.

Volví a casa y el coche ya estaba preparado para marcharnos. Nunca se lo conté a mis hermanos.

A GOOD MAN

Por suerte o por desgracia, soy de esa clase de personas que recuerdan todo eso que nadie recuerda. Mucha gente dice que para ser feliz es mejor tener poca memoria, pero a mí me dan rabia esas conclusiones que se sacan algunos de la manga. Prefiero vivir recordando cada una de las cosas que he hecho y que me han hecho, aunque sean auténticas putadas. Por ejemplo, tenía once años la segunda vez que vi a una persona muerta. Veníamos de haber pasado la noche en una finca cercana a Alcalá de Henares con el equipo de fútbol del colegio. Al día siguiente teníamos un partido y el entrenador había intentado con poco éxito «concentrarnos» a todos al estilo de los profesionales. Apenas dormimos en toda la noche, alterados por el hecho de pasar el fin de semana juntos fuera de casa por primera vez. Cuando nos despertamos a las ocho, estábamos bastante cansados. Posiblemente perderíamos el partido, pero poco nos importaba después de la noche de risas que habíamos echado. Al llegar a Atocha fuimos caminando hasta Mariano de Cavia, en busca del autobús 63, que era el que nos llevaba al colegio donde teníamos el partido, y por el camino nos topamos con dos coches de policía. Una parte de la calle estaba cortada por un precinto mal puesto que iba desde el tronco de dos árboles hasta la reja de una ventana. En medio yacía un hombre muerto. Bueno, en realidad supusimos que era un hombre. Lo tapaba una manta térmica bajo la cual únicamente asomaban sus manos y sus botas, que apuntaban al cielo. Todos nos quedamos fríos mirando esa estampa y mi amigo Julio preguntó en voz alta: «¿Quién se ha muerto?». Fue una pregunta retórica; ninguno de nosotros habría podido responderle. Perdimos el partido y yo no dejé de pensar en el muerto durante semanas.

Años después, durante el verano de 2013, el padre de Julio murió de cáncer. La casa de los padres de Julio era nuestro cuartel general los días en que jugaba el Real Madrid, y aquel año habíamos ido muchas veces. Su padre llevaba tiempo luchando contra la enfermedad de una manera absolutamente impresionante. Siempre estaba sonriendo. Nunca nos puso una mala cara a pesar de que invadiéramos su salón, llenáramos la mesa de comida y cerveza y estuviéramos ahí incordiando y monopolizando la televisión. Creo que no ha habido un solo día en el que no hayamos roto un vaso o un plato, o derramado la cerveza sobre el baúl antiguo que tienen en el centro del salón y que hace las veces de mesa. En ocasiones hasta nos hacía una de sus cojonudas tortillas de patatas, que devorábamos entre todos mientras él nos gastaba alguna de sus bromas. También lo escuchábamos cantar a voces desde la otra punta de la casa. Le gustaba mucho cantar.

Yo personalmente me llevaba muy bien con él, ¡y eso que soy del Atleti! Tanto Julio como su padre y el resto de mis colegas son merengues. Bueno, salvo el Hobbit, al que llamamos así porque es muy bajito (o al menos antes lo era, porque, joder, ahora medimos lo mismo). El caso es que si yo iba a ver los partidos del Madrid era en realidad por aquellos ratos con los colegas en casa de Julio. Desde pequeño he hecho infinidad de planes con Julio y su familia. No sé cuántas veces habré dormido en su casa o me habré ido de vacaciones con ellos a Toledo. Un verano fui en autobús yo solo con sus padres porque Julio, por alguna razón, se había marchado primero. Sus padres iban en la misma fila pero al otro lado del pasillo, junto a un chino que no paraba de hablar a voces por el móvil. De camino se quedaron los dos dormidos cogidos de la mano. Cuando los vi pensé que ni siquiera los gritos del chino podrían arruinarme el día.

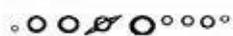
El padre de Julio murió la víspera del cumpleaños de mi amigo y sentí aquella muelle como si hubiera sido mi padre. Todos los amigos fuimos al tanatorio y yo creo que sentíamos lo mismo. El funeral fue en la catedral de la Almudena. Hacía mucho calor y yo iba enfundado en el único traje que tengo, que me compró mi madre hace doscientos años. Odio llevar traje. Por suerte no necesito ponérmelo a diario. La iglesia estaba completamente llena y habían dejado las puertas abiertas porque ya no cabía nadie más. Algunos tuvimos que seguir la ceremonia de pie y en la calle, donde algún que otro turista nos hizo fotos. Uno de ellos se acercó hasta donde estábamos y me preguntó en inglés:

—*Who died?*

La pregunta me sorprendió. Y que me hablaran en inglés. Me quedé desconcertado, pero entonces me acordé de cómo Julio había preguntado exactamente lo mismo aquella vez yendo a jugar el partido que perdimos, y respondí con toda el alma:

—*A good man.*

El hombre asintió con sus ojos claros y me miró como si me estuviera dando el pésame. Nunca olvidaré aquella mirada, aquella empatía inexplicable.



SALINGER Y LA MUJER DETONADORA

Me lo encontraba siempre por la calle, en el autobús que subía de mi barrio a la calle Goya, e incluso comprando cervezas y pan en el chino de la zona. Debía de vivir cerca de mi casa. Era un hombre con estilo que vestía bien, salvo cuando hacía frío, que se ponía un mono de esquí de color morado y rosa; un gesto de auténtico jefazo, que demostraba una personalidad fuerte y un «Me pongo lo que me salga de los cojones». El resto del tiempo solía llevar americana, zapatos de ante, corbata sofisticada y camisa de marca. Era alto, delgado y con el pelo blanco. Se parecía a Salinger y lo llamaré así a lo largo del relato (con todo el respeto al escritor estadounidense), porque desconozco su nombre.

La primera vez que me encontré con él (o, mejor dicho, que tuvimos un encontronazo), tenía unos diecisiete años y hacía poco que había leído *El guardián entre el centeno* por recomendación de mi hermano Antonio. Era domingo y había bajado al parque de detrás de casa de mis padres, algo que no hacía nunca. No soy de esa clase de personas que se va a dar un paseo y luego sube a casa diciendo que hace un día fantástico, no. Pero aquel día necesitaba oxigenarme porque estaba preparando la Selectividad y me atormentaba con la idea de que si suspendía sería un fracasado el resto de mi vida.

El parque estaba lleno de ancianos dando paseos o leyendo el periódico en un banco. Los más atrevidos escuchaban la radio sin auriculares mientras el sol les calentaba la piel flácida de los brazos, que lucían bajo camisas rancias de manga corta. También se veían niños en bicicleta o con patines y por supuesto las dos canchas de fútbol sempiternamente ocupadas. Me quedé mirando una de ellas, en la que jugaban dos equipos de chavales más pequeños que yo. Lo que me llamó la atención fue que en cada equipo jugaba también un padre. Ver eso me gustó, pensé que eran unos verdaderos genios por estar ahí dando el callo junto a sus hijos y otros chavales que no conocían de nada. Debían de tener casi cincuenta años y allí estaban; uno jugando de pollero y el otro en la posición de delantero.

Ambos alentaban a su equipo con frases del tipo: «¡Vamos, chavales!», «¡Hay que ganarles!» o «¡Somos mejores!», y hasta ahí todo bien. Pero entonces apareció aquel hombre que se parecía a Salinger. Caminaba encorvado y entró en la cancha preguntando a uno de los padres si podía jugar con ellos. Accedieron algo sorprendidos, y Salinger se quitó la americana y la dejó en el suelo al lado de una de las pollerías, junto con el libro que llevaba bajo el brazo. Estaba leyendo las *Tragedias* completas de Séneca. Se remangó los puños de la camisa y se colocó de

defensa en uno de los equipos.

Jugaron unos cinco minutos sin problemas hasta que el pseudoSalinger empezó a quejarse de su equipo y a decirles algo así como «Sois una mierda, que no valéis ni para jugar al fútbolín». Los niños flipaban y los padres aún más. Yo me reía a carcajada limpia. De repente, nuestro querido defensa recibe la pelota desde el área de su campo, empieza a correr hacia delante, ignorando a su equipo. Los niños suplican que les pase el balón pero él no hace ni puto caso; se va de uno, de otro, forcejea en un regate con un niño al que finalmente tira al suelo y sigue adelante. En ese momento el padre que está jugando de portero en el equipo contrario grita desde la portería: «Eh, tú, que has hecho falta a mi hijo». Pero él no hace caso, parece poseído por el espíritu de un futbolista brasileño pero de pésima calidad. Sigue corriendo, llega hasta la portería y dispara con todas sus fuerzas a solo dos metros de distancia del portero, que toca el balón con una de las manos (que no lleva protegidas con guantes), se la destroza (casi literalmente) y no logra evitar el gol. Salinger levanta los brazos y empieza a gritar y a correr hacia su campo. Ha enloquecido y da vueltas sobre sí mismo mientras agita los puños al aire.

El niño al que había hecho la falta seguía tirado en el suelo llorando cuando Salinger se le acercó, y todos creímos que para ayudarlo a levantarse. Sin embargo, al verlo ahí con la rodilla sangrando y mocos en la nariz, se colocó junto a él y le dijo mientras le apuntaba con el dedo:

—No seas quejica, ni siquiera te he rozado.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. El padre de la criatura herida salió corriendo de la portería mientras soltaba toda clase de insultos e improperios. Cuando llegó a su altura, le propinó un puñetazo en la cara con tanta fuerza que lo tiró al suelo.

—¡Eso por tocar a mi hijo! —gritó enfurecido.

Pasaron unos minutos durante los cuales, sentado sobre el asfalto de la cancha, Salinger se estuvo tocando el pómulo y observando cómo la mano se le llenaba de sangre. La gente empezó a aglomerarse detrás de la cancha, observando la escena como si aquello fuera el circo romano.

—Pegas como una niña —se le ocurrió decir a Salinger, mientras se levantaba del suelo.

—Seguramente, pero es a ti a quien le sangra la cara —contestó el padre.

—Recuerda que tu hijo también está sangrando, y tú mientras tanto orgulloso del puñetazo de niña que me acabas de dar. Lo que no sé es qué hago aquí, perdiendo el tiempo contigo y escuchando cómo lloriquea tu hija... Perdón, tu hijo. Ni que le hubieran robado la muñeca con la que juega a las cocinitas.

Un puñetazo en el estómago volvió a tirarlo al suelo. Entonces intervino alguien, que agarró al padre (que de repente se había convertido en Hulk) y puso fin a la pelea. Salinger se alejó a cuatro patas del corrillo de personas que se había formado a su alrededor, y todo el mundo estuvo mirándolo y señalándolo mientras desaparecía

por uno de los caminos que salían del parque.

Decidí seguirle y empecé a correr en su misma dirección hasta que, al cruzar una esquina, me lo encontré sentado en un banco, abatido, quitándose la sangre de la cara con un pañuelo de tela blanco.

—Perdone... —le dije.

—¿Qué quieres? Lárgate, muchacho —respondió sin mirar.

Me gustó que dijera «muchacho» porque me recordó al típico diálogo de película del Oeste. Le comenté que lo había presenciado todo y le dije que fuera a la policía a denunciarlo, pero se negó. Como no me movía, me dijo dos o tres veces que lo único que estaba haciendo allí era molestar, pero aun así me quedé a su lado, no podía dejarlo solo.

—Me acabo de dar cuenta de que me he dejado la americana y mi libro de Séneca en la portería —comentó por fin rompiendo el silencio—. Eso sí que es doloroso y no esos puñetazos de niña que me ha metido el calvorota ese cuyo hijo es una llorona.

A pesar de que me lo prohibió, me levanté y le dije que iría a por sus cosas. Cuando llegué a las canchas de fútbol, allí seguían tal y como las había dejado, y la gente rodeaba al padre y al niño como si fueran los héroes de la historia. Volví al banco, le di la americana y el libro y, después de darme las gracias, me dijo que me marchara.

No volví a verlo hasta el invierno de 2013, seis años después. Iba en la línea circular de metro y se sentó justo a mi lado. Llevaba puesto el mono de esquí. Era gracioso verle con esa prenda. No dudé ni un segundo en saludarlo, pero no me reconoció hasta que le recordé el episodio del parque. Cuando cayó en la cuenta, con media sonrisa me dijo:

—Ah, sí, eres el muchacho que salvó mis tragedias de Séneca.

«Muchacho», había vuelto a utilizar esa palabra digna de una novela americana. Esta vez entablamos una buena conversación. Empezamos hablando de música y me hizo un discurso sobre el *jazz* de Charlie Parker. Después me explicó la importancia que para él tenía el *Romancero gitano* de Lorca y su rechazo por *Poeta en Nueva York*, cosa con la que discrepé; y discutimos hasta tal punto que me pasé Ciudad Universitaria, mi parada. Decidimos quedarnos en el metro y dar vueltas en la línea 6. Llegamos a hacer el recorrido dos veces, y en ese tiempo también me habló de su obsesión por Dalí, de su costumbre de mirar la luna llena, de sus noches en vela escuchando sinfonías de todos los compositores románticos y de su intento fallido de volar como un verdadero pájaro desde el tejado de la casa que tiene en Málaga, en la que pasa los meses de julio y agosto, con el resultado de romperse una costilla y un tobillo. Por último, hablamos del amor.

Me contó que el corazón se le había roto hacía muchísimo tiempo por culpa de una mujer, pero que eso no significaba que hubiera dejado de amar ni de sentir. Él lo describía como una explosión. El corazón le había explotado después de que una mujer se lo detonara y, gracias a que había amado hasta ese extremo, ya no necesitaba

un corazón para amar. O al menos esa era su teoría. Ella estaría siempre dentro de él y él estaría siempre dentro de ella. Nada ni nadie podría cambiar aquello. Me dijo que, cuando se separaron, ella había sentido la estúpida necesidad de perder el tiempo con montones de tíos que no le llegaban a la altura de los zapatos, pero que el peor momento había venido cuando supo que había empezado a salir con sucedáneos suyos, con placebos, con hombres que se le parecían con la esperanza de poder olvidarle.

—¿Sabes qué, muchacho? Nos pasamos la vida esperando algo. Esperando una señal que no llegará nunca; esperando que un día desaparezcan nuestras dudas y no necesitemos ningún empujón para empezar a amar a alguien. Nos pasamos la vida amando a una persona con la que no estamos.

Aquella última frase me provocó un nudo en la garganta. Él se dio cuenta.

—Tienes cara de que te pasa lo mismo. Te pasas los días amando a una persona que se resiste a formar parte de tu vida.

Lleno de rabia contenida, asentí con la cabeza y le advertí que me bajaba en la próxima parada, que resultó ser Diego de León. Me daba igual la parada. No tenía más remedio que bajarme después de su discurso. Nos despedimos hasta la próxima con un apretón de manos.

Me fui a casa andando y no volví a verle hasta el año siguiente a finales de diciembre. Yo subía las escaleras mecánicas del metro y él las bajaba. Bueno, en realidad yo me dejaba subir y él se dejaba bajar por el mecanismo automático de los peldaños. No había nadie más. Cuando me vio y se dio cuenta de que le estaba mirando, sonrió y me dijo:

—¡Eh, muchacho!, ¿sigues amando a una mujer con la que no compartes tus días? ¡Feliz Navidad! ¡Espero que pronto te detone el corazón! ¡No hay otra manera, no hay otro camino, si logras detonar el suyo, te amará hasta que vuestros cuerpos estén bajo tierra!



EL FARO VS. LA MUERTE

La realidad es que el tiempo se nos acaba, y me refiero en todos los aspectos. La gente de mi alrededor se está muriendo; familiares, amigos, familiares de mis amigos, vecinos, famosos... Últimamente se mueren muchos famosos, demasiados.

Llevo meses durmiendo mal. En medio de la noche me despierto tosiendo porque, entre sueños, creo que me voy a ahogar y me levanto de un salto de la cama para evitar mi propia muerte. Yo no quiero morir. El mundo, aunque sea hostil, me gusta. La vida está hecha para mí y quiero recibir todos sus golpes y sus premios; hasta que no reciba todos y cada uno de ellos no puedo morirme. Creo que he llegado a esta conclusión a raíz de las muertes más recientes, que han podido afectarme al cerebro sin darme cuenta.

La semana pasada me sucedió una cosa en el metro. Siempre me pasan cosas en el metro o veo cosas realmente interesantes cuando lo cojo. Claro que para darme cuenta tiene que darse la circunstancia de que no lleve los auriculares a todo volumen, porque en esos casos no me entero de nada, tan concentrado como voy en la música.

Me había subido en la parada de Moncloa, y estaba tranquilamente sentado en el vagón cuando un niño se me acercó y me dijo:

—¡Tú estás muerto!

—¿Perdón? —Se me ocurrió apostillar, sin saber cómo disimular que me había puesto rojo.

—Muerto, muerto, se te nota en la cara. —Y con su mano pequeñita me golpeó un par de veces en la mejilla de forma cariñosa pero con un toque tan sutil que parecía decirme sin decirme nada: «Espabila, tronco».

El crío se cambió de vagón corriendo y le perdí de vista cuando cruzó entre el pelo largo de una chica que estaba leyendo un libro, *El curioso incidente del perro a medianoche*.

Cuando voy en el bus o en el metro me gusta fijarme en qué es lo que va leyendo la gente o intentar descifrar la canción que escapa del control de sus auriculares. Los libros y la música pueden decirte muchas cosas buenas o malas de las personas. Quizá malas no sea la palabra, pero sí pueden indicarte a ciencia cierta el gusto de alguien, y tal vez ese gusto lo aborrezcas porque implique una serie de cosas que pueden llegar a ser malas. Aquella chica iba leyendo *El curioso incidente del perro a*

medianoche, el mismo libro que hacía tres navidades le regalé a la chica de Los Planetas, que, como la del metro, también tenía el pelo muy largo.

Una vez en casa, no podía dejar de pensar en el niño y en lo que me había dicho, en aquellas palabras, «muerto, muerto», que pronunciaba en bucle mientras me llevaba la mano al pecho para comprobar si seguía laténdome el corazón.

Esa es una manía que tengo desde que era pequeño y un verano mi hermana Cristina me explicó que, cuando a alguien se le para el corazón, se muere. Desde entonces no he parado de tocármelo ni un solo día. Cuando mis hermanos se enteraron de aquella paranoia que me entró, se lo contaron a mis primos y la chavalería entera del pueblo empezó a mofarse de mí y a gastarme bromas en plan: «Tienes mala cara, ¿eh?, ¡mira a ver si no se te ha parado el corazón!». Menuda panda de idiotas. Me obligaron a desarrollar una nueva técnica de manera que no se me notara que me estaba llevando la mano al pecho. Aquello era todavía más patético: me cruzaba de brazos y así disimulaba la comprobación que llevaba a cabo con la mano derecha. Ahora utilizo ambos métodos y, cada vez que sospecho que mi corazón ha podido dejar de latir, me llevo la mano al pecho y no la levanto de ahí hasta que siento cómo bombea y confirmo que sigo vivo. Ese día tuve que confirmarlo varias veces por culpa de aquel crío.

No esperéis que os cuente ahora que azarosamente me volví a encontrar con el niño días después y que tuvimos una conversación que me salvó la vida. No, eso no sucedió. Pero sí que os contaré que una semana más tarde, al llegar a mi casa un sábado de madrugada, me crucé en el portal con uno de mis vecinos que iba cargado con una pala en una mano y un pesado saco al hombro.

—No son horas de ir a abonar el parque del barrio —le dije de broma a modo de saludo.

—Mi perro se ha muerto hace treinta minutos. Y, sí, se podría decir que voy a abonar el parque del barrio, porque pienso enterrarlo allí mismo.

Me quedé mudo e hice ademán de acompañarlo.

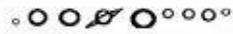
—Terminantemente prohibido —me contestó, y en unos segundos se lo tragó la oscuridad de la noche.

Aquel encuentro me hizo pensar en la chica del pelo infinitamente largo a la que le regalé el libro que empezaba con el descubrimiento del cadáver de un perro asesinado. Me acosté pensando en ella y en los besos y que nos dimos en su cama mientras hablábamos del perro muerto mientras nos sentíamos jodidamente vivos, más vivos que nunca, tirados en la cama e iluminados por la luz parpadeante del faro de Moncloa que se colaba por la ventana.

CUATRO E-MAILS



Desde que publiqué *La chica de Los Planetas* no he parado de recibir *e-mails* de personas contándome sus experiencias y las sensaciones que les causó el libro al leerlo. A día de hoy sigo recibiendo infinidad de mensajes a diario. *E-mails* que me ponen los pelos de punta y me hacen temblar al leerlos. Ha sido una verdadera tortura seleccionar solamente cuatro de los miles que me han marcado. Aun así, quería que vosotros, lectores y lectoras, fuerais parte de este libro de alguna manera, porque vosotros también tenéis historias que contar.



CENTENO, ERES UN CAPULLO

Como bien indica el asunto, quiero reiterar que eres un capullo. Un maldito capullo sin más. Me has desestabilizado; desfragmentado y desintegrado. Por tu culpa se me ha reducido el alma a cenizas y, si no fuera por el chaleco salvavidas que escondo en el cajón para casos de emergencia, me habría ahogado en mis propias lágrimas. Pero ¿sabes qué?, gracias. Mil gracias por haberme destruido y reconstruido. Por esconder música y comprensión en tus palabras, por ser caos y ser orden. Esto quizá ni siquiera merezca ser contado, ya que verdaderamente no esconde nada interesante, o al menos eso creo. Pero me veo en la necesidad de hacerte saber lo que sentí, aunque a ti probablemente te importe una puta mierda (así, hablando claro y sin tapujos, como tú haces en tu libro).

La verdad es que adoro tu estilo rebelde y desenfadado. Te expresas tal y como lo sientes, sin temor y sin perder la profundidad, la verosimilitud. Tu escritura es adrenalina y sentimientos en estado puro. Joder, vaya que sí. Necesitaba leer algo así, tenerlo en mis manos, pasar las hojas, oler las palabras. El que haya amado de verdad alguna vez será capaz de comprender lo que expresas. Aunque yo realmente creo que solo se ama una vez, lo demás no son más que imitaciones, subordinaciones, extensiones de lo que una vez fue y probablemente jamás vuelva. Y no queda otra. Puedes volver a querer, pero no volver a amar. Esa persona queda tatuada en tu alma, su ADN se adhiere a tu composición; en tus venas corre su sangre, tus pulmones guardan vestigios de su olor. Y, aunque te desintegres, siempre estará dentro de ti.

Compré *La chica de Los Planetas* y llegué a la página 154 el día 25 de enero de 2015. Tuve que parar porque me rompí, me vacié por dentro, grité desde el más absoluto silencio. Cuando miré la hora eran las 00:54. No creo en las putas casualidades, nunca lo he hecho, pero, joder, fue muy curioso que coincidiera el minuterero con el número de páginas. Quizá el 54 esconda algo, no lo sé. Dejé el libro a un lado y comencé a escribir, cosa que hago muy a menudo y generalmente con un mismo destinatario.

Pero esta vez fue diferente. Escribí todo lo que siempre había querido decirle y nunca le dije; todo lo que me he estado callando hasta hoy por imbécil. He cambiado de perspectiva y voy a dejar de censurar mis palabras. Quizá tenga arreglo. Quizá las heridas puedan sanarse, quizá no necesitemos más puntos de sutura. Llegará el momento y tendré fuerzas; voy a romper sus ventanas y voy a entrar como el aire.

Ahora lo tengo claro.

Querido Centeno, eres un maldito capullo. Gracias a ti, a *La chica de Los Planetas*, al maldito día que te encontré en Twitter, a la jodida librería que decidió vender los libros a una chalada como yo, me he roto. Sí, me he roto. Pero esta vez sé recomponer mis piezas. Y tengo fuerza. Más fuerza que nunca.

Alexandra H.
Santa Cruz de Tenerife



UNA OPERACIÓN

Buenas, Holden, aunque yo te conocí con otro nombre, el de tu cuenta personal de Twitter. Conocí al chico enamorado de la chica de Los Planetas cuando esta historia estaba sucediendo, cosa que he deducido mucho después. No eras Holden Centeno, llegué a tu cuenta personal ya no sé ni cómo, pero recuerdo que eras el típico tío mayor que encuentras por casualidad en Twitter y al que acabas siguiendo para enamorarte perdidamente de su forma de pensar y de vivir. Después de algún que otro mensaje directo, mis sospechas se confirmaron: eras alguien destinado a destacar. Y la profecía se cumplió.

Tiempo más tarde te perdí la pista. Habías borrado tu cuenta de Twitter y ya no sabía nada del chaval que leía a Paul Auster hasta la saciedad, daba favorito a cada frase de Supersubmarina que tuiteaba y generaba en mí una envidia tremenda cada vez que visitaba museos. Aún recuerdo una foto que subiste en una exposición de Dalí justo cuando yo empezaba a descubrir la belleza de este gran pintor.

En 2015 mi vida dio un giro de ciento ochenta grados por culpa de una enfermedad. Empecé a encontrarme cada vez más perdida en medio de un mundo que se me antojaba sin sentido y estaba llena de dolor. Cuando llevaba tres meses conviviendo día a día, las veinticuatro horas, con aquel horror, volviste a aparecer.

«*La chica de Los Planetas*, qué curioso», recuerdo que pensé cuando supe del libro, mientras me acordaba de aquel tío que había borrado su cuenta de Twitter y estaba obsesionado con uno de mis grupos favoritos. Investigando un poco más descubrí que eras el autor del libro y me alegré mucho por ti; por fin alguien conseguía el reconocimiento que se merecía.

El dolor desapareció por un momento y salí a la calle como una loca en busca de tu libro. Aunque este se resistió porque estaba agotado en todos lados, acabé dando con él en uno de los puestos de la Feria del Libro de Granada. Después retomé el contacto contigo y te conté lo alegre que estaba de haberte encontrado después de tanto tiempo, y me dispuse a devorar el libro como si no hubiera mañana en cuanto tenía un poco de tiempo. Quería leerlo bien, con tranquilidad, con el fin de poder recordar cada una de las palabras que inquietaban a ese enigmático chico que había conocido años atrás. Ese mismo día me dieron fecha para mi operación. Una parte de mi dolor se iba a acabar.

La noche antes de operarme llovía, era mi cumpleaños y no había ocurrido nada relevante durante el día. Miles de canciones después y alguna que otra tila, decidí comenzar a leer el libro. Creía que era un buen momento porque así tendría la cabeza

distraída y toda la noche por delante. Me dormí a un par de capítulos de acabar, y esa misma madrugada, cuando mi madre me llamó para ir al hospital, tenía alguna que otra página de *La chica de Los Planetas* marcada en el alma, de forma literal. Me levanté, me puse mi camiseta de «Alice in Wonderland» (soy fanática de ese cuento) y metí el libro en la mochila que iba a llevar conmigo para poder acabarlo antes de la operación.

Y así fue. Mientras mi madre esperaba histérica a que me ingresaran, yo retomaba tu libro en un banco del hospital, ajena al resto del mundo, y descubría el final que había ideado para él el chico de Los Planetas. Minutos más tarde, tuve que dejarlo en una habitación color salmón que apestaba a medicamentos y ponerme una ridícula pero a la vez graciosa bata de lunares amarillos. En Andalucía nos gusta operamos con arte. Cuando muchas horas después volví a aquella habitación y abrí los ojos, allí seguía el libro.

Te escribo porque deseaba contarte que, sin saberlo, has estado muy presente en dos etapas cruciales de mi vida. Y encontrarte de nuevo en la segunda etapa, gracias a que por casualidad uno de mis contactos decidiera *retuitear* una de tus idas de olla, sirvió para que me acordase de cómo era mi vida antes de todo ese dolor. Te escribo para darte las gracias. Porque siempre creí que hay días que merecen tener título y autor, y eso hiciste tú con el día de mi operación.

Espero no volver a perder tu pista, no le dejemos todo el trabajo de nuevo al azar.

Carmen M. M.
Córdoba



EL MENDIGO

Hace mucho tiempo que pienso en escribirte y luego no me atrevo. Le doy vueltas a la idea mientras tu última entrada se carga en mi móvil y, cuando aparecen las letras en la pantalla la desecho por completo. Entonces leo: «Estimado lector, te escribo para pedirte que me envíes un *e-mail*...», y esto en sí ya es una casualidad, el empujón que me faltaba para contarte todas las demás, todas las coincidencias que he encontrado entre tus historias y mi vida. Entre tu vida y la mía.

Vivo en Madrid, en concreto cerca de Moncloa. Desde que te descubrí, siempre me fascinó poder imaginarme a la perfección los sitios en los que sucedían tus relatos, porque yo había estado allí; en ocasiones al mismo tiempo que tú. Me habría gustado descubrirte de otra forma, pero la verdad es que fue gracias a un *retuit* (no todos tenemos una vida tan interesante como la tuya). Había estado en un concierto de Leiva en Las Rozas días antes y al verlo entré en el enlace. Leí «Nunca nadie» y ya no pude parar. Busqué la primera entrada y devoré todo el blog de un tirón. A medida que iba leyendo descubrí que no solo me gustaba tu forma de escribir sino que escuchábamos los mismos grupos de música, y empecé a estar pendiente de cada nueva entrada que subías.

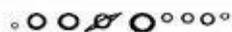
Un día, volviendo de clase, me crucé con el mendigo de la capa, al que llevo viendo por mi barrio desde hace no sé cuánto tiempo.

Esta vez me llamó especialmente la atención, más de lo normal. Su capa de retales, que normalmente arrastraba por el suelo a pesar de ser un tipo alto, se había reducido a la mitad y dejaba a la vista sus delgadas piernas. Los días que siguieron pasé mucho tiempo imaginando qué habría pasado con la otra mitad de la capa. Llegué incluso a pensar que tal vez tuviera una capa de invierno y otra de verano.

Como estaba de exámenes, no me permitía entrar en el blog por miedo a que una nueva entrada me enganchara y no me dejara concentrarme en mis obligaciones, pero, en cuanto acabé el último examen, lo consulté desde el bus que me llevaba de la universidad a Moncloa. Nunca habría imaginado que ibas a escribir precisamente sobre lo que me había estado rompiendo la cabeza durante varios días. Al llegar a casa cogí lápiz y papel y me senté frente al ordenador. Si teníamos los mismos gustos musicales y me gustaba tu forma de escribir, me gustarían tus libros también. Me volví a leer tu blog, desde la primera hasta la última entrada, y fui apuntando todos los libros que mencionabas. Después colgué la lista en el corcho de mi habitación y he ido tachando los libros según me los he ido comprando y leyendo. Al final del año solo quedaban un par de libros en la lista, y uno nuevo que acababa de añadir: *La*

chica de Los Planetas. Los pedí por Navidad, pero este último no me lo trajeron. Mi familia por supuesto no sabía que era el último libro de una saga que yo había compuesto. Tal vez no sea casualidad que aún no lo tenga en mis manos, puede que todavía no sea el momento de terminar esta historia.

María L.
Madrid



INMORTALES

La verdad es que no sé muy bien por dónde empezar este mensaje, pero intentaré hacerme entender de la mejor manera posible.

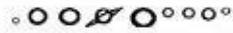
Leí tu libro hace un mes aproximadamente. Durante la lectura estaba en el hospital, mi madre se encontraba muy enferma y estábamos allí, sin esperar nada, pues sabíamos que no saldría nunca más. Teniendo en cuenta el ambiente en el que iba devorando tus palabras, lo extraño fue que, a medida que avanzaba la lectura, estas me fueran arrancando de mi mundo hasta llevarme al tuyo. Mi situación y la de tu libro eran muy distintas, pero sentía un cierto paralelismo entre ellas. Tu chica de Los Planetas iba y venía, mi madre mejoraba y empeoraba por momentos. Acabé el libro y sentí rabia, porque ni tú ni yo pudimos amarrar fuerte a nuestra vida a alguien que formaba una parte fundamental de ella. Como dice Serrat, «Es caprichoso el azar».

Aun así, me encantó ocupar mis duras horas leyendo tu historia, tu magnífica escritura. Acabo de ver en YouTube tu vídeo de la firma en Granada y he de decirte que te equivocas en algo. No vas a ser inmortal hasta que mueras, porque, al igual que mi madre lo es para mí (falleció dos días después de pasar la última página de *La chica de Los Planetas*), tú siempre serás inmortal para la gente que te quiere.

Zaira L.
Valencia



LOS CUATRO ÚLTIMOS CARTUCHOS QUE QUIZÁ NUNCA TENDRÍA QUE HABER ESCRITO



«Llévate lo que puedas esta noche.
Mejor que no te dejes por aquí nada que pueda sostenerme.
porque, si sobrevivo, voy a volver a por ti».

LOS PLANETAS

CHICAS DE LAS QUE (NO) ENAMORARSE

No te enamores de una mujer que duerma poco, porque, cuando tú estés durmiendo, ella estará pensando en cosas en las que tú no pensarás jamás. No te enamores de una mujer que duerma mal, porque aprovechará ese momento para ver series como *Breaking Bad*, leer libros de Bukowski o escuchar grupos de música que no te gustan o ni siquiera conoces, mientras tú estás en la cama, perdiendo el tiempo, sin descubrir nada.

No te quedes pillado por una chica que lleve varios tatuajes porque posiblemente nunca puedas entender toda la importancia y significado que tienen para ella.

No te sientas atraído por una mujer que estudie y/o trabaje en una ciudad que no es la suya, porque es posible que jamás quiera vivir en la misma ciudad durante más de un año y quizá no estés preparado para ir de ciudad en ciudad, siguiendo su ritmo, acariciando sus pasos.

No te enamores de una mujer que sepa tocar un instrumento, porque puedes convertirte en el capullo que se aburre al escucharla tocar cuando llega a casa al final del día, en vez de estar deseando que lo toque para ti en el sofá, mientras los dos estáis descalzos y os acompaña una botella de tinto descorchada.

No, definitivamente no te empeñes en estar con una chica que continuamente se interrogue sobre cualquier cosa, porque muchas de sus preguntas te las hará a ti y tú nunca darás con la respuesta de los cojones.

No te enganches con una que en el cine se muera de la risa viendo *Django*, provocando que la gente de delante se gire para ver quién coño está montando tal escándalo. Seguro que te avergonzarías de ese momento en vez de disfrutarlo.

No te enamores de una mujer que tenga el pelo muy largo porque eso es un indicio de tener mucha paciencia y de ser, a la vez, completamente imprevisible. Tan pronto puede decidirse a cortar aquello que llevaba años creciendo y cuidando como a cortar con tu miserable forma de ver la vida con tres simples palabras en su cabeza: «Que te jodan».

No te sientas atraído por una chica que ame fervientemente la cultura, la música, los libros, la pintura, el teatro y un largo etcétera, porque tendrá una sensibilidad especial para todas las cosas y una habilidad innata para ver a través de ellas. Esto puede hacer que tú, que en realidad eres un tipo corriente y estúpido, creas que está loca y que es bastante rara.

No te enamores de una mujer que por la noche te abraze y te bese la espalda mientras estás dormido, y que, entre, te haga sentir que te estás rompiendo como si fueras una copa de cristal en sus manos, porque, si un día te deja, te resquebrajarás como el cristal: toda la vida serás trocitos de cristal rotos cada vez que recuerdes ese momento.

No te pilles por una chica que tenga tus mismos gustos pero, sin embargo, tenga distintos principios, pues acabarás convirtiéndote en ella para siempre y luego, hasta que mueras, sabrás que, si piensas de una u otra manera, se debe a ella, a su influencia, a aquellas largas conversaciones que manteníais hasta declarar una guerra cuyos únicos disparos eran los mordiscos en la piel y las únicas bombas, los abrazos. Mejor sal con una chica que piense exactamente como tú pero que aborrezca tus gustos. Aunque te aburras, seas infeliz y te arrepientas toda la vida.

No te enamores de una mujer que sepa vacilarte con elegancia en el momento más inesperado, porque te entrarán ganas de quedarte a vivir en ella.

No te dejes engatusar por una mujer a la que hayas puesto mil apodos cariñosos, porque después cualquier cosa es probable que te recuerde a vuestra historia.

No te enamores de una chica que sea adicta al café, porque estará siempre al borde de

la taquicardia, constantemente, con el cerebro a mil por hora, y estoy convencido de que no serías capaz de saber desacelerar sus ansias de todo y de nada.

No te quedes pillado por una hipocondríaca, porque cada cierto tiempo estará convencida de que se va a morir. ¿Y qué harás tú? ¿Serías capaz de encontrar las palabras que necesita? Lo dudo.

No te enamores de una mujer que tenga manías y sea supersticiosa si no vas a ser capaz de ver toda la magia que esconden esas genialidades.

No te enganches a una chica con un millón de inquietudes y un trillón de objetivos que tenga el deseo de alcanzarlos todos para sentirse realizada si vas a poner un pero aunque solo sea a una de esas inquietudes o si vas a decir que es imposible alguno de esos objetivos. Solo serás un estorbo.

No te enamores de una mujer que te prepare una cena o comida utilizando como ingrediente principal el cariño y que te coma a besos después del segundo plato; corres el riesgo de morirte de amor allí mismo.

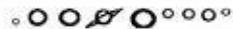
No te enamores de una chica que esté tan loca como tú, porque acabaréis entrando en una guerra por demostrar quién hace la mayor locura y quién será el primero en dejar de hacerlas.

No te pilles por una mujer que a la vez que habla es capaz de sonreír e incluso de reír a carcajadas, porque te volverás jodidamente adicto a su cara.

No puedes enamorarte de alguien que sepa atravesarte con la mirada, a no ser que quieras acudir al psicólogo durante los próximos años.

No te enamores de una chica en cuyos ojos puedas ver canciones, porque desde ese momento, aunque ya no estés con ella, TODAS las canciones hablarán SIEMPRE de ella y harán que la recuerdes, y no solo eso; además, al escucharlas, en realidad no oirás la melodía ni la letra, solo tendrás en la cabeza cómo eran sus ojos.

Por último: no te enamores de una mujer inteligente, esas sin duda son las peores: te volverá loco, guardará tu corazón debajo de su almohada y ya jamás podrás recuperarlo.



¡QUÉDATE (JODER)!

Quédate con la persona que se ría de ti cuando digas o hagas algo que creas un asunto serio, gracias a ella te darás cuenta de que es una gilipollez hasta que se burlan de ti y ella te recompensará con una caricia mientras piensa que no tienes remedio.

Quédate con la que te suela decir que estás loco mientras acerca su cara a la tuya para morderte, porque vivirás pocos piropos tan reales como ese.

Quédate con la que a veces no te entienda nada y luego en otras ocasiones te comprenda todo con solo con una mirada.

Quédate con la que tenga una voz y una forma de hablar que te calen tanto por dentro que vuelvas a casa recordando cada gesto y cada movimiento matemático de su boca.

Quédate con la que cuando te mire tenga la capacidad de hacerte sentir que eres, que estás vivo allí con ella y lo demás os importe una mierda.

Quédate con la que tenga miedo a elegirte porque sepa que podrías ser la persona definitiva.

Quédate con la que te escriba de vez en cuando alguna carta o alguna nota para decirte con palabras que te ama. Y si no tiene faltas de ortografía, perfecto.

Quédate con la que notes que se rompe por dentro cuando la estás abrazando y también te rompa a ti mientras los dos os aferráis a vuestros cuerpos con mucha fuerza para evitar que se desmonten vuestros huesos.

Quédate con la que sea una bomba de relojería, y nunca trates de desactivarla, pero, eso sí, cuando estalle en el momento más inesperado, sé capaz de curar sus heridas y de esperar a que se recupere para que te alivie las que su explosión te ha provocado.

Quédate con la que alguna vez haya llorado contigo, con la que se dio cuenta de todo y no fue capaz de decir nada.

Quédate con la que consiga sacar de ti cosas que ignorabas que existían y te empuje a hacer cosas que jamás hubieras hecho de no ser por ella.

Quédate con la persona que sea como una canción de esas que descubres y te gustan tanto que eres capaz de escuchar mil doscientas veces en bucle, en un mismo día, y sin cansarte.

Quédate con aquella a la que necesites ver cada segundo sin importarte el plan, el lugar o la hora.

Quédate con esa persona que sea distinta a ti pero jodidamente igual.

Quédate con quien quiera ir contigo al mismísimo infierno.

Quédate con esa persona que esté lejos de ti y que a pesar de ello se pasee diariamente por tu mente, que aparezca en tus sueños y te abandone por las mañanas dejándote la sensación de que te falta algo.

Quédate con quien no te recomienden. Cuanta menos gente os entienda, mejor.

Quédate con quien no pueda aguantar un día entero sin hablar contigo de música, sin aconsejarte canciones, libros o planear mil huidas que luego quedan en nada.

Quédate con la persona que te hipnotice desde el primer día, porque la vida con magia es mucho más atractiva.

Quédate con quien profundice en las cosas y no te responda con datos y estadísticas.

Quédate con la que sepa qué plato pedirte al mirar la carta de un restaurante.

Quédate con quien te haya amado pero en alguna ocasión también fuera capaz de odiarte con todas sus fuerzas.

Quédate con la que a veces no sepa si matarte o qué cojones hacer contigo.

Quédate con quien quieras quedarte a dormir en su cabeza.

Quédate con quien te dé la gana, pero tienes que decirle que se quede, porque el problema es que no somos capaces de echarle cojones, y decir «QUÉDATE» con todas nuestras fuerzas cuando llega el momento de decirlo. Quizá, en mi caso, yo me quedé sin que me pidieran que me quedara y he echado unas raíces grandes y fuertes en este tiesto, que eres tú, y desde entonces no ha aparecido una jardinera suficientemente buena para podarme con mimo las hojas, como tú sabías hacer, para después llenarnos de tierra y quedarnos tumbados en tu cama, como si estuviéramos en una maceta, echando raíces, los dos juntos, después de comer, mientras tú dormías la siesta y yo fingía estar dormido y pasaba el rato escuchando cómo respirabas, esperando a que te despertaras para ir juntos a prender fuego a la ciudad donde nos conocimos.

¡Quédate, joder! Te lo suplico.



EGO SUM QUI SUM

Soy los besos que me han dado, las llagas que me dejaron y las heridas que me hicieron. No soy las mentiras que me contaron ni las excusas que me han dicho a la cara o por teléfono. Soy las alegrías que me han provocado y las cagadas que cometo. Soy los abrazos que me he llevado en noches inesperadas y también las caricias que me han roto y los mordiscos que me han pegado. Soy las tristezas que albergas y las ganas de conquistar el mundo que recorren tu cuerpo. Soy la fórmula para que nada te haga daño. No soy tus rabietas tontas ni tus cabezonerías, pero sí la forma de suavizarlas. Soy la muelle de mis familiares. Soy la búsqueda de una felicidad no acomodada. Soy inmortal hasta que muera. Soy una historia que no acaba. Soy el vagabundo perdido que va de un lado a otro y el peregrino cuando ya sé el camino que quiero marcar con mis pasos. Soy cabeza, corazón y tripas. Soy sencillo y muy complicado. Soy los vinos que he bebido, las cervezas que no me he terminado y los *whiskies* que he derramado sobre mis camisetas. No soy tabaco, ni una ONG con patas. Soy los paseos que me he dado (de Moncloa a Malasaña y de Ópera a tu cabeza). Soy un loco para muchos, un raro para unos cuantos y un pringado para otros. No soy las críticas que escupen a mis espaldas. Soy cantidad suficiente para que me echen de menos. Soy más derrotas que victorias. No soy fracasos. Soy la música que escucho y la vibración del sonido que golpea contra mi cuerpo cuando estoy en un concierto. Soy sangre fría más que caliente. No soy tus cambios de ideas en el último momento. No soy tus idas pero sí tus venidas. Soy más de día que de noche. Soy tus despistes porque tengo que volverte a recordar las cosas que ya te he contado. Soy tuyo cuando me amas pero sobre todo soy más tuyo que nunca cuando me odias sin ningún motivo y huyes para olvidarme. Soy canciones para algunas personas y mi ciudad tiene mi nombre para otras. Soy barrios, queso y asfalto. Soy el bullicio de la Gran Vía. Soy el suelo que pisas cuando vas con la cabeza hacia abajo y lo miras buscando algo sin encontrar nada. Soy muchos libros, escritores y personajes ficticios. Soy ideas que aprendí de otras personas por no querer vivir solamente con las que me inculcaron de pequeño. Soy tu risa, las borderías que me has soltado y los «lo siento» que han salido de tu boca. Soy promesas que siempre cumplo y también soy las que me prometieron y nunca cumplieron conmigo. Soy amigo de muchas personas y caigo mal a otras tantas. No soy amigo de mis amigos ni quiero serlo, salvo alguna excepción, dicho sea de paso. Soy las lágrimas que he visto en los ojos de otra persona. Soy cursi cuando me lo propongo. Soy el agua que de pequeño tragaba en la piscina. Soy las decisiones intuitivas que me llevaron a lo más alto o me

mandaron directamente al infierno. Soy más de tener sueño que de tener sueños y deseos. Soy más de hacer las cosas a ver si salen. Soy una luz tenue que brilla intensamente cuando me da la gana. Soy las dudas en la cabeza de otra persona. Soy tú cuando tienes ganas de escribirme. Soy tu secreto mejor guardado. Soy el miedo que provocho a estar conmigo. Soy el orden de tu desorden y el desorden de tu orden. Soy absurdo cuando quiero. Soy palabras que no valen nada. Soy hechos que se graban a fuego en la conciencia de aquellos a los que he abierto mi alma y me robaron las cosas que tenía dentro. Soy ludópata de tu vida, pirómano de tus ojos, adicto a tus manías, lunático de tu pelo y yonqui de tus jaquecas.

Soy el que soy, nada que no sepas. Nada extraordinario, un error en tu vida, un punto y final trazado con rabia, una única aspiración de poder vivir en tus pulmones para respirar contigo, juntos, a la vez.

Me gustaría ser el viento frío que golpea contra tu rostro cada vez que maldices el invierno; así al menos sentirías mi cuerpo contra el tuyo. No me importaría nada ser las hojas del otoño y cubrir tus aceras de una alfombra del color de tus ojos. También podría ser tu pelo, y así durante el día me llevaría unas cuantas caricias sin que te dices cuenta. Me gustaría ser café para que me bebieras cada mañana, en un descanso del trabajo, después de comer y a la hora de la merienda. Me gustaría ser tus neuralgias para que me pidieras entre suspiros que me fuera de tu cabeza. Me gustaría ser un charco en el que salpicaras con tus botas de plástico negras. Me gustaría convertirme en el despertador de tu móvil y así ser lo primero que miraras al despertarte. Me gustaría ser la radio de tu coche para escucharte cantar motivada como si no hubiera nadie más en la tierra. Me gustaría ser tu serie preferida para que hablaras bien de mí a tus amigas, parientes y conocidos. O tu libro preferido, y que supieras perfectamente qué hueco ocupó en tu estantería. Me gustaría ser tus auriculares y susurrarte al oído las canciones que más te gustan. Me gustaría ser tu bolígrafo para ver lo que escribes en tu agenda y en esas interminables listas salvavidas. Me gustaría ser la llave que abre la puerta de tu casa y que me echaras de menos al olvidarme en cualquier parte. Me gustaría ser tu maldito espejo para que me miraras a los ojos sin dudar un momento. Me gustaría ser tu corazón y saber si tengo derecho todavía a un latido diario en señal de recuerdo. Me gustaría ser el agua de la ducha que te moja el cuerpo cada día. Me gustaría ser tu cama y sostener tus huesos.

Me gustaría ser yo y que me quisieras así, tal cual, sin añadidos. Sabiendo que sabes que soy los trozos que me has dejado y que ya nunca seré los que te llevaste; que soy algo (ni siquiera algo valioso) que espera que un día, aunque sea por error, me lleves contigo.

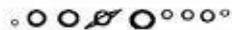


DI ALGO

Di que yo tengo la culpa de todo si eso es lo que de verdad crees, pero, si no piensas eso, di lo que tienes por dentro, eso que escondes, eso que te quema de vez en cuando y con lo que has aprendido a vivir. Susúrrame al oído una de esas canciones que me cantabas sin darte cuenta en mitad de un beso y que hacían bailar a mi corazón mientras besaba tu cara y notaba como tu aliento se colaba en mi oreja. Dime esas palabras malsonantes que tanto me gustaban, «¡Qué hija de puta!», «¡Que les jodan!», «¡Estoy hasta los huevos!», y todas esas cosas que hacían que te quedaras más tranquila. Dime algo mirándome a los ojos, porque quizá sea esa la única forma de que seas sincera. Di esas locuras que nadie entiende cuando las cuentas, y que solamente algunas de tus amigas y yo mismo captamos, apoyamos y potenciamos hasta que las conseguimos o nos estrellamos con ellas. Dime lo que te apetece hacer ahora mismo, en este preciso momento, y te aseguro que lo haremos. Dime una frase aunque esté envenenada. Dime algo que me rompa por dentro y me haga sentir un terremoto en el alma. Dile a tu cerebro que le diga a tu corazón que se calme y que no piense tanto ni tan deprisa. Dime idiota y loco con una sonrisa, porque ese siempre ha sido tu mejor piropo. Dile a alguien que me diga de tu parte lo que realmente piensas. Dime esas cosas que siempre te callas y que yo cada noche imagino cuando estoy en la cama. Dime y reconoce que has sido más feliz conmigo que con nadie aunque solo fuera un rato, un segundo, un destello que te hizo ver en mí que solo yo me merezco estar a tu lado. Dime que tu deseo, cuando seas vieja y guapa y yo viejo y feo, es que sea yo el que acaricie tus tatuajes ya descoloridos y los siga besando como la primera vez que lo hice. Dime que te gustaría que una noche nos atiborráramos de vino y aceitunas, que yo te invito a quemar La Latina. Dime que quieres volver a verme tocar la guitarra, porque yo me muero de ganas de escuchar otra vez a Mozart saliendo de tus pulmones. Dime que no quieres ir a conciertos si no es conmigo, porque sabes de sobra que cada vez que vamos a uno con otras personas nos lo pasamos pensando el uno en el otro. Dime que aún piensas que conmigo todo es más intenso. Dime que sigues queriendo tener una cama en una terraza andaluza para que durmamos en ella las noches de verano. Dime que quieres volverte a romper en mil pedazos otra vez. Dime que quieres todo el zumo de mi corazón, Señora de las Alturas. Dime que me odias, aunque sea sin ninguna razón objetiva, pero dime algo. O dime mejor que me amas aunque te niegues a estar conmigo y sea la última vez que lo escuche de esos labios rojos que me vuelven loco. Di algo, lo que sea, necesito perderme en tu acento otra vez, toda la vida, hasta el día en que me muera.

Si, pese a todo, te negaras a decirme algo, te pido que al menos le digas a la gente que quiero que me entierren con un ejemplar de *La chica de Los Planetas*; así podré tenerte cerca cuando ya no seamos nada.

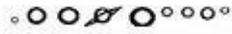
Di algo, lo que sea, necesito perderme en tu acento toda la vida hasta que me muera.



365 DÍAS CON LA CHICA DE LOS PLANETAS



I. PRELUDIO



«La había conocido muy poco antes. Llegué a considerar esa casualidad una forma de predisposición, un modo de salvarme por medio de la mente de otros».

PAUL AUSTER

RONDÓ

Esto es una locura. Definitivamente, todo se me ha ido de las manos. Si alguno de mis lectores entiende exactamente qué coño estoy haciendo y cree firmemente que estoy mal de la cabeza y que necesito algún tipo de ayuda, por favor, que no venga ahora mismo a mi casa y me traiga unas cervezas como el típico amigo de peli americana que siempre llama a la puerta de su colega que está destrozado en el momento más necesario de su vida porque está al borde de morir en el sofá por un empacho de tristeza. Nunca ha dejado de impresionarme un detalle así en ese tipo de películas. ¿No os habéis preguntado alguna vez cómo lo hacen? Es decir, ¿cómo aparece ese colega de la nada en su coche americano con unas cervezas de puta madre para emborracharse con su amigo y borrar las penas? ¿Cómo sabe que su amigo está jodido y, sobre todo, cómo llega tan pronto a su casa unos minutos después de la desgracia? No lo sé. Hay preguntas que no tienen respuestas y si las tienen no somos capaces de descubrirlas. En la vida real, lo que sé es que las cosas no funcionan así del todo, porque lo que yo hago normalmente cuando estoy triste es atiborrarme con mi amigo Ripoll a Donuts Fondant o a cualquier tipo de aperitivo salado. Y lo hacemos sin decirnos que estamos jodidos, fingiendo que no pasa absolutamente nada, pero ahí estamos, codo con codo, matando la pena, llenando el estómago. Bueno, en realidad él nunca está triste, o al menos cuando lo está no se le nota. Es una de las personas más alegres que conozco, sabe hacerte reír con una frase de tres palabras, y hace que veas que en realidad no hay nada tan grave en esta vida, ni siquiera la muerte o la enfermedad más puta. Y todo ello lo consigue sin cervezas de película.

Lo dicho: si alguno de vosotros cree que estoy jodido y sumido en una enorme pena, o que llevo desde hace tiempo contando una historia de desamor, que pare ahora mismo de leer y tire el libro a la basura, o mejor, que se lo regale a alguien que lo entienda. No estoy triste. No necesito cervezas que disminuyan el impacto de la caída porque no existe tal caída. Ni siquiera hubo un precipicio. Ha habido momentos duros, pero, cuando sabes que estás haciendo lo correcto y con un fin que estás convencido de que es bueno, no existe ningún tipo de dolor terrenal o sentimiento de culpa. Soy de esas personas que creen en eso de que «la verdad os hará libres». Yo llevo siendo libre desde hace unos cuantos años, y alcancé la plena libertad el día en que Pablo Álvarez y Mónica Adán, mis editores, me dieron la oportunidad de publicar mi historia. Es una historia real llena de verdades: un pasaporte directo al entendimiento y al amor para todos aquellos que la han escuchado de mis labios o

leído en ese libro que hoy aguarda en cada librería a que alguien lo compre y vuelva a darle vida.

No os equivoquéis, me gusta leer ficción. Me encanta leer historias que jamás podré vivir y convertirme en personas que jamás podré ser. Todo lo que leo, por muy fantástico que sea, me gusta leerlo pensando que es verdad, que existe lo narrado, aunque la historia trate de dos extraterrestres de un planeta inexistente que se aman con locura y quieren irse a vivir a la Tierra. Si los personajes son excepcionales, ¿qué más da si es imposible que existan? A mí, al menos, me da exactamente igual. Yo leo para aprender y emocionarme con las palabras que mi cerebro procesa, no busco más sentido a la lectura que ese.

Y, sin embargo, esto no impide que escriba sobre cosas reales, que la historia de amor que os cuento sea de verdad y que me base en las cosas que vivo a diario para poder escribir. Es más, me resultaría imposible inventar una historia desde cero. Nunca lo he hecho. Nunca he escrito un relato empezando desde la nada absoluta. Siempre recurro a una historia vivida, a mi niñez, a mi adolescencia o a las calles de esta ciudad que a veces me mira con desprecio y otras con el afecto de una madre que mataría por sus hijos.

Tuve la necesidad de contar una historia personal y lo hice sin ánimo de nada. No quería ser conocido. No quería tener un blog de éxito. No quería escribir un libro. No quería que la gente me llamara escritor. No quería que me reconocieran por la calle. Lo único que quería era que mis palabras las leyera la persona a la que amo, para que nunca olvide todo lo que un día vivimos juntos. No ha sido fácil en ningún momento. Sin ir más lejos, ahora mismo me cuesta escribir estas palabras; cada vez que me siento a contaros todas las cosas que me ha supuesto este amor, las pulsaciones se me disparan y experimento la certeza de estar contando algo muy grande. Así ha sido siempre, independientemente de lo cerca o lejos que ella se encuentre. Tengo el alma oxidada de tanto sentir y el corazón con agujetas de tanto bombear. Lo prometo. No es un recurso literario. Es una verdad plena.

No es fácil contar una historia en la que la chica a la que quieres y tú mismo sois los protagonistas. Es decir, si Tarantino o Alfred Hitchcock aparecen en una de sus películas aunque solo sea durante tres segundos o soltándose un discurso de lo que sea, automáticamente se convierten en los putos amos. Si yo cuento mi propia historia en un libro, se me puede llegar a catalogar de mil cosas, y no todas buenas. Está claro que no me puedo comparar con ellos, pero decidme una cosa: ¿acaso la literatura, el cine, el teatro, la pintura y la música no hablan siempre, en el fondo, de sus creadores? Definitivamente sí, lo que no significa que esté bien visto. De hecho es algo que se ve fatal. Por lo menos a mí me han dicho de todo.

Nunca he terminado de entender el término «Desamor». Cuando tengo dudas con el significado de una palabra, la busco en el diccionario. Lo hago porque se supone que

es lo que hay que hacer y porque siempre se lo he visto hacer a mi padre, desde pequeño, y él siempre me ha dicho que es la mejor forma de resolver dudas de significados cuando estas se nos presentan, aunque yo realmente no estoy muy de acuerdo con las definiciones que los diccionarios a veces destinan a ciertas palabras. Según el DRAE, el desamor es «falta de amor o amistad. Falta del sentimiento y afecto que inspiran por lo general ciertas cosas. Enemistad, aborrecimiento». Si en verdad el desamor existe y significa eso, yo no tengo nada que ver con ello, pero mucha gente se empeña en identificarlo con mi historia.

Cuando estaba terminándose de editar mi libro, Pablo Álvarez propuso acompañar todos los ejemplares de una faja con el titular de un prestigioso suplemento de moda en el que me habían hecho una entrevista. La faja de Pablo decía simple y llanamente: «Vive una historia de amor». Pues bien, a pesar de ponerlo en mayúsculas, con letras blancas sobre fondo rojo y bien clarito, hay quien sigue empeñándose en describir *La chica de Los Planetas* como una historia de desamor. Si yo fuese un moderno de esos, ahora mismo pondría la estupidez del «WTF».

Me ha pasado también en algunas entrevistas, y siempre me quedo un poco tibio, porque no sé exactamente en qué se basan para decirlo. De hecho, suelo preguntarme si de verdad se habrán leído mi libro, si no se estarán guiando únicamente por esos *tuits* míos en los que me pongo nostálgico. Lo que está claro es que no han leído la definición del DRAE, porque, si no, no lo catalogarían de esa manera. ¿Qué es para ellos el desamor? ¿Alguien lo sabe o es una palabra que utiliza la gente sin conocer su significado, como hacen algunos políticos con ciertas palabras y ciertos conceptos? Ni idea. Lo único que sé es que yo escribí un libro enamorado hasta las trancas. Fin.

Pero, siguiendo con el argumento de Tarantino y Hitchcock, pienso en series en las que veo tres clases de tramas distintas y solo quiero quedarme con una. Por un lado está *Lost*, donde haces cosas para sobrevivir con un objetivo que crees que es salir de la isla pero luego te das cuenta de que no, de que eso no es lo que quieres y acabas queriendo volver a allí porque prefieres que tu vida esté repleta de cosas sobrenaturales y dejar de sobrevivir en el mundo en el que siempre te ha tocado estar. En cambio, si nos fijamos en *Walking Dead*, eres un personaje en un mundo hostil donde no sabes dónde coño ir y tu vida tiene un sentido absolutamente nulo ya que solo tienes que sacar tu instinto de supervivencia en el sentido más estricto de la palabra y huir de personas que ya no son personas, son trozos de carne que por cierto dan un miedo de cojones. Por último, si eres más de *Breaking Bad* directamente estás jodido porque entras en un bucle de mentiras que te acaba convirtiendo en un asesino. Flipas. Da miedo pensar que eso puede suceder en cuestión de un capítulo de tu vida. De todas esas tramas yo lo que quiero es ser un guardián de la isla, aunque sea solo unos minutos, como le pasó a Jack Shepard. Me quedo con eso. Quiero guardar ese

tesoro que se esconde en el centro de la isla y oculta toda la luz buena del mundo y que solo yo conozco a pesar de que todos creen conocerla. Yo quiero ser su guardián, habitar su cuerpo entero y esconder todos los secretos que tiene su alma.

Llevo mucho tiempo preguntándome cuál fue el momento exacto en que mi vida cambió para siempre y puse patas arriba mi universo personal sin ser consciente de la repercusión que aquello podía tener. Mi miserable corazón suele responderme que empezó cuando decidí contar en un blog todo sobre el amor de mi vida. En cambio, mi cerebro, que es más inteligente, suele decirme que no, que se me fue de las manos desde el día que la conocí y me volví completamente loco por ella, y que fue en ese momento cuando se inició este intenso vaivén entre la guerra más sublime que haya vivido nunca y la paz más brutal que jamás haya podido sentir. Sin embargo, mis tripas no se tragan ninguna de esas dos teorías: son más tozudas que un corazón enamorado y un cerebro que trata de ser inteligente juntos, y me dicen que se me fue de las manos muchísimo antes. Tienen los cojones de decirme que todo empezó el día que ella nació y que llegó a su culmen el día de mi nacimiento, porque desde ese momento todo se alineó para que un día nos conociéramos. Había un plan establecido. Una serie de sucesos que viviríamos cada uno por separado para terminar conociéndonos cuando de verdad estuviéramos preparados para ello. A menudo pienso que todos los momentos que he atravesado, desde los más insignificantes hasta los más grandes, los he tenido que vivir para llegar hasta ella. Pienso en momentos de mi vida cuando aún no la conocía y trato de imaginar dónde estaría ella en ese preciso instante, en qué estaría pensando, qué le sucedería y si ya tendría en su cabeza la idea de venir a vivir algún día a Madrid, donde después yo me cruzaría con ella para descubrir que era la persona que llevaba esperando toda mi vida sin saberlo. Porque así fue. A veces el mundo se detiene como en las películas cursis, a pesar de que la mayoría de las veces la gente se conoce y punto. Entablan una relación basada en estupideces, profundizan cero en sus almas y pasan los días cómodamente instalados en una realidad edulcorada que luego resulta una mierda. Yo tengo la fortuna de haber visto cómo el mundo es capaz de detenerse por un acento, por una sonrisa, por una chica que era capaz de hablarme mientras reía a carcajadas y se colaba en mi cabeza con el objeto de conocerme y comprenderme. Y lo que más me impresionaba es que todas esas cosas era capaz de hacerlas a la vez.

El día que nos conocimos ninguno de los dos estábamos preparados. Su mundo se me vino encima y yo derrumbé el mío sobre sus ojos. Fue un terremoto que no ha parado de temblar desde el minuto uno hasta el mismo momento en que estoy escribiendo esta frase que termino con un punto y seguido. Lo mejor de todo es que sobrevivimos a todas y cada una de sus sacudidas y aún seguimos controlándolas; algo que me indica que nada será capaz de vencernos y que saldremos vivos y juntos de todo esto. Por esa razón estoy escribiendo estas palabras que formarán un libro.

Me costó decidirme a empezar a escribirlo; no me atrevía. Me faltaban fuerzas para sentarme delante del ordenador y poner por escrito todo lo que necesitaba contar.

Durante algún tiempo temí que la publicación de *La chica de Los Planetas* afectara a mi creatividad, y es verdad que cuando el libro salió a la calle creí que habría de buscar otro tema sobre el que escribir, pero una semana después la chica de Los Planetas apareció de nuevo en mi vida. En realidad nunca se había ido. Y entonces me di cuenta de que quizá podría empezar a escribir la segunda parte de mi historia.

Escribir de nuevo sobre ella me resultaba complicado. Como sabéis, las cosas con ella siempre van despacio. Me río yo del dicho: «Las cosas de palacio van despacio». Los cojones. Con ella sí que van despacio, van lentísimo. Pero es que además no sabía cómo hacerlo. No sabía si *quería* hacerlo. No sabía cómo plantear la historia, ni si era lo correcto. No sabía si mis palabras podrían volver a conmover a alguien y, sobre todo, si ella querría volver a leerlas y si al leerlas se daría cuenta de lo idiotas que somos por no estar juntos. ¿Sería mejor dejarlo estar y contentarme con el revuelo que había causado mi primer libro?

La decisión la tomé en enero de este año, cuando quedé con la escritora Elísabet Benavent para invitarla a participar en una de las presentaciones del libro que hice en la Fnac de Callao. Estaba deseando tener la oportunidad de conocerla y aprender cosas de ella y de este oficio tan antiguo y complicado. Además, Elísabet se había leído mi historia y le había parecido acojonante; me había contado por Twitter que tanto ella como su marido, Óscar, la habían devorado en cuestión de días, y tenía miles de preguntas sobre la chica de Los Planetas, sobre su personalidad, sobre su hermetismo, que quería discutir conmigo.

Propuso que nos viéramos en Malasaña, y yo me ofrecí a llevarla al bar al que iba siempre con la chica de Los Planetas, así que quedamos un miércoles a las seis y media en Bilbao, junto al Café Comercial, y fuimos a la Lolina. Allí, entre copas de vino, me contó que en su casa mi historia había sido objeto de debate en las cenas con su marido Óscar. Me hizo mucha gracia. Me parecía increíble estar allí sentado, hablando tranquilamente con una escritora que vende miles de ejemplares y que tiene un ejército de seguidoras que serían capaces de cortarme la cabeza por estar en mi lugar. Una de las primeras cosas que me dijo fue: «Escribes como quieres», y enseguida le dije que sí, que era verdad, que escribía como me daba la gana, tal y como hablaba, sin pensar en florituras ni importarme que la gente pudiera saturarse con tanto «puto» y tanta palabra malsonante. Pero ella me paró rápido los pies y me explicó que no se estaba refiriendo a eso, que en Valencia, de donde es ella, esa expresión significa que uno escribe más que bien. No sabéis lo halagado que me sentí al escuchar eso de una persona que lleva ya unos cuantos libros a sus espaldas y que me da mil vueltas en lo que a escritura se refiere. Ella sí que escribe como quiere.

Entonces discutimos sobre mi próximo proyecto, y me preguntó si sería capaz de inventarme una historia para hacer una segunda parte de mi libro aprovechando el

éxito que había logrado, a lo que yo respondí con un rotundo «no». No me iba a inventar nada, no sería capaz de hacerlo, pero después de la publicación del libro había vivido cosas nuevas con la chica de Los Planetas y empezaba a tener ganas de compartirlas por escrito. Elisabet me animó enseguida, diciéndome que si sentía que la historia con ella aún no había acabado siguiera escribiendo hasta notar que verdaderamente tenía punto y final, al menos de cara al público. A mí se me hizo un nudo en las tripas. Aquel era precisamente el consejo que necesitaba para decidirme a sacarme de nuevo el corazón y exprimirlo al máximo con mi mano diestra hasta obtener de él todas las cosas que siento por mi andaluza, esa chica de pelo infinitamente largo que me ha vuelto loco en el sentido más positivo de la palabra, si es que estar loco tiene algo de bueno.



CALLA Y ESCRIBE A GRITOS

Nunca he sido de contar nada. Me considero un tipo reservado que no tiene necesidad alguna de largar sus penas ni sus alegrías a nadie. Hablar de mí me gusta más bien poco y lo hago siempre lo justo, a veces ni eso. No soy un tipo callado, de hecho hablo mucho, pero no me gusta abrirme demasiado, y básicamente creo que es porque, si lo hiciera, me encerrarían en un centro de rehabilitación mental. Cuando era pequeño alguien debió de llamarme loco o estúpido al contarle mis inquietudes, y desde entonces no he vuelto a compartir lo que siento con nadie. A la gente le gusta mucho opinar. Suele creerse más lista que tú, con más experiencia y con derecho a juzgar cualquier cosa que hagas. Pero toda esa gente está bien jodida. Me refiero a que llevan unas vidas bastante mediocres, sin aspiraciones, y tienen esa necesidad de sentirse mejor echándote toda su mierda sobre la cabeza para que tú también seas uno más del montón. No quiero montones. Siempre he querido alejarme de aquellas personas que te señalan con el dedo en vez de señalarse ellos sus propias almas putrefactas.

Ahora la gente me señala y dice: «Mira, ese hizo eso por una chica» y, si no me señalan o no lo verbalizan, me lo dicen con los ojos. Ya nadie me ve a mí, nadie ve a la persona que había antes, la ven a ella, a la chica de Los Planetas. Supongo que eso es bueno. Ahora no soy nadie: soy ella, y en realidad eso me hace serlo todo: me hace sentir infinitamente grande y capaz de lograr lo que me proponga.

Ser ella es algo que deseé desde que la vi por primera vez, para así conocerla como nadie la conocerá jamás. Hoy puedo decir que lo he logrado y que estoy más vivo que nunca gracias a todas esas personas que me señalan, gracias a sus juicios certeros o no. Y es que al señalarme me juzgan, y os aseguro que es la mayor crítica a la que me han sometido nunca y me someterán jamás en este mundo, y si hay algún creyente que esté leyendo estas páginas quizá me llame hereje, pero, si nos ponemos metafísicos, escatológicos y bíblicos, mi juicio final ya tiene una buena parte ganada. Para el mío no necesitaré abogados, pues parece que de lo que se nos examina es del amor.

Mi carácter reservado empezó a resquebrajarse el día que ella apareció en mi vida. Fue algo instantáneo. Desde el primer momento decidí hablarle a todo el mundo de ella. En realidad no fue una decisión, me salió solo. Algo dentro de mí brillaba como nunca había brillado antes y necesitaba compartirlo, quería que todo el mundo se empapara de lo que estaba sintiendo. Necesitaba gritarlo. Os aseguro que el día que la conocí hubiera vuelto a casa bailando claqué mejor que Gene Kelly en

Cantando bajo la lluvia, pero hacía un sol de cojones y no pude pisar ningún charco ni subirme a una farola con un paraguas. Ante esa frustración, lo que me quedó fue contarles a todas las personas con las que me crucé que había conocido a la mujer de mi vida. Me refiero, obviamente, a mis amigos. No estoy tan colgado como para ir por la calle diciéndole a todo el mundo lo que me acababa de ocurrir. O al menos entonces aún no lo estaba. Porque luego me abrí un blog y escribí en él buena parte de mi historia con ella. Así fue como empecé a escribir a gritos.

Pero aquel día al primero que se lo conté fue a mi amigo Nacho, por supuesto. Se lo dije por Whatsapp y, de entre todas las cosas que me respondió, solamente recuerdo que me dijo que aquella forma de conocernos era muy de película o de series del tipo *Cómo conocí a vuestra madre*. «Ojalá —recuerdo que pensé—, ojalá sea un día la madre de mis hijos». En aquel momento no se lo dije, pero durante los últimos tres años se lo he repetido muchas veces. Siempre he tenido las cosas muy claras, y hay gente que me mira como si por esa manera que tengo de ver la vida, de querer hacer únicamente cosas que me apasionen, estuviera destinada al fracaso. Vaya panda de pringados. ¿Estarán muertos? Seguro que sí.

A ella siempre le dio miedo que yo tuviera las cosas tan claras, hasta el punto de alejarse de mí, por muy paradójico que resulte. Yo siempre he sido así, pero desde que vi sus ojos por primera vez me di cuenta de que estaba destinado a algo grande y de que iba a jugar un papel fundamental. Eso me lo callé aquel 30 de noviembre de 2011, el primer día de los más de 365 que hemos vivido juntos. Me lo callé porque temía que saliera corriendo, pero después tardé muy poco en decírselo. Es una auténtica gilipollez callarse. A menudo pienso que el mundo está demasiado callado, que ya nadie es capaz de decir las cosas cuando hay que decirlas, y yo el primero, no os creáis. No somos conscientes de hasta qué punto podemos arruinar nuestra vida cuando callamos algo que otra persona en realidad se muere por escuchar. Pero, ojo, hay que tener cuidado, también es fácil joderlo todo por decir lo primero que se nos pasa por la cabeza. Cuando se sueltan ese tipo de cosas que en realidad no sentimos, el orgullo tarda luego mucho tiempo en rendirse y en reconocer el error. Y, entonces, o desapareces del mapa y mueres a continuación, o pides perdón por ser tan gilipollas. Todos hemos optado alguna vez por la primera opción, pero también hemos sabido disculparnos con la sinceridad y la humildad que dicho acto requiere. Yo trato de ser sincero conmigo mismo y de hacer aquello que realmente quiero, eso que está ahí esperando a que dé el paso definitivo. Es la única manera de sentirme libre.

Con la chica de Los Planetas pequé de las dos cosas; muchas veces me callé cuando hablar era determinante, y otras veces (aunque menos) le dije alguna estupidez para desaparecer del mapa y morir. Ella quizá pecara más de este tipo de situaciones. En cualquier caso, hubo una vez que me rendí y ella en ese momento se decepcionó como nunca. Ese fue el mayor error que he cometido en esta historia, ese y callarme a partir de entonces lo que creía que ella estaba deseando escuchar. Si

tomé esa postura de repente fue por probar a hacer las cosas de otra manera, porque estúpidamente pensé que había llegado el momento de que la que tenía que expresar sus sentimientos era ella. Error. Cada persona es un mundo y cada persona hace las cosas a su manera. El hecho de que tú hagas algo de una forma no significa que la persona a la que quieres deba hacerlo exactamente igual que tú. De hecho eso sería un puto coñazo. Yo cometí errores que asumo.

El caso es que no pasó mucho tiempo desde que la conocí hasta que le dije que yo haría algo grande gracias a ella. Bajábamos cada día desde la Facultad de Derecho atravesando la Ciudad Universitaria con la fuerza de un terremoto. Solía acompañarla hasta Moncloa. Me encantaba recorrer esa distancia mientras nos contábamos cualquier cosa que nos hiciera vibrar por dentro. Éramos capaces de desmenuzar cada palabra y de saborear nuestra forma de hablar, nuestros acentos tan distintos que recíprocamente nos llamaban la atención e incluso nos excitaban. Su acento de Jaén siempre me hacía temblar por dentro. Su forma de comerse las eses o de confundir la ele con la erre y sus expresiones para mí totalmente desconocidas me volvían completamente loco y me daban ganas de morderla. Ella era comestible. Con ella descubrí que había personas que podían sustituir perfectamente a un plato de comida. No sé si ya habréis escuchado la expresión de «comerse a una persona como si fuera un postre». Menuda chorrada. Ella era más que eso. Ella podía ser el aperitivo, un primer plato, un segundo, el postre y varias copas de vino tinto.

Un día, haciendo nuestro recorrido habitual de vuelta a casa después de clase, me preguntó a qué me dedicaría una vez acabada la carrera. Ella entonces tenía unas inquietudes profesionales totalmente distintas a las de ahora, quería ser abogada de Estado. Yo, en cambio, a riesgo de que pensara que no tenía ni puta idea de qué hacer con mi vida, le dije lo que ya intuía: que no quería dedicarme al derecho por nada del mundo, que me había metido en esa carrera por tradición familiar y porque creía que me estructuraría bien la cabeza. En realidad, eso de la estructura lo decía siempre mi madre, yo me había aprendido bien la copla para soltarla cuando alguien me preguntara por qué estaba estudiando esa carrera. Le dije que aún no sabía qué iba a hacer con mi vida, pero que estaba completamente seguro de que haría algo grande. Ella me miraba sorprendida, pero su sonrisa no se le borraba de la cara, lo que me hizo intuir que de una forma u otra le gustaba lo que acababa de escuchar. Con su acento maravilloso me respondió: «Muy bien, hijo mío, pues a ver si te vas aclarando y acabas haciendo algo grande». Y lo cierto es que sí. Tres años más tarde escribiría un libro hablando de ella, aunque en aquel momento no sospechaba nada de nada, ocupado como estaba en reprimir las ganas que tenía de comérmela a besos.

Aún tuvieron que pasar algunos días para que nos convirtiéramos al canibalismo de forma plena. Cuando nos hicimos caníbales, no podíamos parar ni un solo segundo de saborear nuestras pieles. Por supuesto, jamás lo hicimos público. En el Código Penal estudiamos un artículo que lo recogía, y no entraba en nuestros planes que nos encerraran en la cárcel a una edad tan temprana. Por eso, todas y cada una de las

veces que nos comimos, lo hicimos a escondidas, sin que nadie nos viera. Quizá esa sea la razón por la que hicimos tan nuestra la canción de Iván Ferreiro «S. P. N. B.» desde la primera vez que nos besamos.

En realidad me besó ella a mí. Yo nunca la besé primero. No me atrevía a hacerlo. Siempre me dio miedo que rechazara mis labios, no me preguntéis por qué. Y cada vez que nos alejábamos y luego nos volvíamos a acercar, era ella la que terminaba con la tensión que había entre nosotros e iniciaba la guerra de mordiscos y besos. Siempre se quejaba de ello, y es normal, lo entiendo perfectamente, pero siempre hubo algo ahí diciéndome que esperara a que fuera ella la que empezara, y que después fuera yo el que me encargara de darle los mejores besos que le hayan dado nunca.

Quizá para compensar, yo no me callaba nada. Notaba algo muy vivo en cada palabra que salía de mi garganta; sentía que pensaba y compartía con ella las cosas más reales que había dicho nunca. Para que os hagáis una idea, más adelante, cuando ya teníamos más confianza y llevábamos un tiempo sin disimular lo que sentíamos el uno por el otro, le dije una cosa que la dejó algo descolocada una mañana en la facultad en la que ella andaba agobiada con un asunto de unos exámenes, un cambio de profesor, una entrega de una práctica o algo parecido, he olvidado el motivo exacto. Estábamos entrando en la biblioteca, y me pidió consejo.

—¿Tú qué piensas? ¿Qué crees que tengo que hacer?

Y yo, que pienso poco las cosas porque mi madre hacía tiempo que me había enseñado que el que piensa pierde, le respondí:

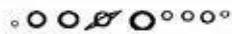
—Pues yo creo que lo que deberías hacer es casarte conmigo.

Imaginaos la situación, ella agobiadísima con un asunto serio de la facultad, y yo soltándole esa chorrada, que en el fondo no era una chorrada, lo decía totalmente convencido, aunque no nos fuéramos a ir en ese momento a una iglesia o a un juzgado a casarnos inmediatamente..., o sí. Recuerdo que ese día ella llevaba sus pitillos verdes con estampado de camuflaje y una americana sobre una blusa que hacía que me volviera jodidamente idiota al mirarla. ¿Sabéis eso de cuando una chica guapa te está hablando y tú estás tan atontado que no prestas mucha atención a lo que te dice durante un lapso de tiempo que suele durar unos diez segundos? Pues eso me pasó ese día y me pasaba mucho con ella. Bueno, me pasa todos los días que la veo, e incluso me pasa cuando me la imagino. A menudo me quedaba atontado mirando lo guapa que estaba, cómo iba vestida y el baile de su pelo largo, cuyas puntas se perdían más allá de su cintura. Pero no me voy del tema, que siempre que me pongo a hablar de su pelo me desconcentro totalmente y me pongo pesado. En vez de cogermelo del cuello y matarme allí mismo, me dijo:

—¡Calla, que estás más loco que nadie y me vas a acabar volviendo más loca de lo que ya estoy yo! —Y me dio un abrazo de esos que son capaces de hablarte.

Era imposible callarse con ella. Yo no me callaba nada. Su naturalidad me impedía aplicar cualquier tipo de filtro. Hay momentos de la vida, y sobre todo

sensaciones, que son como los truenos. Irrumpen de repente, te asaltan con un sonido bestial que te acojona pero a la vez te hace sentir poderoso, y no se puede silenciar su estruendo: es imposible hacer callar a un trueno, escapa totalmente a nuestro control. Yo no me callaba nada y, cuando me quedé sin voz, empecé a escribirlo todo a gritos.



DELITOS SIN PENA

Hubo un tiempo en el que cometí infinidad de delitos con ella. Los tres principales fueron la telepatía, el canibalismo y la estupidez humana. De los dos primeros siempre salimos impunes, pero por el último tuvimos que pagar multas no pecuniarias basadas en el dolor y la pena. Nos libramos de ir a la cárcel de milagro.

Hace siglos, hablar de telepatía era como hablar de un delito, de un asunto de magia negra. Aún ahora, si se menciona te miran raro pensando que algo no te funciona correctamente en la cabeza y que estás medio gilipollas. Nosotros dos fuimos telepáticos prácticamente todos los días. Fuimos capaces de comunicarnos sin palabras. Nos gustaba usar la telepatía porque nos hacía sentir invencibles. Claro que no la controlábamos, ni la llegaremos a controlar jamás. No podíamos decidir cuándo queríamos utilizarla. Pero, ojo, no penséis estupideces y cosas imposibles de cuentos de Harry Potter. Estoy hablando de algo real: la telepatía escoge y señala a dos personas y a partir de ese momento eres capaz de sentir si la otra persona está jodida o si piensa en ti; puedes escuchar las palabras que no te dice, leer sus ojos, sintonizar las canciones que tiene su risa e incluso pensar y sentir las mismas cosas que ella, al mismo tiempo, sin necesidad de estar en el mismo espacio. La telepatía existe pero jamás podrá explicarse en un libro, ni de tú a tú a una persona. Los que la practicamos lo hacemos en secreto; no podemos contárselo a nadie porque nos quemarían en la hoguera como a brujas y nos convertiríamos en los nuevos herejes del siglo XXI. No habría quien nos creyera. Yo, pero no se lo digáis a nadie. No quiero tener problemas con la justicia.

Algo que tampoco he contado nunca es que una vez volé cuando era pequeño. Tendría cuatro años. Jaime y Carmen, mis amigos de clase, me dijeron que podríamos volar si chupábamos unas hojas y unas piedras que habían cogido del suelo del patio, algo que yo por supuesto me creí. Los tres chupamos aquello y lo escupimos enseguida. El sabor de las hojas no me disgustó, porque me recordó a una mezcla de romero y tomillo. Las piedras en cambio sabían a piedras. Nunca antes las había probado. Nunca las probéis. Lo siguiente que recuerdo es que volamos por encima del colegio y que nadie nos vio. Jamás lo contamos porque nunca nos hubieran creído. Lo mismo sucede con la telepatía. Jamás le hemos contado a nadie las cosas que nos suceden cuando la experimentamos. Es algo tan especial que lo disfrutamos juntos (aunque a veces también a kilómetros de distancia, sin saber nada el uno del

otro); nos volvemos locos y guardamos esa sensación para nosotros. No seríamos tan idiotas como para compartirlo con los demás.

Bueno, puede que yo sí esté siendo un poco idiota, porque, como sabéis, yo sí que os estoy contando cosas que he vivido con ella y que son inexplicables. Ella, en cambio, las guarda en el pecho y solo las comparte conmigo. Cuando eso sucede, cuando recordamos cada una de las historias que hemos vivido juntos, solemos acabar llorando de alegría y sintiéndonos tan a gusto que estaríamos dispuestos a morir en ese instante con tal de mantener siempre la maravillosa conexión en la que entran nuestros corazones y nuestros cerebros. Y es que nuestros corazones siempre han latido al mismo ritmo, pero tenemos unos cerebros que funcionan de forma totalmente distinta. Por eso somos tan opuestos en infinidad de cosas. No hay que ser Einstein para intuirlo. Incluso la chorrada esa del vestido azul y negro, o blanco y plateado la vemos cada uno de forma distinta. En todo este tiempo he escuchado tantas teorías sobre los dos que no me extrañaría nada que empezaran a escribirse tesis universitarias sobre las razones por las que no terminamos de estar juntos.

No os creáis que tuvo que pasar mucho tiempo para que nos diéramos cuenta de que a pesar de nuestras diferencias nos habíamos convertido en la misma persona. Sucedió tres meses después de conocernos, cuando en las escaleras que subían a su piso, me besó hasta hacerme sangre. «Soy un poco bruta, perdona, pero es que nadie me hace sentir como tú, y me resulta muy difícil controlarme contigo».

Yo, al escuchar aquello, sonreí. Supongo que sonreí con cara de idiota. Después de besar a una persona durante un buen rato esa es la única cara que uno puede tener, de idiota o de yonqui, como solía decir ella. Hace ya bastante que esa cara no la he vuelto a tener y os aseguro que a veces es frustrante. Daría todo lo que poseo por tener cara de idiota gracias a ella aunque solo fuera unos minutos. Lo que daría por volver a besar cada rincón de su cuerpo, por volverla a sentir removiéndose bajo mi piel como un ágil dragón de escamas ardientes que siempre acababa tirándome sobre el colchón y subiéndose encima triunfal, con el gesto en la cara lleno de alegría y los brazos abiertos, en un aviso serio del mordisco que se avecinaba.

Aquel primer mordisco en la oscuridad de las escaleras de su edificio lo sentí como el pinchazo del pequeño alfiler que se te clava siempre que abres una caja de costura en busca de un botón, un imperdible o cualquier otra que cosa que no sea un alfiler. Dolió un poco, pero la verdad es que mereció la pena. Me llevé la mano a la boca cuando noté el sabor de la sangre, y, antes de que pudiera decir algo, ella acercó su boca a la mía y me besó con fuerza durante varios segundos. Después se apartó para mirarme a los ojos, bajó los suyos a mi boca, la tocó con dos dedos y volvió a besarme. Nuestra saliva se mezclaba con la sangre. Ese día mi sangre se convirtió en ella. Entré en su cuerpo y allí me quedé para toda la vida, convertidos en una misma persona. Aquello fue nuestro primer brote de canibalismo. Después vinieron muchos

otros, a cual mejor.

He dejado a propósito para el final el tercero de los delitos de los que os hablaba. La telepatía y el canibalismo no fueron nada en comparación con el de la estupidez humana. Lo peor es que nos atrevimos a cometerlo repetidamente y alargamos su pena durante semanas, incluso meses.

La estupidez humana es arrogante, orgullosa y te deja completamente ciego. Se suele presentar vestida de chaqueta, perfumada, esbozando una sonrisa que engaña. La estupidez humana te seducirá sin que te des cuenta si no sabes darle la espalda antes de que empiece su cortejo. A nosotros dos nos engañó en muchas ocasiones, poniéndonos de su parte en los momentos más cruciales de nuestra historia. Fuimos muy estúpidos.

El verano del año en el que conocí a la chica de Los Planetas fue la primera vez que nos dejamos aturdir por la estupidez humana. Ya nos había atacado varias veces, pero hasta entonces siempre habíamos logrado vencerla en un par de días, volviendo todo enseguida a la normalidad. Aquella vez fue distinta, nos secuestró durante un largo periodo de tiempo que a mí se me hizo bastante pesado y doloroso.

Las clases ya habían terminado y la chica de Los Planetas acababa de empezar a trabajar en una tienda de la calle Goya que vendía bolsos y accesorios de mujer; nos habíamos estado pateando la ciudad echando currículum para que pudiera pasar el verano en Madrid y que así las vacaciones no nos distanciaran ni un poco. De modo que consiguió aquel puesto en el que tenía horario a turnos, y cuando le tocaba cerrar yo la esperaba apoyado en el escaparate para irnos a cenar juntos a cualquier lado.

Eso hicimos la noche antes de volvernos estúpidos. Yo la había estado esperando fuera de la tienda, con uno de los pies apoyados sobre el cristal del escaparate, en el que tenían colgado un cartel gigantesco que me flipaba: un grupo de fans de los Beatles esperando al grupo, enloquecidas, mientras la policía trataba de contenerlas. Madrid es un infierno en verano, pero hay noches en las que corre un aire que te revitaliza al instante. Aquella noche la ciudad nos estaba regalando una brisa que empezó a jugar con su falda en una especie de danza mágica desde el momento en el que salió de la tienda y echó el cierre metálico. Me resultaba imposible no seguirla con la mirada. La falda era roja, se la había hecho su madre y a mí me encantaba. Era suave, y tan larga que iba rozando la acera, dejando ver a veces sus sandalias, sus pies menudos y el tatuaje con el nombre de su hermana en el empeine. Como siempre, también llevaba los labios pintados de rojo, del mismo color que la falda. Después de cenar le quitaría el pintalabios a besos sentados en un banco junto al Palacio Real.

Habíamos cenado en un sitio de mierda, la típica franquicia de cervezas y tapas. Cenábamos en sitios de todo tipo, baratos o caros, según anduviéramos de dinero, y a veces nos equivocábamos y nos metíamos en lugares en los que la comida no era para tirar cohetes. Yo siempre le preguntaba: «¿Qué te apetece cenar?», y ella solía

contestarme que no sabía, pero que había que ir «a un sitio guay». Y eso intentábamos siempre a pesar de no tener ni un puto duro. Yo daba clases de guitarra en mi antiguo colegio por doce euros la hora y eso siempre era un extra a los veinticinco pavos que me daba mi madre. Cada fin de semana juntábamos lo que teníamos y salíamos rodando de cualquier sitio. Yo solía pagar un día y ella otro, e incluso a veces uno hacía pleno e invitaba durante varios días. Nos la sudaba bastante el dinero en el sentido de que no teníamos en cuenta quién había invitado a quién o si nos «debíamos» dinero. Os prometo que he visto a novios que se invitan a cenar y luego se dicen «me debes cinco pavos» o cosas de ese estilo y se quedan tan a gusto. Patético. Nosotros directamente no nos planteábamos esas cosas. Queríamos vivir (que es todo) y ya. Os aseguro que éramos completamente felices.

Al día siguiente ella no trabajaba y habíamos quedado por la tarde para ir a estudiar a la biblioteca que hay en la glorieta de Iglesia. Madrid empezaba a estar desértico, porque los madrileños huyen a la playa en cuanto llega agosto. «La playa está sobrevalorada», me decía siempre ella, y la verdad es que no me había dado cuenta antes.

Resulta impactante ver una ciudad tan grande con tan poca gente. A ella le sorprendió bastante. Su hermana se había quedado también a trabajar en el Bimba & Lola de las Rozas Village y, para que no se deprimiera en el desierto madrileño, la chica de Los Planetas le decía: «Nena, en la vida vamos a ver la ciudad como ahora, así que tenemos que aprovecharla». Pero se equivocaba, porque aquel sería el primero de otros tantos veranos exactamente iguales, en un Madrid abandonado. La diferencia es que yo ya no estaría con ella.

La biblioteca de la glorieta de Iglesia tenía algo de especial para nosotros. La chica de Los Planetas había estado viviendo allí en una residencia para chicas el año anterior y se conocía bien la zona. Cuando me lo contó, como mis abuelos vivían en la calle Viriato, yo había tratado de hacerle un plano del barrio en el reverso de una de las hojas de mis apuntes de Derecho Civil, pero dibujo tan mal que nos estuvimos riendo un buen rato antes de situar ambas direcciones en el mapa. ¿Quién me iba a decir a mí que, meses más tarde, estaríamos los dos dentro de aquellas calles, a punto de mandarlo todo a tomar por culo?

La biblio de Iglesia está detrás de las dos torretas de la iglesia que hay en la glorieta, en una calle cortada, junto a una sinagoga. Después de estudiar un par de horas, nos rendimos. Al salir, nos sentamos en un banco de la calle Eloy Gonzalo, y después de veinte minutos le dije lo que llevaba comiéndome por dentro desde hacía tanto tiempo. Habíamos cometido el error de ponernos un plazo para lanzarnos a estar juntos. Era bastante patético, porque en realidad era ella la que no se lanzaba.

—¿Te has decidido ya? —pregunté sin más preámbulos.

—No, aún no estoy segura de esto.

—¡Pero si me habías dicho que las dudas ya estaban desapareciendo y que pronto se acabaría este calvario de indecisión!

—Lo sé, pero ahora no lo veo claro y, joder, necesito tenerlo claro porque noto que va a ser una decisión clave en mi vida.

—Pues por esa razón, tía. Si notas eso es que lo nuestro esconde algo grande. Déjate ya de gilipolleces y manda a la mierda todas tus inseguridades.

—Aún no es suficiente. Necesito más tiempo.

Desesperado porque la conversación no llevaba a nada, me levanté del banco y le dije que no volvería a hablar con ella hasta que no se aclarara del todo. Nunca cumplí mi promesa. A la semana siguiente fui a su tienda para darle una sorpresa y regalarle la sudadera con la portada del disco de Los Planetas que había encontrado en una tienda del Low Festival. Seguí sin cumplir mi propósito, porque durante los dos años que siguieron estuve aguantando el tipo sin que ella tuviera nada claro. Solo hubo un momento a lo largo de toda nuestra historia en el que ella se decidió por completo y a mí me pareció tan increíble que me acojoné y lo eché todo a perder. La estupidez humana a partir de aquel verano nos ganó unas cuantas veces más.

Nos fuimos de allí. La acompañé parte del camino hasta su casa y, en la parada del 61 que hay cerca de Quevedo, nos sentamos a esperar mi autobús. Ella estaba seria. Yo también, y además muy quemado por la situación. La pantalla de la marquesina indicaba que el 61 llegaría en un minuto. Entonces nos miramos y, sin decirnos nada, rompimos a llorar, besándonos con una fuerza brutal. Aún se me hace un nudo en la tripa cuando pienso en ese beso. Dijo demasiadas cosas en demasiados pocos segundos.

Subí al bus, piqué el abono de transporte y mientras arrancaba avancé lloroso por el pasillo, viéndola alejarse en la dirección contraria a la que yo me iba. El verano no había hecho más que empezar y para nosotros ya había perdido su sentido; estaba completamente muerto.



¿CUÁNTO ME CONOCES?

Antes de aquello habíamos hecho un montón de planes en los que explotábamos en abrazos, besos y risas. Solíamos quedarnos hablando hasta las tantas de la noche, reposando las cenas gigantescas en su cama, y dormíamos la siesta en su sofá cuando las cenas eran comidas. Hubo un día que recuerdo especialmente porque hicimos las tres comidas juntos. El kit completo de una pareja de tragaldabas, que era lo que éramos a veces, y a mucha honra.

Fue a principios de junio, justo antes de acabar el curso. Nos encontrábamos en plena «Operación búsqueda de trabajo», por llamarlo de una forma bastante poco original que se me acaba de ocurrir.

Yo me había ofrecido a ayudarla con el currículum, porque mi hermano Rodrigo me había enseñado una forma infalible de estructurarlo y quería hacer lo mismo con el suyo. Por mis cojones que encontraría trabajo y se quedaría en Madrid conmigo, y vaya si se quedó, lo que pasa es que después seguimos siendo tan estúpidos de no pasar todo el verano juntos, y luego fuimos aún más estúpidos y no pasamos juntos ninguno de los veranos que siguieron a aquel. Desde entonces le tengo mucho asco al verano, y aún sigo albergando la esperanza de poder pasar un día, el primero de muchos, con ella.

Gracias a aquel currículum pudo quedarse aquí. Luego he descubierto que, salvo por alguna pequeña modificación y las experiencias añadidas, es el que sigue entregando en las empresas. También descubrí que todos estos veranos me echó mucho de menos, pero tuvo que pasar mucho tiempo para que me reconociera aquellas cosas y ahora no os voy a contar eso.

Cuando me dio todos sus datos, me puse con ello y me permití la licencia de añadir sin su permiso sus gustos e intereses personales, que no estaban recogidos en su anterior currículum. Aunque evité poner que era adicta a las aceitunas y al café, sí que señalé que tocaba el clarinete, que tenía el Grado Medio de conservatorio y que le gustaba bailar sevillanas. Personalmente, me encantaba el dato, y, como ella lo sabía, cuando vio aquello me dijo: «Hijo mío, te has quedado a gusto con lo de las sevillanas. Si no lo ponías ibas a explotar».

Siempre me encantaron todas sus inquietudes, y el hecho de que bailara sevillanas me parecía algo prodigioso. Desde que me contó que de pequeña había ganado con su prima varios concursos y me enseñó sus fotos más recientes con el traje de gitana, no había parado de imaginármela con aquel vestido, el sombrero cordobés y la dulzura en cada gesto, bailando sevillanas. Me derretía totalmente.

Unos meses antes la había visto bailar en medio de un pasillo de la facultad con Juan, un compañero que tenía más de cuarenta años y que había retomado la carrera aquel año. Juan también era de Jaén, como ella. Bueno, en realidad había nacido en Linares por tradición familiar, pues por lo visto era costumbre en su casa «llevar a parir a la mujer allí donde están las raíces de la familia». Siempre nos reíamos cuando nos lo explicaba con su acento inequívocamente madrileño.

A pesar de que siempre había vivido en Madrid, a Juan le gustaba presumir de sus orígenes y decir delante de la chica de Los Planetas que él era mejor jiennense que ella. Por eso precisamente habían acabado bailando sevillanas en medio del pasillo de la facultad. El pobre Juan, aunque a su favor diré que se esforzaba muchísimo, quedó desbancado enseguida. Y yo, que aún mantengo la esperanza de acompañarla un día a las fiestas de su pueblo y ver a la chica de Los Planetas vestida de gitana, tuve la suerte de poder admirarla mientras bailaba con sus vaqueros pitillo.

Al repasar su currículum, la mujer que la entrevistó meses después para la tienda de la calle Goya en la que finalmente terminaría trabajando se detuvo en lo de las sevillanas e hizo un pequeño comentario. La chica de Los Planetas me lo contó después, conteniendo la risa, sin reconocer que había hecho bien en ponerlo y sin darme la razón, por supuesto. Minipunto para mí, en cualquier caso.

A ella siempre le costó darme la razón. Parecía que tenía alergia a reconocer que era una cabezona y que yo solía acertar cuando nos poníamos a discutir sobre cualquier cosa. Aunque luego eso fue cambiando y no le costaba tanto reconocerlo. No es que me crea el poseedor de la verdad en todo lo que nos poníamos a debatir, es que coincidió que la mayoría de esas veces, desde las grandes hasta las más estúpidas, estaba yo en lo cierto; más tarde me lo reconocería. Otras muchas veces fui yo el que me confundí, pero siempre se lo reconocía al instante. Ella siempre lo hacía meses después al darse cuenta de que estaba fuera de órbita, y os aseguro que es brutal volver a coincidir con ella y que te reconozca que sí, que al final tenía razón. No es una cuestión de orgullo; se trata de una cuestión de amor. Ver a esa chica que amas irremediabilmente volver a tu lado y decirte con una sonrisa que estaba equivocada es de las cosas más bonitas que ha experimentado con ella. Os lo prometo.

Antes de que la llamaran para aquel puesto, quedamos un sábado para recorreremos todo Madrid y echar el currículum que acababa de prepararle en todas y cada una de las tiendas de la capital. Quedamos en los *hippies* de Goya sobre las once de la mañana, y cuando llegué ya estaba allí (es la mujer más puntual que conozco, pero eso da para otra historia), sentada en un bordillo y releyendo *Ecce Homo*; ella quería debatir ciertos temas del libro conmigo puesto que yo había empezado también a leerlo. Estaba guapísima, como siempre. Llevaba sus pantalones ajustados color salmón con unas sandalias que dejaban ver sus pies pequeños, que yo literalmente adoraba.

Echamos el currículum en todas las tiendas por las que pasamos, salvo en

aquellas en las que decía que se negaba a trabajar. Es decir, si había una tienda en la que la ropa le parecía fea, las dependientas no eran de su agrado a primera vista o cualquier otro elemento se salía de sus esquemas mentales, se negaba a dejarles el currículum. Cada vez que hacía eso, yo por mis adentros me cagaba en la puta, porque significaba una posibilidad menos de que se quedara en Madrid, pero eso no se lo decía, me cuidé mucho de quejarme. En el fondo me fiaba de su criterio, como siempre he hecho. Cuando terminamos de recorrer todo Conde de Peñalver y la calle Goya, la invité a desayunar en el Vips porque ella nunca había probado «el americano». Sí, ese desayuno a base de huevos revueltos, bacon, patatas y tortitas que hay que probar al menos una vez en la vida. Ripoll y yo hemos llegado a pedir dos cada uno el mismo día. Debíamos de estar más tristes que nunca.

Después, con la tripa llena, nos pateamos Fuencarral y la calle Arenal y fuimos a comer a su casa. Sí, a pesar de nuestro gran desayuno, aún teníamos ganas de seguir comiendo. No recuerdo qué comimos pero sí que acabamos completamente llenos, tanto que tuvimos que echarnos la siesta.

Por aquel entonces manteníamos las distancias, pero todo apuntaba a que pronto volveríamos a romper la muralla absurda que a veces nos daba por construir entre nosotros. El caso es que la construíamos los dos. Juntos poníamos las piedras que la levantaban y luego volvíamos, por separado, para mirar por encima del muro para ver lo que estaba haciendo el otro con su vida. Para ver cómo sobrevivíamos el uno sin el otro. Para descubrir alguna señal que nos indicara que la cosa aún no había terminado. Siempre encontrábamos señales que íbamos dejando de alguna forma para no perdernos nunca. Esas señales las poníamos conscientemente, pero también de forma inconsciente, ya que era algo que nos salía de dentro y no podíamos controlar. Necesitábamos decirnos que aún no nos habíamos olvidado y, sobre todo, que seguíamos sintiendo lo mismo que antes de alejarnos. Lo bueno de construir juntos aquellos muros es que los dos conocíamos los planos y teníamos una facilidad asombrosa para trepar por ambas paredes y pasar al otro lado sin temor a caernos o a hacernos daño. Cuando volvíamos a estar cerca, cogíamos explosivos que colocábamos en las bases de los muros de forma estratégica y los reventábamos hasta convertirlos en auténticas ruinas. Seguimos tantas veces ese proceso que ya nos resultaba demasiado sencillo volver a levantar los muros para después acabar con ellos con la misma facilidad. Éramos tan buenos constructores de muros como Nashe y Pozzi, los protagonistas de *La música del azar* de Paul Auster. Normal. Nosotros, como ellos, también compartíamos un vínculo demasiado fuerte, inexplicable y desconocido con los Red Sox: quizá porque también a nosotros nos costaba mucho ganar nuestra propia liga.

Ese día después de comer nos dormimos allí mismo, en el sofá del salón. Bueno, en realidad yo no me dormí. Nunca me dormí las veces que nos echamos la siesta juntos, jamás. Con los ojos cerrados, esperaba hasta que su cabeza apoyada en mi pecho y su respiración profunda me indicaban que había caído rendida y entonces

abría los ojos y me quedaba mirando al techo. Me sentía muy afortunado de estar allí con ella, acariciándole el pelo, que normalmente se recogía en una coleta o en un moño para dormir porque decía que era «peor que un niño», y era verdad; lo tenía tan largo que siempre estaba por medio, incordiando de alguna forma, enganchándose a mi chaqueta cuando nos abrazábamos o metiéndose en la boca cuando nos dábamos besos.

Su pelo había sido lo primero de ella que había llamado mi atención y ella lo sabía. Era plenamente consciente de que lo adoraba y a pesar de ello siempre me amenazaba con cortárselo. «Me lo voy a rapar» decía, y yo le replicaba (medio en broma, medio en serio) que si hacía eso le retiraría el saludo..., pero vosotros sabéis mejor que nadie que nunca sería capaz de hacer algo así.

De modo que allí estaba, disfrutando de su pelo mientras lo acariciaba y me hundía en él para olerlo y besárselo mientras dormía. Volvería atrás si pudiera solo para disfrutar de nuevo de estar tumbado en aquel sofá, con sus brazos alrededor de mi cuerpo y sus piernas perdidas entre las mías.

Nuestras siestas siempre duraban poco por dos razones: la primera y más habitual era que ella se daba cuenta de que yo no estaba dormido y entonces decidía declararme la guerra. La ofensiva empezaba con un mordisco en el cuello y un beso en la boca; lo que venía después os lo podéis imaginar. La segunda razón, que era bastante más aburrida que la primera, solía ser que tuviéramos algo que hacer. Aquella tarde teníamos que salir escopetados a la Milla de Oro del barrio de Salamanca porque tenía una entrevista en Loewe que luego quedó en nada. Para la entrevista se cambió de ropa y se puso unas cuñas que hacían que me sacara media frente de altura. A mí me encantaba. Cada vez que se ponía tacón solía colocarse enfrente de mí y decirme con su acento y una sonrisa: «¡Ere mu bajito!». Yo entonces la insultaba: «Y tú, una capulla». Entonces ella me daba un beso agarrándome del pelo con toda la fuerza de sus manos.

Al acabar la entrevista nos dimos un paseo hasta la Puerta de Alcalá, y me contó que era la primera vez que pasaba por esa zona. Cuando me lo dijo (y supongo que esto os va a parecer una tontería) me sentí supercontento de estar ahí con ella acompañándola: poco a poco estaba descubriendo Madrid de mi mano y eso significaba que cada rincón de la ciudad le recordaría para siempre a mí. Le pedí que me dejara hacerle una foto. Siempre le hacía fotos cuando estaba contento. Le hacía muchísimas y me daba igual no salir en ellas. Yo lo que quería era que aquellos momentos se nos quedaran para siempre grabados en la cabeza, de manera que mi móvil estaba repleto de fotos suyas. El día que las cosas se torcieron entre nosotros, las borré absolutamente todas, y ahora, cuando muchas personas de mi entorno que no la conocen y quieren ponerle cara me piden que les enseñe alguna foto suya, se llevan las manos a la cabeza cuando por fin se convencen de que no tengo ninguna.

Hice la foto y dejamos atrás la Puerta de Alcalá, recorriendo de vuelta la calle Serrano hasta la parada del 61, que nos llevó de nuevo a su piso. ¿Sabéis lo que es

ilusionarse por una tontería? Pues no había cosa que más ilusión me hiciera en aquel momento que subirme a ese autobús para ir con ella hasta su casa. Lo cogí muchísimo durante dos cursos enteros. Aquel bus era sinónimo de algo perfecto. Lo cogía siempre rebosante de ganas de verla, y de vuelta a casa, lo cargaba de toda la alegría que llevaba encima por haber pasado unas horas con ella. Ese es el tipo de tonterías que fueron convirtiendo todos los elementos de mi ciudad en ella. Madrid, donde nací y siempre había vivido, se había impregnado de ella; ya no era una simple ciudad. Desde entonces no hay día en que al pasar por cualquiera de sus calles no me imagine con ella paseando por esa misma acera.

Al llegar a su piso nos quedamos sentados en el sofá totalmente rendidos delante de la televisión encendida. Cuando su hermana no estaba en casa, solía ponerla para que hubiese ruido de fondo. No le gustaba estar sola en silencio en aquel piso y la encendía nada más llegar, automáticamente, aunque luego no le prestáramos ninguna atención.

No contentos con todo lo que habíamos comido, decidimos pedir al chino para cenar; estábamos demasiado cansados para preparar nada. A la media hora sonó el timbre de la puerta. Era un chino con el casco de la moto puesto: supongo que le habría dado pereza quitárselo y así había subido el pobre hasta el quinto sin ascensor. Cuando abrí la puerta y lo vi allí, con cara de agotado, por hacerle reír a ella le pregunté:

—Se te ve cansadete. ¿No has subido en el ascensor?

—No, vosotos no tenel ascensol pero sí escalelas intelminables —me respondió con su acento oriental.

Me hizo gracia su respuesta y seguí haciéndome el tonto.

—¿Cómo? ¿De verdad que no hay ascensor?

La chica de Los Planetas contuvo la risa pero me dio un codazo y me miró con cara de que me callara ya. El chino continuó:

—No, no hay ascensol y yo subil escalelas mu lalgas.

Ella volvió a mirarme con desaprobación antes de que pudiera seguir añadiendo chorradas, y le pagamos dándole las gracias. La chica de Los Planetas sabía hablarme con la mirada. Cuando conoces a una persona como yo la conocía a ella, las palabras sobran. A menudo manteníamos esa clase de conversaciones instantáneas en las que me llamaba idiota o me decía «Te amo» en un bajar de pestañas. Era toda una expelía en comunicación no verbal.

Estábamos en una de esas fases absurdas de distanciamiento que nos imponíamos nosotros mismos, lo que significaba que podíamos quedar y hacer planes juntos pero sin más contacto físico que el de los dos besos al saludarnos y despedirnos. Éramos idiotas. Ni más ni menos.

Aquella estaba durando más de la cuenta. Normalmente tardábamos en romperlas

lo que duraba un café en la Lolina o una ensalada César en el Naif. El distanciamiento y sus normas no tenía ningún sentido, pero intentábamos respetarlo porque ella se sentía más segura. Conmigo siempre tuvo miedo al compromiso; sabía que el día que se comprometiera conmigo sería para toda la vida. Hay personas a las que les dan miedo esas cosas y yo jamás la culparé por ello ni trataré de cambiarla. Esa es su personalidad, y me gusta tal y como es, y me maravillo tratando de entender cada uno de los enigmas que la conforman. En el fondo, la vida consiste en eso, en enamorarte de alguien, en impregnarte de esa persona y en que ella se impregne de ti, pero sobre todo consiste en amar, y el amor implica conocimiento. Por eso yo siempre me he empeñado en conocer todos sus detalles y en tratar de comprenderlos.

A lo largo de mi vida me habrán explicado un millón de veces qué es el amor, que son el sacrificio y la entrega. Con el paso del tiempo descubrí que todo lo que me habían explicado estaba a medio escribir. He comprobado que amar, sacrificarse y entregarse de verdad a otra persona es algo que solo hace un porcentaje ridículo de personas en el mundo. Pero, ojo, no estoy de acuerdo con eso que algunos dicen de que por amor hay que aceptar los defectos de la otra persona porque seguro que tarde o temprano te acaban gustando. En mi opinión eso es falso, otra patraña mediocre que se le tuvo que ocurrir a un tío poco iluminado en algún momento de la historia. No basta con aceptar los defectos de la otra persona y enamorarte de ellos; no es suficiente. Hay que coger esos defectos y adorarlos, descubrir toda su magia y después potenciarlos. Ni se os ocurra cambiarlos. No tiene ningún sentido hacerlo. Si de verdad estás enamorado, te gustarán tanto esos defectos que querrás que se mantengan, que no se borren, que no se desfiguren, que sigan definiendo para siempre a la persona a la que amas y que cada vez tengan más fuerza. Por eso es por lo que su miedo a mi seguridad me resulta completamente indiferente aunque me afecte de lleno. Me da igual, no me supone nada malo. Llegaré un día en el que decida sumergirse en lo que soy de la manera más plena, y de aquí a entonces yo no soy nadie para forzarla a nada. La amo con todas las consecuencias.

Me han explicado muchas cosas acerca del amor, me han dado muchos consejos y me han contado infinidad de movidas. Qué casualidad que ninguna de esas historias contemple la posibilidad de enamorarse de una persona que es distinta a ti en muchos aspectos. Para muchos, tal diferencia supone casi una aberración, pero estos muchos creen que viven, como mínimo, en Disneyland París. La gente suele huir de lo complicado, de todo lo que les cause algún tipo de quebradero de cabeza. A la gente le gusta vivir cómodamente en situaciones que no llevan a nada o que no implican nada grande. Pobres. No saben de qué va la vida.

Aquella noche cenamos comida china en el suelo de su salón con la espalda apoyada en el bajo del sofá y con los platos sobre aquellas mesas bajas negras del Ikea en las que siempre desayunábamos, comíamos, merendábamos o incluso estudiábamos,

aunque esto último la verdad es que lo hacíamos menos, porque cada vez que intentábamos estudiar allí juntos nos dedicábamos a charlar, a reír o a cualquier otra cosa que no fuera estudiar. La verdad es que nunca nos agobiaron los exámenes. Nos daban bastante igual si estábamos juntos. Todo nos daba igual cuando estábamos juntos. Algo nos hacía sentirnos protegidos cuando nos teníamos cerca, una especie de mundo propio en el que habíamos ido creando todo a nuestra medida, bajo unas leyes aprobadas únicamente por nosotros y que excluían de nuestra vida al resto de los mortales. Aún sigo notando ese mundo dentro de mí, esa ciudad, esas casas, esos rascacielos que construimos mientras comíamos con palillos en el suelo de su salón, esas normas que aprobamos en cada esquina de su dormitorio para tener la seguridad de que no nos pasaría nada malo. En esa ciudad todas las noches había luna llena y nunca se caía al asfalto.

Ella solía comer en el suelo y yo en el sofá. Me quedaba atontado mirándola usar los cubiertos al revés de como yo estaba acostumbrado, pues ella es zurda. Pero es que además cogía el cuchillo y el tenedor con todo el puño. No sabría explicarlo, pero yo me metía con ella en broma y siempre acabábamos besándonos en el suelo. «Ya no quiero cuentas contigo, ¡déjame!», me decía sin éxito.

Esa noche no hubo muchas bromas. No fuimos capaces de terminarnos la cena que nuestro amable chino había traído y enseguida nos pusimos a ver una película de esas malas en la televisión. La situación estaba un poco tensa. Nos moríamos de ganas de besarnos y éramos tan idiotas que no lo hacíamos. Ella además se puso bastante fría y a mí la situación me empezó a violentar, por lo que decidí levantarme e irme pero, justo en ese momento me cogió de la mano y me dijo que no quería que me fuera. Tiró de mi mano hacia abajo para que me volviera a sentar, y yo, sin dudarle un instante, volví junto a ella, rodeé su cadera y su cintura con mis piernas y empecé a besarle el cuello. El salón estaba en penumbras, iluminado únicamente por una pequeña lámpara y la luz que salía de la televisión. Mis besos hicieron su efecto y poco a poco nos fuimos tumbando en el sofá mientras nuestros labios, separados desde hacía semanas, recuperaban el tiempo perdido. En mi vida me han besado como me besaba ella. Sus besos eran de otro mundo y yo me convertí en adicto desde que recibí el primero.

Nos pusimos a hablar de lo estúpidos que éramos, de la facilidad con que destrozábamos lo nuestro sin ningún motivo de peso. Al rato, ella empezó a decir que se encontraba mal, que habíamos comido demasiado y que creía que iba a vomitar. Se levantó de golpe del sofá y me pidió que me fuera a su cuarto, que no quería que la escuchara ni la viese vomitar. Yo no quería, pero ella insistió. Me arrastró hasta su cuarto y casi consiguió que me pusiera sus auriculares para asegurarse de que no escuchaba nada. Yo me reía, pero a ella no le hacía ni puta gracia. Estaba superangustiada y me di cuenta de que era mejor hacer exactamente lo que me estaba pidiendo. Así que allí me quedé hasta que volvió a la habitación totalmente pálida. Nunca se lo dije, pero incluso así la veía guapa. La ayudé a acostarse en la cama y me

pidió que me quedara a su lado hasta que se quedara dormida. Le daba miedo estar sola. Me senté a su lado y ella cerró los ojos mientras agarraba uno de mis brazos como si fuera una almohada. Me decía cosas medio dormida.

—Del uno al diez, ¿cuánto estás mejor? —le preguntaba yo de vez en cuando.

—Yo creo que un cinco.

Utilizábamos los números y los porcentajes para todo. Usábamos un lenguaje propio que habíamos creado. Puede que tuviéramos el mismo idioma que el resto del mundo, pero no lo empleábamos igual; teníamos una jerga propia que nadie entendería y que a nosotros nos parecía especial. Os pondré el ejemplo de los porcentajes. Los usábamos especialmente al principio. Empezó el día que nos besamos por primera vez. Era enero, hacía un mes que nos conocíamos y allí estaba ella dándome el beso más sincero que haya dado jamás en su vida. Así lo sentí y así me lo confirmó ella en febrero de 2015, cuando lo escribió en *Dosis*, un conjunto de relatos bastante largos separados por números romanos que empezó a enviarme semanalmente por *e-mail* y que contaban toda nuestra historia desde su punto de vista. En ellos fue más sincera que nunca. Pues bien, después de ese primer beso, que en realidad fueron muchos y que me asustaron una barbaridad, no se me ocurrió otra cosa que decirle, como un idiota:

—Tía, si no me conoces.

Ella pareció sorprendida, pero no dijo nada. Así que continué.

—A ver, ¿cuánto crees que me conoces?

La confianza volvió a su rostro.

—Te conozco un sesenta por ciento —contestó sin pestañear.

Su respuesta me pareció brillante y de una inteligencia poco habitual. Algo dentro de mí hizo crac, y su seguridad me causó una alegría que hacía tiempo que no experimentaba. Me quedé en silencio, sonriendo. Estaba completamente hechizado por el sabor de su saliva, respirando su propia respiración. Entonces se separó un poco para observarme y me preguntó:

—Y tú, ¿cuánto me conoces?

Se me hizo un nudo en la garganta y empecé a dudar. No sabía bien qué porcentaje usar y tenía miedo de cagarla con una respuesta que le decepcionara, pero creo que eso fue exactamente lo que hice. Respondí que un quince por ciento y, por si fuera poco, seguí cagándola afirmando que ella en realidad no me conocía tanto, que se había pasado con aquel sesenta por ciento y que en realidad debía de conocerme como un diez.

Al principio se lo tomó mal, pero luego me dio la razón. Con el tiempo llegamos al cien por cien, y lo curioso es que lo hicimos estando separados.

Aquella noche en su habitación se fue recuperando hasta llegar al diez y yo no me moví de su lado hasta que no escuché esta cifra y se quedó dormida.

Hace tiempo que somos conscientes y ambos reconocimos que como ella y yo nos conocemos no se conoce nadie. Ella siempre me reconoció (y a día de hoy lo sigue

haciendo) que nadie en el mundo la conoce como yo, y eso le agrada pero a la vez, en muchos casos, le asusta. En mi caso puedo decir que como ella no hay nadie en el mundo que me conozca y la verdad que eso no me asusta nada; al contrario, me alegra y me llena de amor saber que he encontrado a una mujer que sabe lo que pienso, que me descubre cuando estoy triste, que conoce a la perfección las cosas que me joden, que es capaz de entenderme cuando no soy capaz de articular palabra y un largo etcétera que queda entre ella y yo y nadie más en la tierra.

Supongo que mientras leéis esto os estaréis preguntando por qué, si todo era tan perfecto y llegamos a conocernos tan bien, ella nunca se terminaba de lanzar. No lo sé ni yo. A pesar de que ella es la persona que mejor entiendo del mundo, esa razón en concreto se escapa totalmente a mi entendimiento; si lo supiera, ya le habría puesto remedio. Lo único que tengo claro es que algún día todas esas dudas desaparecerán y el conocimiento, la verdad y la libertad acabarán con todo lo que se nos ponga por delante.



RARUS

Si algo teníamos en común la chica de Los Planetas y yo es que la gente nos llamaba raros. Y eso por separado. Es decir, a ella la tachaban de rara sus conocidos y a mí los míos. Lo hacían ya mucho antes de que nos conociéramos. Luego, cuando se cruzaron nuestros caminos, empezaron a llamarnos raros de forma conjunta. La verdad es que a mí eso me gustaba. La gente cree que «raro» es un término peyorativo, y quien crea eso es que no ha leído en su puta vida. La palabra «raro/a» se ha convertido para algunos nada menos que en un insulto cuando no lo ha sido nunca. Es acojonante. Adoro la capacidad que tiene la gente de decirte cómo tienes que escribir o cuáles son tus faltas de ortografía cuando desconocen el significado de las palabras que utilizan.

A las pocas semanas de conocer a la chica de Los Planetas, la empecé a llamar «Atípica». Para mí, eso era un auténtico piropo. Si pensáis lo contrario, seguramente sea porque este libro que tenéis ahora en vuestras manos es el primero que leéis en toda vuestra vida. Mal, muy mal. Reconozco que puede que no sea una manera muy bonita de llamar a una mujer, pero yo le decía además un millón de cosas más que seguramente sí que os gustarían.

Aunque no fuera muy devoto del derecho, me interesaba bastante todo lo que nos enseñaban en la carrera. Cuando me explicaron que los delitos estaban tipificados en el Código Penal, pensé que la vida no funcionaba así, que lo tipificado excluía por fuerza una serie de delitos, lo que ya supone en sí un problema, y que lo tipificado, de por sí, y no me refiero únicamente a las leyes, es una auténtica mierda. Os pondré un ejemplo: el otro día abrí el diccionario al azar y señalé una palabra con el dedo sin mirar, también al azar. Salió «Bohemio». Me alegré de que saliera esa y no «esternocleidomastoideo», por ejemplo. Hay palabras que no me gustan. Palabras que no usaría nunca. Como esa tan larga e inútil. Pero, bueno, mi alegría de no haberme encontrado con aquella se vio truncada en cuanto leí su definición: «Se dice de la vida que se aparta de las normas y convenciones sociales, principalmente la atribuida a los artistas». Joder, me cago en la puta. Se quedaron a gusto. ¿Quién escribió aquello?, ¿un robot?, ¿un mono? Las definiciones deberían estar prohibidas por ley. Lo que sí tengo claro es que hace ya mucho tiempo en los libros aprendí que el bohemio es aquel que ha sido capaz de bajar a los infiernos; aquel que, cuando parte el pan, ve a los agricultores en sus campos de trigo y centeno. El bohemio se

transformará en piedras, hierba y asfalto para entender qué es la lluvia: en hojas de árbol para entender las estaciones, odiar el invierno y esperar la primavera. Ser bohemio es morir y que nadie vaya a tu entierro; lo demás es hacer el canelo. Por eso, desde aquí, declaro mi odio a todos aquellos que dicen ser o se consideran bohemios, aquellos, que se creen artistas, aquellos que se envuelven una pashmina al cuello y escriben, aquellos que, como diría nuestra querida y respetable RAE, «se apartan de las normas y convenciones sociales» para convertirse, como diría yo, en verdaderas ovejas que siguen a un rebaño de personas que piensan que ser bohemio es una moda, un estilo y una puta tribu urbana de intensos.

Una vez conocí a un tío que decía que de mayor quería ser escritor bohemio. Lo decía así. Era un compañero de colegio. En esa época casi toda nuestra clase fumaba. De hecho, no fumar se consideraba raro. Yo no fumaba, pero el año anterior lo había hecho durante un mes. Estuve fumando L&M Light y decía que me gustaba, pero era mentira; me daba asco fumar. Compraba esas cajetillas porque era lo que fumaba mi viejo. Pues bien, ese compañero de clase que decía que quería ser escritor bohemio fumaba en pipa (con dos cojones y sin avergonzarse) porque decía que los escritores fumaban así. Siempre me ponía el ejemplo de Arthur Conan Doyle y yo le decía que quizá Doyle no había fumado en su vida y que le había puesto la pipa de espuma de mar a Sherlock Holmes para poder matarlo de cáncer de pulmón en algún capítulo.

El chaval este fumaba en pipa durante el recreo, en el aparcamiento de los profesores, adonde íbamos a fumar a escondidas. Era muy gracioso verle alternar la pipa con el bocadillo de choped que le preparaba su madre; gracioso y patético. La pipa por lo visto se la había robado a su abuelo el mismo día que se había muerto. Llevaba también una pashmina y una libreta Moleskine en la que se pasaba el día escribiendo cosas que nunca dejaba leer a nadie. El otro día me lo encontré por la calle. Ni rastro de la pashmina, la pipa o el cuaderno de notas. Le pregunté qué era de su vida y me contó que sus padres habían comprado una gasolinera y que trabajaba allí de encargado. Me dijo que se estaba forrando. Cuando le pregunté qué había sido de su vocación de escritor bohemio, me respondió que si hubiera seguido con aquello no habría podido tener nunca el BMW que acababa de comprarse. Luego me preguntó que a qué me dedicaba yo y le mentí. Le dije que estaba de reponedor en el Alcampo de Vallecas y que era más pobre que las ratas. Me dio una palmadita en la espalda que en realidad significaba «eres un puto perdedor» y nos despedimos. Resultó que el escritor bohemio (ahora gasolinero de creciente éxito) se había dado cuenta de que lo de llevar pashmina y filmar en pipa a los dieciséis años con el uniforme del colegio no era de bohemio ni de escritor, sino de tonto. En fin...

El caso es que, después de decepcionarme con la definición de «bohemio», busqué la de «raro» y esta vez hilaron fino. Sin duda leyeron libros con los que merece la pena pasarse la noche entera hasta caer en un sueño profundo. «Raro, *ra* (del lat. *rarus*): se dice de las cosas o personas extraordinarias, poco comunes y escasas en su clase o especie que se comportan de un modo inhabitual y son insignes,

sobresalientes o excelentes en su línea». Vaya, justo las personas que me interesan.

La gente nos llamaba raros sin saber todas las connotaciones positivas que tiene la palabra. Si ser raro significa eso, yo me subo al carro. Ella era tremendamente rara. Me jode tener que hacer esta afirmación, pero jamás he conocido a alguien tan raro como ella. Digo que me jode porque yo quiero estar con esa rara. Sus gustos eran raros o al menos poco habituales. Su forma de ser era rara o al menos única. Su forma de ver el mundo era rara o al menos iba más allá de lo corriente. Yo me enamoré de una rara porque sus rarezas no son similares a las de ninguna otra persona. Quiero todas sus rarezas para mí, quiero disfrutarlas con ella y que nadie se atreva ni a tocarlas.

Me gusta lo atípico, lo que escapa de toda definición, lo que resulta complicado de clasificar, lo que tiene un millón de colores indefinibles, lo que nadie se atreve a definir. Me gusta ella, y el resto del universo me sobra. Necesito sus rarezas, y ella necesita las mías, para que toda esta parafernalia de mundo que nos rodea empiece a cobrar el sentido que se merece.



TRES CONCIERTOS, SEIS ENCUENTROS Y CINCO VECES

Siempre he pensado que el paso del tiempo no marca a una persona. La chica de Los Planetas y yo siempre nos distinguimos por compartir momentos y no días. De hecho, hemos vivido más de 365 días juntos pero no los hemos contado, porque nosotros vivíamos momentos. Suele darse por sentado que el tiempo es el que ata las cosas y decide qué es lo que uno ha de hacer con su vida y con qué persona ha de quedarse para siempre. Y todo por el mero hecho de haber pasado muchos días a su lado. Es decir, la mentalidad es la siguiente: esta persona tiene derecho sobre esta otra porque llevan toda la vida juntos o porque se conocen desde hace mucho y han hecho infinidad de planes para el futuro. Pues no. Vaya cagada de razonamiento. Esto no funciona así, pero os aseguro que muchos se aferran a ello para soportar los golpes y sobrevivir a diario. Hay gente que quiere sobrevivir en vez de vivir. Bueno, es más bien algo que hacen sin darse cuenta. La gente necesita por todos los medios acabar el día sintiendo que hay alguien que les mira con un mínimo de deseo. Hay gente que piensa que tiene que estar al lado de alguien para sentir un tipo de calor humano que hace tiempo desvirtuaron, con el que se engañaron y por el que están plenamente convencidos de que tienen amor del bueno cuando en realidad se trata de un amor nocivo, del que te acaba fundiendo las ideas y te estanca en una ciénaga que tú mismo te has dedicado a llenar de barro. Un cúmulo de fango que se ha creado a partir de la confusión del calor y el amor. A partir del empeño de la gente por follar cuerpos y pudrir almas. Mal.

La gente suele darle importancia al tiempo, y entiendo que lo hagan, pero se aferran a él como si fuera el único juez justo e imparcial del que fiarse, y además le tienen muchísimo miedo, a pesar de confiarle tantas esperanzas. Tengo una pregunta: ¿os habéis creído la tontería esa de que el tiempo pone a cada uno en su lugar? Yo os aseguro que el tiempo no hace nada, deberíais estar por encima de eso. Los que de verdad se creen esas gilipolleces están llenos de rabia y de dolor. Si hicisteis las cosas de forma correcta, el tiempo ya está de vuestra parte, y lo podéis manejar a vuestro antojo, como os dé la gana. El tiempo está contigo y la otra persona que en este momento no está o que se ha ido también. Os aseguro que cuando alguien huye es consciente de que lo está haciendo. No penséis que una persona toma decisiones y esas decisiones no tienen ningún valor al tomarlas. Sí que es verdad que hay gente que decide algo y que el resto de cosas le sudan la polla, pero si actúan así es porque realmente esa historia estaba vacía. La realidad es que cuando una persona huye, y me refiero a una persona con la que has compartido y vivido cosas que jamás te han

vuelto a suceder con otra, os puedo asegurar que cada pisada de su huida que da en dirección contraria de donde tú te encuentras le duele como nada en este mundo.

La chica de Los Planetas volvió siempre que salió huyendo; huía porque el único juez justo e imparcial que nosotros conocemos, por muy ridículo y cursi que suene, es el amor tan grande que nos dimos. Nuestro amor aspiraba a algo grande, y cuando su objetivo empezaba a difuminarse lo parábamos. O todo o nada.

Ese deseo extraño y ese calor se acaba truncando en un momento dado de la vida porque la gente no es consciente de que el deseo, aunque es mucho y tiene una importancia enorme, debe ir cargado de un millón de actitudes y valores de los que se carece y que se descuidan desde el primer día. Ese descuido no creo que sea premeditado. Básicamente se debe a que esas dos personas no están capacitadas para accionarlos porque no deberían estar juntas y no deberían haberlo estado jamás. Cuando dos personas encajan, estar juntas es algo que necesitarán siempre, aunque pasen por cosas tremendamente horribles y duras. La vida no es hacer planes con otra persona. La vida es profundizar en la persona a la que quieres y que esa persona que te quiere profundice en ti para que ese querer se convierta en un amor inalterable. Mientras tanto, uno vive y hace planes, que también está bien, pues son un aliciente, pero esto carece de importancia si no se es capaz de buscar un sentido verdadero y profundo.

Nosotros éramos capaces precisamente de eso, de darle el valor que merecía a tomar un café y una Coca-Cola juntos y de sacarle todo el jugo posible a cada conversación. Nuestras palabras tenían la capacidad de salvar el mundo, o al menos el nuestro, y nosotros lo sabíamos.

El paso de los días no te hace conocer mejor a una persona. Lo que verdaderamente te ayuda a conocerla son los momentos que pasas con ella. Tuve un profesor que decía que llevaba veinte años casado con su mujer (sin contar los muchos que pasaron de novios) y que aún no la conocía; además, afirmaba rotundamente que sería incapaz de comprenderla. «Cada persona es un mundo y nunca llegaremos a conocer a nadie», dijo en una ocasión, ¡y se quedó tan tranquilo! Yo creo que a las personas o se las conoce o no, y ya está. Si no entiendes a una persona cuando acabas de conocerla, tienes muchas probabilidades de no comprenderla jamás, y muchas más de no llegar nunca a conocerla. Si te empeñas en embarcarte en una relación así, estás jodido.

No son los años pasados juntos los que nos marcan. Hay personas que en un solo día pueden dejar huella en otra, sin necesidad de compartir los otros trescientos sesenta y cuatro días que tiene el año. A mí me pasó con ella y a ella le pasó conmigo. Los dos teníamos nuestras vidas, conocíamos a otras personas antes de conocernos, y por supuesto sentíamos algo por esas personas que ya llevaban formando parte de nuestras vidas tanto tiempo. Pero, a partir del día en que ella y yo nos conocimos, empezamos a sentir entre los dos una línea invisible conectando nuestras almas, marcando un antes y un después en nuestra vida. Os puedo asegurar que ese después

es lo más valioso que me ha ocurrido nunca, eso es inmutable y nadie nos lo podrá quitar jamás.

Es grave vivir en un mundo en el que la gente se queda al lado de la persona equivocada durante toda su vida. Días, días, días y más días al lado de alguien que en realidad solo nos gusta cien días al año, teniendo doscientos sesenta y cinco por delante e incluso doscientos sesenta y seis, si me apuráis, porque ese año caiga en bisiesto. Los días no valen nada si no se viven como realmente queremos vivirlos. Cuando un día nos levantamos con la certeza de que nuestra vida es una puta mierda, es porque hay algo que no encaja. Un día malo puede llegar a invalidar una sucesión de días perfectos. Con la chica de Los Planetas, todos los días vividos merecieron la pena. Todos fueron perfectos. Esa pena que pudo venir después y que logramos ir meciendo nos predispuso para algo grande que llevamos tatuado en cada uno de nuestros pensamientos. Se trata de un tatuaje que no vemos, porque, aunque sea una perogrullada esto que voy a decir, el corazón está dentro del pecho y jamás lo vemos físicamente. Pero esto mismo ocurre con esos tatuajes que la gente se hace en sitios del cuerpo que no podemos ver sin ayuda de un espejo. No importa que no podamos verlos, os aseguro que se sienten cada día sobre la piel, sin necesidad de mirarlos para saber que existen.

Pues bien, a la chica de Los Planetas y a mí nos pasa lo mismo: el corazón lo tenemos tatuado cada uno con el nombre del otro y, aunque jamás lo hayamos visto, todos los días notamos cómo bombea. ¿Existe algo más grande que eso? Si alguien te dice que sí, es que te está mintiendo porque le da envidia.

¿De verdad queréis estar con alguien a quien sabéis que nunca en la vida llegaréis a conocer de verdad? Para mí eso es frustrante. El día que de verdad conoces a una persona, descubres a través de sus ojos y de sus gestos que tienes acceso libre a todas y cada una de sus neuronas, que incluso puedes anticiparte a sus ideas. Lo entiendes todo sin que te explique nada. Y cuando eso ocurre la primera vez que esa persona se cruza en tu camino, yo lo llamo impacto. Impacto es conocer a una persona que choca contigo frontalmente en un instante determinado y que de forma inexplicable se mete en tu piel, en tu alma y en tu cabeza. Puede que esa persona no tenga nada que ver contigo, pero te entenderá como nadie porque nació para ello, y eso lo descubres en el momento en el que sucede, en el momento en que sus ojos color tierra parda del campo se clavan en los tuyos y te dan unas ganas terribles de echar raíces en ellos, sobre sus pupilas. Es un impacto grande y sufres con ella el mayor accidente y más grave que jamás podrás volver a vivir, no porque te mueras, porque paradójicamente saldréis completamente ilesos de la colisión que podría haber sido una muerte segura, sino porque ese tipo de impactos o suceden una vez en la vida, o no suceden nunca. Si has tenido la suerte de vivir un impacto con alguien, después de eso tendréis accidentes pero jamás moriréis. Saldréis vivos de cualquier problema porque, aunque

las condiciones y los sucesos inesperados parezcan indicar otra cosa, siempre estaréis juntos, incluso con más fuerza, en las situaciones jodidas.

A mí me tocó algo mejor que la lotería el día que viví con ella ese impacto que cambió por completo nuestros mundos. En ese momento dejamos de ser lo que éramos y empezamos a convertirnos en lo que somos hoy. Nos dimos cuenta de que todo lo que habíamos vivido hasta entonces era rancio, poco atractivo y demasiado correcto para lo transgresoras que eran nuestras mentes y nuestra manera de amar.

Desde finales de 2011 no nos hemos separado nunca, aunque físicamente sí que lo hiciéramos. No ha pasado un solo año en el que no hayamos hablado o no nos hayamos visto, en el que no hayamos sentido ese amor tan real. Porque está claro que tú puedes hablar con alguien e incluso verlo pero no sentir ya nada. No era nuestro caso. No permitimos eso. En realidad no era algo que decidiéramos. Necesitábamos hablar, vernos, sentirnos. La he besado en 2012, en 2013 y en 2014. No puedo decir lo mismo del 2015, pues a día de hoy, según escribo esto, aún no ha existido dicho beso. Hasta ahora, nunca hemos permitido que pase un año completamente vacío entre nosotros, aunque siempre hemos estado en contra de los 365 días que impone el calendario. Desde el primer instante fuimos capaces de destruir el tiempo y manejarlo a nuestro antojo, de estar meses sin vernos y de sentir al encontrarnos de nuevo que en realidad no había pasado ni un solo día sin el otro, que todo seguía detenido en el momento en el que lo habíamos dejado, como si nuestros corazones estuvieran encerrados en la vitrina de un museo a la temperatura necesaria para seguir siempre latiendo.

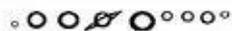
Como digo constantemente, el día que la conocí cambió mi vida. No nos engañemos, todos queremos vivir con alguien una historia que nos marque como ninguna. No hablo de señales o cicatrices, ni siquiera de heridas que no paran de sangrar y que todos conocemos. Me refiero a esas historias que trazan una línea divisoria, un antes y un después entre lo que hemos vivido hasta ese momento y lo que viviremos a partir de entonces, y que se graba, como un hierro en nuestra piel. Uno de esos hierros que sirven para marcar al ganado y que al colocarlo quema, hiere y deja una señal de por vida.

Nunca consentimos que pasaran 365 días enteros de estupidez, aunque en 2014 solo nos vimos cinco veces: tres días en febrero, cuando vino a Madrid desde Andalucía, adonde se había ido a vivir, para hacer un examen y celebrar su cumpleaños: el 10 de marzo, cuando vino a darme una sorpresa a la salida del trabajo después de toda una noche en autobús solamente para verme; y el 13 de diciembre, después de que publicara el libro y de llevar nueve meses sin ningún tipo de contacto. Después nos vimos seis veces más, siendo la sexta (que no la última) el 10 de abril de 2015, cuando vino a la presentación del libro que se hizo en la Fnac de Callao.

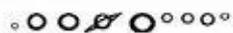
Durante aquellos nueve meses que estuvimos sin vernos, seguimos yendo a conciertos, pero cada uno por su cuenta, claro. Por ejemplo, ella en el mes de agosto fue a ver a Los Planetas al Sonorama y yo los vi en las fiestas de Bilbao. Poco tiempo

antes de la publicación de *La chica de Los Planetas* coincidí con ella en dos conciertos más, pero no nos vimos a pesar de estar los dos bajo el mismo techo; lo descubrimos meses después. Dos putos conciertos en los que nos cruzamos sin saberlo. El 15 de mayo tocaban Los Planetas en Madrid y, sin pensarlo, yo compré dos entradas un mes antes porque estaba decidido a ir con ella.

Si este libro acaba mal no sé qué me esperará después. Porque ya nos estamos pasando. Necesito que venga para curarla y que ella me cure a mí, porque tengo heridas en las manos de no tocarla y de escribirle tanto.



II. ETERNO RETORNO



«No se puede borrar a una persona,
igual que esa persona no te puede borrar a ti».

J. D. SALINGER

DESAPARECER

La chica de Los Planetas decidió desaparecer de nuevo, como conté al final de mi otro libro en una nota que añadí al pie del texto que ella escribió para cerrar la historia. Aquella nota no tenía ninguna conexión explicable con las palabras con las que ella había cerrado el libro. Quizá me odiéis por aquello, pues no expliqué ni cómo fue, ni en qué momento, ni el motivo por el que desapareció de nuevo, pero la realidad es que todo fue tan repentino que no tuve fuerzas suficientes para ponerlo por escrito. Fue un duro batacazo su última huida. Además, como sabéis, en esta historia hay muchas cosas guardadas que yo no puedo contar porque le pertenecen a ella.

Desapareció y esto es algo que más bien le correspondería a ella explicar, o no, porque no olvidemos que en las historias reales, a pesar de que estas se pueden contar a todo el mundo y de hecho todos lo hacemos, también guardamos para nosotros cosas que jamás saldrán a la luz, así que no me miréis mal por no atar los cabos sueltos que he ido dejando en este puerto de madera que he construido con mis propias manos, obligado a ello por descubrir que la mujer a la que había conocido era exactamente igual que un mar inaccesible y lleno de olas enfurecidas. El puerto sigue igual de indestructible que antes, pero está aún en construcción: de hecho ahora mismo estoy levantando sobre el agua una pasarela que llegue hasta su alma, que llegue al punto exacto donde decidió desaparecer por completo como nunca antes lo había hecho. Lo que llevo construido de momento está bien fijado. Los tablones de madera chirrían cuando uno camina sobre ellos hacia delante y notas como crujen cada vez que avanzas un paso, lo que inconscientemente provoca cierto miedo al pensar que quizá se venzan y puedas caer al agua y morir ahogado, muerto de frío, pero solo es una sensación. En realidad chirrían porque sienten el dolor de cada uno de mis pasos y lo que hacen es llorar por mí, porque llevo mucho tiempo conteniendo mis lágrimas por muy cursi y asqueroso que suene. Hace tiempo que cambié mi reloj biológico del desahogo y ya no lloro cuando tengo que llorar y lloro después de meses, cuando menos me lo espero. A veces incluso lloro cuando debería descojonarme. Es bastante patético, pero no sé cómo coño arreglarme este desajuste del huso horario de la tristeza que en realidad nadie tiene y que yo me he creado con mis propias decisiones y las que escapan de mi control humano. Recuerdo esos días en los que ella desapareció. Fueron unas semanas en las que no tenía muchas ganas de nada y sentía como si no estuviera en esta tierra, como si fuera un extraño, como si la gente que tenía a mi alrededor estuviese gilipollas. Cuando iba a trabajar me

entraban ganas de agarrar a la gente por las solapas y zarandearla por atreverse a ir sonriendo por la calle. No entendía cómo podían seguir con sus vidas como si no hubiera pasado absolutamente nada. Creía que lo que me estaba pasando era digno de salir en el telediario, en una de esas secciones en las que los periodistas se ponen serios para dar una noticia triste e impactante. Tenía la sensación de que estaba pisando un mundo violento y hostil, en el que siempre salen apaleados los mismos tontos, esos que tan solo quieren ser felices. Supongo que esa es la gracia de la vida, que los buenos pierdan mientras los malos vencen y se ríen a carcajadas, porque, si los vencedores fueran los buenos, seguramente se convertirían en malos. Los malos siempre serán así, ya sean los vencidos o los que salen ganando. A veces prefiero perder porque a menudo pienso que en realidad el que pierde está ganando, aunque no sea consciente de ello.

Puede que escribiera esa nota tan escueta porque deseara acabar el libro sin dar más explicaciones. En el fondo yo sabía que la historia en realidad no había acabado y que aún tenían que sucederme muchas cosas que merecería la pena contar. Y no me equivocaba. Suelo equivocarme mucho, porque soy un tipo que no tiene ni idea de nada, bastante inculto y poco inteligente, pero con ella parezco superdotado, joder, nunca me equivoco o rara vez lo hago. Y es que siempre que hemos dicho «basta» nos hemos acabado encontrando. Es como si nuestra historia no pudiera tener fin y nosotros no tuviéramos derecho a ponérselo. O seríamos unos auténticos infelices.

Cuando mi amigo Morín me propuso autoeditar la historia que yo había ido escribiendo en el blog, pensé que lo más lógico era que el final del libro estuviera escrito por ella, que ella acabara nuestra historia y le pusiera el punto y final, pero al cambiar las circunstancias me vi obligado a escribir la última palabra para no dejaros con una idea distinta de lo que en realidad había sucedido. No sé por qué, pero con ella siempre me pasa que se me tuercen los planes. Siempre acaba ocurriendo algo que hace que se queden en papel mojado.

Planeamos tantas cosas que al final no hicimos... Debo reconocer que, aunque me resulte fácil escribir o expresar lo que llevo dentro con letras y más letras que al final acaban formando una historia, a veces se me atragantan las cosas porque lo que sí que me resulta difícil es contar un relato propio, y en él mi forma de sentir, de entender el amor y la vida, abrirme en canal y soltar las cosas personales que he experimentado con ella.

Cuando abrí el blog y empecé a escribir en él, me daba exactamente igual contar todo lo que hacía y dejaba de hacer con la persona que amaba, aun a pesar de que la gente pudiera tacharme de un millón de cosas. Me daba igual, me expresaba como me salía de los cojones y exponía una serie de ideas que seguramente no serían del gusto de todos. Pero esto era así porque mis lectores no eran personas de mi entorno. Pronto todo evolucionó vertiginosamente y yo acabé convirtiéndome en otra persona, en un personaje más de mi propio universo literario.

Las cosas han cambiado mucho desde entonces, y ahora, además de los miles de

desconocidos que leen lo que escribo, me leen también mis padres, mis hermanos, toda mi familia, mis amigos y mis enemigos. Y, como consecuencia, a veces me lo pienso antes de poner algo delicado por escrito, pero pronto se me pasa y termino escribiéndolo con mayor intensidad si cabe. No tengo miedo. Cuando amo de verdad y escribo con sinceridad me siento libre. Actúo bajo la influencia de la razón, la verdad y el amor, y creo que eso justifica absolutamente todos mis actos, sin importarme los juicios de nadie. Algunos se creen que me conocen porque han leído mi historia, pero en realidad no tienen ni idea de quién soy. De todos modos, si les hace ilusión pensar lo contrario, enhorabuena, yo les pongo un pin, aunque esa expresión siempre me ha parecido una puta mierda.

Cuando ella desapareció, justo antes de que saliera publicada nuestra historia, fui incapaz de contarle con detalle en el libro. Me resultaba imposible escribir un verbo, un sujeto y un predicado, construir frases y explicar cómo me sentía. Es decir, estaba en la mierda, y cuando uno está en la mierda se siente como una mierda con patas, incapaz de reírse como la caca feliz del Whatsapp.

¿Qué sentido tenía ponerme a lloriquear palabras tristes y soltar todos los lastres que se me empezaban a acumular? Ninguno. Se ha de escribir con ansias de vida, y no de muerte, hay que acabar con el tópico de que toda creación nace de un sentimiento jodido. Yo en ese momento no podía estar más jodido, y os aseguro que no tenía ganas de escribir. Estaba convencido de que cualquier palabra no serviría para hacer entender nada a nadie, porque lo que hay entre dos personas es inútil explicarlo a una tercera. Jamás. Quizá por eso yo he sido muy reservado a la hora de contar cara a cara a un amigo mi historia con ella, porque sabía que nadie entendería nada y a día de hoy sigo pensando lo mismo. Los terceros siempre han sobrado en las cosas que son de dos. Nunca he intentado hacer entender a nadie, ni me he empeñado en eso. Quien me entienda, bien, y quien no, mejor. Vivo con la convicción de que cuantas menos personas entiendan una relación personal, mucho mejor. No necesito ningún apoyo de nadie y nunca me ha hecho falta. He salido vivo de todo esto por mis propios medios. Aunque sí que es verdad que, en el momento en que ella desapareció de nuevo, yo me hundí y no comprendía nada. En ese momento sí que necesitaba comprensión por parte de los demás para no hundirme en la miseria. Pero no la hallé por ningún lado, y no me extraña porque yo era el primero que no le encontraba ninguna razón a su huida después de haberme escrito aquellas palabras con las que cerró el libro. Todo se hizo cuesta arriba de golpe y porrazo. Empezó a asquearme el hecho de escribir porque tenía la sensación de que no me había ayudado a nada, sino todo lo contrario, me había provocado un problemón que jamás se me iba a borrar de la cabeza; notaba que el corazón entraba en una profunda enfermedad repleta de dolor, que no se exterioriza en ningún momento pero que ahí está cada día. No hay nada más duro que sentirse vacío e inútil. Pues bien, yo tenía ambos sentimientos dentro de mí. Mi inutilidad por no lograr que me amara la persona a la que amo me dejó completamente vacío. Me sentía tóxico y nocivo. Era capaz de

sentir que podía intoxicar de alguna forma inexplicable todas las cosas que tocaba o a las personas con las que me cruzaba. Sentía que me había convertido en una especie de bicicleta que bajaba las cuestas con las ruedas pinchadas. Acababa de cumplir veinticuatro años, tenía la vida entera por delante, pero en ese momento la vida era una puta mierda.

Os juro que perderla en ese momento fue como un tumor que se quedó alojado en mi cabeza hasta que la volví a ver después de haber publicado el libro. Me sentía como Win Butler al final de «Crown of Love», esa canción de Arcade Fire que dice lo de «Mi amor sigue siendo el mismo, creciendo como un cáncer». Yo también tenía ganas de gritar y repetir aquellos versos que tanto me recordaban a ella: «Tienes que ser la única, tienes que ser el camino; tu nombre es la única palabra que puedo decir».

Su nombre para mí siempre ha sido una especie de moneda. En la Antigüedad, los más precavidos y los que se lo podían permitir solían reservar algunas monedas para los tiempos de crisis, cuando estas adquirirían un valor mayor del que tenían en el momento en que se acuñaron. Nos lo enseñó nuestro profesor de Historia del Derecho en primero de carrera, y a mí se me quedó grabado para siempre. No sé en qué estarían pensando mis compañeros al escuchar la explicación del profesor, pero yo me imaginé perfectamente a aquellas personas listas que guardaron sus monedas en humildes baúles de madera o en bolsas de tela y las enterraron en medio del campo o al pie de las montañas, y que, cuando la situación económica del país se puso realmente jodida, abrieron los baúles y desenterraron las bolsas para poder seguir adelante en medio de una ciudad que había sucumbido al hambre y a la desesperación. El nombre de la chica de Los Planetas se convirtió para mí, desde el día en que la conocí, en una moneda, en una especie de tesoro que guardo siempre y que pronuncio para mis adentros cuando estoy bien jodido, porque es algo que me cura. De verdad.

El día que nos conocimos hablamos sin parar durante los diez minutos que pasaron hasta el momento en que llegó a clase nuestra profesora de Derecho Mercantil y nos vimos obligados a dejar todo en suspenso.

Ya sabéis que empecé preguntándole por el fondo de pantalla de Los Planetas que tenía en su móvil, que al escuchar su acento quise saber de dónde era y que cuando me dijo que era de Jaén nos pusimos a hablar de Supersubmarina y de sus estudios en el conservatorio de Linares, donde coincidió con Jose Chino. Luego me explicó que vivía en Moncloa y así seguimos encadenando un tema tras otro durante los diez minutos mejor aprovechados de nuestra vida. Algo acababa de pasar. Estábamos vivos, los dos lo notábamos. Los dos sabíamos que se trataba de algo que no podíamos explicar, pero que habría de seguir creciendo.

Con ella, a pesar de los parones, siempre ha ido a más. Eso es algo que no sucede normalmente. Las personas se suelen estancar y dejan de avanzar o directamente caen

en picado y durante la caída borran todo resquicio de lo vivido. Nosotros no. Siempre hemos ido hacia arriba, y aun con patones subíamos de una manera rápida y brutal en cuanto volvíamos a unirnos, lo que por otro lado nos provocaba grandes vértigos que nos revolvían las tripas y nos sumían en un auténtico letargo de miedos y dudas.

Un minuto antes de que llegara la profesora y después de haber hablado de una forma tan apasionada sin habernos ni siquiera presentado, le dije mi nombre y ella, con una sonrisa enorme, me respondió con el suyo. No dijo nada más, y a mí me pareció el nombre más bonito que jamás había escuchado. Es un nombre medianamente común, aunque yo hasta ese día no había conocido a nadie que se llamara así, pero cuando ella pronunció aquellas tres sílabas envolviéndolas con su acento, me sonó totalmente distinto a como había podido escucharlo anteriormente. Era perfecto, era nuevo, y me quedé totalmente prendado.

Como iba diciendo antes de esta breve interrupción, perderla provocó que parara de escribir. Entonces me dediqué a leer, y los libros que caían en mis manos no hacían sino recordármela. Automáticamente le ponía los gestos, el físico y la personalidad de ella a todas las protagonistas, como me pasó con la Franny de *Franny y Zooey* de Salinger.

En aquella época se me empezaron a atragantar las palabras y los relatos que escribí después en el blog creo que no tenían la fuerza suficiente para expresar todas las cosas que realmente sentía en ese momento. Estaba estancado mentalmente. Lo sentía y eso me empezó a quemar por dentro. No me veía capaz de volver a escribir algo que volviera a gustar a mis lectores. En el mes de mayo, después de autoeditar el libro con Morín bajo el sello independiente Clave de Fá, decidí que iba a empezar a escribir *El discurso de la muerte y la suerte propicia* y que lo sacaríamos en septiembre, pero aquello se truncaba cada vez que me ponía manos a la obra. Tuvieron que pasar unos cuantos meses antes de que pudiera volver a escribir algo que me dejara medianamente satisfecho. Así fue como escribí los fragmentos que he reunido en este libro bajo el título de «Los cuatro últimos cartuchos que quizá nunca tendría que haber escrito». Hoy no podría escribir algo tan visceral, aunque ella me dijera después que aquellos no podían ser mis últimos cartuchos porque yo siempre tengo uno en la recámara. Puede que sea verdad, no lo sé. Pero hay que tener cuidado con lo que uno dice y escribe. Así que quien tenga oídos, que oiga pero quien tenga cerebro y no lo utilice, que no cuente con mis oídos y mucho menos con mis palabras.

Escribir nunca ha sido una terapia para mí, como mucha gente ha pretendido. Escribir es para mí una necesidad. Necesito que lo que llevo por dentro llegue también al interior de esa persona que ya todos conocéis aunque no la hayáis visto en vuestra vida. De momento no veo la escritura como un oficio, aunque ojalá un día pudiera dedicarme a ello en exclusiva. Levantarme y sentarme a escribir durante

horas, y así todos los días. Cuando me da por soñar con un futuro parecido, ahí está ella a mi lado, haciendo sus cosas, inmersa en sus propios proyectos pero a mi lado. Ojalá.

Justo antes de que desapareciera, yo sentía que tenía la situación bajo control, porque ella tenía bajo control todas y cada una de sus contradicciones. No imaginé que fuera a suceder ningún contratiempo. Estaba convencido de que iba a quedarse a mi lado; me habría atrevido a asegurar que ya no habría más idas y venidas, que esta última iba a ser perpetua. Creía firmemente que los miedos y las dudas la habían abandonado de forma definitiva, y en cierto sentido ella también creyó que era así..., hasta que dejó de creerlo y se bloqueó por completo, provocando la mayor separación que hemos vivido y sufrido hasta la fecha.

Muchas veces dejamos que nos asedien ese tipo de cosas que nos congelan y anulan totalmente; y lo peor de todo es que, cuando lo permitimos, nos da igual el resto y estamos convencidísimos de que está bien pararse y no plantar cara a todas esas cosas que nos impiden seguir avanzando, prefiriendo cagarla con fuerza y sentarnos en una silla a esperar el desastre definitivo. De hecho, muchas de las decisiones que tomamos a lo largo de nuestra vida las tomamos pensando que hemos elegido el mejor de los caminos. Lo que no vemos entonces son las inevitables trampas que esconden y lo prácticamente imposibles que son de evitar. Es algo parecido a Despeñaperros, el mítico desfiladero del norte de Jaén que hace de frontera natural entre Andalucía y todo lo demás cuando vas hacia el sur por la carretera. Al entrar en Despeñaperros, la temperatura sube y la perfección del paisaje nos cautiva irremediabilmente. ¡Pero, ojo a cualquiera que se adentre a pie por esas paredes abruptas y escarpadas! Por muy bonito que sea, si te arriesgas te expones a caerte por un precipicio del que solo tendrás una posibilidad entre un millón de salir con vida. Y lo malo es que ni siquiera dependerá de ti. La persona que cae por un desfiladero y no se mata tiene muy pocas posibilidades de que el único en el mundo capaz de bajar por ella hasta el infierno se decida a rescatarla pase lo que pase, ya muera en el intento o nunca se lo agradezcan. Yo he bajado demasiadas veces al infierno, bastantes. Y, como es lógico, ya estoy un poco quemado.

Muchas veces tomamos decisiones pensando que estas nos dan un empujón y hacen que se pongan nuestros motores en marcha y avancemos como nunca hemos avanzado antes, o al menos como antes de haber tomado esa decisión. A veces incluso la gente acierta en esas decisiones pero, cuando se toman algunas que realmente no quieres tomar porque te ves obligado a hacerlo por una serie de elementos que escapan de tu control, se falla como nunca has fallado. La vida que nos ha tocado la controlamos casi en un noventa por ciento de las veces y por tanto no podemos permitir que nuestro cerebro esté distraído con ese tipo de conflictos. Fallar es humano porque somos nosotros mismos los que decidimos fallar. Que no te

cuenten otra historia que sirva para ocultar errores garrafales y los justifiquen con frases estereotipadas como esta que yo acabo de decir y que la gente usa demasiado. Fallar es humano, sí, pero se puede evitar muchas veces. A menudo no se tarda más de tres meses en ser consciente de la espiral peligrosa en la que uno se ha metido. Se entra en una suerte de escalera mecánica como las del metro o las de cualquier centro comercial y nos convertimos en peldaños de hierro que giran y giran y vuelven a girar sobre el mismo eje durante años hasta que se rompen y su mecanismo interno deja de funcionar, y es justo ese el momento en el que hay que volver a decidir hacia qué lado ir, lo que quizá te sirva como una nueva oportunidad para no volver a cometer el mismo fallo. Pero, en cualquier caso, en todo ese tiempo en el que sabes que la has cagado, a pesar de ello estás convencido de que sigues avanzando hacia arriba, hacia la cúspide de algo grande, cuando en realidad estás subiendo y bajando en el mismo lugar cada día, sin avanzar nada, y, al igual que las escaleras mecánicas, tu única utilidad y virtud, sin haberlo decidido, o al menos de forma voluntaria, se convierte en cargar con el peso de los demás que te pisan y te manchan con las suelas de sus zapatos, tacones y zapatillas: incluso los niños escupen los chicles y caramelos sobre los peldaños y uno está tan atontado y metido en su mundo que no le importa absolutamente nada cargar con todas esas cosas que nadie se merece llevar encima de los hombros. No es que no importe, es que te acostumbras a cualquier cosa a base de repetir los mismos actos. Eso no es malo. Así se construyen las virtudes. Lo malo es la repetición de algo que no te lleva a nada, porque lo único que se logra con eso es acostumbrar a tu corazón a ser como una especie de reptil, capaz de cambiar el tono de su piel según le convenga. Para esos reptiles la opción más sencilla es cambiar de color adaptándose al entorno para escapar de las garras de sus depredadores. A los humanos también nos resulta más fácil cambiar la tonalidad del corazón para engañarnos a nosotros mismos y engañar a la persona que intuye la gama de colores que tenemos dentro. Todos hemos sido alguna vez los peldaños de alguna escalera mecánica, todos nos hemos convertido en reptiles en alguna ocasión y todos hemos caído por Despeñaperros hechizados por aquel paraje andaluz.

Es complicado abordar un libro que es la continuación de otro que se supone que tenía punto y final. Bueno, en realidad el nivel de complicación depende de nosotros, porque a veces decidimos complicar ciertos asuntos que no son nada complejos. Lo difícil es hacerlo fácil, como se suele decir, y si hay algo en lo que los humanos seamos los mejores es en eso de complicar las cosas más sencillas. Yo, por ejemplo, no decidí que la chica de Los Planetas fuera complicada como ninguna. Pero ella es así y, de hecho, creo que es una de las cosas que más me gustan de ella.

La chica de Los Planetas desapareció por completo en el mes de abril de 2014. Ese año había venido a Madrid en febrero a celebrar su cumpleaños, y fue cuando pasamos juntos tres días maravillosos después de mucho tiempo separados. Volver a

probar sus labios me bastó para confirmarme a mí mismo que la quería a ella y punto. No había nada que hacer. Ese fue el único beso que le di aquel año en el que solo la vi en cinco ocasiones. Cinco días de 365 que tiene un año. Bueno ese fue el beso; al día siguiente nos dimos más, pero tampoco muchos porque ella se iba a Andalucía el lunes por la mañana bien temprano, tenía que volver a casa de su hermana pronto y no tuvimos tanto tiempo para ello; había que decidir entre besos o hablar, y decidimos más de lo segundo porque nosotros incluso somos capaces de besarnos con las palabras que nos decimos. No obstante, estoy seguro de que aquellos pocos besos fueron suficientemente fuertes para mantenerme vivo durante todo este tiempo en el que ella no estaba y no daba ninguna señal de vida. Sé que volver a probar sus labios y el sabor de su lengua aquellos dos días, además de ver esos dos ojazos sinceros a los que les resulta imposible mentirme cuando me miran, me bastaron para no rendirme y ser consciente de que la quiero a ella y punto. Recuerdo que el día que se volvió era domingo, y que al llegar a casa me dijo que no podía dormir y que necesitaba que le recomendara una canción para lograrlo. Sin dudarlo le propuse «Young Lion», de Vampire Weekend, una canción que no dura más de dos minutos, y en la que una sola frase se repite varias veces: «Tómame tu tiempo, joven león». Le conté que era una canción que yo había estado escuchando la última vez que se había ido de mi lado, y que me calmaba mucho porque me daba esperanza aquella frase, aquel piano que en definitiva me pedía tiempo y sosiego.

Pues bien, ese mismo año, unos días después, el 10 de marzo, se presentó por sorpresa en la puerta de mi trabajo a la hora de comer, después de toda una noche viajando en autobús solo para verme. Creo que es la mejor sorpresa que me han dado en la vida. Desde entonces, cada vez que salgo del trabajo no puedo evitar mirar si está esperándome en el mismo sitio en el que lo hizo aquel día. Siempre lo hago. Todos los días. No lo puedo evitar. La imagino allí y luego me muero de la pena. Os aseguro que echar de menos es un arte; hay que saber llevarlo en silencio y morir cuando haga falta.

Nos abrazamos con todas nuestras fuerzas, y yo no paraba de preguntarle qué estaba haciendo en Madrid. Ella sonreía y sonreía. Bajamos por la calle Joaquín Costa hacia Nuevos Ministerios en busca de un sitio donde comer, ya que yo tenía hora y media para hacerlo y después debía volver a la oficina. Ella llevaba una camisa roja de cuadros muy bonita con el botón del cuello cerrado. Estaba muy guapa, y durante el tiempo que tardamos en bajar aquella cuesta y llegar a Nuevos Ministerios le pude dar en la cara más de veinte besos, y ella no paraba de reírse. Sin embargo, no me atreví a besarla en los labios, y aún me siento idiota por aquello. Porque, vamos a ver, una chica que se pasa la noche entera en un autobús para venir a verme tiene que amarme y mucho, ¿no? ¿Por qué fui tan estúpido de no plantarle un beso como Dios manda? No lo sé. Supongo que soy gilipollas y a veces no tengo remedio.

Comimos el menú del día del Café y Té de la calle Orense. Y yo la miraba y la

veía como nunca la había visto antes. Por fin tenía las cosas claras y creía que todo iba a salir bien entre nosotros. Antes de volver a la oficina, nos citamos para ir a cenar juntos. Al llegar al despacho y sentarme delante de mi ordenador, el cerebro me funcionaba a mil por ahora; no podía parar de pensar en lo que estaba sucediendo. Quizá os parezca una tontería, pero aquello era un auténtico hito en nuestra historia; hasta ese momento era yo el que hacía las locuras, ella siempre me había dicho que estaba loco, y ese era su mejor piropo, significaba que las cosas iban por buen camino. Ahora, de repente, la loca era ella, y yo no podía estar más encantado.

Quedamos a las ocho de la tarde delante del Loewe de la calle Goya, un lugar en el que ya nos habíamos citado más veces, la primera cuando fuimos a ver a Lori Meyers y a La Casa del Árbol a un concierto que daban en el escaparate de la tienda Sony que había en la calle Serrano. Pero, a pesar de haber quedado ahí otras veces, me equivoqué de Loewe. Ese día entré por la calle Serrano desde Alcalá y me quedé esperando en otro que hay en Serrano, no me preguntéis por qué, hasta que ella me llamó por teléfono.

—Pero ¿dónde andas?

—¡Pues aquí en el Loewe, donde habíamos quedado!

—Y yo también.

—Pues no te veo, capulla.

—Y yo a ti tampoco. Espera, anda, que seguro que la has liado y te has ido al otro.

Cuando me di cuenta de que no estaba en la tienda correcta comencé a caminar hacia la de la calle Goya con paso rápido y enseguida la vi a lo lejos sonriéndome con una cara de esas que te ponen cuando no tienes remedio. Fuimos el uno en busca del otro (y no precisamente a cámara lenta) y nos dimos un abrazo que nos colocó a los dos en el centro de la Tierra. De allí nos fuimos a tomar algo al Café y Té que hay en la Puerta de Alcalá. Fuimos allí porque ella decía que el resto de los cafés que había alrededor eran demasiado pijos, y tenía razón. Ella era más sencilla que yo para todo y, aunque le gustaba comer bien y los lugares acogedores, muchas veces prefería ir a un bar de mierda a tomar café que entrar en un sitio más pijo, por definirlo de alguna manera. Así que acabamos en el Café y Té de la plaza de la Independencia, porque era el sitio más «normal» de todos los de la zona.

Ella se había bebido ya unos cuantos cafés debido a la paliza de viaje que se había metido durante toda la noche y estaba un poco taquicárdica, por lo que pidió un Trinaranjus y yo mi habitual Coca-Cola. Sacó de su bolso el cuaderno que yo le había regalado el mes anterior por su cumpleaños y empezó a enseñarme todas las cosas que ya había escrito en él.

Aquel no era un simple cuaderno. Era grande y las tapas estaban ilustradas con millones de tazas de café caliente. Os aseguro que me tiré quince minutos en la Fnac de Callao delante de una estantería repleta de cuadernos de todos los colores hasta que me decidí por aquel. Si alguien se fijó en mí, seguro que pensó que estaba como

una cabra: cogía los cuadernos, les miraba las tapas, los abría, tocaba las páginas, me fijaba en si tenían líneas por dentro o estaban completamente en blanco, acariciaba la textura de las hojas e incluso los olía. Quince malditos minutos así, pero cuando ella lo desenvolvió, se encontró con esas tazas, lo abrió y leyó mi fuma, se puso muy contenta. Al final, los quince minutos de «soy el psicópata de los detalles perfectos» valieron la pena.

El cuaderno tenía además un significado muy especial, ya que se lo había regalado para que empezara a escribir en él todas las ideas que fuera teniendo sobre el proyecto de la distribuidora de aceite con el que ella soñaba. Se le iluminaba la cara cada vez que hablaba de los olivos de Jaén, de los tipos de aceituna y de su idea innovadora. Como yo siempre la he apoyado, no pude estar más feliz de que compartiera conmigo sus primeros avances.

Quisimos cenar en el Alfredo's Barbacoa de Lagasca, pero tuvimos la mala suerte de que estuviera cerrado y nos quedamos sin saber muy bien adónde ir un martes a aquellas horas. Pedí a la chica de Los Planetas que sacara el plano del metro porque he de reconocer que soy un desastre con las calles y con las líneas, solo las conozco por el color. Me conozco Madrid como la palma de mi mano, pero eso no evita que me pierda de vez en cuando; siempre he pensado que el buen madrileño es el que se pierde en su propia ciudad pero sabe llevarte a los mejores sitios. Juntamos nuestras caras sobre el plano y, durante los dos minutos que pasamos estudiándolo y decidiendo dónde ir, estuve respirando su aliento tan dulce y muriéndome de ganas de besarla en los labios. No lo hice, y todavía me arrepiento. Al final decidimos coger la línea roja hasta Sol y deambular por allí un poco hasta encontrar cualquier sitio que nos convenciera. Al salir del metro nos metimos por la calle Montera y, al ver el Bar & Tapas en el que habíamos acabado el mes anterior, entramos a cenar porque no teníamos mucho tiempo; su autobús la llevaba de vuelta a Cádiz esa misma noche. Lo que yo no sabía era que sería la última vez que la vería en mucho tiempo.

Cenamos bien. No recuerdo exactamente qué pedimos, pero seguro que alguno de los platos tenía queso. Ella siempre lo elige para mí, porque sabe que me encanta. Nos habíamos sentado uno enfrente del otro, y al acabar de comer le pregunté si me podía poner a su lado. Ella me dijo que por supuesto y, abrazados, estuvimos hablando de lo que sucedería a continuación, de cómo nos organizaríamos para vernos, y sobre todo de su vuelta definitiva a Madrid. Incluso firmamos una especie de contrato medio de coña medio en serio, que no tenía fecha de caducidad pero que estaba repleto de cláusulas en las que nos comprometíamos, por ejemplo, a reunirnos la siguiente vez en Jaén para pasar un fin de semana juntos. También había una en la que prometíamos estar juntos para siempre y que no hemos cumplido. O más bien fue ella la que no la cumplió.

Entre abrazo y abrazo, me puse serio y le confesé el presentimiento que empezaba a dominarme: que ella aún no había explotado del todo, que todavía podía ocurrir que lo echase todo a perder por culpa de ese miedo inexplicable que siempre me tenía. Le

dije que seguro que acababa huyendo, y que entonces conocería a otro chico al que se atrevería a comparar conmigo, viéndolo incluso como una especie de placebo, y que junto a él pasaría un tiempo pensando que era feliz, hasta que llegara el momento en que se diera cuenta de que me echaba de menos y de que había hecho una estupidez volviendo a huir de mi lado.

Ella flipaba con toda aquella teoría que acababa de soltarle y me miraba con cara de sorprendida. Sus ojos brillaron con miedo a que se cumpliera mi especie de profecía, y aquel brillo no me pasó desapercibido: pero cuando por fin habló me dijo que no, que aquello no sucedería, y me dio un abrazo en el que permanecimos durante más de un minuto. Yo aproveché para perderme en el olor de su pelo, para refugiarme en su cuello y sentir su espalda tras mis manos. Tenía miedo de la separación, no quería que se fuera. Trataba de imaginarme que ya se había instalado en Madrid y que ahora la acompañaría hasta su casa, pero no serviría de nada. La realidad era que ella estaba viviendo en Cádiz, le quedaba al menos un mes allí y su puto autobús salía de Méndez Álvaro esa misma noche.

La acompañé al metro. Cogimos la línea amarilla. Nos despedimos en Delicias, donde ella se bajó para pasar por casa de su hermana a despedirse antes de ir a la estación. Cuando llegó a la parada, nos abrazamos, le susurré al oído que la quería y ella hizo lo mismo. Entonces se bajó del vagón y a través del cristal de las puertas cerradas nos dijimos adiós con la mano. Los dos sonreíamos. Yo no sabía que pasarían nueve meses antes de que pudiera verla de nuevo; si alguien se hubiera acercado a decírmelo en ese momento, habría accionado el botón de emergencia, habría ido a buscarla y habría podido advertirle de que todo se nos iba a ir a la mierda. Pero, en lugar de eso, me volví a casa alegre y feliz como nunca. Aquella fue la última vez que la vi antes de que desapareciera.



ESA NOCHE

Cuando terminé de escribir el primer libro, le pedí a la chica de Los Planetas que escribiera un texto para cerrarlo. Tenía que ser ella quien lo hiciera, quien pusiera el punto y final a lo nuestro de cara a los lectores, ahora que iba a poner el punto y seguido de cara a nosotros. Se lo dije porque pensé que la historia no tendría ningún sentido si ella no decía nada, y la verdad es que esa fue la mejor idea que se me pudo ocurrir para terminar *La chica de Los Planetas*. Hoy me siento orgulloso de que contenga unas cuantas palabras de su puño y letra. Porque así fue, tal cual: lo escribí primero a mano y luego lo pasó al ordenador para poder enviármelo por *e-mail*.

Yo tenía que bajar a Jaén por esas fechas para pasar el fin de semana juntos que nos habíamos prometido, pero ella no paraba de darme evasivas y pronto me di cuenta de que la situación volvía a estar fuera de mi control. Me decía que no me preocupara, que pronto se vendría definitivamente a Madrid y podríamos vernos a diario, y yo insistía en lo de reunirnos en Jaén, dándole todas las facilidades que se me ocurrían para que el viaje saliera tal y como ella quisiera, pero no lo conseguí. Al final me resigné, consolándome con el hecho de que hablábamos todos los días por Whatsapp y prácticamente también por teléfono. Os aseguro que con más de seiscientos kilómetros de por medio, perder el control de la situación era muy fácil. Más tarde descubriría que, cuando la distancia ya no es el problema, el daño que pueden hacernos ciertas cosas es todavía mayor.

Así que vivía aferrado a la ilusión de que ella, al menos, estaba trabajando en aquel texto que cerraría mi libro. Cada día le preguntaba qué tal iba con él, y ella me respondía que poco a poco, que había escrito ya una primera versión, pero que como no le convencía había acabado rompiéndola para empezar una nueva. Decía que todo lo que escribía le parecía poco después de lo que yo había escrito, y yo trataba de sacarle aquella idea absurda de la cabeza, explicándole que lo que todo el mundo quería era poder leerla a ella, y que además escribía fenomenal: lo tenía todo de su parte. Y no me equivocaba: ese final escrito por ella es, a día de hoy, una de las cosas del libro que más aprecian mis lectores.

Por fin, una mañana, me envió el texto al *e-mail*. Yo lo abrí enseguida y comencé a leerlo. Con cada palabra, sentía que me rompía, pero a la vez me llenaba de todo lo que había echado tanto en falta. Al acabar de leerlo lloré como un niño de la emoción. Por fin las cosas cobraban el sentido que yo siempre les había intuido, por fin terminaba de tomar forma escrita aquel sentimiento que yo había tratado de transmitir desde el principio de la historia.

La carta que cierra *La chica de Los Planetas* es un texto que aún guarda toda su verdad, todo lo que ella siempre ha sentido, siente y sentirá. Solamente la leí aquella primera vez y en un par de ocasiones más. Nunca me he atrevido a volver a leer algo tan perfecto sobre nuestra historia. Es muy duro tener ahí esas palabras para siempre y que la persona que te las ha dedicado no esté a tu lado. Es duro y tremendamente injusto. Me siento incapaz de abrir el libro y releerlo. Cada vez que he tenido que hacer alguna revisión del texto, la verdad es que lo he hecho muy por encima. Cada recuerdo que contiene se me aviva mucho al leerlo. Por eso fue tan duro para mí cuando Suma de Letras quiso publicar el libro en papel y tuve que revisarlo de nuevo para que pudiera salir en noviembre de aquel año. No solo debía enfrentarme de nuevo a mis recuerdos, sino también a los suyos.

Hay algo que quizá ocurra un día o quizá jamás ocurra, y que me da bastante miedo aunque a la vez algo de paz. Porque ¿quién nos asegura que no llegará otra persona capaz de anular por completo el valor de las palabras que ambos nos hemos dicho?; ¿cómo poder afirmar que nunca usaremos estas mismas palabras con alguien distinto? ¿Quién no ha utilizado alguna vez la misma frase, la misma declaración, con dos personas diferentes?

Ya os adelanto que tanto las palabras que yo he dicho y escrito a la chica de Los Planetas como las que ella me dijo y me escribió a mí tienen una fuerza que no es de este mundo; no contemplan el tiempo ni la muerte; son atemporales, siguen vivas y serán eternas, pero también soy consciente de que podría llegar otra persona y hacer que pierdan todo su valor. Yo aún no me he cruzado con esa otra persona, pero no descarto que un día me la cruce y que todo lo aquí escrito se vaya al traste. A ella se lo dije muchas veces y siempre preguntaba qué sentido tendría entonces lo que hasta el momento había demostrado yo por ella. «Ninguno —me limitaba a responderle—, todo eso moriría».

Si habéis leído lo que ella escribió, estoy seguro de que mientras lo leáis pensasteis que todo se había solucionado. Y yo el primero. Cuando por fin me lo mandó, me creí el puto amo por haber logrado «reconquistarla». Lo pongo entre comillas porque, joder con la palabra, tiene delito. El caso es que no sé cómo expresarlo de otra manera; constantemente trato de encontrar un equilibrio entre lo muy cursi y lo muy crudo, fronteras ambas de las que nunca consigo apartarme por completo.

El caso es que nada se solucionó. Yo tengo la teoría de que sus miedos y sus huidas se han debido siempre a que llegamos a conocernos de verdad, a que ambos probamos el amor verdadero y a ella le dio pánico. Muchas veces sentí ganas de pegarle una colleja y de decirle: «Espabila, tronca», porque de verdad pienso que necesitaba espabilar, pero aquello no hubiera servido para nada. No se puede espabilar a nadie, por muchos consejos que escuchemos a lo largo de nuestra vida y

por mucho que estos nos influyan a la hora de tomar decisiones. Lo cierto es que cada uno termina encontrando el camino por sí solo. Todos esos consejos que en un momento dado decidimos activar, los llevamos en realidad sin saberlo dentro de nosotros. La persona que no quiere espabilar por sí misma, jamás lo hará por medio de otras y sobre todo con la agonía de que haya gente detrás diciéndole que haga esto, lo otro o lo que sea.

Días después de enviarme el texto, me anunció que tenía que venir a Madrid porque le hacían una entrevista de trabajo; que aprovecharía para verme porque lo necesitaba. Sin embargo, yo ya la notaba otra vez muy esquiva, y la noche antes de llegar se confirmaron mis peores sospechas: «Pero que no voy a tener tiempo», «Prefiero hacer las gestiones yo sola», y un montón de excusas de esas que cuando te las están diciendo se te queda una cara de gilipollas que no se te va por lo menos en dos o tres horas. Era la una de la madrugada, ya estaba montada en el autobús camino de Madrid y me mandaba todo aquello por Whatsapp. ¡Por Whatsapp! ¡Qué triste y qué real! Yo no daba crédito. No me lo merecía, joder. Le dije que me pediría el día libre en el trabajo, que iría a buscarla a la estación, que comeríamos juntos en cualquier lado o que la acompañaría el tiempo que le quedase después de la entrevista, antes de que volviera a marcharse en aquel autobús que yo tanto aborrecía.

Imaginad la escena: ella en el puto autobús y yo con mi puto pijama, sentado en el sofá de mi casa con el móvil en las manos al borde de un jamacuco. Empecé a decirle que la estaba cagando, que se iba a arrepentir toda su vida, que dejara de hacer estupideces, que se centrara, que no podía hacerme esto ahora, que nosotros teníamos que estar juntos, que era una idiota por no darse cuenta de todas las cosas que había hecho por ella y así sin parar ni un segundo... Le dije un millón de cosas de ese tipo que le sentaron como el culo y que, por supuesto, me rebatió una por una: que no quería que empezara a recordarle nada, que si no se lanzaba era porque no me quería, que nadie me estaba obligando a esperarla y que (y quizá esto fue lo que más me dolió) escribir un puto libro no me hacía mejor que nadie, no me daba derecho a nada. ¡Tócate los cojones!

Fue algo así de horrible. Después descubriría que todas esas cosas las dijo sin pensarlas, muerta de miedo y a la vez de rabia, pero en ese momento decidí que había tenido suficiente. Decidí cortar por lo sano y bloquearla de todo lo que se puede bloquear a una persona en el siglo XXI. Es decir, de Whatsapp, de Twitter, de Instagram y de Facebook. La bloqueé en mis cuentas personales (que hoy en día ya no existen) y en las de Holden Centeno. No quería que viera nada de lo que a partir de ese momento yo escribiera en las redes sociales. Nada de lo que escribiera sobre ella. Me dije que seguiría mi camino completamente solo y que las indirectas que a diario ideaba para ella se perderían para siempre en el ciberespacio.

En realidad la bloqueé porque no quería añadir más sufrimiento a mi vida. Y, a pesar de mi determinación, me costaba creer lo que estaba haciendo, estar cerrando por completo cualquier posibilidad de contacto indirecto. Habíamos tenido nuestras

idas y venidas, pero siempre, aun en los parones más largos, terminaba poniéndose en contacto conmigo por algún medio: un Whatsapp, un favorito en Twitter, un «Me gusta»... Como diría Sara Herranz, una ilustradora que nos encanta y que en buena medida ha inspirado la cubierta (junto a Dalí) de este libro, «Te hago un *fax* cuando en realidad quiero arrancarte la ropa». Y de la noche a la mañana la maquinaria se ponía en funcionamiento. Siempre volvía cuando le daba la gana. Llevábamos así tres años. Pero ahora se iba a acabar.

No la avisé de nada. A quien sí se lo comuniqué fue a su amiga Pilar, que se había convertido poco a poco también en amiga mía y que, ¡pobre Pilar!, se ha encontrado mogollón de veces en medio de esta historia precisamente por eso. Pilar se entristeció por mí y, a pesar de la lealtad incondicional que guarda siempre a la chica de Los Planetas, me preguntó varias veces si estaba completamente seguro. No lo estaba, pero ¿qué más opciones tenía? Me las habían cortado de cuajo.

En las semanas que siguieron Pilar intentó animarme y estuvo pendiente de mí, pero de pronto se «pasó al otro bando». Supongo que no lo hizo a propósito, sin duda no tuvo más remedio que acabar posicionándose en alguno de los dos, y ella era amiga suya desde hacía mucho más tiempo que yo. Lo entiendo y no la culpo, pero el caso es que intenté quedar con ella varias veces y siempre me dio largas; ya no pude verla más. En septiembre se marchaba a vivir a Estados Unidos y la pena es que no nos despedimos. Afortunadamente, como todo había sido una estupidez que había ido tomando forma sin que nos diéramos cuenta, unos meses más tarde acabó solucionándose.

Esa noche cerré la puerta con la chica de Los Planetas. Siempre habíamos desaparecido pero nunca cerrábamos la puerta ninguno de los dos. Ese día fue distinto y la cerré por completo para no volver a dejarla entreabierta. Pensé que una persona, si quiere estar contigo, será capaz de romper cualquier puerta por muy cerrada que esté o por muchos cerrojos que tenga y uno haya puesto. Eso hice. Cerré la puerta de golpe, eché todos los cerrojos habidos y por haber y, no contento con eso, cubrí la puerta de tablones de madera que clavé con afilados clavos y con la fuerza de los golpes de un martillo. Esta vez me negué a dejarla entreabierta porque creí que siempre había cometido ese error, pero ya había pasado tiempo suficiente para aprender de ello y enmendarlo. Sellé la puerta y ahora pienso que quizá me faltó echar cemento sobre esos tablones.

A la mañana siguiente, en el trabajo solo podía pensar en ella. Me la imaginaba quedándose dormida en el autobús con los auriculares puestos, bajando a tomar un café en alguna de esas paradas en medio de la nada que hacen los autobuses de rutas largas. La imaginé llegando a Méndez Álvaro, acudiendo a su entrevista..., en fin, pensé en ella todo el tiempo a pesar de tenerla bloqueada. Podría haberme llamado por teléfono, esa era en el fondo mi última esperanza, pero a las cuatro de la tarde me

mandó un SMS: «No sé por qué me has bloqueado de todo —me decía—. Necesitaba y quería verte porque tenemos una conversación pendiente. En fin, ya nos veremos y hablaremos, o no. Cuídate».

Leer aquello me desestabilizó muchísimo. Estuve a un segundo de desbloquearla y de llamarla para preguntarle dónde estaba y plantarme donde hiciera falta, pero no lo hice. Me cagué en todo, no comprendía nada y los ojos se me llenaron de lágrimas, pero me reafirmé en mi decisión: no volvería a dejar la puerta entreabierta, era mejor así, como estaba, totalmente cerrada. Y, si de verdad la quería abrir tendría que demostrarlo y echarla abajo con todas sus fuerzas; tendría de entrar en mí y quedarse conmigo definitivamente.

Antes os he hablado de Sara Herranz y no he querido ahondar más en ese inciso porque no era el momento, pero llevo desde entonces pensando en compartir con vosotros otra de las frases lapidarias de Sara que la chica de Los Planetas compartió conmigo en una ocasión. La frase viene acompañando a una ilustración en la que sale una *blogger* de moda posando con complementos y todas esas cosas con las que posan las *bloggers* de moda: «Es lunes de mierda, pero podría ser peor, podrías ser el novio de una *blogger*». La chica de Los Planetas me la mandó añadiendo: «Yo soy la novia del *blogger*... ¡Qué cruz tengo contigo, hijo!». Así aparecía siempre ella cada vez que le daba por aparecer. Y aún no os quiero adelantar lo primero que me dijo cuando volvió a mi vida meses después de que la bloqueara y de que la acabase desbloqueando. Sí, habéis leído bien, al final la desbloqueé. Pero porque hubo razones de peso.



TÚ TAN LABERINTO Y YO TAN PUZLE

Todo había terminado. Todo se había vuelto oscuro y ni yo me aguantaba. Muchas veces pienso que jamás me rindo porque siempre me quedo a un milímetro de conseguirlo. Justo antes de tirar la toalla, siento que estoy a punto de llegar al centro de su laberinto. No descarto que en esa actitud pueda estar el problema; hace tiempo que me veo como uno de esos odiosos puzzles que a nadie le apetece sentarse a montar. O como uno de esos que te crees que te apetece hacer pero que no tardas más de cinco minutos en volver a guardar en el altillo del armario.

Cuando era pequeño le pedía a mis padres que me compraran los puzzles que veía en los escaparates de las jugueterías y ellos me los compraban porque probablemente pensaran que eran educativos para mí y todas esas tonterías que la industria nos mete en la cabeza. Bueno, puede que tengan razón con eso de que los puzzles son buenos para el desarrollo cognitivo de los niños y todas esas movidas, pero lo cierto es que yo solo he conseguido acabar uno en toda mi vida. Y porque era un puzzle del *Guernica* y aquello me motivaba demasiado. Siempre he odiado los puzzles; si se los pedía a mis padres era porque el dibujo de las cajas con lo que sería el puzzle una vez montado me hacía creer que podría terminarlos, pero la realidad es que, cuando luego las abría totalmente emocionado, la ilusión tardaba en desaparecer el tiempo que tardaba en darme cuenta de que el infierno existía y yo jamás sería capaz de encajar todas sus piezas.

Creo que, en cierto modo, mi personalidad puede tener sobre la gente el mismo efecto que un puzzle. Estoy convencido de que, cuando la chica de Los Planetas me conoció, yo le impacté al instante, y se sintió como yo me sentía con las cajas de los puzzles que veía en los escaparates. Pero luego abrió la tapadera y se encontró con un millón de piezas que nunca le terminaban de encajar.

Desde entonces, algunas de esas piezas han ido encajando, y lo mejor es que ha sido de forma natural. En estos años los dos hemos vivido un proceso de maduración que nunca habiéramos vivido de no habernos conocido. Ahora vemos las cosas con mayor claridad, somos capaces de controlar situaciones que antes se nos escapaban de las manos, de buscar un camino diferente a los anteriores. Yo para ella sigo siendo un puzzle en el altillo de un armario, pero algunas de mis piezas se han quedado en sus bolsillos, dentro de sus bolsos, en el interior del forro de sus chaquetas, y a veces se las encuentra al rebuscar entre sus cosas y recuerda que me tiene sin acabar.

Ella es, en cambio, como un laberinto. Uno de esos esculpidos en setos que esconden placitas con fuentes. Uno de esos laberintos que sobre plano nos parecen

bonitos y sencillos de cruzar. Y eso es precisamente lo que yo pensé cuando nos conocimos, solo que tardé un año y medio en aprenderme todos sus rincones, sus atajos (que son bastante pocos), sus avenidas sin fin (que son bastantes más) y su salida, que inexplicablemente se encuentra en el centro del laberinto y no en uno de los extremos; quizá por eso tardé tanto en conocerla por completo.

A ella le jode mucho que yo sepa cómo caminar entre esos setos, cómo cruzarlos y cómo llegar al centro, porque es una mujer a la que le gusta tener controlada la situación cuando está con alguien, y yo, la verdad, es que jamás se lo he permitido. Bueno, en realidad no es que no se lo permitiera, pero siempre le planté cara con toda la naturalidad del mundo cada vez que veía algo que no me terminaba de convencer. Ella hacía lo mismo conmigo, y a mí eso me gustaba pero, cuando el que lo hacía era yo, las cosas eran distintas.

Muchos tíos ni siquiera se han atrevido a entrar en su laberinto y se han quedado en la entrada, donde ella les había dicho que se quedaran: fueron mucho más pragmáticos. También hubo quien se atrevió a entrar, pero se quedó estancado en alguna parte en la que se sentía a gusto, sin plantearse jamás ir en busca de lo desconocido.

Igual pensáis que fui un cretino por no decantarme por ninguna de estas dos opciones. Seguramente os estéis diciendo que si hubiera elegido una de ellas podría estar ahora mismo a su lado, y es probable que sí, pero yo sé que no habría durado mucho. Lo que ella quiere, aunque desconozcamos las condiciones exactas, es a un hombre que mantenga el equilibrio, que sea capaz de encontrar el punto medio y de ayudarla a hallar la salida de su propio laberinto cada vez que se pierde.

Ahí entro yo. Me arriesgo a que un día me lea y me diga que me acabo de columpiar con mi teoría y que me vaya directo a la mierda, pero dudo que todas estas palabras despojadas de laberinto, que todas estas palabras que han sido escritas para ser sencillas y directas, la lleven a esa conclusión.

Hay veces que uno sabe las cosas porque las siente en lo más profundo de sus tripas y es incapaz de sacarlo fuera para explicarlo. Se quedan dentro para toda la vida, viven allí en silencio y jamás mueren olvidadas. Hay cosas que nunca deben ser explicadas porque ya es suficiente que las entienda quien las tiene que entender, el resto sobra.

Era abril de 2014 y todo había terminado. Yo no sabía cómo llevarlo, solo podía pensar en mis putos puzzles y en sus dulces y adictivos laberintos. No hacía otra cosa que idear ese tipo de metáforas, cualquier imagen que me ayudara a explicar lo que nos estaba pasando. A veces lo conseguía y otras no. Es decir, lograba llegar a una explicación que en realidad no tenía explicación... No sé si me entendéis, pero en cualquier caso no busco vuestro entendimiento.

Imaginad el percal: yo había confesado en un relato de mi blog que iba a volver a

verla y todo el mundo estaba expectante; me llegaron decenas de *e-mails*, menciones por Twitter y mensajes a Instagram de un montón de gente que me mandaba su apoyo y nos deseaba lo mejor a los dos. Flipas. Por otro lado, acababa de terminar de escribir un libro con final feliz porque parecía que nuestra historia por fin se volvía a conectar y para bien. Ella, por su parte, una semana antes, me había enviado su aportación al libro, que por supuesto era un texto la mar de feliz. Yo había anunciado en todas mis redes sociales que autoeditaríamos un libro y que el libro incluiría todo lo que había pasado en aquel reencuentro con ella, y vosotros estabais esperando a leer el desenlace como auténticas hienas. Además estaba mi colega Morín, que había terminado de editar todos los relatos y me los acababa de enviar para que corrigiera las erratas y diera mi visto bueno.

Pues bien, no me leí nada y no corregí ninguna errata. No tenía los cojones de volver a leerme todo aquello después de ese desastre. Abrí el documento para salir momentáneamente del letargo que me anulaba y añadir una nota al pie del texto que había escrito ella. La nota decía así: «Este texto lo escribió el 1 de abril de 2014. Unas semanas más tarde decidió volver a detener la inminente alineación de nuestros planetas. Se volvió a cerrar de forma hermética, misteriosa y enigmática. Me duele escribir el punto final, pero tengo el consuelo de que este libro esconde la verdad objetiva de todas las cosas buenas del mundo».

Le devolví el documento a Morín, y le di mi aprobación sin decirle absolutamente nada de aquel final alternativo que había decidido añadir en el último momento. Mi amigo tardó semanas en descubrir aquella nota y se quedó bastante sorprendido, pero yo esquivé todas sus preguntas lo mejor que pude y no le di ninguna explicación.

Creo que si añadí aquella nota fue en parte porque sentí que el mundo tenía derecho a saber que las historias con final feliz son una puta estafa y que la realidad es bien distinta a como la pintan las películas de Hollywood o esos escritores contemporáneos de novela rosa que se dedican a crear historias de amor edulcoradas que siempre acaban con un final de puta madre para los protagonistas. Pensé que podían darles bien por el culo a todas esas historias que acaban así y que ocurren en una realidad bastante diferente a la que viven el resto de los mortales. Eso, o es que yo soy la excepción a todas esas historias y vivo condenado a un final malo en un mundo en el que toda la gente es feliz. Pero no. Lo siento pero no me lo trago.

¡Y es que además tiene delito! ¿Por qué venden los libros o las pelis con final apoteósicamente feliz? Supongo que a la gente le gusta que le cuenten trolas para desconectar un poco de la realidad absurda en la que realmente viven. Yo tenía la obligación moral de no mentir a todas esas personas que llevaban algo más de un año leyendo los relatos que narraban mi historia con la chica de Los Planetas, y por eso también escribí aquella nota. Necesitaba contar la verdad a mis lectores, y sobre todo necesitaba ponerle un punto y final a la historia por mi propia salud emocional. Un punto y final que se viera, con el que todo el mundo supiera que yo daba por terminado el asunto. Quería dejar claro que la historia había acabado, que ya no había

remedio.

Puse punto final sobre el papel, pero sobre todo traté de ponérselo también a aquellos años de mi vida. Empezó entonces mi intento de olvidarla para siempre. Se acabó la esperanza en la deriva, porque, si no, iba a terminar hundiéndome con el peso de todas las cosas buenas que un día sí que habíamos vivido. Lo que me sigue alucinando es que, después de leer mi libro, todo el mundo pidiera una segunda parte, porque decían que sentían, que *ellos sentían*, que tenía que continuar. Quizá estéis confundidos.

Abril fue un mes duro. Encima, el nuevo disco de Vetusta Morla estaba sonando en todas partes, y aquellas frases que habíamos adoptado como nuestras, aquella de «Yo guardo la fe, tú encuentra el milagro» que solía decirme ella, o la de «No es tan trágico jugar con la distancia y heredar su soledad» que solía decirle yo, me perseguían allá donde fuera. Yo intentaba alejarme de toda conexión con la chica de Los Planetas, pero la gente a mi alrededor tampoco me lo ponía fácil, porque todos sabían que nos habíamos visto en febrero durante un fin de semana, que había venido a darme una sorpresa en marzo y que solo habíamos compartido cosas buenas aquel año. Cuando todo se fue al garete (no voy a decir «mierda» porque luego decís que no paro de soltar palabras malsonantes, pero fijaos lo mal que queda «garete», y encima es algo que nadie utiliza en una conversación normal), no se lo conté a nadie. Por eso un día Nacho me vino diciendo: «He visto en Twitter de la chica de Los Planetas que está buscando piso de alquiler en Madrid. ¡Tío, vaya noticia! ¡Tienes que estar supercontento!», y no entendió nada cuando le pedí que se callara. Entonces me preguntó qué había pasado y yo se lo expliqué todo. Pero ya no pudo quitarme el dolor que me producía saber que ella estaba de nuevo por aquí.

Me dolía enormemente saber que estaba tan cerca, que había regresado a la ciudad ahora que todo estaba roto y, sobre todo, que no me hubiera dicho nada sobre su vuelta. Después de enterarme por Nacho, empecé a ir por la calle buscándola entre la gente, deseando encontrármela para escudriñar sus ojos sin reparos, en busca de algún rescoldo. Pero no tuve esa suerte. Solo coincidimos en dos conciertos y no nos vimos. Otras veces me imaginaba que me encontraba a su hermana por la calle, y hubiera hecho lo mismo con ella: la hubiera parado y, después de preguntarle que cómo le iba todo, le hubiera dicho con toda la sinceridad del mundo que echaba de menos como nunca a su hermana y que la seguía queriendo con la misma fuerza que nadie. Me daba igual qué pensara. Yo sabía que su hermana al escuchar eso se reiría y fliparía conmigo como ya hizo en alguna ocasión cuando se lo dije. Pero tampoco pasó eso. Nunca me crucé con ninguna de las Superhermanas, tal y como yo las llamaba de broma de vez en cuando, haciendo referencia a aquella mítica canción sucia de Pereza. Hubiera sido un auténtico puntazo encontrarme con su hermana, pero sobre todo con ella, porque estoy seguro de que, si hubiese pasado, podría haber intuido todo lo que esconde dentro y eso me hubiera servido para tener muchas más fuerzas para seguir adelante con todo esto y seguramente mi dolor hubiera

disminuido de manera considerable.

Así llegué a mayo. Odio el mes de mayo con todas mis fuerzas porque es el mes de mi cumpleaños y odio el día de mi cumpleaños. No es un odio a cumplir años, no. No soy esa clase de personas que aborrecen tener más años y esas chorradas. De hecho prefiero cumplir años porque, a lo largo de mi vida, cuantos más años cumplo, más cosas nuevas, buenas y brutales vivo. Aunque supongo que cuando sea ya un viejo que no puede ni con su alma querré parar de cumplirlos, a no ser que sea como el abuelo del anuncio de Coca-Cola, que podía ser más viejo que Matusalén y aun así el pibe se seguía inflando a Coca-Cola y a vivir la vida con una intensidad bestial. Odio el día de mi cumpleaños. Siento un odio muy grande y muy profundo que desarrollé en algún momento de mi vida en el que pensé que iba a tener el macrofiestón del siglo para celebrarlo y luego no se acordó absolutamente nadie de felicitarme. A partir de ahí, todos los cumpleaños que han venido han sido un auténtico desastre. Todos los años alimento expectativas demasiado altas y todos los años me llevo el desengaño.

No he celebrado con la chica de Los Planetas ni uno solo de mis cumpleaños desde que la conozco. Siempre han coincidido con una de nuestras fases de distanciamiento. En cambio, no ha habido un solo cumpleaños suyo desde entonces que no hayamos celebrado por todo lo alto. ¡Qué puntería!

En su cumpleaños de 2014, cuando vino a Madrid en febrero a pasar un fin de semana largo, yo ya se lo dije; le di sus regalos y me reí con la broma de que ella, por suerte, tres meses después no tendría que hacerme ninguno porque en esas fechas ya habría desaparecido otra vez. Y así fue, aunque aquel día de febrero nos riéramos y ella me dijera que era un idiota por pensar así.

El caso es que aquel año ni siquiera tuve derecho a una felicitación. Llegó el temido día de mayo y esperé como un tonto su llamada, pero nunca me llamó. Y como yo en el fondo ya imaginaba que era bastante probable que eso pasara, decidí celebrar aquel cumpleaños de otra manera.



MAYO DE 2014. DÍA 1

El libro lo acabamos justo cuando terminaba abril. Ya antes de que lo llevásemos a imprenta teníamos más de cien pedidos, y eso que no habíamos hecho ningún tipo de promoción. A mí la verdad es que me agobiaba bastante lo de gestionar nosotros mismos los envíos. Me parecía un auténtico coñazo tener que esperar a recibir el dinero de cada pedido, preparar entonces el paquete y llevarlo a Correos. De hecho, llegué al acuerdo con Morín de que él se encargaría de todo ese proceso. La verdad es que, de no ser por él, el libro jamás habría llegado a interesar a los editores de Suma de Letras y mi vida no habría cambiado como lo hizo en muchos aspectos.

Precisamente para hablar de todo aquello de la distribución quedé con Morín en el Burger King de O'Donnell. Bueno, en realidad vino a buscarme a mi casa en moto y fuimos allí porque no teníamos ni un duro para cenar. Nos pillamos unas hamburguesas y unos *fingers* de un euro con un par de Coca-Colas de esas que se pueden ir rellenando gratis las veces que quieras. Y con aquella munición nos sentamos a planear el siguiente paso.

Yo ya había anunciado en mi blog que el libro saldría a la venta el 5 de mayo y se había creado una cierta expectación por el desenlace de la historia y también porque no habíamos atendido ni un solo pedido de los más de cien que ya teníamos esperando. Por si fuera poco, nos seguían llegando nuevos pedidos y a mí ya no me daba la vida para atenderlos. Tenía el correo saturado de *e-mails*. Le dije a Morín que todo aquello me estaba agobiando, pero no podíamos permitirnos pagar a ninguna empresa para que se encargara ella porque se nos habría ido todo el beneficio y quién sabe si no habríamos generado pérdidas. Sin embargo, a mí me daba miedo enviar los libros por correo convencional y que no llegaran a su destino. En resumen: todo era un puto desastre. Empezamos a pensar en renunciar a la idea de sacar el libro en papel, porque iba a ser un auténtico marrón por mucho que nos apeteciera y por mucho que nosotros prefiriésemos el papel al formato digital. Entonces sopesamos la posibilidad de publicar el libro digital en Amazon y venderlo al ridículo precio de un euro, pero ninguno de los dos teníamos experiencia con aquello y nos daba muchísima pereza. Seguramente era más fácil que hacer unos espaguetis, pero acabamos descartando la idea. Entonces me di cuenta de que lo que realmente quería era que mi historia llegara cada vez a más gente y pudiera leerse en cualquier parte del mundo. ¿Y sabéis por qué? Porque así tendría más posibilidades de que el libro acabara llegándole a ella; de que un día alguien que la conociera se lo pusiera en las manos. Y así ella podría volver a recordarlo todo.

Finalmente decidimos regalarlo. Regalaríamos el libro en formato digital a todo el que nos lo pidiera y dejaríamos el papel como opción para el que quisiera correr con los gastos.

Me propuse que la versión papel del libro llegara a los lectores que la habían reservado el día de mi cumpleaños; por mis narices (y son bastante grandes, por cierto) que lo haría.

No me bajé del burro aun cuando la imprenta empezó a incumplir todos los plazos. Lo que no sabía todavía es que aquel cumpleaños pondría la primera piedra de algo muy grande que vendría meses después.

El 5 de mayo por la noche hice pública en el blog la decisión que habíamos tomado. Todo aquel que deseara el ejemplar digital gratuito tendría que enviarme un *e-mail* con sus datos. Quería conocer el perfil de mis lectores. Aproveché para hacer, además, una auténtica declaración de intenciones por si ella lo leía, y empecé la entrada diciendo que no me creía mejor que nadie por el hecho de haber escrito un libro y comparándome con Belén Esteban, que justo arrasaba en ventas con el suyo.

Me encargué personalmente de enviar la versión digital del libro a cada una de las personas que me lo pidieron. No teníamos ni idea de cómo se hacía eso de colgar un documento en una web para que la gente se lo descargara en un clic, así que yo mismo fui el «proceso de descarga» de mi libro. Fue una auténtica labor, pero no se me hizo pesado. Me emocionaba ver a tanta gente interesada en leerlo, estaba encantado.

Terminé diciendo que a partir de ese momento el blog entraría en una nueva etapa. Quería hacer borrón y cuenta nueva, pero inserté también un vídeo de la canción «Alegrías del incendio» de Los Planetas, y todo se volvió contradictorio, porque esa es una de las muchas canciones que nadie va a poder robarnos nunca. Una de nuestras «biblias» y una auténtica declaración de amor.

Ese lunes 5 de mayo me acosté a las tres de la madrugada enviando el libro a las más de cien personas que lo pidieron de golpe y apuntando los datos de la gente que lo quería en papel. Entre los que me lo pidieron, hubo quienes solamente me mandaron sus datos y ni un «hola» ni las gracias, pero la mayoría de la gente me dedicó como mínimo un párrafo en el que me explicaban lo que había significado la historia para ellos y me deseaban lo mejor en el futuro. A día de hoy sigo recibiendo muchos *e-mails* de personas agradecidas que afirman que mi libro les ha ayudado en un momento importante de su vida. Por muy tópico y falso que suene, eso es algo impagable. Mis lectores nunca sabrán cuánto me influye cada una de las cosas que me escriben.

En muy poco tiempo superamos los mil pedidos del digital y otros muchos románticos lo encargaron en papel. No me lo esperaba. Y tampoco que después de leer el desenlace empezaran a llegar a mis redes sociales comentarios de los lectores asegurándome que la historia aún no había terminado. No sabéis lo que me descolocaba leer ese tipo de comentarios prácticamente todos los días. Me preguntaba

qué era exactamente lo que los lectores no habían entendido de la expresión «punto y final» que había escrito bien clarita al final del libro. ¿Por qué todo el mundo se empeñaba en asegurarme que la historia aún iba a continuar? Nunca lo sabré, pero lo cierto es que yo también sentía lo mismo. No podía acabar así por mucho que yo me empeñase en que todo había terminado.

La que seguía sin dar señales de vida era la chica de Los Planetas. Parecía que aquello no había conseguido ningún tipo de efecto sobre ella. Yo esperaba en realidad que reaccionara y, aunque no fue exactamente así, sí que pasó algo que me hizo sentirla de nuevo muy cerca. El 12 de mayo recibí un *e-mail* muy especial que me alegró bastante la existencia. Bueno, mejor dicho, más que alegrarme, lo que hizo fue hacerme a temblar por dentro. Aún había esperanzas.

Hola:

Soy Clara, amiga de la chica de Los Planetas. ¿Cómo estás? Hoy he estado desayunando con ella en Madrid y me ha hablado de tu blog. Lo primero que he hecho al llegar a Málaga ha sido encender el ordenador y empezar a leer y leer... Es increíble. Me encanta. No tengo nada que decir porque me he quedado sin palabras. Llevo enganchada al ordenador desde hace más de una hora y estaría así más tiempo, pero tengo que irme a trabajar.

Me encantaría tener tu libro para poder leerlo todo tranquilamente. Me gustaría poder leerlo en papel pero tengo entendido que (de momento) no se puede, así que si me lo envías por aquí me harías muy feliz. En cuanto lo saques en «carne y hueso» avísame, porque lo pienso comprar. Soy fan tuya desde que me habló de ti hace ya unos años. En realidad, creo que soy más fan de vosotros como uno.

Un beso.

Esa última frase me mató por completo. Yo siempre había querido ser un todo con la chica de Los Planetas, compartir la carne y el alma. Ni más ni menos.

Clara es una amiga de la facultad que yo nunca había llegado a conocer; enseguida se marchó a vivir a Málaga porque la carrera no le convencía. La chica de Los Planetas siempre me había hablado de ella como una de sus grandes amigas y a mí me hubiera gustado conocerla. Que le hubiera contado lo de la existencia de mi blog, del libro, etcétera, era una auténtica pasada. Me volvió a llenar de esa esperanza que siempre había salido a mi encuentro en los momentos más jodidos, y me aferré a ella con todas mis fuerzas. Yo odio esa frase de que «La esperanza es lo último que se pierde», porque me parece rematadamente cursi y porque, como sabéis, siempre intento huir de este tipo de frases hechas. Sin embargo, hay ocasiones en las que me resulta imposible esquivarlas.

Creo que todo lo que escribo sobre la chica de Los Planetas son historias de

esperanza, y en realidad eso es lo que siempre he querido transmitir: que por muy hundido y destrozado que se encuentre uno, si la busca, siempre acabará encontrando su oportunidad.

Mi frase de cabecera al respecto es aquella que dijo el poeta sevillano de la Generación del 27 Luis Cernuda: «El hombre muere para que nazca el héroe». Y es que yo lo tengo claro, la persona que no ha muerto nunca en vida para volver luego con más fuerza que nunca es que no ha vivido de verdad. Os aseguro que no hay nada como romperse totalmente para luego poder reconstruirse de una manera más fuerte y segura y volver con las ganas suficientes para poder con todo lo que se nos eche encima. Yo he bajado unas cuantas veces a los infiernos, y no me refiero a un descenso bíblico. Me refiero a que por diferentes causas, anímicamente dolorosas, morí y fui al infierno. Pero he tenido la suerte de haber vuelto, aunque, eso sí, con quemaduras graves. Sin embargo, el que no tiene heridas ni cicatrices en el alma ¿qué tiene? Nada. No ha vivido. El *e-mail* de Clara me hizo sacar la cabeza del azufre que hay en el averno.

Afortunadamente, el mes de mayo se me pasó rápido. Los comentarios que empezaron a llegarme cada día de los lectores que acababan el libro y me decían que no me rindiera, que la historia aún no había acabado, me dieron unas ganas terribles de escribir otro libro para rebatirlos, y eso a pesar del correo de Clara y de lo que yo verdaderamente sentía en el fondo de mi ser. Escribiría algo tan grande que pisaría por completo mi historia anterior y todos olvidaríamos lo ocurrido con la chica de Los Planetas.

Hace poco, una persona me preguntó durante una presentación del libro si no tenía miedo de defraudar a mis lectores cuando la historia se acabara de verdad y pasara a contar cosas que no tuvieran nada que ver con ella: si sería capaz de mejorar lo anterior. Él se refería al proceso creativo de la persona que escribe procurando superarse cada vez. Insistió en el vértigo que podía provocarme la posibilidad de narrar algo que no estuviera a la altura del libro anterior ni de mi público. Yo le contesté enseguida que no tenía ningún miedo, que ya había empezado a escribir algo nuevo (este libro que ahora tienes en tus manos) y que quería que se convirtiera en el libro por el que todo el mundo me recordara. Nunca me importará que me encasillen como el autor que escribió estas páginas.

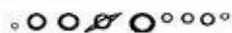
Estaba seguro de que *El discurso de la muerte y la suerte propicia* marcaría un antes y un después y que la gente dejaría de asociarme a la chica de Los Planetas. Tenía tanta prisa por conseguirlo que en principio me había puesto el objetivo de terminarlo para septiembre. Cuanto antes lo hiciera, mejor. Cuanto antes la gente dejara de hablarme de ella, mejor para mi cabeza. Pero me confundí totalmente. No conté todo eso durante la presentación, porque ya había retomado este proyecto, pero en septiembre de 2014, fecha inicial de mi objetivo, resultó finalmente que ni siquiera

había sido capaz de empezarlo. En lugar de eso, acudí a las oficinas de Penguin Random House y firmé un contrato para publicar una tirada de miles de ejemplares de *La chica de Los Planetas*. Las tomas habían cambiado. Mi historia con ella sería recordada para siempre.

Pero antes de aquello, a finales de julio, la chica de Los Planetas volvió a aparecer en mi vida. Me marcó como favoritos varios *tuits* de mi cuenta personal y un par de los que había escrito desde la cuenta de Holden Centeno. Yo la tenía bloqueada en ambas cuentas, por eso no lo había visto antes, lo descubrí de casualidad desde mi cuenta del trabajo. Como me negaba a desbloquearla del Whatsapp, la desbloqueé de la cuenta de Twitter de Holden Centeno. Entré en su perfil, me puse a revisar su *TimeLine*, y me paré en un *tuit* en el que había escrito una frase que ella solía decir muy a menudo. No la recuerdo de manera literal, pero hablaba sobre la importancia de estar en un lugar en el momento exacto. Y, sí, no podía sentirme más de acuerdo con ella, porque parecía que yo nunca estaba en ese momento ni en ese lugar de su vida.

Sin dudar, pinché en el botón para responder al *tuit* y desde la cuenta de Holden Centeno le escribí simplemente: «Ojalá yo en tu momento y lugar exacto». No fui consciente de la pequeña locura que estaba cometiendo hasta que no le di con el dedo a *tuitear*. Lo hice. Escribí a la chica de Los Planetas desde la cuenta con la que llevaba casi dos años hablando de ella a miles de desconocidos. Horrorizado, me di cuenta de que en cualquier momento alguno de mis seguidores podía ver aquel *tuit* y descubrirla, y sobre todo de que se correría la voz y estaría poniendo en peligro su intimidad. Pensé miles de cosas mientras esperaba nervioso a que ella diera algún tipo de señal, a que me respondiera, a que lo marcara como favorito, lo que friera, pero algo. Finalmente decidí dejarlo durante una hora y borrarlo después. En ese tiempo no dio señales de vida, y yo eliminé el *tuit* y me cagué en todo. Os parecerá una estupidez, pero haberle escrito aquello desde esa cuenta era para mí algo muy importante. Suponía la última opción, la última oportunidad que tenía, y no había contestado. Imaginad cómo me sentí.

Nueve meses después, cuando nos reencontramos y le conté todo esto, me dijo que jamás llegó a ver el *tuit* porque estaba trabajando. Las casualidades a veces también me juegan malas pasadas.



DE CÓMO LA MÚSICA SALVÓ MI VIDA

A mediados de julio quedé con una chica y aquella cita la hice pública en el blog con el deseo de que mis lectores se dieran cuenta de que se había acabado por completo mi historia con la chica de Los Planetas. Dio resultado aquel *post*. En general, la gente se resignó por fin a la idea de que todo había terminado. A pesar de la decepción, en general me animaron y me dijeron que merecía ser feliz. Pero hubo otros lectores que, cuando leyeron aquella entrada, me escribieron un *e-mail* acusándome de mentiroso y de estar buscando una solución sencilla con la que huir de toda la parafernalia que se había montado alrededor de mi historia. La verdad es que aquellos lectores me descubrieron. Se dieron cuenta de que me engañaba a mí mismo y de que estaba tratando de engañarlos a ellos.

A veces, cuando uno miente, lo que en realidad quiere hacer es decir toda la verdad. Esto no lo digo yo, lo dice Iván Ferreiro en una de sus canciones. Esa canción me marcó mucho en un momento determinado de mi vida, y a día de hoy, cada vez que la escucho, me sigue dejando tocado. Siempre me recuerda el año que conocí a la chica de Los Planetas, al mejor mes de marzo que vivimos nunca, a ese concierto de Ferreiro al que fuimos gracias a ella porque todavía no lo había visto a pesar de lo mucho que le gustaba. Ella fue quien me redescubrió a Iván Ferreiro, que hasta entonces no me había llamado mucho la atención. Y, a partir de ese momento, me impregné de todas sus canciones, hasta el punto de que muchas las hicimos nuestras y ella acabó tatuándose en la espalda por mí una de las frases de nuestro tema favorito. Cuando luego me ha preguntado si yo a las chicas que conozco les cuento lo que escribí por ella, la respuesta ha sido que por supuesto que sí, pero, cuando yo le pregunto a ella si le explica a la gente el porqué de ese tatuaje, la cosa cambia. Una pena.

Hay veces que uno va a un concierto sin saber qué coño se va a encontrar. No sabe qué clase de artista está sobre el escenario. Si será gracioso, si dirá algo, si se enrollará entre canción y canción convirtiéndose en un pesado, pero sobre todo uno no sabe si su música te provocará un impacto emocional que hará que te vuelvas fanático de todas esas canciones que llevas mucho tiempo escuchando en Spotify o viendo en YouTube, provocando que busques absolutamente toda su discografía, que entres en Google para leer entrevistas y todo ese tipo de cosas que hace una persona cuando ha descubierto un grupo de música que le hace sentir de forma muy aproximada todo lo que le puede llegar a hacer sentir la persona a la que ama. Pues bien, el día que entré con ella en La Riviera e Iván Ferreiro empezó el concierto

cantando «Toda la verdad», sentí un golpe brutal en el estómago. «Toda la verdad» era una de las canciones que yo todavía no había escuchado, y sin embargo desde el minuto cero me sentí totalmente identificado con la letra. Recuerdo que vibré con el sonido, con la forma en que Ferreiro se movía de un lado a otro y gesticulaba con los brazos y las manos, colocándose en posiciones imposibles. Al cabo de dos minutos, le pregunté al oído el nombre de la canción, y ella me dijo que era del disco *Mentiroso mentiroso*, pero que no recordaba el título. Yo le dije que era un temazo flipante, y ella me respondió que, como volviera a dudar de Iván Ferreiro, cobraría. Me reí y le di un beso bastante torpe en la mejilla, pero era culpa de la risa, no podía contenerla. Entretanto, la batería sonaba cada vez con más potencia, la guitarra de Amaro se hundía como un cuchillo dentro de nuestros cerebros y Ferreiro hacía lo que le daba la gana con la voz, llevándola a límites inaccesibles mientras decía aquello de: «Repetiré como yo quiera ese minuto que viví y no me importa si hay rigor». Al escuchar eso me sentí inmortal a su lado. Tuve la intuición de que juntos podríamos hacer absolutamente todo lo que nos diera la gana, sin contar con la aprobación de nadie. Esa canción me marcó para siempre, recordándome el valor de una mentira, el valor de sus excusas, el valor de sus verdades.

Aquella entrada que escribí en el blog sobre esa chica con la que había quedado para intentar sacarla a ella de mi cabeza fue en realidad un conjunto de cosas que no terminaba de sentir, una excusa, una mentira. Fue impactante que alguna gente se diera cuenta de que, a través de aquella mentira, estaba queriendo decir toda la verdad.

Escribí un relato bonito, divertido, agradable y en cierto sentido dulce, pero no os conté el final de aquella cita, que era en realidad la clave de todo. Supongo que cuando hacemos ese tipo de cosas es porque nos hemos empeñado en ser idiotas. Yo en esos meses trataba de ser un auténtico gilipollas. Sin duda me lo había propuesto. Estaba convencido de que lograría olvidarla y de que lo haría bien, pero la verdad es que no tuve ningún éxito. Es imposible olvidar a una persona cuando cada día te acuerdas de ella. Siempre había algo, cualquier cosa que sucedía o cualquier movida que me contaban, que irremediadamente me recordaba a ella. Incluso durante el sueño, no era capaz de sacarla de mi cabeza.

Hay personas que aseguran que los sueños se pueden interpretar, pero yo nunca le he dado importancia a los sueños. Son sueños, y ya. Yo prefiero no soñar, dormir tranquilamente sin tener nada en la cabeza y descansar lo máximo posible. Creo que soñar ni me gusta. En primer lugar porque prefiero vivir las cosas a soñarlas y, en segundo, porque soy sonámbulo y algunos sueños hacen que me levante de la cama.

Por ejemplo, os confieso que desde que murió mi cuñado y escribí un relato sobre aquel día tan nefasto, prácticamente todas las semanas sueño alguna vez con que me estoy ahogando. Llevo así ya más de un año y no consigo que se me pase. Intuyo que siempre va a seguir siendo igual. Cuando te pasas la vida soñando algo así, las noches que te dan un respiro porque aparece ella en uno de tus sueños, por muy cursi que

suene, las vives como un auténtico oasis en medio de todas las que sueño que te vas a morir. En esa especie de balanza entre la muerte y la vida en la que me debato cuando me voy a la cama, siento que la vida está representada por ella. Ella es el madero al que me agarro en mi naufragio personal.

Por eso cuando la chica de Los Planetas se fue de mi vida, me dejó completamente vacío. Se lo llevó todo sin que me diera cuenta, y es que lo hizo poco a poco, en silencio, aprovechando los momentos en los que yo andaba desprevenido. Se podría comparar a la sensación que se te queda cuando una persona hace una mudanza, se larga de casa y deja todas las habitaciones vacías.

Se llevó su forma de pensar, todas aquellas cosas que me había prestado de su manera de ser; también las que le gustaban de mí. Las pocas cosas buenas que tenía dentro y que eran mías me las robó y se las quedó para siempre. Llevo bastante tiempo en ese piso vacío, esperando a que vuelva con los muebles. ¡Por lo menos con los míos! Después de que desapareciera, no podía dejar de escuchar «Devuélveme la pasta», de Los Planetas. Siempre he pensado que en realidad la pasta es el amor y que, en cada estrofa. Jota le está pidiendo a la chica que se lo devuelva. Sigo pensando que algún día me devolverá todo el amor que me debe, estoy más convencido que nunca.

El caso es que con aquella cita y con las otras que tuve más adelante traté de llenarme como pude, sin conseguirlo siquiera al uno por ciento. ¿Lo intenté? Sí. ¿Fracasé? También. Eso fue lo que nunca escribí y hoy necesito contar a gritos. Recuerdo esa noche perfectamente, pero sobre todo me acuerdo de lo que no escribí en ese relato y que hoy necesito contar a gritos. A veces uno se calla algo y puede tenerlo callado durante meses, incluso años, pero os aseguro que tarde o temprano lo gritará. Así somos las personas. Creo que a pesar de que haya veces en las que nos comportamos como auténticos cabrones sin ningún tipo de bondad, las personas hemos nacido con un código ético natural que nos hace tender a la verdad. A su búsqueda y entendimiento; y la verdad solo acarrea consecuencias buenas, y todos en el fondo queremos ser buenos. El que calla algo que necesita decir en algún momento acaba diciéndolo; o, mejor dicho, gritándolo de alguna forma con más fuerza que nunca. Yo hoy grito después de mucho tiempo callado. No os conté toda la verdad en aquella entrada que escribí en el blog.

Estuvimos tomando unas cervezas y luego fuimos a cenar comida china y a beber unas copas de vino. Acabamos bailando en un garito de Alonso Martínez, y yo empezaba a creer que había logrado llenarme un poquito por dentro. Pero entonces al *disc jockey* se le ocurrió pinchar «Segundo premio» y todo se fue al traste. O quizá debería decir que entonces vi la luz: que sonara aquel tema era una señal, una de esas casualidades que suceden sin explicación alguna para advertirte de que lo estás haciendo mal, de que si no paras inmediatamente la vas a cagar hasta el fondo y te vas a arrepentir toda la vida. Así que decidí impedirlo y me fui a dormir solo, con «Segundo premio» sonando en la cabeza y destrozándome un poco el ama y el

corazón.

La canción me había dicho lo que tenía que hacer, la música había vuelto a salvarme del desastre, como llevaba haciéndolo toda mi vida, y yo se lo agradecí más que nunca. Solemos pensar que escuchamos música, pero en realidad es ella la que nos escucha a nosotros. A veces creo más en la música que en las personas, y solo creo en las personas que son música. La música es mi barómetro, si me faltan ganas de escucharla, es que algo grave me sucede.

Aquella noche, la batería de Eric me golpeó directamente en el pecho, me pidió que reordenara mi vida y que pusiera fin a ese intento de alejarme de ella. No pegué ojo en toda la noche y aquello se prolongó durante varios días. Cuando más adelante conocí a Eric, no tuve el valor de confesarle que me había salvado la vida. Hoy se lo cuento desde aquí.

Aquella noche me di cuenta de que todo era inútil. De que mis intentos de alejarme de ella y borrarla del todo para siempre iban a ser imposibles. Comencé a aceptar lo que siempre me había costado aceptar en esta historia cuando ella se fue; que siempre tendré su marca, cada día. Ya solo el hecho de haber autoeditado mi historia era el primer paso: mi vida iba a tener una señal que me identificaría para siempre. Porque seamos claros: podría haber estado a tiempo de borrar todo mi blog sin avisar a nadie y de haber ocultado la historia para el resto del mundo que no conocía, los cuales sin embargo, aparecerían en mi vida después de todo esto. Yo por aquel entonces no era «tan conocido» y, si hubiera hecho eso, estoy seguro de que las personas que me conocen y las desconocidas se acabarían olvidando de todo lo que había hecho hasta entonces por ella. Pero la pregunta es: ¿en realidad quería eso? Por mucho que se borren las cosas en su parte más física, la interna seguirá siempre intacta y estoy seguro de que yo además no quería negar todo lo que había vivido, como Pedro negó tres veces antes de que cantara el gallo. Es por eso por lo que me lancé a que la historia pasara al papel por mis propios medios y quedara ahí para siempre, aunque creo que no era del todo consciente de ese «para siempre», ya que creí que mi libro autoeditado humildemente solo llegaría a un número pequeño de personas y que no saldría de esa escena indie en la que nació y se fue desarrollando. Tuvo que pasar algo de tiempo para darme cuenta de que ese «para siempre» en realidad era para siempre, y que el libro llegaría más lejos de lo que jamás podría haber imaginado. A partir de ese momento el libro, y sobre todo el motivo por el que lo escribí, se convertirían en mi nuevo documento de identidad, en mi último tatuaje, en la señal que para bien o para mal tendré siempre a la vista de todos y que será por lo primero que me juzguen cuando me conozcan. Algo injusto por otro lado.

Me di cuenta de que esta historia me acompañará el resto de mi vida y que hay tres opciones y solo puedo quedarme con una: 1) Hacerme el despistado y estar con otra persona mientras esa historia me golpea el corazón cada día, lo que resulta absolutamente falso y en el fondo acabaría volviéndome loco y afectando a esa otra persona. 2) Vivir con esa ausencia y esos golpes sin tener que hacer partícipe de ello a

nadie. 3) Conocer a alguien que sea lo suficientemente bueno para romper con todo lo que he vivido y curarme sin ni siquiera proponérselo.

La última opción no depende de mí, así que la segunda opción era la mía, básicamente porque me parecía la más honesta conmigo mismo, la más generosa para todo el mundo y la que de verdad me hacía sentir libre. Elegir esta opción significa que la gente que está a tu alrededor piensa que estás jodidamente enfermo de la cabeza, que estás obsesionado y además que vas a recibir (más o menos) un millón de opiniones al día sobre tu decisión. Supongo que la vida es eso. Decidir. Lo que me jode es que, si decidir ya es complicado, ¿por qué tenemos que aguantar las opiniones de los demás cuando tomamos decisiones, cuando estamos a punto de tomarlas e incluso cuando aún no hemos decidido nada? Eso es algo que me pone de los nervios. En este tiempo he tomado muchas decisiones y en cada una de ellas todo el mundo me ha dicho, sin pedir yo ningún tipo de opinión o consejo, lo que piensan acerca de ellas. Suele coincidir que las personas que te hacen eso son gente que lleva años en su vida con la misma rutina, haciendo casi absolutamente lo mismo. En los últimos años de mi vida he tomado muchas decisiones y de todo tipo, tanto personales como profesionales, e incluso he tenido que decidir si me gusta más la carne en su punto o hecha. Quizá me ha tocado decidir más en estos últimos tres años que en todo lo que llevo pisando este mundo, pero la más importante ha sido esta; ser consecuente con lo que siento y no callarlo nunca. La verdad es que eso no me ha traído problemas; al contrario, se me han abierto mil puertas de mil lugares a los que jamás hubiera llegado si no hubiera hecho todo esto. Pero, entre nosotros, en realidad me la sudan bastante esas puertas, si abrirlas no sirve para abrir la puerta de la chica de Los Planetas y que ella abra la mía y entre y se quede, pero sobre todo se quede para siempre, porque ya no voy a dejar que entre simplemente a husmear. Si no quiere quedarse, que se vaya y ni siquiera acaricie el pomo de mi puerta.

Después del día en que la música me salvó la vida, volví a ser un estúpido y quedé con alguna chica más, pero fue un auténtico fracaso. No lo hice con mala intención, entonces pensaba que tenía que dar una oportunidad a otras personas, pero acabé comprendiendo que el que necesitaba la oportunidad era yo. Necesitaba descubrirme y entender dónde estaba, dónde había estado y hacia dónde quería ir si no quería estancarme en la tristeza.

En este tiempo he vivido una sensación que no recomiendo a nadie. He quedado con personas con las que sí que me apetecía quedar y a las que quería conocer, pero cuando estaba con ellas sabía perfectamente que, si la chica de Los Planetas me llamaba, me enviaba un mensaje o algo parecido, cancelarían absolutamente todas esas quedadas y me iría con ella sin dudarlo, incluso allí mismo me levantaría y me iría corriendo a cualquier sitio para verla. Soy así, no me considero ningún perro faldero, soy simplemente una persona totalmente enamorada (de alguien por quien sería capaz de morir, por muy de película que suene) de otra que también me ama, pero que está en una etapa de su vida bastante perdida y confusa, de la que estoy seguro que logrará

salir tarde o temprano. Sé que lo hará y espero que sea más pronto que tarde, aunque reconozco que para mí no hay tarde, es decir, que no hay tiempo, que me da igual seguir esperando a que llegue ese día, lo único que me da terror es que suceda algo que no tenga marcha atrás. Ese pensamiento lo he tenido alguna vez y me da auténtico pánico, me da miedo, mucho miedo, tanto como a Leiva cuando lo repite mil doscientas veces en su canción. El día que yo esté tomando unas cervezas con alguien y ella me escriba para quedar y no me haga ilusión alguna significaría que ese amor que tenía por ella lo habré perdido y seré consecuente con ello y espero que ella también lo sea.

Os contaré cómo fueron esos cafés y esas cervezas que me tomé con algunas de las chicas con las que intenté conectar: en cuanto me preguntaban en qué andaba últimamente o a qué me estaba dedicando, les soltaba lo del libro. Me ponía entonces a hablar de mi historia con la chica de Los Planetas y de lo importante que era para mí haber podido contar todas aquellas vivencias en el blog, y no lo hacía por joder, de sobra sabía que no es buena opción hablarle de tu ex a una chica cuando quedas la primera vez con ella, pero no podía evitarlo. A mi favor diré que a ninguna de ellas pareció importarle, y aquello fue un indicador de que en realidad no sentían nada por mí.



LA TRISTEZA DE SU AUSENCIA

Siempre me ha dicho todo el mundo que soy una persona alegre porque, por muy puteado que esté, llevo la sonrisa puesta. Yo la verdad es que no me veo así; al contrario, me considero una persona bastante seria e incapaz de fingir que estoy alegre si en realidad estoy jodido. No me gusta sonreír a la gente si no tengo necesidad alguna de hacerlo, ni me gusta ser amable con desconocidos si me han caído mal desde el principio, aunque no me hayan hecho nada malo. No me considero una persona odiosa, pero hay días en los que odio muchas cosas, y al final ese odio estúpido puede causarte una tristeza continua.

Soy capaz de odiar sin ningún motivo. He odiado a personas sin haber hablado con ellas primero y he tenido que rectificar cuando después se han convertido en una parte importante de mi vida. Todas lo saben, que antes de quererlas las odié al extremo. Puedo odiar a un grupo de música sin haber escuchado siquiera una canción. Suelo odiar a los dueños de los perros que se reúnen en los parques para hablar sobre veterinarios, piensos, vacunas y enfermedades caninas, mientras los perros corren y se ladran unos a otros que sus dueños son gilipollas. Odio a esa gente que no respeta las normas no escritas pero que todo el mundo conoce, como quienes se quedan parados en el lado izquierdo de las escaleras mecánicas bloqueando el paso de los demás. Odio a esas personas que se matan (literalmente) por un asiento en el metro o en el bus. Odio a esos viejos que piden educación a gritos sin darse cuenta de que los primeros maleducados son ellos. Odio a las personas que disfrutan comiéndose un bizcocho de pasas, por ejemplo. También odio a los que creen que la felicidad está en acostarse con una mujer o con un hombre distinto cada fin de semana. Hay días que pienso que odiar no debe de ser sano, pero no lo puedo evitar; odio muchas cosas y, si hoy las dijera todas aquí, me acabaríais odiando.

Quizá de pequeño sí que fui una persona más afable, simpática y divertida. Al menos durante aquellos años en los que iba al colegio con pantalones coitos y las rodillas repletas de heridas de caerme jugando al fútbol en el recreo. Entonces todo eran risas; no importaba que tuvieras sangre en las rodillas porque en el alma aún no se te hacían heridas.

Sin embargo, me acuerdo perfectamente de cómo esa alegría permanente empezó a desaparecer con la llegada de la edad del pavo. Dejé de ser el hermano pequeño y divertido que nunca daba problemas. Me convertí en un borde, un mal hablado que siempre estaba de broncas con mi hermana Lucía o dando malas contestaciones a mis padres. Lo mío era lamentable. Mi padre se lo tomaba a broma y le quitaba hierro al

asunto, pero la verdad es que yo era un idiota.

Por las mañanas él se encargaba de despertarme antes de marcharse al trabajo. Me tocaba con una de sus manos en el brazo mientras pronunciaba mi nombre en voz baja. Yo notaba sus manos, notaba la falange de su dedo índice en mi piel, y digo que la notaba porque ese dedo lo tiene amputado a esa altura por un accidente doméstico que tuvo de muy pequeño. Siempre me ha llamado la atención verle funcionar en su día a día con medio dedo. A veces hasta me parecía gracioso, aunque supongo que para él no tenía nada de divertido. A lo que iba: notaba que estaba ahí y me levantaba de la litera sin refunfuñar, no como mi hermano Rodrigo, que dormía abajo y al que siempre le costaba levantarse. Pero lo que yo no soportaba era llegar a la cocina y que la radio estuviera puesta con las noticias, o que me hablara nadie.

Tenía diecisiete años recién cumplidos y llevaba un año escribiendo poesía. Solo hacía eso. Escribía poemas y me creía único. Suspendía prácticamente todas las asignaturas, pero a cambio no paraba de escribir versos que casi nadie leía o que provocaban que los pocos que los leían se metieran conmigo. Yo me creía muy bueno, pero la tristeza de todo lo que escribía empezó a abrirse paso en mi forma de ser.

Os aseguro que no iba de torturado ni de incomprendido ni ninguna de esas gilipolleces que le entra a mucha gente en la edad del pavo. Como aquel chaval de mi clase que también escribía poesía y que me dijo que estaba convencido de que había sufrido tanto que lo sabía todo de la vida. Por eso, decía él, tenía aquel don para escribir poesía. Yo directamente pensaba que era gilipollas y punto. Aquel niño vivía en el barrio de Salamanca en una casa tres veces más grande que la mía, con servicio de limpieza y cocina, ropa de marca y un padre que venía a buscarlo en un Mercedes a la salida del colegio. No me jodas.

Pero, bueno, puede que aquel chaval estuviera pasando por una fase similar a la mía y que la viviera con mucho más dramatismo. Creo que, cuando escribes, observas las cosas que nadie mira y experimentas los sentimientos que sacas a la luz de manera mucho más intensa que si no los pusieras por escrito.

En aquella época, mi hermano Rodrigo me compró una Moleskine como regalo de Reyes. Fue la primera, y hoy todavía sigo apuntando cosas en los huecos que le quedan. Rodrigo solía cabrearse cuando me encontraba tumbado en su cama, y yo solía tumbarme cuando me daba pereza subir hasta la mía. Sin embargo, por aquel entonces yo debía de transmitir una tristeza tan enorme que un día me encontró tirado en su cama con mi cuaderno de notas al lado y, en vez de pegarme un par de gritos para que me levantara, estirara la colcha y lo dejara todo en perfecto estado como hacía siempre, se asustó. Se sentó en una silla y se quedó allí mirándome con toda la seriedad del mundo en sus ojos.

A mí no me pasaba nada en concreto, era la tristeza inherente a la personalidad que estaba empezando a desarrollar. Sí que recuerdo que había escrito un poema que trataba sobre la tristeza de mi escritura y sobre cómo deseaba parecerme a aquellos

poemas tristes.

Para Rodrigo, sin duda, parecía que lo había conseguido. Estaba realmente preocupado por mí. Yo le expliqué que en realidad no me pasaba nada, que escribir con tanto empeño aquellos poemas tristes desde hacía casi un año había afectado a mi personalidad, pero que a mí no me importaba, no me preocupaba en absoluto e incluso me gustaba un poco. Me dijo que no podía seguir así, que tenía motivos de sobra para no estar triste, y entonces me habló de Dios.

Rodrigo es una de esas personas que tienen una fe que no se tambalea ni un poco desde que era pequeño y se me puso a hablar de Dios, pero la verdad es que no entendí por qué me dijo eso. No veía que tuviera ninguna conexión. Me explicó que Dios esperaba algo grande de mí y que mientras tanto me estaría observando desde un palco ahí arriba para disfrutar del espectáculo de mi vida. No podía estar triste, porque si no sería una mierda de función.

Yo no entendí nada, de hecho le dije que sí, que tenía razón, que muy bien, que de acuerdo, pero la realidad era que no sentí nada cuando escuché su reflexión; puede que hasta me indignara. Es horrible, pero a veces no entendemos lo que nos dicen nuestras personas más cercanas; entonces viene otra de fuera que no conocemos de nada y que nos dice exactamente lo mismo y nos lo creemos. Necesitamos a alguien con quien no tengamos confianza para resolver los enigmas de este mundo. Las personas somos horribles a veces.

Si una semana después por fin entendí todo lo que mi hermano trataba de decirme fue gracias a Bukowski, que no tiene nada que ver con mi hermano porque se pasaba la vida renegando de Dios o al menos eso parecía por el modo de vida que supuestamente llevaba. Descubrí el poema «El corazón que ríe» del bueno de Buki, como lo llamaba mi hermano Antonio, de quien me leía los libros a escondidas, y entonces lo entendí todo. Bukowski, en dos versos distintos, hacía un par de referencias a dioses desconocidos en los que la gente tiene fe. El primero era: «Mantente alerta. / Los dioses te ofrecerán oportunidades. / Conócelas. Tómalas», y el segundo, que era el que cerraba el poema: «Tú eres maravilloso. / Los dioses esperan deleitarse en ti».

Desde entonces, el consejo de Rodrigo y los versos de Bukowski se convirtieron en una especie de aliciente para hacer de mi vida algo grande. Me gustaba pensar que había algo ahí arriba, unos dioses o un Dios verdadero, o una fuerza intangible que no entiende de fe ni de credos (llamadlo como os dé la gana), pero que estaba ahí vigilando y esperando para celebrarlo todo conmigo.

Lo que no consiguieron cambiar ni Bukowski ni Rodrigo fue mi creciente amistad por la tristeza. Yo no paraba de alimentarla. Como con aquel libro de Goethe, *Las desventuras del joven Werther*. El profesor de Literatura nos explicó que era la historia de un hombre que se suicidó porque la chica que le gustaba prefería irse con otro idiota. Se pegó un tiro con el rifle de caza del tío que se llevaba de calle a la chica. Aquel libro había provocado toda una ola de suicidios en el siglo XVIII, y todos

los chicos de la época fueron corriendo a encargarse un frac azul y un chaleco amarillo como los que llevaba el personaje. Brutal. Eso sí que es crear tendencia.

Yo fui corriendo a comprarme el libro y me lo leí en dos días, saboreando la tristeza profunda que me provocaban sus páginas. Cuando lo terminé, lloré como nunca había llorado. Aquel no era un asunto de críos, aquel llanto estaba totalmente justificado. Lloraba porque Werther había perdido a su amada y con ella su vida, a pesar de todos sus esfuerzos por vivir como nunca había vivido junto a alguien que era irremplazable. Llegué tarde al colegio por terminar de leerlo. Había clase de Religión y el profesor estaba explicando que, si te suicidabas, probablemente irás al infierno.

Creo que a partir de ese día definitivamente la tristeza se alojó en mis vértebras y en todas y cada una de mis neuronas y solo ella fue capaz de cambiar eso cuando entró en mi vida, cada vez que estaba a su lado perdiéndome en esos ojos de color marrón madera. Me preguntaba si otra chica sería capaz de hacer lo que ella hacía y quitarme esa tristeza. Pensaba que era probable. Total, si ella no me quería, ¿por qué iba yo a quererla? Quizá nunca nos hemos querido, joder. La tristeza que todos albergamos, solo hay una persona que es capaz de arrancárnosla y el resto solo estarán capacitadas, aunque al principio no seamos conscientes de ello, para llenarnos con más penas que no deberían haber entrado nunca en nuestras vidas; o bien nosotros nos convertiremos en esa clase de personas que llenan de pena a otras que no se merecen que las carguemos con esos lastres porque nosotros no seamos capaces de controlar nuestras putas ruinas. Quiero a mi lado a una persona que no me haga sufrir, ni yo a ella, porque existe un lugar en el que eres gigante. No estés donde te quieran como quieren a todo el mundo. Busca ese lugar, ese amor jodidamente único o sal echando leches de ese panorama que se acabará convirtiendo en una vida monótonamente triste.



MOON PALACE

El último fin de semana del mes de julio me fui al Low Festival con mis amigos Nacho, Jaén, Duki y Chema. Había ido por vez primera el año que la conocí y muchos de los artistas y las bandas que formaban el cartel me recordaban a ella. Era inevitable, pues la mayoría de ellos formaban parte de nuestra historia, como Iván Ferreiro, Vetusta Moría y un largo etcétera que ya todos conocéis. La música nos recuerda a las personas, y estoy convencido de que los humanos no podemos vivir sin música. La necesitamos todos los días aunque no seamos del todo conscientes. Yo sé que me pasa algo malo cuando no tengo ganas de cantar ni de escuchar música.

La música siempre está ahí, aunque sea en nuestros pensamientos. ¿Quién no se ha visto de repente canturreando una canción sin ningún motivo o recordando la frase de un tema que le ha marcado? No me digáis que nunca habéis entrado en una cafetería o en una tienda y, de repente, ha empezado a sonar esa canción que puede destrozarnos o alegrarnos el día en cuestión de segundos. Allí lleváis un montón de razones por las que ahora hay canciones que me recuerdan a ella, o más bien, como decía, que se han convertido en ella, o mejor dicho: ahí está la razón de que ella, para mí, se haya convertido en música. No me estoy liando, sé perfectamente lo que digo.

Del viaje a Benidorm me quedo con una cosa, y no es nada que me sucediera en los días que estuvimos allí. Me quedo con una de esas casualidades que no paro de vivir y sigo viviendo desde que la conozco. El debate entre casualidad y destino existe desde siempre, pero en mi opinión está mal planteado. Hay quien confunde el destino con la casualidad y viceversa, pero yo creo que son la misma cosa y que, cuando sucede algo por azar y se produce una casualidad que a uno le deja flipando, es porque tenía que suceder a esa magnitud y estábamos destinados a ello.

También quiero decir algo que supongo que ya sabéis: el hombre tiene la capacidad de ignorar las señales del destino y pasar al lado de lo que realmente la vida le está pidiendo que haga.

Salimos de Madrid el jueves por la tarde con la idea de ganar un día completo en Benidorm y poder disfrutar de la playa el viernes por la mañana. La ciudad empezaba a quedarse vacía y tenía el color de una de esas tardes de verano que ya no es sofocante gracias a esos sistemas de vapor de agua que ponen en los árboles y los jardines de algunos barrios, que hacen que todo huela a lluvia aunque no vaya a llover ni de coña.

Fuimos con la furgoneta de Duki, una Kia familiar para seis personas, bastante amplia y con tele. Este último dato no es importante, pero siempre me he preguntado por qué la única peli que tiene metida en el reproductor es la de *Zoohan: Licencia para peinar*, una de esas pelis americanas que no hacen nada de gracia pero con la que muchos de mis colegas se parten la caja, y por qué a nadie se le ocurre nunca antes de salir de viaje echar en la mochila un par de DVD que merezcan la pena. Está claro que a algunas cosas, aunque parezcan claras y obvias, nadie les pone remedio. Y esta afirmación es válida para todo lo que se os pase por la cabeza.

En esa furgoneta hemos ido a muchos lugares, hemos bebido *whisky* y cervezas, y engullido bocadillos del Bocata Vip de Alonso Martínez, una pequeña tienda que abre toda la noche. En esa furgoneta hemos cantado a gritos, tocado la guitarra, pegado puñetazos unos a otros; la hemos utilizado como vestuario en la playa para ponernos el bañador e irnos directos al agua: hemos tenido en ella grandes discusiones y nos hemos partido de risa con cualquier chorrada. También hemos dormido dentro en alguna ocasión en pleno Madrid después de haber salido de fiesta y ser incapaces de llegar a casa. Es muy posible que en esa furgoneta hayamos solucionado algún problema y fraguado otros tantos. Pero, de todas las cosas que hemos vivido en esa furgoneta, yo me quedo con lo que me pasó durante el viaje al Low Festival que estaba a punto de contaros.

Duki conducía y Jaén era el copiloto. Detrás íbamos Nacho y yo en la primera fila, y Chema tumbado en los dos asientos de la última. A esa cama improvisada todos le hemos sacado partido alguna vez para dormir la mona, como hizo Chema, pero aquella tarde estaba perfectamente sobrio, como todos, y supongo que con sus ocho horas de sueño encima. Acababa de volver de Rumanía, donde había estado de Erasmus. Cuando llegamos a Albacete ya estaba anocheciendo y empezábamos a entrar en esa fase de todos los viajes, en las que te has rayado de la música y solo quieres tirar la radio por la ventanilla, y en la que empiezas a no soportar a ninguno de tus amigos.

Nacho se había quedado sobado con las gafas de sol puestas, Duki y Jaén estaban hablando de coches, Chema iba pensando en sus movidas mirando a menudo el móvil y yo estaba leyendo *Así habló Zaratustra*, un libro que me suelo llevar de viaje porque siempre me dice algo nuevo y no me importa dejarlo a la mitad y retomarlo después de unos meses. De hecho, si no lo haces así, te vuelves del todo loco. Como cada vez se veía menos, decidí dejar a Nietzsche tranquilo y cerré el libro señalando la página en la que me había quedado con aquel marcador improvisado que me había regalado años atrás la chica de Los Planetas y que no era sino una etiqueta de alguna prenda que alguna vez se había comprado en Zara. Ella ya la utilizaba como marcapáginas de los libros de Nietzsche y yo no iba a ser menos. Además, ese tipo de objetos es como si tuvieran vida para mí. Es decir, ¡fue de ella antes de que pasara a mis manos! ¡Lo utilizaba con sus libros! ¿No os parece algo grande? Yo creo que es una fortuna, un verdadero tesoro, tener este tipo de objetos con los que transportarte

al segundo exacto en el que los tocaste la primera vez. Es cierto que a lo largo del tiempo nos regalan infinidad de cosas, pero las que me ha regalado ella aún conservan su fuerza. Como este marcapáginas. No importa que sea una jodida etiqueta del Zara con florecitas. Da igual. Para mí tiene un significado y una importancia gigantescos y no busco que nadie lo entienda. Recordad que cuantas menos personas te entiendan, mejor. Pero, como siempre, ya me estoy yendo por las ramas. Soy muy de irme por las ramas cuando escribo porque cuando hablo me cuesta mucho más enlazar una palabra detrás de otra o retomar una conversación que por cualquier razón se había quedado a medias, pero escribiendo no me pasa eso. De hecho, la chica de Los Planetas siempre me solía decir en esos casos «¡Venga, nene! ¡Que te quedas *atrancao!*!» y luego me repetía exactamente la frase que le había dicho antes de que hubiese perdido el hilo de todo, para que pudiera retomar la batallita que le estuviera contando justo donde me había quedado. ¿Veis? Otra vez me pongo a hablar de otro asunto con el que me podría tirar diez páginas, pero seré clemente con vosotros. Pues bien, os estaba contando que cerré el libro y me giré para ponerme a hablar con Chema, pero, antes de que pudiera decir algo, él se me adelantó:

—¿A que no sabes qué libro me estoy leyendo por la chapa que has dado con él en las redes sociales?

—¿El guardián entre el centeno?

—¡No! Ese es el que se leería alguien que en realidad no te haya leído.

—Pues tienes toda la razón. Entonces fijo que es *El palacio de la Luna*.

—¡Correcto!

—Es mi libro preferido. Me marcó mucho cuando lo leí.

—Lo sé, lo sé. Espera, que lo tengo guardado en la mochila, lo saco y te lo enseño.

—No, no, si da igual, si ya sé cómo es, no hace falta...

En realidad no quería verlo bajo ningún concepto. No quería enfrentarme a esa cubierta, a ese palacio en minas con esa luna llena gigante sobre fondo negro. Hacía tiempo que ese libro me recordaba a ella, y yo seguía tratando de evitar cualquier recuerdo. Como podéis ver, una vez más me resultaba totalmente imposible. Siempre había algo que me impedía poder borrarla de mi memoria. Siempre era algo sencillo, un pequeño detalle, lo que fuera, pero eran cosas que yo entendía que tenían una importancia suprema y representaban algo grande para mí y la chica de Los Planetas. Sin embargo, cada vez que me pasaba algo así, yo sabía que era para que no me olvidara de que estaba haciendo el idiota y de que el único camino era ella, y en el fondo (no tan fondo) me alegraba muchísimo de que me sucedieran todas esas cosas, porque el día que me dejen de pasar sabré que todo habrá terminado.

Paul Auster dice que nunca hay que quemar los puentes que vas dejando atrás, pero yo sin embargo podría quemarlos todos, porque estoy seguro de que siempre surgiría un pasadizo, un atajo, otra senda por la que volver a cruzarme con ella. Los puentes no me hacen falta cuando se trata de la chica de Los Planetas. Pero aun así

me empeñaba en quemar puentes pensando que con eso lograría que no volviéramos a encontrarnos y así quedarnos cada uno en una orilla distinta, con un río en medio, e incluso aspiraba a que un puto océano nos separara.

Chema tardó casi un minuto en abrirse camino entre todas las mochilas y encontrar la que llevaba sus pertenencias. Cuando lo consiguió, exclamó un «joder» en voz baja, como si se hubiera dejado la vida en buscarla, y, con los ojos vueltos hacia el cielo, abrió la cremallera y estuvo palpando el interior con una mano hasta que dio con el libro. Entonces sonrió, lo sacó de la mochila y me lo tendió satisfecho. Yo me quedé mudo al verlo. Era una edición que no había visto jamás, en versión original, en la que el título, *Moon Palace*, presidía una cubierta de colores chillones con una luna llena reinando sobre un pájaro que intentaba alzar el vuelo enredado en una soga de la que colgaban tres libros. La edición que yo conocía era aquella en la que aparecía una luna llena que iluminaba el Oeste, ese desierto en el que se desarrolla una buena e importante parte del libro, donde uno de los protagonistas enterraba a su amigo y plantaba cara al mismísimo Dios al haber permitido su muerte, y por ello se negó a clavar una cruz sobre la fosa improvisada, mientras exclamaba que se jodiera, que Dios se jodiera, que no le iba a dar el gusto de poner una cruz sobre la tierra. El día que leí eso me impactó demasiado y recuerdo que la chica de Los Planetas había señalado esa página porque supongo que también le impactó de alguna forma como a mí. En el centro del dibujo había un pájaro muy colorido apresado por todo el peso de tres libros que lo agarraban con sogas que entrelazaban los tres ejemplares. La portada que tenía Chema era bien distinta y ver a aquel pájaro me dejó bastante por los suelos, cuando abrí una de las solapas y me encontré con un dibujo del paraguas roto del que hablan mis páginas preferidas del libro, el corazón empezó a latirme con fuerza. El día que le presté *El palacio de la Luna* a la chica de Los Planetas le había advertido de que lo mejor de todo el libro era la página 215, en la cual se contaba la historia del paraguas. Ese recuerdo me hizo empezar a pensar en ella con más fuerza si cabe que cuando Chema me había dicho que se estaba leyendo esa novela. Algo me dijo que, si abría el libro por el final, me encontraría en la otra solapa con algo sorprendente, pero aquello superó todas mis expectativas: no era posible, ¡había un clarinete! De hecho, se trataba del clarinete del tío del protagonista, un pequeño detalle que está presente en el libro pero que no es ni mucho menos lo más importante. Me quedé mirándolo atontado y me puse a acariciarlo como había acariciado un día el clarinete de la chica de Los Planetas.

De repente ya no estábamos en algún lugar en medio de la carretera. Yo al menos acababa de volver a aquella tarde en la que ella me había tocado en su piso el *Concierto para clarinete* de Mozart para luego besarnos hasta que se hizo de noche. Me puse a temblar, aunque logré contenerme y no le dije nada a Chema. Saqué mi móvil del bolsillo y fotografié la cubierta y las solapas. Después se lo devolví y le pregunté que dónde se lo había comprado. Pues bien, nada menos que en una librería de Transilvania. ¿Qué posibilidades había de que mi amigo Chema comprara ese

libro a miles de kilómetros y de que el libro tuviera esos dibujos y sobre todo ESE CLARINETE? Sí, necesito escribirlo en mayúsculas. Para colmo, era una edición de Penguin Books, pero yo en ese momento no le di importancia al dato, pues no tenía ni idea de que mi libro acabaría siendo publicado por una editorial del grupo Penguin Random House.

Le pedí a Chema que me lo regalara y me lo prometió cuando se lo hubiera acabado. Así que le di las gracias y me puse a soñar con ese momento, y con que yo a su vez, se lo regalaría a la chica de Los Planetas. Solo ella podría entender todo eso.

Se había hecho completamente de noche y yo ni me había dado cuenta; nuestra furgoneta seguía avanzando, y cuatro de las cinco personas que viajaban en ella eran totalmente ajenas a aquello tan mágico que acababa de vivir. Nadie lo habría entendido, y yo solamente habría querido compartirlo con ella. Seguimos viajando en silencio, hasta que alguien dijo que tenía hambre y todos nos pusimos de acuerdo en parar a comer en la próxima estación de servicio. Cuando salimos de la furgoneta, mientras Nacho soltaba una ristra de chorradas y el resto le reía las gracias, yo me quedé mirando al cielo, en el que reinaba una gran luna llena.



ALGO PRODUCTIVO

Después del festival, me fui de vacaciones al pueblo las dos primeras semanas de agosto, con esa sensación de vacío y de tristeza a la que ya estaba acostumbrado, y a la que ahora se sumaba mi obsesión por escribir algo totalmente diferente a *La chica de Los Planetas*. Se supone que las palabras lo pueden todo y, ahora que había bastante gente que me leía, quizá era el momento de intentarlo por esa vía y escribir algo lo suficientemente bueno para resarcir lo que antes había escrito, pero lo cierto es que no se puede hacer desaparecer a las personas y mucho menos las palabras que dijiste, y aún es más improbable eliminar aquellas que escribiste con la sinceridad de un corazón putamente enamorado. Supongo (y estoy casi seguro) que esto no lo podré olvidar nunca, tampoco ella, y ni si quiera lo olvidarán las personas que me rodean. Cada día eso estará ahí. Cada día me perseguirá hasta que me muera.

Los libros hacen inmortales a los que los escriben, pero más aún a sus personajes. Ella y yo quisimos ser inmortales desde el primer día que nos conocimos y, cuando escribí nuestra historia, se confirmó que lo habíamos conseguido. Nuestro amor se sublima con cada lectura, se reaviva cada vez que un lector lo recuerda.

Estoy convencido de que todos conocemos una vez en la vida a una persona que nos marca como ninguna otra. Pase lo que pase, nadie puede arrancárnosla de nuestras tripas. Son muy afortunados los que tienen la suerte de poder vivir con esa persona el día a día, y muy pobres los que viven la vida junto a otra mientras tienen a la verdadera guardada en sus vísceras. Bueno, estos últimos son pobres pero también tienen suerte, porque ellos no escribieron un libro en el que dijeran a sus parejas posteriores: «Eh, mira, puedo estar contigo pero la verdad es que jamás estarás a la altura», y consiguen llevar una vida más o menos cómoda, aunque a la larga sufran las consecuencias. Muchas personas no sospecharán jamás de otras aunque estas vivan una vida con alguien que en realidad les gustaría que fuera otra persona.

Yo escribí algo por lo que me recordarán toda la vida y, si la chica de Los Planetas jamás vuelve a mi lado, no habrá chica que se atreva a conocerme tal y como yo necesito que lo hagan. Estoy seguro de ello. Es decir, si a mí me viniera una chica a la que estoy conociendo para contarme que se creó una cuenta de Twitter, se abrió un blog y escribió un libro con el único fin de recuperar a un chico, lo primero que pensaría es: «Muy bien, ánimo con tu vida, esta no es mi guerra». Lo segundo que haría es plantearme muy en serio si salir corriendo del sitio donde me acabasen de dar tal noticia o llamar directamente al 091.

Hubo un tiempo en que me empezó a dar miedo que después de esto nadie

quisiera conocerme de verdad y perdiera la oportunidad de encontrar a alguien que pudiera amarme como yo necesitaba y sin tener que compararse con la chica a la que le había dedicado mi libro. Me vais a decir que todo el mundo ha salido de relaciones y ha iniciado otras sin necesidad de compararlas todo el tiempo con la persona con la que estuvo primero, pero es que lo más importante que he vivido yo hasta este día está publicado en un libro al alcance de todo el mundo, y ese libro ha cambiado en buena medida todas las cosas que me rodean. Allá donde vaya, ella siempre está presente.

Me acuerdo perfectamente de las semanas previas al lanzamiento de aquel disco. La chica de Los Planetas y yo nos habíamos conocido hacía dos meses. Como parte de la promo, adelantaron algunas de las canciones de su primer álbum en un programa de radio nocturno que yo tuve la suerte de escuchar y de grabar para ella. Los dos estábamos expectantes por saber cómo sería el primer disco de Leiva en solitario después de que Pereza hubiera muerto firmando antes un último disco que se puede considerar de culto al haber roto por fin con las radio fórmulas, consolidar «Aproximaciones», alcanzar un sonido totalmente distinto y hacer canciones que no se digieran con la primera escucha. Cuando llegó «Miedo», me sentí muy identificado: a ella la avisaría de que era un auténtico temazo. A la mañana siguiente entré en clase de Procesal y allí estaba sentada, esperando a que llegara el profesor. Ese día estaba muy guapa («¡qué novedad!», estaréis pensando). Fue la primera y única vez que la vi con una diadema de tela. Le dije que estaba guapísima y le pasé los auriculares de mi Samsung Galaxy Ace, modelo del que siempre se reía pero que acabó comprándose. Flipamos con aquella canción. Nos gustaban las estrofas, pero todavía más el hecho de que Leiva no se cansara de repetir lo mismo en el estribillo: que tenía miedo. A veces repetimos las cosas porque sentimos que la otra persona no nos ha escuchado a la primera, cuando en realidad sí que lo ha hecho, pero se lo calla e incluso se hace la sorda.

Nosotros, ya entonces, y mira que era pronto, teníamos cierto miedo, pero no tanto como el que llegamos a sentir mucho más adelante. Lo que no sabíamos es que luego llegarían auténticas epidemias de miedo que intentaríamos superar como buenamente podíamos y otras muchas en las que nos venció casi por completo. Lo digo porque siempre intentamos plantarle cara, y de hecho lo hacíamos aunque luego nos volviera a tumbar de un puñetazo directo. Demasiados puñetazos lleva ya el alma en esta lucha que, quién sabe, quizá nunca tuvo que haber empezado.

La gente me ha tachado de muchas cosas, entre otras de que estoy obsesionado. La gente tiene derecho a decir lo que le dé la gana porque en este país se lleva confundiendo desde hace mucho tiempo la libertad de expresión con la libertad de rebuzno, como decía un buen amigo. Y, en mi caso, a menudo confunden obsesión con tesón y con amor. En mi caso, la gente lo confunde todo, porque en sus vidas no han vivido nada parecido.

Un día estaba tomando unos *gin tonics* con mi amigo Arturo y me preguntó:

«¿Crees que lo que tú has vivido con ella, vuestra historia, todo lo que habéis sentido, es algo que la gente no vive jamás?». Yo le respondí que en absoluto, que posiblemente hubiera un millón de personas en el mundo viviendo algo parecido. No sé por qué cojones le respondí eso cuando en realidad pienso lo contrario, aunque seguramente lo hice porque ya no soporto más preguntas y opiniones acerca de mi historia y me encuentro bastante saturado. Arturo, sin inmutarse por mi respuesta, me dijo que estaba completamente convencido de que él jamás podría vivir algo así, y de que nadie en el mundo tendrá jamás la suerte de conocer un amor tan verdadero. Allí queda eso.

No sé. A veces pienso que puede que no sea tan verdadero, porque, si de verdad lo fuera, ahora no estaría escribiendo esto.

Tuve un profesor de Lengua, Literatura, Latín y Cultura Clásica en el colegio que disfrutaba dando clase y nos las hacía amenas e interesantes. Transmitía con tanta pasión que con él aprendimos un montón de cosas. Era un hombre que, por ejemplo, al explicarnos la Generación del 98 y la del 27, nos dijo que en ambos casos las formaron un conjunto de escritores que se habían unido con el fin de salvar al país de un auténtico desastre. Escuchar eso con dieciséis años hace que te plantees muchas cosas sobre la literatura y el valor de las palabras.

Quiero pensar que el arte y la cultura tienen capacidad para salvarnos de todo lo malo que hay en el mundo. Y es que no existen personas que puedan salvarte de tus desastres; existen personas dotadas de cultura que saben canalizarla de alguna forma para hacerte feliz. Hace muchísimo tiempo la chica de Los Planetas me enseñó un libro de segunda mano que se había comprado en una tienda cerca de su casa y que contenía una nota al principio que decía que si volvía a haber un diluvio universal, el primer libro que había que poner a salvo de la catástrofe era el *Romancero gitano*, de Lorca.

Ese mismo profesor nos enseñó una frase en latín que Cayo Tito había pronunciado ante el Senado romano y que era sencilla y precisa, como todo lo que me gusta en esta vida: «Verba volant, scripta manent». Y así es: las palabras que no se escriben acaba llevándoselas el viento, pero las que se escriben en un papel permanecen para siempre. El que las escribe hace un ejercicio de inteligencia aunque sea mínimo, pero es importante porque estructura su cabeza, reordena las ideas y sobre todo piensa qué es exactamente lo que quiere decir, para no dejarse nada de todo lo que pudo haber dicho, para que de alguna forma esas palabras le lleguen dentro a la persona que las lee y tengan un fin, bueno o malo. El receptor lee y procesa una serie de ideas que, una vez leídas, le poseerán la cabeza para siempre. Pero el que las escribe, sin darse cuenta, tampoco se libra; esas palabras también las está dejando grabadas sobre su pecho y su cerebro. Nunca olvidará aquello que escribió porque estará siempre en su memoria, también para bien o para mal. Las palabras tienen un poder infinito pero a la vez muy limitado. Hay palabras que pueden decirlo todo y otras que no dicen absolutamente nada. Hay palabras que

quieren decirlo todo pero son incapaces de lograrlo. Incluso hay palabras que están escritas y pueden llegar a perder todo su valor en el momento más inesperado. Soy consciente de que no logro explicar toda esta historia; hay algo que me lo impide y aún desconozco qué es. Quizá sea que no tengo que explicarlo. Es por eso por lo que a veces pienso que las palabras que he escrito no valen para nada porque no lograron su objetivo y finalmente serán totalmente olvidadas y se quedarán calladas en el silencio más absoluto de cualquier desván abandonado. Pero estoy muy confundido, porque, aunque eso sea cierto y finalmente suceda, en la vida he descubierto que es imposible hacer callar tres cosas: los truenos, los perros y las palabras que se encierran en un libro. Pueden perder su valor, pero allí estarán siempre, y eso puede estar bien o ser una putada.

Con ese tipo de reflexiones me fui al pueblo como prácticamente todos los agostos de mi vida. Mis veranos desde que la conozco siempre han sido un infierno, porque no ha habido uno solo que no hayamos pasado separados. Así que decidí que, si iba a tener un verano igual de asqueroso que los que lo habían precedido, lo convertiría al menos en algo productivo. Me llevé el ordenador, mis libretas, la guitarra, mis discos, bastantes libros y una lista interminable de un montón de objetos que se supone que me iban a ayudar a la hora de escribir, en el sentido de que eran cosas que me ayudarían a inspirarme. No sé cómo pensé todo eso porque la verdad es que jamás he creído en la inspiración, sino más bien en sentarse ante una mesa hora tras hora y luchar para construir frases intentando imitar a los hombres que construyeron vidrieras románicas y góticas con una sensibilidad, talento y esfuerzo del que ahora carecemos los hombres de este siglo. Me propuse aprovechar al máximo lo poco aprovechable que podía tener el pueblo, hacer cosas que nunca antes hubiera hecho allí, como entrevistar a los viejos y a los vecinos más particulares en busca de relatos. Me debía de creer un artista o algo por el estilo, cuando lo único que era (y que sigo siendo) es un chaval que ha convertido su vida entera en un relato mal escrito al que es incapaz de ponerle punto y final. Lamentable. Lo mío es lamentable, hacedme caso.

Fue el agosto menos fructífero de mi vida. No me leí ninguno de los libros, no toqué la guitarra, me daba pereza bañarme en la piscina, casi no salía de casa, no escuchaba música y por supuesto fui totalmente incapaz de escribir el libro que me había propuesto. Lo del libro empezaba a convertirse en una verdadera tortura; como esas personas que uno no soporta pero a las que tiene que aguantar el careto cada día.

Por si fuera poco, era incapaz de abandonar el horario de oficina y todos los días acababa levantándome resignado a las diez de la mañana, después de dar muchas vueltas en la cama y asado de calor. Los días se me hacían eternos. Bajaba entonces a la cocina para desayunar algo rápido y volvía a mi habitación, a encender el ordenador y comenzar a escribir el maldito libro. Todos los días me rendía a la media hora. Creo que conseguí escribir un prólogo y ni recuerdo qué ha sido de él. Sí que puedo decir que era un prólogo que ocupaba una página de Word, con una letra Times

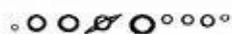
New Roman a tamaño dieciséis o incluso dieciocho. Te cagas. Así era imposible escribir un libro. No sé exactamente qué me pasaba pero no podía centrarme. Tenía la cabeza atrofiada y había perdido toda la habilidad para narrar. Mi cerebro no me permitía poner punto y final a la historia de la chica de Los Planetas escribiendo otra que no tratara de ella, y empezaba a sospechar que quizá aún no había terminado de escribir mi historia con ella y sobre todo me daba cuenta de que aquel punto y final que había escrito en el libro era absolutamente falso y que quizá tendría que volver a enfrentarme a nuevas páginas en blanco para ponerlo de verdad.

Agosto podría haber sido un completo desastre si no hubiera sido porque el sábado 16 tocaban Los Planetas en las fiestas de Bilbao y yo no pensaba perdérmelos por nada en el mundo. Por fin vería en directo a mi grupo preferido.

Aquel concierto me devolvió las ganas de escribir (contaría todas mis sensaciones en el blog esa misma noche antes de irme a la cama) y fue una pasada volver a abrazar a la tía Susi, aunque, al contrario que el año anterior, esta vez Nacho y yo solo pasamos una noche en su casa. Por supuesto, en ese tiempo no me atreví a decirle que había escrito un relato sobre ella.

El sábado 16 fuimos a ver a Los Planetas y escribí en mi blog todas las cosas que sentí durante las dos horas de concierto y lo que me pasó en la playa cuando amanecía antes de irme a acostar, así que no voy a volver a repetirlo aquí y, al que quiera saber qué sucedió, le remito al blog. Solo volveré a decir que ese concierto me dijo cosas que nunca antes había entendido. Volví a Madrid con las ganas y el deseo de, de una forma u otra, tener la oportunidad de que ella y yo nos volviéramos a cruzar de nuevo para que esta vez todo se solucionara, para volver a ver esos ojazos de color arcilla y perderme dentro de ellos. Para que eso sucediera tuvieron que pasar unos cuantos meses más y no fue un encuentro por casualidad, estuvo concertado por ambos, o quizá fue ella quien concertó nuestro reencuentro. O no. Pero, bueno, de eso hablaré cuando llegue el momento.

La chica de Los Planetas se había quedado a vivir dentro de mí y ya era hora de que lo aceptara y de admitir que no quería que hubiera un punto y final, o, al menos, que si lo tenía que haber fuera real, una decisión consciente de acabar con todo lo vivido. No tenía mucho sentido querer huir de alguien que sientes que es parte de tu piel aunque haga tiempo que no hayas podido acariciarla. Supongo que mucha gente pensará que soy un intenso de cojones diciendo las frases que digo, pero me da igual. Hay cosas que no se explican, cosas que solo entendemos los que hemos amado sin ningún tipo de condición o, más bien, hemos tenido la puta suerte de vivir y sentir algo que solo unos pocos entendemos sin necesidad de explicar a nadie por qué decimos ciertas cosas que parecen de otro mundo.



APAGÓN

Hay algo que no os he contado todavía y que antes de seguir avanzando me gustaría explicaros. Se trata de cómo empecé a trabajar. De cómo mi primer trabajo terminó de mezclar la persona que soy con el personaje que creé. Yo acabé en junio de 2013 la carrera de Derecho en la Universidad Complutense. Nunca había querido dedicarme al derecho y cuando terminé seguía sin saber en qué quería trabajar. En cualquier caso, no era algo que me preocupara especialmente; tenía el presentimiento de que encontraría mi vocación.

Siempre he sido un mal estudiante, de esos a los que el profesor les dice: «Vas a suspender hasta el bocadillo del recreo». En Segundo de Bachillerato suspendí prácticamente todo en las dos primeras evaluaciones. Me acuerdo perfectamente del momento en el que mi madre llegó del colegio a casa después de la entrega de notas. Yo estaba totalmente acojonado. Entró por la puerta a las nueve de la noche con cara de pocos amigos, y me cayó tal bronca en el salón que me puse a llorar ahí mismo como si tuviera seis años. Vaya llanto. Era diciembre, había sido un mes horrible, una de mis hermanas había estado ingresada en el hospital durante un tiempo que a mí se me había hecho eterno, y cuando llegaba a casa por las tardes nunca había nadie; con mis hermanos no coincidía en los horarios y mis padres se pasaban el día en el hospital. Yo estaba muy triste. Y si ya de por sí era un vago, con todo aquello tenía aún menos ganas de estudiar.

Esa bronca de mi madre en el salón la voy a recordar toda mi vida. Me enseñaba las notas como si yo no supiera lo que me habían puesto mientras me gritaba que no había hecho más que empezar el año y ya había echado el curso a perder. Cogía las notas y me las ponía en la cara mientras las señalaba con el dedo. Claro que estaba al tanto de las notas que había sacado, yo mismo me había encargado de suspender absolutamente todo, salvo Historia del Arte, en la que me habían puesto un diez. Parecía ser que era la única que me llenaba.

En medio de la trifulca llegó mi padre y, al verme ahí llorando como si no hubiese mañana, preguntó qué estaba pasando. Mi madre le contestó que había suspendido todo, que era un auténtico desastre, que repetiría curso y que no podría ir a la universidad. Joder, esas palabras daban auténtico miedo. Me pregunté si sería el único hermano incapaz de hacer una carrera.

Mi padre, intentando calmar las cosas un poco, cogió las notas y las examinó una por una mientras mi madre seguía diciéndome de todo. De repente, detuvo la conversación, o más bien el monólogo de mi madre:

—Pero un momento, Cris, no está tan mal, ¡si ha sacado un diez en Historia del Arte!

—José María, no digas tonterías y céntrate en lo importante. —Imaginaos la cara de mi madre.

¿Sabéis la chorrada esa de poli bueno/poli malo de las pelis, no? Aquí no había de eso. Mi padre simplemente es así, a pesar de ser un tío que está siempre preocupado por cosas sin importancia y que lo ve todo como un reto. Por ejemplo, si tiene que ir a comprar el pan y de repente se pone a diluviar, empieza a bloquearse. Como si estuviéramos en medio del diluvio universal y para llegar hasta la panadería le hiciera falta construir un arca. Pues bien, a pesar de eso, también es un hombre capaz de ver algo bueno en medio de cualquier desastre.

Yo al escucharle decir aquello pensé que mi padre era un *crack*, pero inmediatamente mi madre se encargó de bajarle a la realidad con su comentario, y así siguió durante un buen rato. Ella tenía la razón, pero yo lloraba. No paraba de hacerlo. Antes lloraba mucho, por todo, y ahora me pasa que me contengo pero luego lloro sin previo aviso por todo lo que he ido guardándome. Lo suelo hacer por la noche, cuando me voy a la cama, lejos de la mirada de cualquier curioso.

En la última evaluación de aquel año recuperé las asignaturas que me habían quedado salvo Griego, que me la aprobaron mis profesores para que pudiera presentarme a Selectividad en la convocatoria de junio. Un empujón que agradezco y que por supuesto no me merecía: recuerdo mis libros de Griego repletos de poemas escritos encima de los ejercicios.

En Selectividad saqué un seis, un punto más que en el colegio. Me admitieron en Derecho, y en octubre empecé la carrera teniendo muy claro que en la facultad nadie me conocía de nada y que podría hacer creer a mis profesores y al resto de compañeros que era un alumno estudioso, aplicado e inteligente. Estaba dispuesto a ello.

El caso es que lo logré. Acabé la carrera con bastantes sobresalientes, notables y alguna que otra matrícula de honor.

Estudí mucho, pero os aseguro que tampoco tanto, sobre todo los últimos años, cuando conocí a la chica de Los Planetas, en los que lo único que realmente quería era aprobar la asignatura que tenía pendiente con ella. Nunca aprobé esa asignatura. Es la única que tengo suspensa de por vida.

Como decía, acabé Derecho en junio de 2013, y como estaba de capa caída decidí que en septiembre me marcharía a Londres a trabajar y a mejorar mi inglés. Lo iba a necesitar si quería que me contratasen en cualquier despacho de abogados, ya que las entrevistas que hacía me las concedían por mis buenas notas, pero siempre me tiraban cuando llegaba a la prueba de inglés, en la que suspendía catastróficamente al contestar a boleo las preguntas tipo test o directamente al no entender ni una sola pregunta oral de las que me hacían en medio de la entrevista, a las que respondía como un cateto: «¿*Can you repeat, please?*». Por supuesto, no me lo repetían, pero a

cambio me indicaban muy amablemente dónde estaba la puerta de salida por no echarme a patadas por haberles hecho perder su valioso tiempo, pudiendo estar entrevistando a otros candidatos con ganas de ser unos auténticos tiburones en el mundo del derecho. Que jodan a los tiburones. Yo en realidad no quería trabajar de abogado pero tampoco tenía una mejor idea y me apetecía pasar una temporada en Londres, desaparecer del mapa y vivir una nueva experiencia que me ayudara a romper con la anterior.

Sin embargo, cuanto más seguro y convencido estaba de querer hacerlo, más me venía a la cabeza aquella frase de Love of Lesbian que dice: «¿De qué me sirve salir de esta inmensa ciudad, si de quien pretendo huir seguirá dentro de mí, y eres tú?». Entonces se me quitaban las ganas de marcharme.

Finalmente pasó el verano sin hacer nada por preparar el terreno para el plan que en un principio me había propuesto. Aquel fue además el año en el que perdimos a mi cuñado. Yo estaba en el Arenal Sound con mis amigos cuando me avisaron de lo que estaba pasando y tuve que volver en AVE a Madrid. Hasta ese momento siempre había pensado que la primera vez que cogería el AVE sería para hacer algo divertido, pero, en vez de eso, cuando por fin me monté en uno, con veintitrés años, lo hice para llegar cuanto antes a consolar a mi hermana. Ojalá nunca hubiera tenido que hacerlo. A los amigos que se interesaron por ir al tanatorio les pedí que no lo hicieran, porque me daba pena hacerlos venir a Madrid en medio de sus vacaciones, pero a los que no me apoyaron esos días, a los que ni siquiera hicieron el amago, se la tengo guardada para siempre. Soy así de rencoroso y me acuerdo de todas esas personas con nombre y apellidos. Son esa clase de gente que luego te exige la misma actitud si les sucede algo similar. A veces no soporto a las personas, aunque crea en ellas como el único motor para que haya cosas buenas en el mundo.

El caso es que el verano comenzó a torcerse más de lo que ya venía torcido de serie. A finales de agosto me fui con Nacho a Bilbao a descansar del mundo, mientras dejaba para más tarde lo de buscarme un trabajo en Madrid, en Londres o en Parla.

Llegó septiembre y, si veía complicado encontrar trabajo en Reino Unido, empezaba a ver aún más imposible llegar a sentarme en una oficina de una empresa de mi propio país, golpeado por la puta crisis económica en la que seguimos sumergidos por una panda de políticos hijos de puta, sin olvidar la crisis de valores que estamos sufriendo a nivel mundial, que es casi igual de peligrosa y que está estrechamente ligada a la monetaria.

Mis días sin embargo eran más provechosos que nunca. Todas las mañanas me despertaba sobre las diez (despertar natural, por supuesto), desayunaba leyendo el periódico que ya había traído mi padre del quiosco de Anselmo y volvía a mi habitación para enviar unos cuantos currículum y ponerme a escribir la siguiente entrada de mi blog, que salía todos los miércoles.

La chica de Los Planetas se había vuelto a vivir a Andalucía y a mí me daba la sensación de que el resto de la ciudad había sucumbido a algún tipo de epidemia

apocalíptica. Veía todos los barrios de manera distinta, como si se hubiesen quedado atrapados en el mes de agosto madrileño en el que la ciudad está vacía y las calles parecen no tener razón de su propia existencia por la huida masiva de sus habitantes; no importa adónde, es indiferente si se fueron al sur, al norte, al este, al oeste o directamente a tomar por culo. Me daba la sensación de que todo el mundo se había marchado y que estaba viviendo dentro de una película apocalíptica donde la raza humana estaba extinta y los edificios más prósperos eran pura mina. Pero no, la única que se había ido era ella. Sentía que las cosas se habían fundido. De hecho, aquellos días se produjeron varios apagones en mi casa a la hora de cenar y siempre hacíamos lo mismo, preguntarnos qué cojones estaba pasando, ir al cuadro de los plomos y subirlos todos para volver a la normalidad. Cuando aquellos problemas técnicos se solucionaron, llegué a la conclusión de que no eran tan graves, de que el que de verdad había sufrido un apagón era yo, porque una persona que me había dejado a oscuras al marcharse y ya era imposible volver a subir los plomos por mí mismo. Es muy grave que a día de hoy (en este preciso momento en el que sigo golpeando un teclado sin saber cómo acabará este libro) sea consciente de que mis plomos se hayan ido a la mierda, de que directamente el cuadro de la luz se haya quemado y que de momento no haya nadie capaz de arreglarlo. Tampoco descarto que quizá no quiera arreglarlo y en realidad prefiero tenerlo así, hecho trizas, como esas cosas que se nos estropean y sabemos que tenemos que llevar a arreglar o arreglar nosotros mismos, pero no hacemos ninguna de las dos cosas y nos dejamos llevar por una fuerza misteriosa que nos hunde en la pereza de solucionar nuestra vida.

El otoño discurrió a oscuras, fundido, sumido en un profundo apagón, pero, a nivel creativo, fueron los meses más fructíferos de mi vida. Escribí como nunca. Creo que de septiembre a diciembre logré decir todo lo que llevaba guardado dentro. Me sentía afortunado de poder escribir durante horas cada día y del resultado que estaba obteniendo. A veces es complicado materializar las ideas, pero en esos meses adquirió verdadera forma todo lo que contaba sobre la chica de Los Planetas en el blog. Logré dar a la historia la consistencia que se merecía y me sentía bastante feliz a pesar de lo jodido que era seguir sin trabajo. Me sentía fatal cada día al despertarme y ver que con veintitrés años no tenía ni un jodido ingreso en mi cuenta bancada. Era un «nini» aunque no me gustara reconocerlo y mucho menos pensarlo.

Mi madre estaba muy preocupada porque veía que yo no hacía absolutamente nada por remediarlo, pero tampoco me presionaba demasiado, porque en el fondo era consciente de lo difícil que estaba la cosa para todos los jóvenes. Yo deseaba calmarla de alguna manera, y por fin una mañana me decidí a hablarle de Holden Centeno, sin explicarle en realidad prácticamente nada. Me acuerdo de aquel día del mismo modo que del de la bronca en el salón.

Yo estaba tirado en el sofá, leyendo en pijama una biografía de Wagner que había encontrado un domingo en el rastro y que me había comprado porque a la chica de Los Planetas le encantaba. Ella fue quien me contó que Wagner, en un alarde de

genialidad, había dicho: «Creo en Dios, en Mozart y en Beethoven». Ella y yo siempre discutíamos por la existencia de Dios: cada uno decía una cosa totalmente distinta, pero en medio de ese caos, de alguna forma, nos entendíamos y nos respetábamos a pesar de enredarnos en tertulias que podían prolongarse durante horas. Cuando alguno de los dos ya estaba a punto de caer rendido, yo me acercaba a su oído y, mientras le acariciaba el pelo y la otra oreja con mi mano, le decía: «Yo creo en ti, en Mozart y en Beethoven», y os aseguro que lográbamos llegar a un acuerdo con aquella frase. Esa declaración se convirtió en una forma de decirnos «basta» y de dejar la cabezonería para la siguiente semana o quizá para el día siguiente, pero, en cualquier caso, darnos una tregua. Por ese tipo de gestos, de vivencias, yo me había comprado esa biografía que estaba leyendo aquella mañana.

Mi madre se sentó a mi lado y me dijo que estaba muy preocupada, que tenía que hacer algo, que no podía perder más el tiempo, que no podía dejar que se me escaparan los días, que buscara trabajo con más ahínco. No me lo dijo mal, ni enfadada; simplemente preocupada, con esa cara con la que solo te puede mirar una madre y que te hace sentir un millón de cosas. Yo le respondí que no paraba de echar currículum y que estaba intentando entrar en la primera empresa en la que me pillaran, fuera de lo que fuera. De hecho, a esas alturas ya no solo enviaba mi currículum a despachos de abogados y trabajos relacionados con el mundo del derecho (además de las ofertas que buscaba en Londres a través de la embajada), sino también en la hostelería, pero no me cogían en ningún lado. Como nada de eso lograba tranquilizar a mi madre, no se me ocurrió otra cosa que decirle:

—Mira, mamá, tengo un blog con muchísimos seguidores en el que escribo relatos que semanalmente leen miles de personas, y tengo un Twitter con mazo de *followers*...

Mi madre me paró. Empezó a aturullarse con tanto concepto desconocido y me contestó como ella hace, utilizando las mismas palabras con las que yo me dirijo a ella.

—A ver, tronco, ¿qué me estás contando? ¿Qué es eso de tener mazo de *fologüers*, un blog y todas esas historias?

—Pues, bueno, es un sitio donde yo...

—Pero, a ver, ¿qué escribes en el blog, de qué hablas? —me interrumpía.

—Pues cuento historias que...

—¿Son buenas? Es decir, ¿tienen un buen fin, estás ayudando a la gente? ¿Te las van a publicar? —No me dejaba acabar ni una sola frase.

—Yo qué sé, tía. Escribo relatos de cosas que me han pasado pero que...

—¿Y dónde puedo leerlos? Dime cómo me meto para leerlos.

—Que no, mamá, que es anónimo, que lo hago con un seudónimo y además no quiero que lo leas, porque...

—¿Pero y qué quieres decirme con todo esto?

—Pues que yo estoy convencido de que algún día podré vivir de mis relatos.

Tengo esa intuición desde hace tiempo.

Así se lo solté y, por extraño que parezca, me di cuenta de que por fin se quedaba tranquila. Al mismo tiempo, seguro que pensaba que su hijo pequeño se había vuelto completamente loco. Y ahí quedó la cosa.

En enero decidí poner en mi currículum que era experto en redes sociales, citando todas las estadísticas, visitas y número de seguidores que tenía con Holden Centeno, aunque sin nombrarlo a él en ningún momento. Con dos cojones. Había abierto mi cuenta de Twitter en 2012 y desde entonces, sin darme cuenta, había aprendido cada uno de los laberintos y funcionalidades de las redes sociales, por la práctica diaria y porque me leía todos los artículos y noticias relacionados. A veces me preguntan por qué sé tanto de música y yo siempre contesto que es porque me leo todo lo que cae en mis manos sobre el tema, voy a conciertos y escucho a la gente que sabe de música. Con las redes sociales me pasa lo mismo.

En cuanto incluí aquellos datos en el currículum, me llamaron de un par de empresas que buscaban para su plantilla un Community Manager. Hice las entrevistas y en las dos me cogieron. Me quedé con una de ellas y empecé a trabajar. Era paradójico: cinco años estudiando Derecho para acabar trabajando en una empresa gracias a una cuenta de Twitter y a un blog que no me había abierto con fines precisamente profesionales. El caso es que aquel fue un buen comienzo de año. Por fin tenía un trabajo que me gustaba y la chica de Los Planetas volvería en febrero para besarme, aunque en ese momento aún no conocía ese dato. El resto ya lo sabéis. Después de autoeditar la historia ese mes de mayo y de que pasaran aquellas cosas que os he ido contando hasta ahora, acabando el verano de 2014 con el concierto de Los Planetas, volví a la realidad, a un septiembre desolado en el que ya no sabía si la chica de Los Planetas vivía en Madrid o se había vuelto a ir al sur (cosa que sospechaba), porque sencillamente no quería saberlo. Después de que ella escribiera el final del libro, me mandara a la mierda, de enterarme de su vuelta a Madrid y de pasar un verano entero sin saber nada de ella, no quería hacerme daño. Tener noticias tuyas sabiendo que no estaba conmigo siempre me ha dolido demasiado. Incluso creo que prefería que no estuviera en mi ciudad.



PIRÁMIDES

A menudo pienso que tengo trabajo gracias a ella y que en general todas las cosas buenas que me han pasado y de las que sigo disfrutando hoy se deben a que un día apareciera en mi vida. Esto es una verdad objetiva de esas que no admiten discusión. Se acepta y punto. Ni siquiera se pide que se entienda. Con ella siempre debatía sobre eso, sobre todas las verdades instauradas del mundo, sobre la vida, los tatuajes, la historia, la música, la religión, la cultura, la filosofía, el arte, la política, la locura y un millón de cosas más que nos preocupaban en cierto sentido. Luego intentábamos dividir nuestras conclusiones en verdades objetivas y subjetivas. Para nosotros era importante diferenciarlas, no nos valía dejarlas en el medio, entre un concepto y el otro.

Empezamos a hacer aquello casi al principio de conocernos. Enseguida sentamos las bases de lo que sería nuestro propio lenguaje y nos empezamos a enfrentar a nuestra propia esencia, cosa que jamás habíamos hecho antes con nadie y que pienso que en general nadie en el mundo suele hacer, porque con frecuencia lo que se considera normal o al menos lo que todo el mundo suele hacer cuando dos personas se conocen, aunque suene muy incomprensible, es entrar en un proceso de desconocimiento. La gente no se molesta en conocer en profundidad los detalles de una persona, los que le hacen tener el carácter con el que viven, que en ese momento es desconocido y con el que es posible que vayas a convivir en un futuro; y así se quedan durante meses y años, e incluso los hay que se pasan toda una vida desconociéndose. Ella y yo no permitimos eso en ningún momento. Desde el principio tratamos de descubrirnos el uno al otro, y aquello hizo que nos fuéramos descubriendo también a nosotros mismos y que nuestra personalidad evolucionara como nunca antes lo había hecho.

Si buscábamos la objetividad de las cosas era porque intentábamos no caer en el relativismo que impera en esta sociedad en la que vivimos, en la que todo vale y no importa si algo es bueno, malo o regular. Pero el problema era que a veces nos cabreábamos. Éramos muy cabezones, demasiado. No discutíamos por nada importante, pero lo hacíamos siempre por las tonterías más grandes. Sobre todo las últimas semanas que pasamos juntos, en las que nos enzarzamos con auténticas chorradas que yo intentaba evitar, pero en las que ella siempre echaba mucha leña para que todo ardiera un poco más. A veces pienso que en esos días ella buscaba una excusa, una forma de desaparecer de mi lado y no la encontraba de ningún modo, pero de alguna forma quería destrozarlo todo aunque fuera de forma inconsciente.

Para ello usaba esa técnica de destrucción masiva entre dos personas que consiste en quemarse con cualquier cosa del otro que en realidad no tiene ninguna importancia y en atribuirle cosas malas que en realidad no existen a quien tienes delante para tener así algún motivo para salir corriendo de allí. A veces corremos cuando no vemos nada y salimos despavoridos de esa situación como si formáramos parte de una auténtica estampida de animales salvajes de cualquier especie, color y rabia. No importa a quién pisemos por el camino, lo mucho que te haya querido o quién se nos ponga por delante para detener nuestra carrera. Nada importa aunque es probable que esa maratón no nos conduzca a ningún sitio y que si acaba en algún camino sea en el mismo del que tratábamos de salir echando leches. Corremos y nos da igual quedarnos sin piernas en el intento, dejar sin aliento a los que nos rodean o destrozar los corazones que estaban al borde de morir hundidos y que finalmente acaban cayendo ahogados en un charco de sangre generada y bombeada por nuestro propio corazón. Realmente ella y yo nunca teníamos discusiones serias, no existían problemas reales entre nosotros, pero, como os decía, ella empezaba a salir corriendo, lo notaba poco a poco en sus ojos marrón coñac que ya no tenían ese fulgor que tanto me llenaba. Aún puedo recordar con dolor, rabia y cariño una de las últimas discusiones absurdas que tuvimos. Fue sobre las pirámides de Egipto. Estábamos hablando sobre universos desconocidos, planetas con vida y las putas pirámides de Egipto. Sus argumentos eran ciertos, reales y objetivos, cosas que yo jamás me había planteado y que ella trataba de explicarme con dulzura, el gesto serio y estallando en risas cuando veía que no entendía nada porque no me daba para más el cerebro. Mientras, me abrazaba, me tocaba el pelo y me daba mordiscos en la oreja. Entonces dijo que le parecía increíble que aún no se supiera cómo habían construido aquellos monumentos en medio del desierto. Y cuando dijo eso yo respondí, como cualquier ignorante, que con todos los esclavos que tenían, tirando de un sistema a base de cuerdas y troncos por el que desplazaban las piedras sobre la arena. Pero ella rápidamente me contestó que esa hipótesis (aparte de ser una puta mierda) ya estaba descartada desde hacía mucho tiempo. A pesar de que estaba mucho más documentada que yo, que nunca hasta entonces me había preocupado por aquel misterio, me empeñé en llevarle la contraria durante todo el tiempo que duró la conversación en la cafetería de la facultad. Ella se llevaba una y otra vez las manos a la cabeza con gesto de desesperación y a pesar de todo yo no me echaba atrás ni un poco. Seguimos así, como un par de capullos, durante un buen rato, hasta que yo me di cuenta de que estaba haciendo el ridículo al hablar de una cosa de la que no tenía ni idea y al rebatir sus argumentos, que sí estaban sustentados en datos objetivos. La misma objetividad que yo siempre le exigía. Acabamos bastante quemados.

Las personas normales, cuando se enfadan, lo hacen por cosas importantes, pero nosotros, que en lo importante siempre estábamos de acuerdo, nos clavábamos verdaderos puñales en el pecho con las gilipolleces. No nos dejábamos pasar ni una. Fuimos muy estúpidos.

Unas semanas más tarde de aquella discusión, ella desapareció de mi vida. Fue entonces cuando en la biblioteca Eugenio Trías del Retiro, adonde había ido a sacar unos libros con los que llenar el vacío que tenía por dentro, me encontré con un poemario de Bukowski en el que leí lo siguiente: «¿Sabías que / hasta el día de hoy / nadie ha conseguido averiguar cómo / construyeron las pirámides?». Se me pusieron los pelos de punta al leerlo.

Una semana antes me había terminado de leer *Franny y Zooey*; la chica de Los Planetas era tan Franny... Era bastante duro seguir viviendo ajeno a ella cuando todo me recordaba a su forma de ser. Cuando no está a mi lado, siempre he tenido la sensación de que hay una fuerza desconocida que acompaña mis pasos en cualquier camino que escoja para recordarme que viví momentos únicos con ella, que a veces me asaltan.

Ella y yo somos iguales y a la vez totalmente distintos. A veces se me olvida. En septiembre de 2014 quedé con Nacho a tomar unos nachos. En realidad, quedamos a tomar unas cervezas y luego nos pedimos unos nachos, pero es que me ha parecido extremadamente gracioso hacer ese juego de palabras. Nos pusimos a hablar de la chica de Los Planetas. En un momento de la conversación, estaba a punto de decirle que éramos totalmente distintos y no me dejó acabar la frase:

—Nacho, es que nosotros dos somos totalmente...

—Iguales.

—Te iba a decir justo lo contrario.

Él no estaba nada de acuerdo con eso. Me dijo que ella y yo éramos iguales en todos los aspectos por mucho que en ocasiones pensáramos lo contrario, y al final terminé saliendo de ese maldito bar pensando que sí, joder, que ella y yo estábamos conectados. Al fin y al cabo, todo lo bueno que me está pasando se lo debo a ella.

Por aquel entonces, el tirón del libro que me había autoeditado comenzaba a flojear. La gente me seguía pidiendo el eBook gratuito, pero no con tanta frecuencia, y los pedidos en papel se habían detenido por completo.

Mis *followers* querían leer nuevas entradas en el blog que yo era incapaz de escribir porque estaba bloqueado, y muchos me preguntaban cuándo saldría a la venta *El discurso de la muerte y la suerte propicia*, que tan pomposamente había anunciado a principios de aquel verano. Vaya marrón en el que estaba metido. La gente quería leer un libro que ni si quiera había empezado y que, a la vez, les contara nuevas historias sobre la chica de Los Planetas.

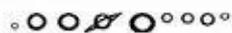
Hola, lectores, ahora que sé que estáis aquí leyendo esto: ¿se puede saber qué coño os pasaba? ¿Queríais volverme loco o era yo el que estaba cavando su propio nicho? Da igual. No me respondáis. Pero os vuelvo a recordar que yo escribí ese libro con punto y final y que la mayoría de vosotros lo cambiasteis por un punto y seguido. Con dos cojones.

Yo andaba jodido. Septiembre estaba en ruinas. Todo el mundo parecía haber huido y la ciudad se hallaba abandonada. Yo la echaba de menos como nunca pero no

sabía nada de ella. Llevaba tiempo luchando para conseguir eso, para no tener ni la más remota idea de qué estaba haciendo con su vida, y en cierto sentido lo estaba logrando, o no, porque, aunque no sabía dónde andaba en ese momento, no dejaba de pensar en ella ni un segundo. Empezaba a creer que en mi trabajo estaba bien pero que no era suficiente, que igual me estaba estancando ahí y que si no hacía algo pronto para remediarlo no sería capaz de avanzar profesionalmente, así que me puse a buscar en Internet un máster de Community Manager. Mi madre, que de vez en cuando me preguntaba por el blog, me decía: «Muchos *fologüers*, muchos *fologüers*, pero ninguna editorial quiere publicarte», y era verdad. Mi madre y su sentido del humor, que te desmonta y que a la vez hace que pienses: «¡Ay, qué maja!». Creyendo que tenía razón y que quizá había llegado el momento de olvidarme de Holden Centeno, encontré un máster de CM, que era bastante caro a pesar de ser *on-line* y, aunque la sede del centro de estudios estaba en Barcelona y no me darían ninguna clase allí, me gustó tanto por los contenidos que iba a aprender que me propuse hacerlo. El problema era que no podía pagar esa pasta. Mi humilde sueldo no me daba para ello, pero existía una beca por la que te hacían una reducción del cincuenta por ciento y la solicité.

Me concedieron la beca después de pasar dos entrevistas, una por teléfono y otra por Skype. Era la primera vez en la vida que me resultaba tan fácil conseguir algo y me puse muy contento. Sin embargo, el día que me llamaron para pedirme mis datos bancarios y hacer efectivo el pago de la matrícula les dije que no, que rechazaba la beca y el máster. No les di ninguna explicación, y ellos debieron de pensar que era bipolar o algo parecido. Pero yo tenía un pálpito. Me había despertado sabiendo que algo estaba a punto de pasar, aunque no tuviera ni idea de qué era. Yo y mis pálpitos, como decía la chica de Los Planetas: «Tú y tus pálpitos un día vais a acabar conmigo». Y tenía razón, siempre me pasaba la vida diciéndole que tenía el presentimiento de algo grande y bueno que antes o después acabaría sucediendo y le rompería todos los mapas que había trazado sin mí para volver a empezar a dibujar otros contando conmigo y nadie más; conviniéndome en el centro de todo.

Mi madre se extrañó bastante cuando le dije que había rechazado la beca y que ya no quería hacer el máster, pero no le conté que era porque tenía un pálpito muy positivo. No quería que pensara que definitivamente su hijo pequeño se estaba volviendo loco.



11-S

El 11-S todos lo recordamos por las torres Gemelas y las personas que murieron aquel día de una manera tan cruel. Estoy seguro de que si cualquiera de nosotros echa la vista atrás es capaz de acordarse de lo que estaba haciendo el 11 de septiembre del año 2001. Los acontecimientos históricos deberían recordarse únicamente cuando han sido positivos, pero el ser humano se empeña en hacerlo con más fuerza si cabe las fechas de las tragedias. El caso es que el 11-S lo recordaremos siempre. Da igual que ninguno de nuestros familiares se encontrara allí o que jamás hayamos puesto un pie en Nueva York. Todos nos sentimos víctimas de aquello.

Yo tenía once años y ni siquiera sabía lo que era el World Trade Center, las torres Gemelas, ni el Manhattan de Woody Alien. Unas torres gigantescas ardían con aviones dentro y personas inocentes muriendo. Miles de vidas destrozadas. Con el tiempo lo sigues recordando, aunque quizá con menos intensidad porque cada año vivimos otras cosas ese día, pero eso sí: no lo olvidamos. En mi caso, ese día fue cuando conocimos a mi cuñada Macarena, que cumple años el 11 de septiembre. Todos los 11-S recordamos el atentado y felicitamos a mi cuñada. Siempre me ha llamado la atención eso de conmemorar la muerte y celebrar la vida.

El 11 de septiembre de 2014 me desperté como cualquier mañana. El día anterior había rechazado la beca del máster y estaba dándole vueltas a la cabeza sobre si aquel palpito que había tenido al final sería una putada en lugar de algo bueno. Después llamé a Macarena para felicitarla, pero no me cogió el teléfono porque ya estaba trabajando, así que le dejé un mensaje en el Whatsapp y pensé en intentarlo más tarde. Pero creo que nunca lo hice porque el día se me complicó.

En realidad no fue exactamente una complicación. Simplemente sucedió algo inesperado que ni supe ni sé catalogar. Llevaba tiempo fijándome en que comenzaban a seguirme en Twitter bastantes periodistas de medios importantes, pero no estaba completamente seguro de que lo hicieran porque les interesara mi historia. Nunca decían nada y yo tampoco les decía nada a ellos. Sin embargo, sabía a qué se dedicaban y seguía sus pasos de cerca.

Entonces me llegó aquel *e-mail*, Cuando abrí el correo porque acababa de sonar una notificación y leí en el asunto del mensaje, «SModa - Diario *El País*», recuerdo que pensé: «¡Coño! ¿Qué querrán estos?». Contuve el aliento y abrí el mensaje:

Hola. Centeno:

Escribo para la edición digital de la revista de tendencias del diario *El País* y queremos contar tu historia. Nos encantaría poder disponer de tu libro para leerlo y a continuación hacerte un breve cuestionario/entrevista por *e-mail*. La idea es hacer un tema sobre tu *alter ego* y presentarte como un fenómeno literario que nace y triunfa en Internet. Por supuesto, solo si te apetece, si tienes ganas y tiempo. Sin compromiso, de verdad. Y en caso afirmativo, nos gustaría que nos facilitaras algunas de las ilustraciones que te ha hecho Sara Blanco (si quieres podemos cogerlas de tu blog con tu permiso) para animar el tema. Si pudiera disponer del libro en versión Kindle o PDF. o como prefieras, lo leería, prepararía el Q&A y sacaríamos el tema la semana que viene o la siguiente en la web de *SModa*.

Mil gracias,

Iñaki Laguardia

Jamás seré capaz de explicar lo que sentí cuando lo leí. Empezaron a caérseme las lágrimas con las primeras líneas y cuando llegué al final no podía parar de llorar. Lloraba de alegría, por supuesto. Por fin alguien valoraba mi historia. Me refiero a alguien de la prensa, no a mis seguidores, que ellos ya sabían perfectamente qué había hecho. Me refiero a un medio de comunicación importante. Una semana antes había concedido mi primera entrevista a Roberto Antoraz, un periodista con una web (mantaypeli.com) de cultura y ocio del bueno, del que me gusta. No había aceptado ninguna otra de las que me habían ido proponiendo hasta el momento, porque no quería salir en cualquier blog y perder el poco caché que yo creía que tenía mi *alter ego*. Cuando recibí la propuesta de Antoraz, eché un vistazo a la web y me gustó mucho el cariño con el que trataban todos los temas, así que pensé: «¡A la mierda! ¡Ya es hora de hacer un poco de ruido!». Fue una entrevista bonita que pasó sin pena ni gloria por los ojos de los que por allí se dejaron caer, quién sabe si no fue el detonante de todo.

Menos mal que, cuando a la semana siguiente me llegó aquel *e-mail* de *SModa* que me hizo llorar como un loco, Vanessa, mi compañera de trabajo, estaba de baja por maternidad, porque no sé qué hubiera pensado. Nadie sabe todavía en mi oficina quién es Holden Centeno salvo ella, pero en aquel momento aún no se lo había contado.

Cuando me calmé un poco, contesté al correo de Iñaki Laguardia muy educadamente, dándole las gracias pero ocultando la euforia. Le envié el libro, y al poco tiempo me escribió diciendo lo mucho que le había gustado y enviándome un cuestionario de ocho preguntas de las que finalmente se publicaron en la revista. La que quitaron fue una en la que me preguntaban a quién se parecía más Holden Centeno, si a Holden Caulfield o a Stanley Fogg, el protagonista de *El palacio de la Luna*. Me gustó mucho aquella pregunta porque indudablemente el periodista había

entendido la esencia de mi libro, de mi historia y sobre todo de mi espíritu. Al contrario que el resto del mundo, él se acordó de Fogg, posiblemente mi protagonista preferido de todos los libros que he leído. Respondí que me sentía más identificado con el bueno de Fogg, pero aquella respuesta no debió de encajar bien y decidieron eliminar la pregunta. No les culpo, aunque era la oportunidad perfecta para que hubiera quedado bien claro.

El 17 de septiembre mi entrevista estuvo durante veinticuatro horas colgada en la portada de la web de *SModa*. Mis redes sociales ardieron, llegaban nuevos seguidores cada minuto y tenía el correo saturado de peticiones del libro de *La chica de Los Planetas*. En un solo día, recibí más de treinta mil visitas en el blog. Me acojoné totalmente. La gente empezó a dejar comentarios en la entrevista y os aseguro que el noventa por ciento de los que dejaron fueron muy duros: estaban convencidos de que lo que había en realidad detrás de todo aquello era una campaña de *marketing* para desvelar mi identidad (o un viejo o un famoso) a las pocas semanas y vender un montón de ejemplares. También se dedicaron a insultarme, pero en el fondo yo ya estaba preparado para cualquier cosa. Lo bueno es que se estaba hablando de mi libro y que gracias a eso iba a llegar a más gente todavía.

Pensé en la chica de Los Planetas durante todo el día. ¿Habría leído aquella entrevista? ¿Sabría que nuestra historia estaba ahí colgada, a la vista de todo el mundo? Las pocas personas a las que avisé de la entrevista que me iban a publicar en *SModa* me habían advertido de todo lo que se me iba a venir encima y yo le había quitado importancia. Cuánto me equivocaba. Entre los *e-mails* de tanta gente pidiéndome el libro digital de forma gratuita, llegaron dos correos de dos de las editoriales más importantes del país, interesadas por publicar mi historia.

En los días posteriores me reuní con ambas y me quedé con aquella que me hizo la mejor oferta, sobre todo la mejor oferta humana. Suma de Letras y en general Penguin Random House están formados por personas que trabajan duro y hacen libros con la misma ilusión con la que yo escribí mi historia, arriesgando. La otra editorial que me escribió, cuyo nombre no voy a decir, quería, para empezar, que el libro saliera en San Valentín y además que convirtiese mis relatos en una novela, que decapitara la historia hasta hacer desaparecer las primeras páginas, porque esos relatos no trataban de la chica de Los Planetas. Lo llevaban claro. Los relatos que hay en el libro que no tienen nada que ver con ella para mí también son importantes; siempre los he visto como una declaración de intenciones, como una forma de demostrar que soy capaz de escribir sobre cualquier cosa y no solo sobre mi historia de amor. Reconozco de todas formas que en algunos de esos relatos había algo de ella, aunque estuviera escondido detrás de un número, de un nombre o de una imagen que solo ella podría entender.

El *e-mail* de Suma de Letras tenía como asunto «Editorial Aguilar» y, una vez más, al igual que me había pasado con el de Iñaki Laguardia, lo abrí conteniendo el corazón, que no paraba de rugirme por dentro:

Hola:

Me llamo Mónica Adán y soy editora de Aguilar. He estado leyendo el artículo que ha salido recientemente en *SModa* de *El País* sobre ti y me ha parecido que es muy interesante lo que has conseguido hasta el momento con el proyecto Holden Centeno.

Estoy convencida de que *La chica de Los Planetas* es un libro excepcional (¡de hecho voy a comprar un ejemplar hoy mismo para verlo más tranquilamente!) y de que Holden Centeno puede ser el principio de algo muy bonito. La relevancia en redes, la estética y esa mezcla de música y literatura me han llamado mucho la atención.

He estado hablando con mis compañeros y con el director de Aguilar y nos gustaría tener una reunión contigo para que nos cuentes un poco tu trayectoria y hablar de un posible libro con nosotros.

¿Estarías interesado? Ojalá sea así porque me encantaría trabajar en este proyecto.

¡Abrazo!

M.

Creo que me desconcertó bastante ese *e-mail*. No entendía nada. No podía creer que una editorial quisiera publicarme un libro a mí, que no soy nadie. Estaba tan bloqueado que acabé contestando con una nota bastante seca que no daba respuesta en realidad a nada de lo que aquella editora me estaba proponiendo.

Por supuesto, Mónica. Ayer se nos acabó la primera edición del libro y estamos valorando sacar una segunda próximamente. Cuando quieras, hablamos.

Agradezco tus palabras

Saludos.

Aquel fue el primer correo de los más de un millón que desde entonces he intercambiado con Mónica, y he de reconocer que fui bastante borde y gilipollas. Menos mal que a los pocos minutos me llegó su respuesta.

Hola de nuevo:

Me alegro de que te parezca interesante. Dos cosas:

- Por favor, si puedes, dame un teléfono de contacto para que pueda llamarte cuando sepa qué día puede quedar contigo el director editorial. Pablo Álvarez. Un par de dudas con respecto a esto: ¿estás en Madrid o

lo he dado por hecho? ¿Me puedes facilitar un nombre para dirigirme a ti cuando te llame?

- Por favor, dime dónde puedo comprar un ejemplar de *La chica de Los Planetas* en papel y así le voy echando un vistazo.

Gracias.

M.

¿Perdona? ¿Mi teléfono? ¿Mi nombre? Veía que mi anonimato de pronto tenía un valor escaso y ridículo para la gente. Yo no era consciente de la talla de aquel grupo editorial y de que sus editores no se andaban con rodeos ni con gilipolleces. Tampoco sabía entonces que Pablo Álvarez se acabaría convirtiendo en un amigo además de en mi editor. Sentía que todo se me iba de las manos y me quise resistir. Ahora que lo pienso, pobre Mónica, lo que me ha tenido que soportar desde el principio. Mi respuesta fue:

Como te digo, el libro se ha agotado, pero puedo pasarte la versión en eBook de manera totalmente gratuita. Puedes contactar con mi editor. Se llama Morín y su teléfono es... Ya le he puesto al corriente del asunto.

Como era de esperar, la conversación empezó a calentarse, y Mónica fue todavía más directa:

¡Hola!

No me importa hablar con tu editor y entiendo que se lo comentes teniendo en cuenta que además, si no me equivoco y por lo que he podido leer, también es tu amigo. Pero realmente, nosotros somos editores... La verdad es que queríamos hablar contigo para comentar las posibilidades de llevar a cabo un proyecto editorial juntos. Francamente, no nos interesa tu editor, sino charlar contigo.

En fin, piénsalo y me cuentas si te apetece.

¡Abrazo!

M.

Su contestación me dolió un poco. Yo estaba intentando darle solemnidad a la cosa, parecer un tipo tan ocupado que ni quería ni podía reunirme para esos temas, pero Mónica no era tonta y ya había estado leyéndose mi blog y sabía de sobra que «mi editor» era en realidad un amigo mío de toda la vida. Por fin me di cuenta de que estaba menospreciando una verdadera oportunidad y aun así le contesté con un

mensaje lacónico en el que le decía que podía llamarme a las seis y media y le pedía confidencialidad con mi número de teléfono. ¡Madre mía! Me debía de creer famoso o algo así. Mónica seguro que pensó que yo tenía un problema en la cabeza cuanto menos. A las seis y media en punto, ni un minuto más ni un minuto menos, mi teléfono sonó con aquella melodía que tienen los Samsung, que viene de serie y que yo nunca me había molestado en cambiar para tener una canción más molona cuando sonara mi móvil.

No le dije mi nombre real hasta que acabamos la conversación, momento en el que ya me había dado una confianza absoluta. Estuvimos hablando unos diez minutos y yo notaba en su voz que estaba ilusionada. Me contó que, además de Aguilar, llevaban el sello de Suma de Letras, y me dijo que podría publicar en el sello que prefiriese o que más me gustara, el que más se adaptara a lo que yo quería. Me hizo mil preguntas que yo respondí con toda sinceridad y acabó citándome con Pablo Álvarez, el director editorial de Aguilar y Suma de Letras, el martes 23 de septiembre a las siete de la tarde en el Hotel Paseo del Arte de la calle Atocha. Yo le pregunté cómo podría reconocerle y ella me respondió que era un hombre calvo y con barba.

Cuando llegué a casa no le dije nada a mi madre, ni lo de la entrevista en *SModa* ni lo de aquella cita con Penguin Random House. La chica de Los Planetas no dio señales de vida en todo el día, y aquel palpito empezó a tomar una dirección clara. Lo que más me tranquilizaba era que septiembre empezaba a inundarlo todo de su color y las calles de Madrid se veían más bonitas que nunca. Sus habitantes por fin parecían haber vuelto a casa, pero ¿y ella? ¿Dónde estaría?



MI ÚNICA BANDERA

Llegó el 23. Para el día de mi cita con Pablo Álvarez yo ya tenía el correo completamente saturado de *e-mails* de gente que quería recibir el libro, y el contador de visitas del blog había reventado literalmente hasta el punto de que, a pesar de pertenecer a Blogspot de Google, mi página se cayó durante unos minutos.

El día no fue muy productivo en el trabajo; estaba bastante distraído pensando en la reunión que tenía por la tarde con ese tal Pablo Álvarez del que no sabía absolutamente nada. A pesar de que lo había buscado por Internet, para mí seguía siendo solamente un hombre calvo y con barba, tal y como me lo había descrito Mónica. También aproveché para buscar sobre ella. Pensaréis que estoy loco, pero soy un Community Manager, y un CM se dedica, entre otras cosas, a hacer búsquedas en Internet para encontrar a su público objetivo.

Con Mónica fue distinto, porque después de ver su currículum en LinkedIn, entré en su Twitter y descubrí que era fan de Los Piratas y de Iván Ferreiro y me di cuenta de que los dos nos llevaríamos bien. Ella entendería a la perfección lo que significaba mi libro y por qué estaba rodeado de tan buena música. No me equivoqué, ambos trabajamos en perfecta conexión para sacar el libro adelante cada día.

Meses después, con el libro ya publicado, le regalé un recopilatorio de Los Piratas para agradecerle todo lo que había hecho por mí. Ella siempre me dice que en la vida una persona es de Los Planetas o de Los Piratas, y que lo siente mucho por mí pero que ella es de Los Piratas. Pues, hala, toma discazos por haber hecho posible que mi libro haya llegado a tantísimas personas. Me dio hasta envidia de mi propio regalo. Casi no se lo doy y me lo quedo para mí. Bueno, eso es una broma.

El caso es que hice todas esas búsquedas sobre Pablo y Mónica porque necesitaba saber quiénes eran y si estábamos en el mismo bando. La gente ignorante como yo, ante una situación así, no sabe muy bien qué es lo que se va a encontrar. No por nada, sino porque vives, al menos en mi caso, en una escena más *indie*, nada comercial (o si ya es comercial sigue pareciendo que todavía no lo es). Toda tu idea de cómo funciona la cultura que te gusta procede de esa experiencia: la lucha de las bandas contra las discográficas, los escritores que se autoeditan para que las editoriales no saquen tajada... Es una especie de religión, de credo, de fe. Sabía que muchos de mis seguidores, en el momento en que yo anunciara (si finalmente llegaba a un acuerdo) que iba a publicar el libro con una editorial, me tacharían de vendido, de *mainstream* y todas esas cosas de las que yo mismo he tachado a bandas de música de cualquier estilo.

Hay mucho mito en eso de que las editoriales se aprovechan del autor; yo desde luego no he tenido el más mínimo problema. Tengo máxima libertad para escribir lo que quiera y nunca he desconfiado de ellos porque desde el principio me han tratado perfectamente. Ellos han conseguido que mi libro tenga una tirada de miles de ejemplares y que haya llegado a todos los rincones del país. Eso es, en el fondo, lo que yo siempre he querido, que mi historia llegue al mayor número posible de personas.

Salí del trabajo a las seis de la tarde como todos los días y cogí el metro para ir a Atocha. Cuando hice el trasbordo en Cuatro Caminos, comprendí que ya no había marcha atrás y me puse muy nervioso. Llevaba mi gorra azul y mis gafas de pasta Ray-Ban para ver de lejos. No me parecía serio aparecer con las gafas de sol, quería que aquel tipo me viera como la persona que había escrito la historia que viví y no como su personaje ni como un dibujo animado.

También me había puesto mi camisa de cuadritos verdes y blancos que la chica de Los Planetas me había regalado dos años atrás. Era una camisa que a ella le encantaba, supongo que por eso me la regaló, y, cada vez que me la ponía, me comía a besos de lo feliz que la hacía. Yo hasta entonces casi nunca llevaba camisas. Las pocas que tenía me las había comprado mi madre y eran las clásicas de rayas de Ralph Lauren que no me gustaban nada. Esas me las ponía siempre debajo de la sudadera, metidas por dentro de los pantalones y solo para ir a la universidad. Lo hacía porque vi aquel documental sobre Bob Dylan de Scorsese, *No Direction Home*, que es brutal y en el que Dylan explicaba que en Duluth, Minnesota, de donde es él, hacía un frío de cojones y que había descubierto que poniéndose varias camisas encima se aislaba mejor de la gélida humedad que desprendía la nieve del suelo. De manera que me las ponía para pasar menos frío en esas aulas gigantes de la Complutense, donde parece que quieren que los alumnos mueran de hipotermia mientras están en clase. En serio, nunca he estado en Rusia, pero estoy seguro de que allí hace menos frío que en cualquier aula de la Ciudad Universitaria.

Me permito un inciso para contaros por qué era tan importante para mí aquella camisa. El día que me la regaló fue un caluroso día de un mes de marzo. Habíamos quedado donde siempre, en la boca de metro de Bilbao que hay junto al Café Comercial. Llegó allí con una bolsa de Sfera negra, y dentro de esa bolsa había un paquete de cartón totalmente blanco que ella se había encargado de decorar con dibujos, frases y fotografías que había recortado de *Rockdelux*, la *Rolling Stone* y otras revistas que tenía en su piso, de esas que son gratuitas y que están a disposición de todo el mundo en los sitios de moda de Malasaña. Nosotros las pillábamos como si fueran droga. Las ojeábamos juntos en la calle y luego, ya en casa, con el reposo que necesitaba la lectura, analizábamos cada párrafo por separado y lo comentábamos por teléfono o cuando volvíamos a vernos. Siempre nos llamaban la atención los mismos

artículos, los mismos detalles. Siempre sabíamos lo que el otro nos iba a comentar y para nosotros esa era una conexión muy importante.

En aquel paquete ella había hecho varios dibujos y *collages* con las fotos de las revistas y también había escrito frases suyas y de canciones que nos gustaban; recuerdo que había una foto de Los Evangelistas muy buena. Por supuesto que no me refiero a los santos que escribieron el Evangelio (que podría), sino al grupo de música alternativo formado por varios componentes de Los Planetas junto a uno de Lagartija Nick. En la foto aparecían en los extremos Florent y Antonio Alias, en medio Jota tomando cerveza con un gorro azul y a su lado Eric con una pajarita, todos con gafas de sol. Había también una foto de los Lori Meyers y de los @indiescabreados; a los dos nos hacía mucha gracia cómo los @indiescabreados siempre se metían con los primeros. Recuerdo también una foto del edificio Metrópolis de Gran Vía, bajo la cual había escrito esa letra de Pereza que dice de una manera simple y muy aceitada: «Eres mi rincón favorito de Madrid». A veces hay lugares que se convierten en personas.

También había pegada una foto de Paul Auster, alguien que para nosotros, sin saber cómo, se ha convertido en una persona importante; algo que tampoco comentamos mucho pero que sabemos, sentimos y con eso nos basta. A veces las canciones, los libros y sobre todo las personas que han creado todo eso, se convierten en una especie de deidad que solo veneran dos personas por el mero hecho de que, de alguna forma inexplicable, se han unido gracias a sus creaciones artísticas.

El paquete tenía un millón de detalles más, pero llenaría cuatro páginas de este libro para contároslos. Cuando abrí el regalo y me encontré la camisa me sentí muy feliz, me gustó tanto como la decoración. Yo me reí y ella me dijo: «Venga, anda, que nunca te pones camisas y estás muy guapo cuando las llevas, además esta, con estos colores, es superandaluza». Estábamos en el McDonald's de Fuencarral tomando un McFlurry y le empecé a dar besos mientras me partía de la risa con su frasecita. Ella era muy de soltar frases que me hacían reír sin parar a carcajada limpia y, cuando eso sucedía, se ponía seria mientras mordía el típico palito de madera para remover el café, o una cuchara o su propio dedo, para decirme: «¿De qué te ríes, eh? Creo que no es tan gracioso eso que he dicho, ¿no? Yo al menos no me reiría si lo hubieras dicho tú». Y aquello me hacía reír mucho más.

Pero, volviendo a mi cita: llegué a la parada de Atocha. Siempre dudo de si me tengo que bajar en Atocha o en Atocha Renfe. Ya conozco la respuesta, pero aun así me lo planteo cada vez. Lo mismo que cada vez que cojo esa línea de metro me acuerdo también de cuando Sabina se bajó en Atocha y se quedó en Madrid, y canto mentalmente eso de «Tirso de Molina. Sol, Gran Vía, Tribunal. ¿Dónde queda tu oficina para irte a buscar?».

Subí por las escaleras mecánicas dejándome transportar por ellas. Me iba mirando por dentro, a ver cómo me sentía, y también me miraba por fuera, a ver si llevaba bien puestos todos los botones de aquella camisa que tanto significaba para mí. Sentía

que, más que nunca, necesitaba tener a la chica de Los Planetas cerca, y de alguna manera lo estuvo a través de aquella camisa. Mientras mi reflejo iba subiendo por la pared metálica de las escaleras, me esforcé por verme a través de sus ojos, como siempre intento. La clave para amar a alguien es arrancarte tus ojos y ponerte los suyos.

Llegué a la puerta del hotel quince minutos antes y, para no parecer un ansioso, me di dos vueltas a la manzana. A las siete en punto volví a la puerta del hotel y allí había un hombre calvo y con barba vestido de traje aunque sin corbata: estaba hablando por teléfono. Me pareció que trataba de resolver un problema importante con aquella llamada, pero, cuando colgó y me miró, su semblante cambió por completo y me miró con una de esas sonrisas blancas de anuncio que le hacen a uno pensar que sus dientes son los más amarillos del mundo.

—¿Eres Holden Centeno?

—Y tú Pablo, ¿no?

—Encantado, ni te imaginas las ganas que tenía de conocerte.

Nos estrechamos la mano y me di cuenta de que era la primera vez que alguien me llamaba Holden Centeno así, cara a cara, y que me sentía orgulloso de decir que sí, que yo era ese puto colgado que había escrito una historia de amor para una chica a la que me gustaba llamar Señora de las Alturas, y que esa camisa verde y blanca que llevaba puesta era una auténtica bandera, la única que me representa, y la única que pensaba volver a ondear una vez más para que ella viera que sigo al pie del cañón en este campo de batalla en el que un día comenzamos una guerra que aún no ha acabado.



ES REAL

Pablo no paraba de sonreír y lo hacía con un gesto muy pacífico. Se movía con pasos lentos, o más bien con cuidado, como levitando. Me transmitió enseguida muchísima calma. Quiso cederme el paso en la puerta giratoria pero no se lo permití, insistiéndole en que fuera él quien entrara primero en el vestíbulo. Una vez dentro, me guio hacia la cafetería y me indicó que estaba sentado en la mesa del fondo, en la que había tazas de café vacías amontonadas y distintas copas con agua. Me explicó que era tarde de reunión con autores y que nos citaba allí porque las oficinas las tenían en Tres Cantos. De esa frase retuve que en las editoriales no te llaman escritor, sino autor. Quizá no tenga mucha relevancia, pero a mí se me quedó grabado. Me contó también que Aguilar y Suma de Letras formaban parte del Grupo Prisa pero que acababa de comprarlos otro grupo editorial e iban a mudarse a la calle Luchana; un montón de cosas que yo no comprendía. La verdad es que el mundo editorial aún se me escapa de las manos y hay cosas que todavía no conozco. De hecho, acudí a aquella reunión sin habérmela preparado; no tenía ni idea de qué libros publicaban ellos. Hoy forman parte de Penguin Random House, uno de los mayores grupos editoriales del mundo. Pablo se sentó en aquella mesa que parecía una caótica montaña de ideas y me preguntó qué quería tomar. Pedí una Coca-Cola y él no tomó nada. El camarero apareció con mi bebida servida en un vaso con hielo y limón y un plato con patatas fritas. De los nervios devoré las patatas en menos de un minuto, sentado allí delante de mi futuro editor. Quité el limón del vaso (siempre lo hago porque pienso que le resta parte del sabor original a mi bebida favorita), y lo puse sobre una servilleta que luego amigué para que quedara escondido dentro, siguiendo mi ritual incomprensible, de nuevo bajo los ojos escrutadores de Pablo, que me miraba con su media sonrisa y sus ojos verdosos.

Entonces empezó a hablar de lo impresionado que estaba con la repercusión que había tenido mi historia por sí misma, sin la ayuda de ninguna campaña publicitaria. Al mismo tiempo me decía que era normal, porque el mío le había parecido un discurso muy sincero. Me confesó que se había pasado el fin de semana leyendo mis relatos en su casa y que estaba impactado con mi manera de expresarme, de golpear duro en el momento más inesperado del relato y un largo etcétera de cualidades que él encontraba en mi escritura. Yo le dije la verdad: que no premedito absolutamente nada cuando escribo, que voy improvisando a partir de una pequeña idea hasta que formo un relato y que utilizo para escribir las mismas palabras que usaría para hablar con un amigo.

Pablo me pidió que le hablara de la chica de Los Planetas. Me refiero a ella, no al libro. Quería saberlo todo de ella, todo lo que ella significaba para mí y cómo nuestra historia personal nos había afectado a los dos y también a mis lectores. No recuerdo exactamente qué le dije, pero sé que fui sincero con él y que le conté todo con una sonrisa.

No podía ser de otra forma; el único consuelo que tengo desde que ella se fue es que guardo todo lo vivido con una sonrisa: todas las canciones que me cantaba al oído cuando estábamos tirados en el sofá de su piso, o los besos que me daba cuando me arrinconaba en la esquina de su cocina para besarme mientras yo intentaba poner la mesa, o esas ensaladas de pepino que me enamoraban literalmente por el amor con el que las hacía para mí. Cada detalle, cada historia, cada momento y cada mirada los tengo tatuados en mis ojos y en mi alma. Por eso me resulta imposible estar triste cuando hablo de ella.

Pablo flipaba al escuchar todas esas cosas y yo veía que le contagiaba mi sonrisa. Decía que era una historia bonita y sublime por su forma de nacer y su manera de llegar a la gente. A continuación retomó el tema del mundo editorial, de cómo estaban las cosas, de lo que se vendía y de lo que fracasaba y yo le corté en medio de la conversación para preguntarle cuáles eran los autores más importantes que había editado. Necesitaba saber dónde me estaba metiendo y junto a qué títulos podía salir publicado el mío. De todos los que me dijo, que eran muchos y muy conocidos, me quedé con dos referencias. La de Joe Dunthorne, autor de *Submarino*, libro del cual yo era bastante fanático, y la de Elisabet Benavent, a la que no conocía pero de la que había oído hablar en Twitter. A esta última autora me la puso como un ejemplo de lo lejos que se podía llegar trabajando bien, aunque no tuviéramos nada en común en cuanto a la manera de escribir y lo que contábamos. Como sabéis, ella es precisamente quien me empujó meses después a escribir este libro que ahora estáis leyendo.

Pablo me preguntó finalmente cómo me planteaba mi futuro profesional.

—Pues me gustaría seguir creciendo como Community Manager, quizá en una empresa más grande, pero es complicado, porque es un puesto todavía muy desconocido y...

Me cortó de inmediato.

—No, no. Me refiero a tu futuro como autor.

—¿Cómo escritor?

—Sí, claro, a eso me refería.

—Pues no lo sé, por lo que tengo entendido, los escritores no viven solo de escribir libros, a no ser que seas un *best seller* tipo Ken Follett, a quien no he leído nunca, por cierto.

—No, no. No te confundas. Hay mucho autor que vive solamente de escribir libros.

—Pero a ver, Pablo, esos escritores son los que lo petan, los que son buenos, y

luego están los superventas, los que escriben libros con una especie de fórmula para vender y vender, sin importarles la calidad. Escriben finales felices, historias de amor simplonas y todo ese tipo de cosas para adolescentes. La gente compraría todo lo que escriben aunque publicaran un libro que al abrirlo solo pusiera: «Tonto el que lo lea». De verdad.

—¡Qué va, hombre! ¡Eres muy radical!

—Yo lo veo así.

—Pero no es así. Hay un montón de autores que tienen menos repercusión mediática que tú y sin embargo solo se dedican a escribir.

—Pues no lo sé. Yo es que nunca me lo he planteado. Ni siquiera pienso en mí como un escritor. Aunque es verdad que me encantaría dedicarme únicamente a escribir.

—Mira, yo te ofrezco esta cantidad como adelanto..., con este tipo de *royalties*..., para publicar *La chica de Los Planetas*.

En ese momento se me hizo un nudo en la garganta. No tenía ni la más remota idea de cuánto se pagaba por aquello. De hecho pensaba que era bastante menos, y sin embargo lo que me propuso, para alguien como yo, que tenía un sueldo de mileurista, no estaba nada mal. Por fin podría hacer las cosas que hasta ahora no me había podido permitir, como emanciparme, por ejemplo.

Aun así, traté de que no se me notara en la cara ni la sorpresa, ni la emoción, ni ningún tipo de reflejo de lo que en realidad me estaba ocurriendo por dentro. Porque en mis adentros estaba pegando saltos de alegría. El dinero no lo es todo, como se suele decir, pero ayuda bastante en general para todo, y yo lo necesitaba.

Lo que más me sorprendía es que me estuvieran pagando por algo a lo que yo no habría sido capaz de poner precio. Era bastante paradójico que la única persona que quería que reconociera su valor todavía no lo hubiera hecho.

—De acuerdo, publiquemos *La chica de Los Planetas*. Aunque te advierto que mañana tengo una reunión para lo mismo con otra editorial y yo no quiero entrar en ninguna batalla de ofertas y precios con vosotros. Esta historia tiene corazón, tú lo has entendido y además no te importa que llegue tal cual a la gente. A mí me vale con eso.

Pablo cambió el gesto y se puso serio.

—Mira, tú queda con ellos. A ver qué te ofrecen. Y, si te suben la oferta, yo estoy dispuesto a igualarla. Yo creo en tu historia y sé que no es ninguna tontería y que para ti, a título personal, es algo muy importante. Seré sincero contigo: en España no se venden relatos. Es el formato que peor se puede vender.

—Pero ¿entonces quieres que cambie la historia y que la novele? ¿Quieres que deje de escribir relatos?

—No, de hecho quiero que en un futuro sigas escribiendo relatos, y pienso defenderlo en la editorial delante de quien lo tenga que defender, porque creo que tú has rescatado el género y que eres el tipo de autor que podría apropiarse de él y ser

reconocido por lo mismo.

Os juro que yo no daba crédito. Ser referencia de algo era una movida que se me quedaba bastante grande. No estaba seguro de si lo decía en serio o de si me estaba haciendo la pelota, pero notaba una sinceridad y una seguridad en sus palabras que me llenaron de fuerza. No hay nada más fuerte que una persona segura de sí misma, aunque tenga muchas posibilidades de fracaso.

—Bueno, Holden (en realidad me llamaba por mi nombre real), ¿dónde publicamos el libro? ¿En Aguilar o en Suma de Letras?

—Pues no lo sé. ¿Qué opinas tú?

—Aguilar es un sello de no ficción, bastante autobiográfico, se aleja algo de la novela en su sentido más estricto, y Suma de Letras es ficción orientada al *best seller*.

—Pues, mira, aunque siempre he criticado los *best sellers*, yo quiero que *La chica de Los Planetas* sea un puto *bestseller*.

Pablo se rio con mi respuesta y me dijo:

—Vale, pues vamos con Suma de Letras.

—Cojonudo.

—Y ahora lo más importante, ¿cuándo te gustaría que publicáramos el libro?

—Yo siempre he pensado que *La chica de Los Planetas* es un libro perfecto para regalar en navidades.

—Uf, eso nos corta muchísimo las manos, porque los títulos que salen para Navidad son libros que ya están cerrados desde hace meses... Yo tenía pensado que saliera en febrero de 2015.

—Es que, Pablo, si esperamos más, la historia se va a enfriar y perderá toda su fuerza; a la gente no le interesará leerme si dejamos pasar más meses; para entonces se lo habrán leído ya por otros medios. El momento es ahora. Creo que, en caso contrario, *La chica de Los Planetas* se perderá en el tiempo. No hay que parar. Esta historia requiere dinamismo.

—De acuerdo. Entonces lo publicaremos la última semana de noviembre. Tendrás que trabajar rápido con Mónica porque, como te digo, va a ser el último libro que se imprima este año y el único que se programe con tan poca antelación. Tendré que hablar con Nuria, mi jefe, pero lo conseguiremos.

El hecho de decantarme por Suma de Letras fue también porque ellos son un sello de ficción. Prefería que mi historia se catalogara así, porque de otra manera me habría sentido más vulnerable y quién sabe si no habría tenido problemas con ella. Incluso estuve durante un tiempo pensando si no me denunciaría por publicar aquel libro, a pesar de que ella misma había participado en la versión autoeditada. Pensé que el que se publicara en una editorial de títulos de ficción me protegía en cierta manera, y más adelante os contaré cómo terminé de cubrirme las espaldas para evitar una denuncia que, por cierto, como era lógico, nunca llegó. Me estaba preparando para cualquier cosa.

Seguí hablando un buen rato con Pablo, contándole mi vida y respondiendo a

todas sus preguntas. Me daba cuenta de que había conocido a la persona correcta para publicar mi historia. Joder. Mi puta historia. Una parte de mi vida. La gente piensa que estoy loco aunque eso me importa bastante poco. ¿Qué sabrá la gente? A veces me cansan las opiniones, tanto buenas como malas. La sinceridad es la que me ha llevado hasta aquí, hasta esta línea que ahora lees. Ser sincero y hacer lo que me apasiona ha sido la explosión que ha provocado que haga exactamente lo que quiero en mi vida y sobre todo que la viva de la manera más feliz y plena, como nunca antes la había vivido. Siempre voy a recordar ese hotel, esa reunión con Pablo y cómo unos meses después volveríamos a quedar ahí para planificar las tres presentaciones de *La chica de Los Planetas* que haría en la Fnac de Callao; pasaríamos la tarde y la noche por ahí, hablando de tú a tú de todas nuestras inquietudes. Nos dimos mil consejos mutuamente, aunque Pablo se reía sin parar de que un niño le estuviera dando una charlita sobre la vida, y me llevó a cenar a un italiano donde me presentó al dueño como uno de los autores más jóvenes de la editorial. Siempre me presenta así a todo el mundo y eso me recuerda lo afortunado que soy y la gran oportunidad y responsabilidad que tengo en mis manos. No pienso desaprovecharla ni un poquito. Las oportunidades siempre hay que cogerlas por el cuello y nunca de la mano. ¿No os pasa que a veces queréis matar a alguien? No me refiero en el sentido literal de la palabra, por supuesto, a ver si ahora me van a denunciar por decir esto. Me refiero a ese momento en el que estás loco por alguien y le agarras del cuello con las dos manos a modo cariñoso, sin apretar nada pero simulando que le aprietas con todas tus fuerzas y le dices que le vas a matar, pero sin embargo al segundo los dos os estáis descojonando y comiéndos a besos; pues igual sucede con las oportunidades. No se cogen de la mano, se cogen del cuello para no perderlas o si no serán ellas la que te acaben perdiendo a ti haciendo que te cueste el triple volver a encontrarte con la persona que eras antes de que esa oportunidad hubiera salido a tu paso.

Casi sin darnos cuenta nos plantamos en las nueve de la noche. Llevábamos dos horas hablando. Entonces sonó el móvil de Pablo y este le indicó a la persona que estaba al otro lado que entrara al hotel, que no se quedara fuera. Lo decía mirando a través de la ventana que teníamos delante, desde la que se veía la puerta del hotel y la calle Atocha. Allí fuera había una chica alta que se dirigió a la entrada. Mientras llegaba, me dijo que era Sandra Barneda, que eran amigos de toda la vida y que había quedado con ella para cenar. Quería presentármela porque además era autora de la casa. Yo pensé como un cateto: «¡La tía que presenta *De buena ley!*!». Sí, ese programa de Telecinco al mediodía que todos nos hemos tragado alguna vez. No me lo neguéis. Yo lo veía de vez en cuando al volver de la facultad. Me hacía gracia observar a la peña tan exaltada, buscando la justicia de dos desconocidos y sin llegar nunca a una conclusión clara.

«Joder, el pibe este se codea con famosos que salen en la tele», volví a pensar como un cateto cuando la tuve delante. Pablo estaba muy entusiasmado diciéndole, refiriéndose a mí, que lo que tenía delante de sus ojos era una auténtica exclusiva.

—No sabes quién es este chico, Sandra, porque de hecho nadie lo sabe.

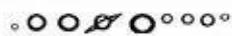
—¡Pues cuéntamelo!

Empezó a contárselo, pero al minuto me dijo que mejor se lo contara yo, así que muy resumidamente le conté mi historia, y al acabar ella me dijo:

—Es una historia para llevarla al cine si no fuera porque tiene un final triste.

Puede que tuviera razón, a la gente lo que le gusta son los finales felices, pero yo me alegro en cierto sentido de que mi libro no tenga un final feliz. La vida no es como esas comedias románticas. Y mi historia es real, sucedió así. Para que luego haya gente que tenga los huevos de decirme que lo he idealizado todo.

Me fui a casa en una especie de nube. De Atocha a mi casa hay un buen trecho, pero decidí volver andando para saborear todo lo que había hablado con Pablo. Estaba feliz pero no completamente. Deseaba con todas mis fuerzas llamar a la chica de Los Planetas y contarle lo que me acababa de pasar. Lo que nos acababa de pasar, pues siempre he pensado que mis éxitos no son míos solamente, también son de ella. Quería llamarla y proponerle que nos fuéramos de viaje con el dinero que me iban a pagar por el libro, como en esa canción de Los Planetas en la que los protagonistas quieren irse de viaje lejos de todo el mundo, pero no lo hice. Y cuando meses más tarde por fin se lo propuse, me dijo que no. Y, como dice Nacho Vegas, cuando ella dice no, es no.



NO QUIERO SER MAGO

El pálpito se había cumplido. Acababa de suceder algo que cambiaba por completo todos mis planes, y mi historia iba a llegar por fin al lugar que le correspondía. Había merecido la pena. La pena, que se dice pronto. En esa expresión sí que creo: merece la pena. La pena te hace bajar a la realidad más dura para que luego consigas lo que quieras en esta vida. Yo particularmente no quiero cosas materiales. Solo quiero a una persona que me quiera sin condiciones.

Las personas merecen la pena, y quien diga que nunca ha sufrido por alguien miente. La alegría convive siempre con la pena y a veces se confunden, en realidad están estrechamente unidas durante toda la vida, para que aprendamos a saltar de una a la otra en el momento preciso.

Fue salir de ese hotel y darme cuenta en menos de un minuto de que todo había pasado por alguna razón y de que por fin sabía qué era aquello tan grande a lo que estaba destinado en mi vida. Ese algo era ella. Llevaba mucho tiempo esperando a que algo sucediera y estaba equivocado, no era un algo lo que tenía que suceder, era ella. Cuando años atrás yo le decía a ella que no me dedicaría al derecho, que haría algo grande con mi vida, ese algo también era ella. No era una cosa, era una persona. Y lo más grande que iba a hacer en mi vida era enamorarme de ella. Ella era aquello tan grande que me estaba esperando para hacerme vibrar y permitirme hacer vibrar a los demás al contarlo con palabras. Todos los caminos, de una forma u otra, siempre me acababan llevando a ella y eso es una verdad objetiva, la más bonita y real que he descubierto en los años que llevo respirando sobre la Tierra.

El momento por fin había llegado. Era ese. Estaba claro que no podía ser otra cosa. Nací un 5 de mayo de 1990 para conocerla un 30 de noviembre de 2011 y para que un 26 de noviembre de 2014 se publicara nuestra historia y llegara a las tiendas y librerías de toda España. Nací un día para marcarla y que no pasáramos ni un solo día sin pensar el uno en el otro, y os aseguro que para eso no ha sido necesario el libro, cosa que, por otro lado, me tranquiliza. Yo soy la persona que soy por todas las cosas que hice antes de escribirlo, lo que pasa es que tenía que hacerlo y eso era algo que aún ignoraba. Nacimos para encontrarnos, perdernos y volvernos a encontrar. Pero en ese momento estábamos perdidos y yo llevaba meses luchando por olvidarla y fracasando cada día en el intento. Es imposible olvidar a alguien que amas cuando se trata de amor de verdad, de ese que muy poca gente ha tenido la fortuna de sentir alguna vez. Me dije que había llegado el momento de asumir el fracaso como una victoria, de invertir los términos, de decir basta y pedirme perdón a mí mismo por

haber intentado ir en contra de lo que verdaderamente siento. El fracaso se convierte en victoria cuando eres consciente de que lo estás haciendo mal y que no debes luchar en contra de lo que amas, sino luchar por lo que amas.

Pensaba en todas estas cosas de camino a mi casa después de la cita con Pablo. Me asaltaban todo tipo de pensamientos, como saetas lanzadas por los centauros de la *Divina comedia*; y me atravesaban por completo las ideas.

En esa época yo aún era de prepago. Es decir, iba funcionando con *wifi* por la vida, y cuando salía de casa dejaba de poder utilizar el Whatsapp. La chica de Los Planetas siempre me decía que ya me valía con eso, que me hiciera de contrato. Me lo dijo desde el principio, aunque también le hacía mucha gracia que fuera así y que pasara de pagar un contrato a una compañía de teléfono. En realidad todo el mundo me decía que solucionara ese aspecto de mi vida. Hasta mi madre se había ofrecido muchas veces a pagarme un contrato, pero yo llevaba así desde que mi hermana Lucía me compró el primer móvil que tuve, y así me había empeñado en seguir. Nadie entendía que no era una cuestión de pasta, sino de necesidad. Supongo que nosotros mismos nos creamos las necesidades, y en el fondo eso nos complica un poco más la existencia.

El caso es que aquel día, en lo que tardé en ir de Atocha a mi casa, estuve totalmente incomunicado, sin poder darle a nadie la noticia, porque además no tenía saldo para hacer una llamada en condiciones. Estaba en ese momento (cuatro meses desde la última recarga) en el que la compañía de teléfono empezaba a enviarme mensajes amenazantes para avisarme de que me iban a cortar la línea. Yo siempre pedía el anticipo ese de cuatro euros de saldo, y luego era una jodienda porque cada vez que recargaba, cuatro euros desaparecían automáticamente. La cosa es que iba por ahí con un euro de saldo, para no poder hacer absolutamente nada con el móvil.

Tampoco me importaba, porque lo único que me habría apetecido hubiera sido llamar a la chica de Los Planetas para contárselo, pero no lo hice porque me imaginaba sus posibles reacciones a mi llamada y en todas ellas pensaba que no le iba a hacer ninguna gracia ver en la pantallita de su móvil mi número de teléfono. Quizá ni me lo hubiese cogido, o quizá sí y me hubiera mandado a tomar por culo, por lo que no quise comprobar ninguna de las dos opciones y únicamente me limité a caminar hasta mi casa pensando en todo lo que se me venía encima y sabiendo que por fin había logrado algo grande por aquella chica que lleva tatuajes en su piel que hablan de mí. ¡Mi palpito no había sido una locura! Bueno, en realidad sí. El palpito se había cumplido gracias a mi locura ¡Pero qué coño! ¡No es una puta locura! ¿Van a llamarme loco por amar con todas mis fuerzas y ser capaz de hacer cualquier cosa por alguien? Ni de broma. Me niego a aceptar que amar sea de locos. Ya es hora de que el que ama sea el que gane, y no el tonto que por alguna razón desconocida siempre sale escaldado.

Llegué a casa sobre las diez de la noche. Hacía poco que acababa de anochecer, a pesar de que solo quedaba un mes para que pasáramos al horario de invierno.

Siempre me ha parecido curioso cómo los cambios de hora son capaces de alegrarnos o entristecernos un poco más de lo que ya estamos. Vivimos en un país en el que preferimos que anochezca más tarde por alguna idea que nos han transmitido durante siglos todas las civilizaciones que pasaron por la Península.

En Madrid, cuando llega septiembre, es como si sus habitantes retomasen la ciudad y sacaran brillo a todos sus edificios. Me gusta Madrid, y más desde que la conocí a ella y me enseñó a ver la ciudad con otros ojos. Mi casa está cerca de un parque y, cuando llegas a esa zona, notas el frío de los árboles, que se agitan suavemente en la oscuridad como queriendo decirte algo con el movimiento de sus ramas espesas, que se resisten a la llegada del otoño y se niegan al frío del invierno. Esa noche no me dijeron nada aquellos árboles, pero notaba que me miraban con más atención que nunca, y yo apenas me atreví a mirarlos.

Mientras subía en el ascensor, empecé a pensar en cómo iba a explicárselo a mis padres. Era complicado. Llevaba un par de años escribiendo una historia de amor que ellos desconocían. Ya habían oído hablar de la chica de Los Planetas, porque en un par de ocasiones había llevado a casa el aceite que me traía en garrafas gigantes desde su pueblo, pero para ellos era solamente un nombre, una amiga, una compañera de clase.

Me acuerdo especialmente de la primera vez que me regaló una de esas garrafas, que creo que eran de cinco litros. La había traído después de las primeras navidades del curso en el que nos habíamos conocido. Ya llevaba varios días en su casa esperando a que hiera a recogerla pero, entre unas cosas y otras, no habíamos tenido tiempo de ir a su piso y ya de paso coger el aceite. Aunque, bueno, ahora que lo pienso, en realidad no pasó mucho tiempo, quizá una semana, y ese día habíamos pasado la tarde en Malasaña. Al final acabé yendo a su casa para coger el aceite en un minuto y volver a irme deprisa, porque no recuerdo adónde, pero tenía que irme a algún sitio y ya llegaba tarde. Era enero y ella llevaba aquellas botas de agua y unas mallas negras que me volvían loco, con su jersey de lana de color mostaza, que también era una ecuación perfecta para quedarme atontado al mirarla. Yo tenía el aceite agarrado con una de mis manos, preparado para marcharme a esa cita que no recuerdo, pero antes de irme había entrado en su cuarto porque quería enseñarme algo, que tampoco recuerdo; quizá era un póster nuevo o un libro que habría pillado en una librería de segunda mano. Había pasado justo una semana de nuestro primer beso y, sin saber cómo ni por qué, de pronto dejé allí mismo la garrafa y comencé a besarla hasta llevarla a su cama y hacer que se tendiera sobre ella mientras adoraba cada centímetro de su rostro. Tenía ganas de quitarle toda la ropa y no lo hice. Recuerdo que con una sonrisa gigante me dijo que parara, pero a la vez me mordía en el cuello y así era difícil. Al final terminamos logrando parar aquel incendio de sudor y besos; yo me tenía que ir ese día volando pero me hubiera pasado ahí toda una vida. A veces recuerdo su cama y su cuerpo tendido sobre ella como una escultura mitológica perfecta pidiéndome que me acercara y, claro, me da un verdadero infarto

y a la vez una pena grande por echar de menos aquella estampa y no poder volver a estar así con ella de manera inmediata, con un chasquido de dedos, como cuando los magos hacen un truco y algo aparece en sus manos solo con un gesto. Ojalá fuera mago. Aunque la verdad es que no he visto en mi vida a un solo mago conseguir ese tipo de cosas, ni siquiera al maldito David Copperfield, aunque él era un ilusionista, ¿no? ¿Un ilusionista es lo mismo que un mago? No tengo ni idea. Bueno, es igual, a Jorge Blass jamás le he visto hacer algo así y mira que es bueno el tío. Acabo de decidir que mejor no quiero ser mago. Prefiero seguir luchando sin trampas.

A mi madre sí que le había hablado muchísimo de ella. De hecho, mi madre una vez le envió un mensaje a su móvil para darle las gracias por el aceite y luego, mucho más tarde, cuando la chica de Los Planetas recuperó la vista aquel día en que sus ojos fueron niebla, ella escribió a mi madre para darle las gracias por el hijo tan bueno que tenía y por lo bien que la trataba siempre. Pero de eso ya había pasado mucho tiempo y yo hacía bastante que no había vuelto a hablarle de ella por razones más que evidentes. Lo creáis o no, siempre he llevado mi historia con la mayor discreción. Y, aunque luego la escribí en un blog, me guardé mucho de que se enterara la gente que me conocía y le di una gran importancia al anonimato.

Cuando abrí la puerta de casa, me encontré en el salón a mis padres viendo una película de esas antiguas que tanto le gustan a mi viejo y que mi madre se traga por él.

—Pero ¿dónde estabas? ¡Te he escrito varias veces al Whatsapp! —me dijo mi madre con cara de preocupada. Se suele preocupar mucho por cualquier cosa, aunque no pase nada.

—Pero, mamá, si ya sabes que no tengo datos en el móvil.

—Ya, pero a veces pillas *wifi* desde la calle. —Mi madre siempre utiliza expresiones que yo uso. Es adorable.

—Pero eso no lo consigo siempre, tronca. Bueno, que ya estoy aquí y tengo que contaros que en noviembre publicaré mi primer libro.

—¿Cómo? ¿Estás de broma?

—No, no. ¿Te acuerdas de que hace un año te dije que con mi blog iba a hacer algo grande? Pues ha llegado el momento.

Mi padre no se enteraba de nada, porque yo no le había hablado nunca del blog y mi madre había cumplido su promesa de no contárselo a nadie.

Estaba leyendo el periódico como suele hacer cuando ve una de esas películas. Bueno, en realidad él no se limita a ver la película, más bien se dedica a comentarla hasta que acaba, y la última media hora se la pasa anunciando: «Y aquí da fin», algo que puede repetir un millón de veces hasta que al final da fin. Bien podría dedicarse a hacer los extras que vienen en los DVD con la voz en *off* de escenas eliminadas o esos que explican el proceso de grabación de la peli. De verdad, no para ni un segundo de hablar, comentarnos las escenas y a la vez explicarnos lo que está sucediendo en la pantalla, como si no estuviéramos viendo la maldita película con él.

Y todo ello lo hace mientras lee el periódico pasando las páginas con parsimonia y haciendo mogollón de mido. Acojonante.

En eso estaba cuando dejó el periódico sobre la mesita del salón y se incorporó para enterarse mejor de todo lo que les estaba contando, y que a él le sonaba a chino. Al final se pronunció:

—Claro, como a mí nunca me cuentas nada ni me enseñas lo que escribes...

Lo dijo con algo de tristeza, pero a la vez sin poder ocultar su alegría por la noticia. Mi padre sabía que escribía, no recuerdo exactamente por qué, pero lo sabía. Quizá porque de pequeño le había dedicado una poesía alguna vez. Desde entonces siempre me pedía que le enseñara mis escritos, cosa en la que nunca le había complacido, porque mi padre, que también escribe lo suyo, tenía una forma totalmente distinta de entender la escritura y la expresión narrativa. Y eso no solo me pasaba con él, porque, cuando años atrás se me había ocurrido enseñarle mis poemas a alguna chica, os aseguro que jamás hubo una que los entendiera. De hecho, llegaron a preguntarme si estaba loco, porque lo que escribía les daba miedo. Madre mía, me quitaban las ganas de escribir. La única que siempre me había entendido a la perfección cuando escribía era ella. Pero mi padre insistía:

—Pero, a ver, ¿cuándo has escrito tú un libro?

—Bueno, en realidad yo tenía un blog en el que...

—¿Qué es un blog?

—Da igual, papá. El caso es que dentro de poco publicaré un libro.

—¿Y cómo se llama?

—La chica de Los Planetas.

Hoy en día, cada vez que pronuncio esas palabras, me siguen impactando. Mi libro no es un simple libro, es mi historia, es el nombre con el que he rebautizado a la chica que amaba, y cuando lo pronuncio se me ponen los pelos de punta. Es algo que no puedo evitar.

—*La chica de Los Planetas* —repitió mi padre varias veces.

Y cada vez que lo repetía yo escuchaba su nombre real y me estremecía por dentro. Mi madre volvió a entrar en la conversación porque hasta ese momento había permanecido callada:

—¿Y de qué trata el libro? ¿Podemos leerlo?

—No, no y no. Tendréis que esperar hasta que se publique. Cuando salga a la venta podréis leerlo todas las veces que os dé la gana.

—Pero ¿por qué? Somos tus padres, no pasa nada.

—Ya lo sé, pero es una historia personal que jamás os hubiera contado a vosotros de la forma en que la he escrito y en realidad no quiero ni que la leáis.

—¿Y de qué trata *La chica de Los Planetas*? Eso al menos podemos saberlo ahora, ¿no? Ay, hijo, que yo no estoy preparada para esto.

—¿Para qué, mamá? ¿Preparada para qué? No es para tanto, miles de personas escriben libros.

—No sé, no quiero que esto te cambie, ni quiero que dejes de ser quien eres.

—Que eso no va a pasar. Solo he escrito una historia.

—Pero ¿una historia de qué? ¿Me lo vas a contar o voy a tener que investigar por mi cuenta?

—No hace falta. Te lo digo yo, tranquila, que veo que si no te lo digo te va a dar un chungo.

—No, si el chungo ya lo tengo, no te preocupes.

—Pero si es una buena noticia todo esto que os cuento.

—Ya lo sé, pero yo no estaba preparada.

—Y dale, qué pesada, que es que no tienes que estarlo, yo tampoco lo estoy, no sé qué va a pasar a partir de ahora ni cuando publique el libro.

—Pero ¿de qué va tu libro? ¿Qué has escrito?

—Pues nada, *La chica de Los Planetas* es una historia de amor y también un conjunto de relatos que no están ligados a esa historia, pero que a su vez tratan en buena medida del amor.

—¿Esa historia es real o ficticia?

—Real.

—¿Y se puede saber quién es la chica de Los Planetas?

—Pues si ya lo sabes, es la de Jaén.

—Pero ¿qué te ha pasado con ella? Hace mucho que no me cuentas nada.

—Bueno, ya está. Cuando te leas el libro te enteras de todo.

Me negaba a explicarles toda la historia y también a enseñarles el libro que había autoeditado para que se lo leyeran. Prefería esperar a que saliera a la venta. Entonces ya no habría marcha atrás y, aunque no sabía qué iban a pensar mis padres, ni el resto de mi familia o mis amigos, tampoco me importaba. Me daba absolutamente igual. ¿Por qué iba a preocuparme? Lo único que había hecho era escribir una historia con la mayor sinceridad del mundo, y creo que eso es lo que me han enseñado desde pequeño, a ir con la verdad por delante.

Me fui a dormir pero no pegué ojo en toda la noche, y así me pasé los meses que siguieron: durmiendo mal y comiendo poco. Estaba muy nervioso. No sabía qué iba a suceder al publicar el libro y sobre todo no sabía qué iba a pensar de todo aquello la chica de Los Planetas cuando se enterara. Me daba algo de miedo, pero también tenía claro que todo parecía haberse alineado para ofrecerme una nueva oportunidad de hacer algo grande por ella justo cuando la historia comenzaba a morir en Internet. Y también justo cuando trataba de alejarme de todo.

Mi vida iba a pegar un vuelco y yo necesitaba aferrarme a cualquier cosa estable que evitara mi caída. Pasé la noche en vela pensando en ella y, cuando me vino la idea de que quizá ya la había perdido para siempre, comenzaron a caerme lágrimas de los ojos, una tras otra, gota a gota, y no paré de llorar hasta que al final amaneció. Salí de la cama y mientras me quitaba el pijama para ir a la ducha mis ojos se fijaron en el ramillete de olivo que tengo en la estantería, aquel que me había regalado ella

hacía tres años. Me acerqué sin levantar la vista del mismo hasta tocar con suavidad algunas de las hojas secas que aún conserva. Sentí que eran sus dedos los que tocaba. Y también sentí en ese momento que ella todavía no me había olvidado.



CUANDO ESTEMOS MUERTOS

Esó fue real. A menudo, en nuestro día a día, nos suceden cosas porque nos tienen que suceder, porque sencillamente tenían que pasar. No os estoy diciendo que lo cataloguéis como Karma, Dios, destino o suelte. Me da exactamente igual. Podéis llamarlo como os dé la gana y os haga más ilusión. Lo que está claro es que las cosas suceden por algo, y ya no hablo solamente de hechos que nos pasan en primera persona, sino que también hablo de sensaciones y recuerdos. Yo sentí aquella mañana que ella seguía pensando en mí y que lo hacía con fuerza, porque en caso contrario no hubiera sido capaz de tener ese presentimiento. Cuando dos personas están sintiendo o pensando lo mismo, da igual que haya kilómetros de por medio o que no haya distancia pero sí mucha ausencia, porque hay personas que son capaces de transmitirse cosas aunque no tengan ningún tipo de contacto entre sí.

A veces sentimos cosas por pura intuición. Estoy seguro de que si estoy donde estoy es básicamente por haber actuado bajo el impulso de la intuición con un pequeño ingrediente de razón. Yo tengo el corazón que se me dispara, os lo aseguro, pero también os digo que sé controlarlo como ninguno y que lo mantengo a raya, tratando de actuar siempre razonablemente pero con intuición, que es el elemento que me resulta imposible controlar. Así he funcionado toda mi vida, o al menos desde que tengo uso de razón, y más especialmente en los últimos tres años.

Había llegado el momento de poner más que nunca en práctica mi intuición si quería que todo saliera bien con el libro que iba a empezar a gestarse, que en realidad ya estaba gestado pero tenía muchas cosas por depurar. Para ello contaría con el magnífico y arduo trabajo de mi editora Mónica. Nos conocimos finalmente el día en que firmé el contrato en la editorial. Ese día llegué a la editorial corriendo nada más salir del trabajo. En recepción dije que había quedado con Mónica Adán y un minuto después estaba bajando por las escaleras con un montón de folios bajo el brazo, que eran mi libro impreso y el contrato. Estaba muy sonriente, como siempre lo está, y sus gafas de pasta le daban un toque *naïf* que me inspiraba cosas buenas. Nos dimos dos besos, nos presentamos ya de verdad y subimos a la planta de arriba, donde me estaban esperando Pablo y el resto de los editores, Ana Lozano y Gonzalo Albert, con el que siempre que hablo me echo unas buenas risas y aprendo infinidad de cosas.

Todos me transmitieron su entusiasmo y entramos en una sala de reuniones Pablo, Mónica, Ana y yo. Hablamos un poco de todo, me resolvieron las dudas y abordamos el tema de mi maldito anonimato. Me han acusado muchas veces de que soy un producto de *marketing* pero la realidad es que jamás he pensado más de cinco

segundos nada de lo que he hecho con Holden Centeno, sencillamente porque de otro modo nunca me hubiera lanzado a hacer nada. Jamás pensé que publicaría un libro, y mucho menos que lo haría bajo una identidad que no es la que figura en mi DNI.

Me preguntaron qué iba a hacer con mi *alter ego*, si quería conservarlo o no y de qué forma. Por lo visto era muy probable que cuando saliera el libro la prensa quisiera entrevistarme y tuviera que ir a presentarlo en tiendas y librerías si marchaba bien. Decidimos (sin pensarlo más de cinco segundos) que atendería a la prensa físicamente (no por *e-mail*) y que asistiría a todas las presentaciones y fumos, pero con gorra y gafas de sol.

Yo pensaba que en realidad estábamos exagerando, y que después de haber salido en el *SModa* de *El País* no volvería a aparecer en otro medio. ¿Por qué iban a querer entrevistarme y llamarme para ir a hablar de mi libro? Meses después, cuando empezaron las entrevistas y las firmas, obtuve mi respuesta: cuando uno ha vivido una historia verdadera, la gente quiere conocerla y vivirla también. Tengo mucha suerte de ser yo el protagonista de algo así.

Alguien llamó a la puerta en medio de la reunión y apareció una mujer bajita que quería conocerme antes de volver a Barcelona. Era Nuria, la jefe de Pablo, la que permitió que el libro se programase para la fecha que yo quería a pesar de que estábamos totalmente fuera de plazo. Le di las gracias con dos besos por todo ello y me dijo que apostaban por mí con los ojos cerrados. Eso me hizo sentir una gran responsabilidad y un poco de vértigo, lo reconozco. No la volví a ver hasta que pasaron cinco meses y se acercó a darme un beso en los Premios Alfaguara. Ese día también aproveché para darle las gracias. Es una mujer que a uno le transmite una seguridad y una confianza abrumadoras.

Cuando se marchó, seguimos con la reunión, pero al rato volvió a sonar la puerta y asomó la cabeza un chico con el pelo cano y rizado, o más bien alborotado, y una sonrisa de esas que solo tienen las buenas personas.

—Perdonad, pero Pablo y yo nos tenemos que ir ya, que no llegamos...

—Pero ¿qué hora es? —dijo Pablo sin quitar la vista de su agenda, en la que estaba subrayando y tachando cosas.

—Casi las siete, vamos a llegar tarde.

—Vale, voy, voy. Algún día todos los editores del mundo vamos a morir por ir de un lado a otro constantemente.

—No exageres, anda.

—No exagero en absoluto, pero, bueno, no te quedes ahí y pasa antes de que nos vayamos, que te voy a presentar a Holden Centeno.

El hombre entró a la sala y con una sonrisa me dio la mano. Pablo me lo presentó como David Trías y este me dijo que me había escrito un *tuit* hacía unos días después de haber leído mi entrevista, porque le había gustado mucho y le parecía muy interesante todo lo que había creado. Pablo se puso en pie y guardó sus cosas. Se tenían que ir a la presentación de Ken Follett. Mientras recogían, Mónica me dijo

discretamente que David era el director literario de Plaza & Janés. Ninguna tontería, vaya.

He tenido la oportunidad de hablar más veces con él y de escuchar su opinión sobre mi libro, que le gustó mucho porque le había hecho volver a sus años de universidad. Siempre me ha apoyado y dado ánimos, y siempre se ha interesado por todas mis cosas, escuchándome atentamente con las manos en la cintura. Ver a alguien como David tan metido en la lectura de mi libro ha sido una pasada; mi horquilla de lectores se estaba abriendo, y empezaban a leerme personas de otra generación.

Se fueron los dos y yo me quedé con Mónica y Ana resolviendo el resto de dudas que tenía, y contestando a mi vez a las preguntas de Mónica, que iba a empezar a trabajar en el texto inmediatamente. Aquello significaba que tendría que volver a leerme lo que había escrito, y eso era algo que me daba bastante miedo. Yo seguía totalmente enamorado de la chica de Los Planetas y con un vacío por dentro que nadie podía llenar. Ya que ella no había vuelto a dar señales de ningún tipo, no quería que la publicación del libro la salpicara absolutamente nada, pero eso era bastante complicado, como os podéis imaginar. Publicar nuestra historia, que era en realidad la historia de los dos, no era algo que ella hubiera decidido, y se merecía poder quedarse al margen si eso era lo que deseaba. Yo no me planteaba llamarla para darle la noticia de que el libro lo iba a publicar una editorial y pedirle que me diera su permiso. Sentía un miedo terrible a que me dijera que no y no pudiera sacar el libro a la venta. Tenía miedo de escuchar al otro lado del teléfono una voz que realmente no fuera la suya. Me refiero a esas veces en las que hablas con una persona y le notas una voz distinta. Todos tenemos la voz de decir cosas buenas y la voz de decir cosas malas. Parecen voces idénticas, pero nada tienen que ver la una con la otra. Sabía que si marcaba su número escucharía la voz de lo malo, y yo necesitaba publicar nuestra historia a ese nivel.

Como me había propuesto meses atrás que seguiría luchando de forma unilateral, sin necesidad de que ella lo supiera, decidí que iría a por todas aunque para lograrlo tuviera que hacer algo que en realidad no quería hacer: cambiar ciertos datos del texto que ella había escrito y que podían desvelar su identidad. Con la tirada de miles de ejemplares que se iba a imprimir y a distribuir por todo el país, era bastante probable que el libro empezara a llegar a gente de su entorno y no quería que ella se viera envuelta en lo que eso significaría, cuando hacía meses que había desaparecido de mi vida.

Le transmití a Mónica el temor que tenía. No estaba seguro de que publicar la historia en un sello de no ficción fuera suficiente. Por eso le dije que había decidido conservar los nombres propios de las personas de mi entorno pero cambiar todos los de quienes formaban parte de su vida. Cambié el nombre de su hermana, que en realidad no se llama Lucía, así como el de su primo, y directamente quité el de aquella amiga de su pueblo que había venido un fin de semana a Madrid y que yo

estaba deseando conocer. Conservé el de Pilar, porque, aunque primero fuera amiga de ella, se había convertido en una de mis mejores amigas, y también el de Clara. Las dos aparecen en este segundo libro.

Por otro lado, hubo gente que me pidió que cambiara los nombres originales de algunas de las personas que aparecían en los relatos del principio. En unos casos lo hice y en otros me negué por completo.

Mónica me dijo que no me preocupara, que no era necesario, que no había hablado mal de nadie y mucho menos de la chica de Los Planetas, y me animó a que mantuviera los nombres reales de los «personajes», o a que utilizara la tercera persona de manera imprecisa. Pero seguí adelante con los cambios porque de veras no quería causarle a ella un mal trago por nada del mundo. Nunca he querido algo así, y ahora mucho menos. A veces me la imaginaba llamándome y diciéndome «¿Quién coño te ha dado derecho para hacer todo esto?».

Lo cierto es que ella nunca me ha dicho que pare de escribir sobre nosotros. Os puedo asegurar que ahora sabe que escribo esto y no ha puesto impedimento alguno, al contrario.

De todas formas, tampoco podía cambiarlo todo, y cualquier persona que la conozca bien habrá podido identificarla con solo leer la descripción que hago de sus tatuajes. Cambiar eso, que en el fondo es una marca bastante grande de la identidad de una persona, hubiera sido como cambiarla a ella por alguien que no es. La vida se divide en muchas cosas, y una de ellas es en la gente tatuada y la que no lo está. Tener o no tener un tatuaje no nos hace mejor ni peor persona, pero nos diferencia, al igual que ocurre con muchas otras cosas.

Me fui de la editorial andando a casa. Últimamente volvía siempre andando a casa. Quizá porque empezaba a tener demasiadas preguntas sin respuesta en la cabeza, demasiadas ideas y emociones con todos aquellos acontecimientos, y esos largos paseos funcionaban como una especie de paréntesis durante el cual analizarlas. La falta de respuestas no era algo que me preocupara demasiado. No soy de esas personas que se machacan porque no encuentran la respuesta a todas sus preguntas. Yo tengo claro que hay preguntas que sencillamente no la tienen, o que se resolverán cuando llegue el momento adecuado para ello.

Después de ese día comenzaron las correcciones del texto. Todos los días, Mónica me pasaba unas cuantas páginas del libro con correcciones de erratas y frases que necesitaban revisión. Mi estilo no lo modificaron, mis palabras malsonantes apenas las tocaron, la naturalidad y espontaneidad de los textos se mantuvo tal cual. Yo intentaba releer todo aquello rápidamente, para enviárselo de vuelta a Mónica cuanto antes. En general fue un trabajo muy fluido y no tuvimos grandes problemas, pero yo, a veces, a pesar de que todo iba de maravilla, no controlaba los nervios con aquel peso enorme sobre mis espaldas que sentía cuando pensaba que en pocos meses todo

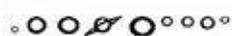
el mundo se enteraría de mi historia.

Dormía poco y mal. Pero trataba de vivir el día con la mayor intensidad posible, concentrado en las metas a las que aspiraba. Adelgacé bastante esos meses y tuve días en los que os juro que pensaba que me iba a quedar en el sitio, pero no me importaba; el objetivo era demasiado grande. Esos días me acordaba del insomnio permanente de la chica de Los Planetas y de cómo ella solía decirme al respecto: «Ya dormiremos cuando estemos muertos».

Ahora que lo pienso, esa frase es una de las que mejor definen su personalidad. Ella vivía un *carpe diem* silencioso. Sabía el significado de aquella expresión y vivía conforme a esa máxima. La verdad es que tenía razón, pero yo no me di cuenta del sentido de su frase hasta que desapareció de mi lado y empecé a experimentarlo por mí mismo. Eso pasa siempre. No solemos escuchar a la primera los consejos de la persona a la que amamos.

Ahora me acuesto siempre tardísimo y ya no duermo esas ocho horas que antes eran intocables para mí, y en las que en realidad no hacía más que perder el tiempo. Ahora alargo los días y en el silencio de la noche aprovecho para hacer más cosas, y, cuando finalmente me voy a dormir, me cuesta un pelín más que antes.

Cuando no puedo dormir pienso en las noches que pasé con ella, en cómo para que se durmiera tenía que pasar un buen rato. En las siestas siempre se quedaba dormidilla a la primera, pero por las noches se activaba y no lograba conciliar el sueño. Yo solía quedarme frito enseguida, y entonces sin darme cuenta me separaba de su cuerpo y me volvía hacia el otro lado de la cama, de costado, dándole la espalda. No sé por qué ni cómo, pero cogí el gusto a quedarme dormido en el filo de su cama, y luego ella siempre por la mañana me contaba que en medio de la noche me había visto varias veces al borde y que le daba cosa que me cayera al suelo, aunque eso no sucedió nunca. Yo había adoptado esa costumbre de manera inconsciente y ella se abrazaba a mí, y yo entre sueños notaba si se movía o si me acariciaba. Pero lo que más recuerdo de sus noches de insomnio conmigo eran los besos que me daba en la espalda. Aun en mi sueño más profundo, notaba cómo permanecía despierta e invertía el tiempo en besarme la espalda. Lo hacía poco a poco pero con mucha fuerza y, al notar sus labios apretados contra mí con tantas ganas, sentía que yo era suyo y ella mía para siempre. Aquellos besos me han dicho más cosas que todas las palabras que me haya podido decir estando yo despierto. Me rompía por completo con todos esos besos que ahora echo mucho de menos y necesito a toda costa, porque aquellas noches de insomnio con esos besos matemáticamente pensados y clavados en mi cuerpo eran capaces de salvarme de todas las cosas malas que hay en el mundo.



TRENDING TOPIC

Llegó la hora de dar la noticia en mis redes sociales. Anuncié además la fecha de la salida del libro, que era el 26 de noviembre de 2014. Por cuatro días, casi sale a la venta justo cuando se cumplían tres años de conocerla. Nada era premeditado. Todo iba sucediendo sin que nadie reparara en esas fechas, aunque estuvieran indicadas en el libro y el equipo editorial las hubiera leído. Las fechas de publicación de mis libros se han convertido ahora en mis nuevos cumpleaños.

Al dar la noticia, mis lectores se alegraron mucho y me animaron más que nunca para que siguiera adelante utilizando como única arma la escritura. Pero también aumentó considerablemente el número de mis detractores, que no paraban de etiquetarme de mil maneras malas y despectivas. Se pensarían que así me tenían controlado. Pobres ingenuos.

El 13 de noviembre mi amiga Anitta Ruiz, que es responsable de comunicación de diversos grupos de música, me invitó al concierto de Pollock en la sala El Sol. En realidad me había invitado hacía unas semanas, y ese día me recordó que no le había contestado a su *e-mail* con la invitación al concierto. Le dije que no había recibido nada y ella me pidió que echara un vistazo en la carpeta de *Spam* porque había tenido ya problemas con eso, y era cierto: allí estaba su *e-mail*. Sin dudarlo fui al concierto esa noche y también vino mi colega Arturo, que siempre me acompaña a todos los que hay en Madrid los jueves. Es algo que tenemos instaurado: yo le invito al concierto y él a la cena previa. En esa cena me estuvo preguntando por la chica de Los Planetas, a la que él conocía muy bien porque era de nuestra facultad. Quiso saber si tenía noticias de ella y sobre todo si estaba al corriente de que iba a publicar el libro con nuestra historia. Se lo expliqué todo lo mejor que pude, también que estaba acojonado por su posible reacción cuando se enterase y que pensaba que se había vuelto a vivir a Andalucía, aunque en realidad no tenía ni idea de dónde estaba; era un presentimiento. Sin embargo me equivoqué: no solo descubrí al día siguiente por casualidades de la vida que ella estaba viviendo en Madrid, sino que también me enteré de que había ido al mismo concierto que nosotros esa noche, pero no nos cruzamos en ningún momento y mejor; o peor, no lo sé.

La noche anterior a publicar el libro creo que no dormí absolutamente nada o solo lo

justo para no volverme loco, @diostuitero, @norcoreano, @gerardotc, @DrZurdo y yo, entre otros, teníamos previsto tratar de conseguir que #LaChicaDeLosPlanetas llegara a ser *trending topic*. No estaba muy seguro de que fuéramos a lograrlo, y de nuevo me preocupaba por lo que ella pudiera pensar si se enteraba. Decidimos *tuitear* con ese *hashtag* entre las once y las doce de la mañana del 26, para conseguir colocarlo entre las tendencias más comentadas de la red social. Nos habíamos hecho un grupo de Whatsapp para coordinarnos un poco y ser más efectivos. Yo me veía como un intruso en ese grupo, porque estar hablando con los dueños de esas tres cuentas con miles y miles de seguidores, de los que mucha gente quiere conocer su identidad y que en otras ocasiones ya habían generado *trending topics* sin habérselo propuesto, me hacía sentir bastante minúsculo con mis cinco mil seguidores.

A @diostuitero se le había ocurrido sortear cinco ejemplares de mi historia entre todas las personas que me dieran ideas para recuperar a la chica de Los Planetas. Él ya se había leído el libro antes de que saliera a la venta y estaba fascinado con eso de que hiera real. Aquella sería la forma ideal de liarla en Twitter el 26 de noviembre. Cuando me lo contó me pareció una buena idea, pero a la vez me angustió todavía más. ¿Qué pensaría ella si veía todo aquello? Estaba muy nervioso y en realidad no quería ni imaginármelo, porque temía que su reacción hiera de todo menos buena.

Lo primero que hice aquella mañana, después de vestirme y con el pelo aún mojado, fue intentar prepararme un café con la cafetera de casa de toda la vida, que nunca había utilizado. Las cápsulas de Nespresso se habían agotado y ese era el único café que yo sabía preparar... No te jode, hasta un mono sería capaz de hacerse un Nespresso y preparar unos cuantos más para sus amigos. Incluso puede que hasta un mono sepa hacerse también un café de cafetera de las de toda la vida, pero yo no. Como sabéis, yo odiaba el café y ella lo tomaba a todas horas, y gracias a eso me acostumbré y terminé cogiéndole el gusto, pero rara era la vez en la que me tomaba un café si no estaba ella, y mucho más raro era que me lo preparase yo, sencillamente porque no tengo ni idea.

Ese día por mis cojones que me lo iba a preparar, tan de puta madre que sería el mejor café que tomara en mi vida. Luego no estuvo tan rico si lo comparamos con los cafés que ella me preparaba, pero, bueno, lo intenté, y en cualquier caso lo hice a su salud. Quería empezar el día de la misma forma que ella lo hace todos los días de su vida, porque de alguna manera eso me hacía sentir que estaba a su lado, o que estaba en paz con ella. Era mi manera de hacer un brindis por todo lo bueno que habíamos vivido juntos, y con el deseo de recuperarlo en un futuro. No penséis que estoy loco. Estoy más cuerdo de lo que aparento. Nada de lo que he hecho ha sido una locura, es lo mínimo que puede hacer alguien que vive enamorado.

Lo del café no era una locura, solo intentaba mantener vivos mis símbolos con ella. No los perdáis nunca. Los símbolos con otra persona lo son todo; son una filosofía de vida que dan explicación y significado a muchas cosas que serías incapaz de explicar a nadie. Si perdemos los símbolos estamos perdidos. El día que uno

pierde los símbolos que tenía con esa persona especial, es que todo se ha acabado.

Llegué al trabajo, me senté en mi puesto y me puse a hacer mis tareas habituales aunque no podía evitar ser más simpático que de costumbre con mis compañeros. Me refiero a más majete de lo normal, porque insisto en que ese día estaba experimentando cosas que jamás había sentido. Es decir, estaba en mi trabajo sabiendo que mi libro ya se encontraba en todas las estanterías de las tiendas y librerías de Madrid y del resto de España. Es una sensación difícil de explicar. Supongo que aquellos que llevan toda su vida publicando libros o sacando discos están acostumbrados a ello, pero si uno nunca se acostumbra a esto, es posible que sigan sintiendo lo que yo aquel 26 de noviembre. Me había convertido en una especie de expositor abierto en el que todas las personas podían mirar y tocar a su antojo cuando les diera la gana.

Yo pensaba en todas esas cosas. Era consciente de todo eso aunque no tanto de la repercusión que iba a tener. Mi familia estaba alborotada por la publicación y mis amigos me esperaban esa misma tarde para que les firmara los ejemplares que tan amablemente compraron para apoyarme. Brindamos con Heineken.

Cuando dieron las once de la mañana, @diostuitero comenzó a dirigir a todo el mundo y a anunciar a sus *followers* el concurso y cómo participar en él. Una de sus propias ideas para recuperar a la chica de Los Planetas fue: «Llévate a la chica de Los Planetas a un concierto», @gerardotc, entre otras cosas, dijo: «Regálale una edición inédita de un disco de Los Planetas en el que Jota vocalice», y @norcoreano: «Contratar a Bustamante y Bisbal para que le canten *Corrientes circulares en el tiempo*». Esos tres *tuits* os pueden dar una idea de que el *hashtag* desde el primer momento se convirtió en un cachondeo, y de que las soluciones que la gente me propuso fueron de todo menos aprovechables. Pero así era perfecto. Si la gente se lo hubiera tomado en serio, estoy seguro de que hubiese sido una auténtica mierda. No quiero que mi historia se vea como una historia triste, quiero que también se pueda encontrar en ella una parte de humor con la que quitar hierro a la tristeza que esconde.

Mi Twitter no paraba de llenarse de menciones y más menciones, de *retuits*, favoritos, nuevos *followers* y todo lo que se os pueda ocurrir. La batería de mi Samsung Galaxy Ace no estaba preparada para ese aluvión de notificaciones y lo tuve que poner a cargar porque se me agotó en cuestión de diez minutos. A pesar de ello, a las once y media aún no éramos *trending topic* y mi ilusión de ver #LaChicaDeLosPlanetas entre las primeras tendencias de Twitter empezó a peligrar. Quizá había puesto las expectativas muy altas y en realidad a la gente se la sudaba mi historia y no era tan única como yo creía. Vaya palo.

A las doce menos cuarto, @diostuitero escribió por el grupo de Whatsapp que, aunque no fuéramos TT, había participado muchísima gente y que varios periodistas y políticos muy conocidos se habían interesado por el libro y por la historia que tenía detrás. A mí escuchar eso no me consoló nada. Me cuesta resignarme cuando solo

llego a la mitad del camino que me he propuesto recorrer. Era como si la publicación comenzase con mal pie. Twitter era el lugar en el que había nacido mi *alter ego* y, si no triunfaba allí, mucho menos lo iba a hacer en las librerías.

A las doce de la mañana, @diostuitero anunció el nombre de los cinco ganadores del concurso. Yo estaba totalmente desanimado. Cerré Twitter, no podía ni verlo. Estaba cabreado. Era un pequeño fracaso. Diez minutos más tarde tenía una notificación del grupo del Whatsapp. Era @gerardotc y solo había escrito: TRENDING TOPIC. Temblando y sin terminar de creérmelo, volví a abrir mi cuenta, entré en las tendencias y #LaChicaDeLosPlanetas ya se situaba en cuarta posición. No sabía cómo celebrarlo y tampoco pude hacerlo, porque justo en ese momento sonó el teléfono interno de la oficina y vi que era el jefe que llamaba.

Lo descolgué con un simple «¿Sí?», para intentar que no me salpicara ningún marrón, pero al otro lado se escuchó un: «Ven inmediatamente a mi despacho» con voz cortante. Un segundo después pude oh que colgaba con fuerza el auricular, hasta tal punto que me hizo daño al oído escuchar aquel mido seco, aquel golpe. ¡Qué oportuno! ¡Justo en ese momento tenía que llamar! Pero ya todo me daba exactamente igual; era *trending topic*, y eso nadie me lo iba a quitar. Bueno, en realidad yo no lo era, el que estaba allí arriba era el título de mi libro, que nada tenía que ver conmigo, ya que por ningún lado aparece mi nombre ni nada que me identifique. Desde que empecé a escribir mi historia me quité todo el protagonismo para dárselo a ella. Es por eso por lo que en las portadas de los libros soy yo el que sale de espaldas, el que quiere pasar desapercibido, y ella es ella: todos los planetas giran a su alrededor.

#LaChicaDeLosPlanetas pasó al número uno y se mantuvo allí arriba durante cuatro horas, entre las tendencias más destacadas a nivel nacional. Hacía tres años que había empezado a hacer mis primeros pinitos en Twitter, antes de convertirme en @HoldenCenteno. Un día, hablando con ella había salido el tema. Ella se había abierto una cuenta unos meses antes pero estaba en esa fase por la que pasa todo el mundo cuando se abre una cuenta en Twitter, que la deja aparcada durante meses hasta que la vuelve a abrir y ya se engancha para siempre. Ella volvió a Twitter porque yo lo tenía y lo usaba mucho, y desde entonces no lo ha vuelto a soltar. Era inevitable, con la de veces que habíamos hablado los dos sobre la red social y sobre cómo llegar a ser *trending topic*, preguntarme qué estaría pensando ella en ese momento si había visto que era TT. ¿Le estarían entrando ganas de matarme o todo lo contrario? Nunca lo supe. No dio señales de vida.

A la mañana siguiente me compré un nuevo móvil. Aquel Samsung Galaxy Ace que tenía desde que nos conociéramos murió por completo con el aluvión de notificaciones. Fue imposible reanimarlo de ninguna de las maneras. Para mí no fue nada fácil tomar la decisión de cambiarlo. Con él había hecho infinidad de instantáneas a lugares a los que fuimos juntos, y lo que más me gustaba de aquellas fotos es que ella estaba a mi lado cuando las hice, el resto del paisaje perdía todo su

valor. Ese móvil había dormido en su casa, lo había cogido ella para mil cosas, nos hicimos varias autofotos antes de que se llamaran putos *selfies*, y yo la fotografiaba a ella siempre que veía un sitio que me gustaba porque pensaba que, si se metía en el plano, la imagen seguro que mejoraría, y mucho. Mi Canon, como decía ella para meterse con mi móvil y mis fotos, había muerto, y yo lo tuve guardado unos meses en uno de los cajones de mi habitación como si fuera una especie de amuleto, por haber sido testigo de cómo éramos capaces de vencer a la muerte cuando estábamos juntos. Hace poco lo tiré a la basura. Dejé de creer en esa reliquia.



EL BUZO

Dos días después quedé con @diostuitero en el El Espejo de Recoletos, un lugar muy castizo en el que los camareros van uniformados y te tratan con respeto pero a la vez con chulería madrileña. Habíamos quedado para conocernos personalmente y además porque iba a presentarme a Ana Ruiz Echaury, una periodista de TVE que se había interesado por mi historia.

El día del *trending topic*, en ese tótum revolútum de menciones que se organizó, ella había aparecido preguntando: «¿Voy a la librería? ¿Por qué has de recuperar a la chica de Los Planetas?». Yo por supuesto que no contesté. Nunca suelo hacerlo por Twitter y además en ese caso en concreto no sabía cómo podía contestar a la pregunta. Quizá le podría haber dicho que lo mejor que podía hacer era leerse mi libro, pero no lo hice. Ella se puso en contacto con @diostuitero porque después de empezar a leer mi historia quiso conocerme para una posible entrevista en el telediario. Eso fue lo que él me contó, y yo no daba crédito. No entendía, o más bien no asimilaba, que mi historia la quisieran sacar en el telediario, pero en cualquier caso accedí a conocerla, y allí estuvimos los dos poniéndonos al día hasta que llegó Ana.

Yo iba escudado tras mis gafas de sol y mi gorra. Nos dimos dos besos y pedimos tres *gin tonics*. Ana lo primero que me dijo es que le daba igual mi vida, quién era, a qué me dedicaba y todo eso, que lo único que quería era contar esa parte de mi historia que se mezclaba con la de la chica de Los Planetas. Me advirtió de que empezarían a llamar a mi puerta muchos periodistas para hacer lo mismo, y de que la gran mayoría no se habría leído el libro. Me iban a hacer patéticas preguntas como por ejemplo por qué llevo una gorra azul en vez de una roja tal y como aparezco en mis ilustraciones. Tonterías de esas. Puedo decir que sin embargo tuve la suerte de que todos esos periodistas que aparecieron más tarde sí se habían leído mi libro, y todas y cada una de sus preguntas fueron bestiales.

Pero, bueno, Ana quería dejarme claro que su entrevista, si al final se la concedía, sería distinta a las demás, porque había encontrado la esencia de mi libro y quería hacérsela llegar a todo el mundo. Lo que más me gustó de las cosas que me dijo Ana fue la sinceridad que me transmitió a través de esas gafas grandes de pasta negra que cubren unos ojos que se hacen muy pequeñitos cada vez que sonrío. Le parecía «acojonante» la historia, y lo que más apreciaba de mis relatos era que siempre acabaran arriba. Yo creo que eso fue lo que más me convenció de ella, porque lo había entendido todo; una de las principales cosas que había querido evocar en ellos

era la esperanza y las ganas de comerse el mundo que puede tener una persona con un corazón enamorado.

Pedimos otros tres *gin tonics* y accedí a hacer la entrevista. Me avisó de que al día siguiente me llamaría a primera hora para grabarla. Le daba reparo porque iba a ser una llamada algo temprana para un sábado, cuando probablemente mi noche del viernes se iba a alargar un poco, pero yo le insistí en que no importaba, que daba igual, que me llamara a la hora que fuera. Y era cierto, no tenía problema en ir como un zombi a la entrevista con tal de que mi historia saliera en las noticias. Le firmé su ejemplar y los tres nos despedimos.

Me hice muchas preguntas de vuelta a casa. Joder, otra vez volvía andando, pero es que ni se me pasaba por la cabeza subirme a un bus y mucho menos meterme en un puto vagón de metro. Prefería volver caminando aunque tardara más y me hiciera muchas más preguntas de las que podía soportar en ese trayecto. Estaba, por ejemplo, el tema de mi anonimato, ¿realmente era bueno salir en la tele? Igual la gente diría que era un vendido. Llegué a la conclusión de que me la sudaba. Después de todo, una de las pocas cosas que tenía claras desde que me había lanzado a esta «aventura» era que quería que mi historia llegase a todo el mundo, al máximo número de personas, sin importar quiénes fueran y hacia dónde estuvieran yendo.

Mis colegas bromeaban diciendo que si salía en la tele todas mis lectoras descubrirían que era igual de feo que un orco, que mis lectores verían que no era un tipo tan guay y que, como consecuencia de todo ello no vendería ni un solo libro. Genial. Si eso se cumplía, la cosa se iba a poner interesante. Esa noche al final me fui a dormir pronto pero no pegué ojo, como ya iba siendo habitual en los últimos meses.

La pésima melodía de mi nuevo móvil sonó a las ocho y media de la mañana. Nunca cambio los politonos (o como coño se llamen) que vienen por defecto en el móvil. Me asusté porque era bastante horrible y todavía no la había escuchado, y me levanté de la cama de un salto para cogerlo cuanto antes y evitar que despertara al resto de mi familia.

Con los ojos aún pegados vi que era Ana y lo cogí con el mismo espíritu que cuando tu madre te llama una mañana de resaca e intentas poner la voz más agradable del mundo aunque eres totalmente consciente de que es imposible lograrlo. Luego te esfuerzas y te crees que has conseguido poner la voz del tío que dobla a Brad Pitt, cuando en realidad te has acercado más a la de Joaquín Reyes.

—¿Te he despertado?

—¡Qué va, Ana! Ya llevaba un rato despierto.

—¿Seguro?

—Que sí, que sí, mujer. No te preocupes.

—¿Cuándo te viene bien que te pase a buscar el coche para traerte a los estudios?

—Vivo cerca del Pirulí, así que no es necesario que envíes a nadie.

—Mejor que sí. Lleva lloviendo toda la noche y no quiero que te cojas un buen resfriado.

—No pasa nada, si es que es verdad que vivo al lado y no me cuesta nada ir andando para allá.

—Bueno, pues como quieras, tú sabrás. Te espero aquí en una hora. Pregunta por mí en el punto de control e identifícate con tus datos para que te dejen pasar.

—¡Perfecto! ¡Nos vemos en un rato!

—¡Un beso, bonito!

Ana solo me transmitía cosas buenas. Me dije que era una suerte que fuera ella la que me entrevistara por primera vez para la televisión. Por lo visto ella fue la primera persona que entrevistó a Aznar cuando todavía su bigote no era tan conocido.

Salí de casa con las gafas puestas, la gorra y la capucha de la trenca encima. Odio la lluvia, pero a veces me gusta mojarme, como esa mañana. Ana me estaba esperando con un paraguas en la puerta de los estudios. En realidad no me estaba esperando, había salido a echarse un cigarro y supongo que ya de paso estaría atenta a mi llegada. Según me acercaba a ella, me iba sonriendo más. Nos dimos un abrazo y me enseñó las instalaciones. Después fuimos a una sala donde estaba el equipo de imagen y sonido que nos acompañaría en la entrevista, dos hombres que por lo visto llevaban mucho tiempo trabajando allí y soportando como buena o malamente podían los cambios de gobierno de la televisión pública. Estuvimos decidiendo dónde grabar. La idea inicial de Ana era haberlo hecho mientras paseábamos por Malasaña, pero con ese día de mierda no era posible grabar en exteriores. Al final propuso ir al Café Comercial y, después de hacer varias llamadas para que nos dieran permiso, cogimos un coche y allí nos plantamos los cuatro con las cámaras, los micrófonos y toda la logística necesaria.

Al bajarnos del coche nos quedamos un momento delante de la puerta, esperando a que nos confirmasen que podíamos entrar a grabar. En ese minuto escaso, que a mí se me hizo eterno, de pronto fui consciente de que estaba en la parada de metro de Bilbao y de que hacía mucho tiempo que no pasaba por allí. La lluvia caía de manera insistente y mis gafas se llenaban de finas gotitas que parecían lágrimas en mis cristales oscuros. El cartel de Ocaso seguía en su lugar y los recuerdos estaban más vivos que nunca. Creo que incluso me permití suspirar, aunque no lo hice muy alto. Al final miré a Ana y le dije:

—Todo esto es muy fuerte, Ana.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

—Yo aquí quedaba siempre con la chica de Los Planetas...

—Oye, si esto te hace daño o te molesta, hacemos la entrevista en otro lugar, ¿eh? Yo quiero que tú te sientas bien —me contestó muy seria.

—No te preocupes, yo estoy encantado, de verdad. Esta historia siempre la cuento con una sonrisa aunque haya acabado mal. Recordarla no es un problema.

Bilbao era nuestro lugar de encuentro y despedidas. Se puede decir que esa

localización exacta era nuestro altar particular, en el que nos hicimos las mayores ofrendas y donde sin darnos cuenta nos jurábamos amor eterno cada vez que nos abrazábamos al vernos o al despedirnos. Madrid está repleto de lugares que me comprenden mejor que nadie; sitios a los que no necesito dar explicación alguna porque ya me vieron con ella y escucharon nuestros sinceros «te quiero» o vieron nuestros ridículos enfados.

Entramos por la puerta giratoria y la gente que estaba allí tomando sus cafés con churros se nos quedó mirando debido al ajetreo que trae montar en un segundo todo el equipo de grabación. Es curioso el efecto que genera entre la gente una cámara de televisión. ¿Algún día se acabará la plaga de catetos que, en un directo a pie de calle, se colocan detrás del periodista y saludan a la cámara con la manita, sonriendo, pensando que verdaderamente es su minuto de gloria? Por no hablar de esos que a la vez que saludan con la mano están con el móvil llamando a no sé quién para que enciendan la tele y vean sus caras de panoli. Antes era incluso peor: la gente, cuando sabía que iba a salir en la tele, lo grababa en cintas VHS que a saber dónde coño tendrán ahora. Apuesto a que hay personas que aún las guardan aunque ya no tengan vídeo, como una especie de diploma, como esos que cuelgan el título de licenciado en las paredes de sus casas. Qué peligro la televisión, oiga. Parece que vuelve a la gente gilipollas.

En el Café Comercial todo el mundo va a su rollo. Normalmente a esas horas están desayunando los ancianos del barrio que incluso tienen sus mesas con un cartel metálico de reservado para que nadie les estropee el mejor momento del día. No quiero imaginar qué será lo más emocionante que haga en mis días cuando sea viejo, pero espero que sea algo más que salir a desayunar a la calle.

Nos sentamos en una de las mesas que mejor luz tenía para grabar y bajaron el hilo musical de la cafetería para que no se colara en los equipos. Ana me hizo una serie de preguntas que intenté responder sin que se me notara lo nervioso que estaba, tapando mis ojeras con las gafas de sol y soltando lo que llevaba dentro con la mayor sinceridad posible. Ahora no voy a reproducir aquella entrevista pero sí una de las preguntas.

—¿Qué es *La chica de Los Planetas*?

—Es un libro que escribí a la que yo considero el amor de mi vida.

No dudé ni un poco en mi respuesta. Creo que lo único que hice fue decir la verdad, sin pensar que aquello lo verían miles de personas, pero siendo muy consciente de que había una posibilidad (quizá muchas más) entre un millón (quizá mucho menos) de que ella viera aquel telediario y se encontrara con mi entrevista. Tenía muy claro que era una oportunidad para hablarle desde la distancia. Por la tele siempre hay un momento para los discursos, y normalmente solo los dan los políticos o esa persona que por Navidad se dirige a nosotros con una seriedad que nos aburre y que realmente nada nos soluciona. Yo tuve la oportunidad de dar mi discurso particular, y la verdad es que tampoco traté de que fuera útil para los demás; lo único

que me importaba es que resultara útil para mí, que ponerme delante de la cámara ante miles de personas me sirviera para decir cosas que obviamente solo tenían un destinatario.

Cuando Ana anunció que había terminado, como un cateto más del mundo, yo le pregunté eso de que cuándo saldría la entrevista en el telediario. Ella, sonriendo con sus ojos pequeñitos pero a la vez muy solemne, respondió:

—Tiene que ser mañana.

—¿Cómo que tiene que ser mañana? ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Mañana se cumplen justo tres años desde el día que os conocisteis.

Algo me recorrió el cuerpo hasta tal punto que quiso provocar que se me saltaran las lágrimas allí mismo, pero fui capaz de contenerme y controlarlo. Estaba últimamente tan absorto con los asuntos del libro que no sabía ni en qué día vivía.

A la mañana siguiente no hice mucho. Había parado de llover y el sol estaba hiera, pero no de esa manera que a mí me gusta de cuando llega diciembre a la ciudad, aunque ya anunciaba que pronto sucedería eso. Era domingo, ese día de la semana que tiene todas las papeletas para ser un día de puta madre o el más desaprovechado de todos. Ese fue mi caso. Tenía la cabeza totalmente concentrada en el día que era: 30 de noviembre de 2014. Hacía tres años que la había conocido en la Facultad de Derecho. Tres años que se me habían pasado volando. Odio dar la razón a los dichos porque normalmente son falsos y porque siempre el que los dice es el típico panoli que cree saberlo todo sobre la vida cuando en realidad lo único que sabe es repetir esas frases hechas que le enseñaba la pesada de su abuela. Pero esta vez tengo que decir que sí, que el tiempo se me había pasado volando, lo cual me alegraba y a la vez me entristecía un poco. Me alegraba porque quizá, si se me hubiera pasado lento y tedioso, es probable que el dolor hubiera acabado conmigo, y si no me creéis (que a veces os cuesta) solo tenéis que ver cuántos artistas murieron de pena porque el tiempo se les atragantó en un momento que no era precisamente bueno para que encima se les detuviera. Por eso digo que en cierto sentido me alegro de que haya volado el tiempo. A la vez me resulta bastante triste que se haya pasado tan rápido, porque hubo mucha más alegría que dolor en todos esos años. Pero, bueno, el tiempo es el que es y lo único que le importa es seguir avanzando mientras nos pisa los talones.

¿Volvería a vivir lo que pasamos juntos? Sí, pero ¿volvería atrás? No. Rotundamente no. Ni de coña se me ocurriría. Parecen dos preguntas totalmente idénticas pero no lo son. Revivir algo nada tiene que ver con querer volver atrás para empezar de nuevo y mandar a tomar por culo el camino que ya has avanzado, sea cual sea la situación en la que te encuentres. Además, las cosas siempre suceden por algo. Sinceramente, prefiero estar pisando el presente y tenerle ganas a un futuro

nuevo en el que nada se me vaya a la mierda; porque siempre hay algo o alguien que se escapa de nuestro control y se nos va a la mierda, y nosotros detrás. Lo peor o mejor de todo, según cómo se mire, es que estamos dispuestos a ello, a irnos detrás en la caída. ¿Por qué siempre hay algo o alguien que se nos tiene que ir a paseo? ¿Por qué? Necesitamos algún tipo de fórmula humana, una clave, o lo que sea, para que no se nos vayan tantas cosas a la mierda, para no perder a las personas importantes de nuestra vida o, siendo más sincero y concreto, para no perder a esa persona que revolucionó nuestro mundo y nos lo hizo ver con una perspectiva en la que nos quedaríamos a dormir toda la vida.

Es precisamente esa mujer o ese hombre quien te hace mejor persona; el que provoca que hagamos cosas buenas que jamás haríamos si no fuera por el empujón que proporciona su alma a la nuestra cuando están conectadas. El problema es que no es tan sencillo encontrar a alguien así, con quien conectes a ese nivel, y cuando lo consigues ya no quieres otra cosa que no sea bucear en su interior; dentro de ella para siempre; y te das cuenta de que el resto del mundo te sobra.

Yo bucé un millón de veces por el interior de la chica de Los Planetas. Ella tenía unos ojos del color de unas montañas pardas, altas y escarpadas, pero se podía acceder a ellos fácilmente si te esforzabas un poco por encontrar sus caminos escondidos. No eran como dos océanos, no; no como el agua. Eran del color de la tierra del campo recién mojada, y yo eso lo podía sentir hasta tal punto que por la humedad de sus iris entraba dentro de ellos. Sí, entrar, lo habéis leído bien. No estoy haciendo una metáfora; estoy hasta los cojones de las metáforas. A mí a veces me duele el corazón, y no me estoy refiriendo a un puto poema en el que al que lo escribe le duele todo a base de metáforas imposibles. No, me duele en el sentido literal de la palabra, porque quizá lo que era un dolor metafórico, a base de repetirlo, se ha hecho más real que el papel de estas páginas.

Pues lo mismo podía hacer, de manera literal, para bucear dentro de ella. No era un proceso complicado, pero necesitaba de una pequeña preparación. Primero me colocaba el traje de buzo, las aletas, las botellas de oxígeno, la escafandra de metal en la cabeza y todas esas cosas. Después, miraba fijamente sus ojos y trataba de calcular el nivel de humedad que tenían. No se podía acceder a cualquier nivel. Yo sabía que era posible cuando su color cambiaba levemente hasta ponerse casi del mismo tono de su pelo. Entonces elegía uno de sus ojos, que solía ser el izquierdo, y pasaba a través del iris empezando por los brazos. Cuando notaba que mis piernas se colaban por completo era que ya estaba dentro. Solía hacerlo cuando ella se quedaba dormida, pero sobre todo cuando se quedaba callada, mirando a otro lado, pensando en sus movidas o en qué coño hacer conmigo.

El tiempo que pasaba buceando por allí dentro podía durar horas, pero, cuando volvía a subir hasta sus ojos para salir fuera, me daba cuenta de que en el mundo exterior únicamente habían pasado unos segundos. Era algo inexplicable; jamás había conseguido eso antes. Bucear por dentro de su cuerpo era la única forma de lograr

entenderla mejor que nadie.

Echo mucho de menos volver a perderme en esos ojos hasta entrar dentro y pasar horas buceando por los recovecos de su alma, su corazón y su mente, para luego emerger y calmar desde fuera los terremotos que lleva por dentro. Si de mí dependiera, me habría dedicado profesionalmente a eso del buceo. Toda la vida. Dentro de su cuerpo. Pero ya hace mucho tiempo que dejé aquel trabajo.

A veces pienso que ojalá pudiera volver a ese 30 de noviembre sabiendo lo que iba a pasar después, y conocer otra vez a esa chica a la que hasta entonces solo había visto de espaldas en clase, quedándome atontado con su pelo castaño, que caía hasta perderse bajo el respaldo de la silla. Me sentaría de nuevo en primera fila, y miraría para atrás, en busca de su mirada. Volvería a ese 30 de noviembre sabiendo todo lo que sé ahora y le diría: «Mira, tía, esto es una locura. Sé que tienes la portada del *Pop* de Los Planetas en tu móvil, que tocas el clarinete, que eres de Jaén, que adoras la música, que tienes dos tatuajes aunque en unos años llevarás varios por mí, que te atiborras a aceitunas y que te amo. Lo sé porque vengo del futuro».

Vale. Creo que me he pasado. He dejado que la tía del anuncio de lejía que venía del futuro con un traje horrible (ojalá que las chicas del futuro no lleven esos vestidos) me posea por un instante. Pero, joder, me encantaría poder volver atrás con lo que ahora sé para anunciarle: «Mira, sé que te puede parecer raro que te diga esto un total desconocido, pero tú y yo nos conocemos desde siempre aunque no lo hayamos sabido antes, y tú y yo nos amaremos como nadie lo ha hecho jamás. Por favor, no me lo pongas difícil. No me hagas escribir un libro. Será mejor que lo vivamos sin contárselo a nadie». A mí me viene una chica diciéndome eso y me acojono. Directamente huyo. Pero yo lo haría, intentaría cambiarlo todo para que no fuera necesario escribir dos libros sobre nuestra historia.

Lo que pasa es que sé que si volviera a ese momento, me limitaría a disfrutar un encuentro que fuera exactamente igual al de aquel día. Sin cambiar nada. Podría pagar millones por meterme en una máquina del tiempo y revivir ese 30 de noviembre, pero, como eso no es posible, llevo más de tres años conformándome con la música, porque es lo más parecido a una máquina del tiempo; al menos es lo más real en este siglo XXI en el que todo el mundo pensaba que los coches volarían como el Delorean y el hombre sería capaz de teletransportarse en un tubo magnético que le llevaría a otra ciudad lejana. Parece que al final todo eso eran paranoias de unos cuantos frikis que estaban deprimidos por tener coches de mierda y estar en lugares donde en realidad no querían estar. La música es mejor que todo lo mencionado y eso que ni siquiera se trata de un invento debido a la evolución del hombre y a su tecnología, porque no, queridos amigos, la música no es una invención del hombre, es más bien una necesidad humana que surge en un momento que nosotros jamás podremos llegar a descubrir por mucho que nos imaginemos a los neandertales hacer sonidos con piedras, palos y aullidos. El día que el primer hombre empezó a generar música, seguramente fue la primera vez que le hizo el amor a una mujer o viceversa,

la mujer al hombre. Pienso que ese día es el momento más importante de la historia. No me interesan los hombres que viajaron al espacio, ni el día que se inventó la bombilla, ni siquiera el segundo en el que se originó el mundo. Me interesa el día en que se amó por primera vez en la tierra y en el que un grupo de personas primitivas crearon música sin darse cuenta. Simplemente lo hicieron porque lo necesitaban. Desde ese momento el amor y la música han sido capaces de captar y retener en el tiempo los mejores momentos de nuestras vidas, y también los más jodidos, pero no importa, la música nos gusta aunque sea triste, aunque recuerde a algo que hace daño, porque cuando duele es que es real y lo real es lo que de verdad queremos todos en esta vida, y es que, igual que no dejamos de escuchar canciones y discos porque son capaces de hacernos daño por las verdades que nos cantan y nos expresan con sus sonidos, no deberíamos dejar de lado a una persona que hace lo mismo y a veces nos duele muy adentro. Hace más de tres años que escucho canciones que son capaces de llevarme a ese 30 de noviembre y a cada uno de los días que vinieron después, y os aseguro que soy capaz de oler de nuevo aquel perfume que llevaba siempre. Aquel que una vez, estando tirados en su cama, le dije que me volvía completamente loco, y ella con su media sonrisa me contestó que era del Zara, que el dinero no le daba para uno más bueno. A mí me gustaba ese, me daba igual la marca, no quería otro más caro, porque aquel olor me dejaba hiera de juego en cuanto mi nariz lo olfateaba mientras cubría su cuello con besos. Esas canciones y discos son capaces de hacerme ver los lugares y colores que veía en ese momento, o las sandalias que ella llevaba en verano, e incluso sentir todo el valor contenido que tenía su cuerpo cuando me abrazaba al encontrarnos en cualquier calle donde habíamos quedado. Sin la música no seríamos nada.

Así me pasé el 30 de noviembre de 2014, recordando ese tipo de detalles. Pensando en cómo buceaba en su interior con mis aletas, y con una única canción en la cabeza, una canción de Leiva que en realidad compuso para Autopista Hacia el Zulo, un grupo de música que formó junto a Quique González y César Pop, entre otros, y que al final quedó en nada. Quique, por ejemplo, publicó finalmente «La luna debajo del brazo» en uno de sus discos, una canción prevista en principio para Autopista, y Leiva haría lo mismo con «Telediario», o al menos dejó constancia de ello en uno de sus versos y publicó el tema en ese disco debut tan perfecto que se llamaba *Diciembre* y que salió en febrero. Yo se lo regalé a la chica de Los Planetas por su cumpleaños, y ese día no dejé de acordarme de eso. De aquel estribillo que repite Leiva tantas veces al final de la canción: «Vamos a salir en el telediario».

Siempre le había dicho que lo nuestro no era normal, que era algo tan especial que tenía que salir en las noticias. Ella me decía que estaba loco de remate mientras me comía a besos con esa sonrisa que tiene y que enseña cuando algo le ilusiona de verdad. Puede que estuviera loco, sí, pero al final tenía razón, como siempre: íbamos

a salir en el telediario, porque, aunque solo a mí se me viera la cara, mi historia es la suya y su historia es la mía. «Vamos a salir en el telediario». Me entraban ganas de llamarla y de decirle eso, pero no lo hice. Estaba demasiado acojonado por la que podría ser su reacción y la de todas aquellas personas que no tenían ni idea de lo que había hecho y se lo iban a encontrar mientras cenaban.

A las nueve de la noche, mis padres y mi hermano Willy ya estaban sentados en el salón con el telediario de La 1 puesto. Mi madre hasta había preparado una cena especial. Una cena rica, como ella lo llama cuando se curra una cena que sabe que nos gusta mucho. Sobre las nueve y media llegó mi momento. Sonaba de fondo «La cuadratura del círculo» de Vetusta Morla, una de las canciones de la banda madrileña que ella prefiere, mientras yo respondía a las preguntas. A aquello siguió la voz en *off* de Ana, que explicaba toda la historia y lo poco que se sabía sobre la identidad de la chica de Los Planetas, mientras sonaba «Young Lion», de Vampire Weekend, y se proyectaba el vídeo que había grabado por todo Malasaña con esa canción, pensando que quizá ella la escucharía y se acordaría de mi consejo con ese tema, aunque la verdad pensaba que ella ya había olvidado aquel día en el que se lo recomendé.

Al terminar la entrevista, mi móvil ya tenía más de cincuenta nuevas conversaciones de amigos y conocidos. Mis seguidores en redes sociales y las visitas al blog aumentaron de golpe y el vello se me puso de punta con el montaje tan perfecto que había hecho Ana, en el que no faltaron ni los olivos ni Paul Auster. Estaba emocionado. Lo primero que hice fue escribirle y darle las gracias por todo. Ella directamente me respondió: «¿Crees que lo habrá visto ella?». Eso mismo me estaba preguntando yo.



YO CONOZCO A LA CHICA DE LOS PLANETAS

Estaba ilusionado, me sentía orgulloso como nunca; a la semana siguiente de la publicación del libro, este ya había entrado en las listas de los más vendidos y en la editorial estaban contentos. Supongo que para ellos publicarme fue una apuesta de riesgo. Y ahora me daban la enhorabuena. Yo ya estaba pensando en la reedición...

Esa semana se dedicó exclusivamente a la promoción del libro en los medios de comunicación. Conocí entonces a Patricia San José, la responsable de prensa de varios sellos de Penguin Random House, una chica que va siempre con una sonrisa de oreja a oreja y con los ojos perfectamente delineados. Ella se encarga de presentar el trabajo de los autores de la casa a los medios de comunicación, y lo hace perfectamente, consiguiendo unas entrevistas muy buenas y salvándome siempre el pellejo en mis viajes. También es la «culpable» de que me haya acostumbrado y ahora sea un poco inepto cada vez que tengo que viajar por mi cuenta. Y es que, si tengo que hacer una presentación del libro en cualquier ciudad, ella me envía un *e-mail* en menos de un segundo con mis billetes de ida y vuelta, los bonos de los hoteles y todas las indicaciones necesarias para que no me pierda. Como siempre le digo, es cien por cien efectiva.

El lunes por la mañana me envió el plan de prensa con todas las entrevistas que había programadas para mí los días 4 y 5 de diciembre, que caían en jueves y viernes, por lo que pude pedirme en el trabajo un par de días de descanso, aunque en realidad iba a estar currando prácticamente con el mismo horario de mi oficina, pero atendiendo a la prensa en la editorial y yendo a emisoras y estudios para hacer entrevistas en directo o grabarlas para canales de televisión.

Ese mismo lunes sobre la una del mediodía recibí un MMS a mi móvil. Hacía dos mil años como mínimo que no recibía uno de esos mensajes con imagen y texto. Toqué la pantalla con el dedo índice para abrirlo, pero resultó que mi móvil no estaba configurado todavía para recibirlo. «Puto móvil nuevo —pensé—, con lo que me ha costado». Seguí las instrucciones para configurarlo y el móvil se puso a hacer el típico proceso en el que aparece una barra con un porcentaje que se va cargando mientras se realizan esas tareas. Llegó al cien por cien, y cuando eso sucedió recibí un último mensaje diciendo que no había sido posible configurarlo y que lo volviera a intentar. Si aquello me hubiera ocurrido años antes, lo habría hecho, pero, ahora, ¿se puede saber quién coño sigue enviando MMS? Nadie que yo sepa, así que no perdí más tiempo con el móvil para hacerlo funcionar. Como era imposible averiguar desde qué número se había enviado, llegué a la conclusión de que se trataba de publicidad

de mi compañía de teléfono y no le dediqué más tiempo.

Una semana y media más tarde descubriría que lo había escrito una persona muy importante para mí, y que contenía una foto y unas palabras llenas de significado, pero volveré al asunto más adelante.

El miércoles de aquella semana de promoción hablé por la noche con Pablo Álvarez, mi editor, y le dije que estaba bastante nervioso por las entrevistas. Él me dio un consejo que no voy a olvidar nunca: «Trabaja desde la verdad. El éxito es para la gente sencilla». Me fui a dormir pensando en aquello y no conseguí pegar ojo, algo a lo que ya estaba bastante acostumbrado.

Antes de la primera entrevista quedé en el Café Comercial con Carmen Palomo Langa, una chica arquitecto que, a raíz de la lectura de mi libro, había dibujado un plano de Madrid cambiando el nombre de las calles por el de los grupos de música, discos, escritores, canciones, libros y mil detalles más que aparecían en *La chica de Los Planetas*. Era bastante brutal ver aquello. Podía revivir mi historia en un golpe de vista. Lo había enmarcado para mí y me había incluido una segunda copia del plano, para que hiciera con ella lo que quisiera. Con su dibujo, Madrid terminó de convertirse en la ciudad que habíamos construido la chica de Los Planetas y yo con nuestras propias manos y los corazones sobre la mesa.

Yo le regalé el libro y se lo firmé. Después estuvimos hablando de todo un poco, especialmente de escritores y de música, y de allí me fui volando a la editorial, que está a un paso de la glorieta de Bilbao, en la calle Luchana, para empezar con las entrevistas.

Estaba nervioso, aún me costaba comprender que quisieran hacerme entrevistas esos medios tan conocidos. Supongo que los escritores se acostumbran a que les pregunten para hablar de sus novelas, pero es que a mí cuando me entrevistan es para hablar de una historia que es real y que es la mía. Fui sin preparar nada, sin llevar un esquema para explicar el libro ni nada parecido. Desde entonces he conocido a muchas personas que escriben y que en estas ocasiones lo llevan todo muy medido. A mí me parece muy bien y muy inteligente por su parte, pero estoy seguro de que si yo lo intentara sería incapaz de lograrlo.

De tantas veces como he ido a la editorial, ahora ya siento que es mi casa. Me recibieron Patricia San José y Mar Molina, ambas del departamento de prensa. Mar es una chica rubia y alta que siempre te escucha atenta con sus ojos claros mientras asiente con la cabeza. Esos días se estaba leyendo el libro y no paraba de hacerme preguntas sobre la chica de Los Planetas. Patricia, en cambio, ni siquiera se lo había empezado, y yo le decía de broma que tenía que leérselo porque si no le iba a retirar el saludo. Ella siempre se ruborizaba un poco y me prometía que pronto lo empezaría. Un par de semanas más tarde me escribió un *e-mail* para contarme que ya lo había leído y hablarme de todas las cosas que había sentido. Se lo agradecí muchísimo. Estas personas trabajan tanto y de manera tan intensa que a veces no tienen ni tiempo para leer, porque de hecho se dedican a eso, a los libros; cada día les llegan infinidad

de textos y es materialmente imposible que se los lean todos.

Yo quería que las personas de la editorial con las que trabajaba se lo leyeran, necesitaba que lo hicieran para que pudieran creer en él, en mi historia y en mí, y así trabajar a gusto con el libro para entre todos sacarlo adelante. Y es que, de ser una lucha personal emprendida por mí solo sin el apoyo de nadie, se convirtió en una lucha común en el momento en que aparecieron mis editores, Pablo y Mónica, que creyeron en lo que había escrito e involucraron a todo un equipo para que siguiera viva mi historia. Muchas veces les digo que les debo todo lo que se le puede deber a una persona, porque gracias a ellos estoy viviendo una etapa de mi vida muy intensa. Por si fuera poco, aparecieron justo cuando pensaba que todo estaba perdido. Estaba en un punto en el que no sabía cómo retomar las cosas con ella, porque yo seguía con mis puertas cerradas y tenía bien claro que no pensaba abrirlas por nada en el mundo si no era ella la que estaba dispuesta a echarlas abajo. ¿Y si nunca lo hacía? Peor aún. ¿Y si ni siquiera fuera nunca a tocar tímidamente con sus nudillos a la puerta para llamarme? Había más probabilidades de que sucediera eso a que sacara los tanques para derruir mis murallas. Os puedo prometer que en esas fechas no sabía en qué punto se encontraba mi historia con ella; llevábamos nueve meses sin vernos ni hablarnos, lo que significaba que directamente no había historia. Nueve meses es un tiempo más que suficiente para que dentro de ti se forme un vacío gigantesco, tan profundo como el de un pozo, y en este caso mucho peor, porque ni siquiera tenía agua. Estaba completamente seco y ni miles de litros de agua serían capaces de llenarlo. Quizá el vacío debiera llenarlo otra persona que aún no conozca este pozo que tengo dentro y que lo colmara sin proponérselo porque viera en mí algo que la llenara por muy vacío que yo esté por dentro.

La primera entrevista fue para una radio de mucha audiencia y la hicimos por teléfono. Yo me sentía bastante estúpido hablándole a un teléfono, allí solo en aquella sala de la editorial con mi voz retumbando en las paredes. Aquella entrevista me sirvió para soltarme un poco y relajarme, pero creo que para poco más. Me atragantaba todo el rato con las palabras. No pensaba que los periodistas fueran a ser tan directos en las preguntas sobre mí y sobre la chica de Los Planetas. A partir de ahí, el resto de las entrevistas me las hicieron grandes profesionales que como mínimo me doblaban la edad y se sabían el libro mejor que yo. Disfruté mucho, y en ese momento empecé a darme cuenta de que era un afortunado.

Cuando llevaba unas cuantas entrevistas, Mónica, que estaba en la planta de arriba, bajó a saludarme. Lo primero que hice fue enseñarle el mapa que me había regalado Carmen. Flipó tanto como yo al verlo y, cuando vi aquella emoción en sus ojos, le dije que le regalaba una de las láminas. Le di la vuelta al marco sobre la mesa y me dispuse a abrir la tapa para sacarla. Mónica empezó a decirme que no, que ni se me ocurriera hacerle ese regalo, lo recuerdo perfectamente: «Pero, chico, estás loco. Regálaselo mejor a la chica de Los Planetas». Digo que lo recuerdo perfectamente porque ese tipo de comentarios no se me olvidan nunca, me hacen darle vueltas a

muchas cosas. En ese momento pensé: «¿Qué debe de opinar la gente de mi historia? ¿Hasta qué punto se la creen?». También pensé que ojalá pudiera regalarle el mapa a la chica de Los Planetas.

Me hago esas preguntas porque en el libro pongo claramente que la historia se acabó y que ella desapareció de mi vida. Joder, la chica de Los Planetas ya no estaba, ¿por qué la gente seguía insistiéndome? No lo sé. Supongo que es lo normal. Si haces algo como lo que yo he hecho por una persona, lo normal es que vuelva, pero también supongo que eso es lo que pasa cuando las dos personas son normales, como el resto de la gente. No es nuestro caso, así que al final saqué una de las láminas y se la regalé a Mónica.

A mediodía hicimos un parón y llamé a mi colega Ripoll para ir a comer por Malasaña. Estuvimos en el Zombie Bar apretándonos un par de buenas hamburguesas de esas que solo saben preparar allí de manera tan cojonuda, y hablamos un poco de todo. A las cuatro había quedado con Patricia en la entrada en la editorial para coger un taxi e ir a los estudios de Onda Madrid, donde me entrevistaría en directo Paloma Nolasco en su programa *Aquí no hay playa*. Me gustaba el título. Siempre me ha gustado ese temazo de los Refrescos porque me parece muy madrileña la actitud que desprende, y el día que había ido al Ojalá con la chica de Los Planetas, ese restaurante malasañero con arena de mar en el suelo, había podido demostrarle que sí que la había. Le solía decir al oído: «La gente que piensa que en Madrid no hay playa es porque no tiene ni idea de nada». Después solía colarme entre su cuello con los dientes y la lengua, como el que busca pepitas de oro en un río solitario de Alaska.

Paloma me recibió con un abrazo y lo primero que me dijo es que había flipado no solo con la historia principal, sino con los relatos de las dos primeras partes del libro. Ya antes de entrar en la cabina, me había empezado a bombardear con mil preguntas. Era una mujer muy simpática, pequeñita pero con el gesto aguerrido, que me transmitía mucha fuerza. Llevaba una camiseta de manga larga y cuello vuelto, pero las mangas se las había subido a la altura de los codos y no paraba de moverse de un lado a otro mientras hacía todo lo posible para que yo estuviera a gusto antes de entrar al programa. Una vez en el aire empezó a comentar el libro. Quería saberlo todo. Incluso se atrevió a preguntarme su nombre, algo a lo que me negué a responder.

—¿Podemos saber cómo se llama ella?

—No —respondí rápidamente. Me violentan bastante esas situaciones.

También me preguntó cuál era mi libro preferido de Salinger, y contesté que *Franny y Zooey*. La protagonista era como la chica de Los Planetas.

Acabamos la entrevista y en el taxi de vuelta Patricia fue contándome todos los entresijos de la promoción editorial del libro en prensa. Yo la escuchaba con atención, pero, si os digo la verdad, a veces se me iba la cabeza pensando si la chica de Los Planetas habría escuchado aquella entrevista en directo y si escucharía alguna de las otras que llevábamos grabadas. Llevaba nueve meses viviendo en Madrid y no me

había llamado desde entonces. Siendo realistas, no podía estar más jodido.

Nos quedaba una entrevista más por hacer y era para la web de un medio de comunicación muy importante, pero yo ya estaba tranquilo. Había ido soltando la tensión durante el día y, eso sí, me sentía bastante cansado. Eran ya las siete de la tarde y desde la editorial podía ver un Madrid oscuro de diciembre, ese mes en el que anochece temprano y uno se queda un poco fuera de juego por dentro. Al rato entró una chica por la puerta acompañada de Patricia, que me presentó como Magaceda. Ella rápidamente me dijo que mejor la llamara Maga, y yo le respondí que por supuesto, que así me gustaba más, porque tenía nombre de grupo *indie*. Patricia se fue y nos dejó solos. Justo en ese momento me di cuenta de que Maga sonreía de una forma particular. Hay gente que va sonriendo a todas partes aunque tenga un día de mierda, pero Maga sonreía de otra manera. Además, era muy joven, podría tener mi edad. Empecé a notar algo, sentía una mezcla de nervios e ilusión en sus ojos, y cuando se sentó delante de mí y empezó a sacar su cuaderno de notas y la grabadora para la entrevista le pregunté que por qué sonreía así, que qué era lo que le sucedía, porque algo le estaba notando. Apartando la mirada de mis ojos me respondió:

—Es que no sé si decírtelo.

—¿Decirme qué?

—Es que..., a ver, yo... Bueno, da igual. Vamos a empezar la entrevista, ¿te parece?

—Pues no, ahora no me parece que me dejes así. ¿Tú qué? Termina la frase, venga.

—Pues que yo conozco a la chica de Los Planetas.

Fue escuchar aquello y ponerme a temblar. Y yo que creía que me había liberado de toda la tensión. «Yo conozco a la chica de Los Planetas»: si eso era verdad, me estaba enfrentando a la entrevista más importante de mi vida. Me llevé una de las manos a la cabeza, me puse derecho en la silla y lentamente le respondí:

—¿Cómo que la conoces? Define conocer.

—Pues eso, que la conozco.

—Pero, por favor, ¿me puedes decir de qué?

—Estuve viviendo con ella en una residencia universitaria antes de que se fuera con su hermana a su piso de Moncloa. A su hermana también la conozco.

Joder, las fechas que me decía y aquellos datos me cuadraban a la perfección. Sabía quién era. No se lo había inventado. Siempre ha habido gente que me ha llegado con el cuento de que la conoce o con su propia hipótesis acerca de quién es, pero lo de Maga era verdad, aunque llevaban muchísimo tiempo sin estar en contacto.

—¿Y se puede saber cómo te has enterado de la existencia de este libro?

—La chica de Los Planetas se lo contó a una amiga que también es amiga mía, y esta me lo contó a mí, pero sin decirme que era ella. Me aconsejó la historia y yo la leí por ver si adivinaba de quién se trataba. Fue fácil descubrir que era F. Con todos los datos que das de ella, si la conoces un poco, lo ves enseguida.

—Joder, no sé qué decir. Y yo que estaba tan tranquilo porque era la última entrevista del día.

—Pues estuve a punto de ponerme en contacto con ella la semana pasada. De hecho la busqué entre mis seguidores de Twitter, pero ya no estaba. Metí su nombre en el buscador y no la encontré. Creo que ha borrado su cuenta.

Eso sí que no me lo esperaba. Me dolió saber que había desaparecido de Twitter; lo que no entendía y trataba de encontrar eran las razones que le habían llevado a hacer eso, cuando era una red social que siempre mantenía actualizada diariamente.

—¿De verdad que se ha quitado el Twitter?

—Eso creo. Al menos antes nos seguíamos mutuamente y el otro día no había ni rastro de ella.

—No lo sabía. Hace mucho que no sé nada de su vida. Solo sé que vive otra vez en Madrid y que está trabajando por el centro, pero poco más. De hecho, en todo este tiempo sé que hemos coincidido en dos conciertos, pero en ninguno nos hemos visto.

—¿Sigues enamorado de ella?

—Totalmente.

—¿Incluso después de que te escribiera aquella carta tan bonita que cierra tu libro para luego desaparecer sin previo aviso?

—Incluso así. Es más, esa carta es una de las cosas por las que sigo enamorado de ella. En aquellas palabras escribió la verdad de lo que piensa. Tú que la conoces, ¿en todo ese tiempo no notaste algo especial en ella, algo diferente al resto?

—Sí, ella tenía algo. Era distinta a las demás, y supongo que era mejor en muchos aspectos.

Suspiré aliviado porque después de muchos meses sentía que había alguien que comprendía qué quería decir y a qué me refería. Para mí su afirmación fue como dar un guantazo en la boca a toda esa gente que alguna vez me había acusado de haberlo idealizado todo.

Hablamos de muchas más cosas, pero se nos hacía tarde y teníamos que empezar con la entrevista, así que nos pusimos serios. Encendió la grabadora e hicimos el trabajo. Al acabar nos despedimos con un abrazo y le dije que ni se imaginaba lo mucho que me había gustado conocerla. Se fue y yo me quedé repasando la agenda del día siguiente con Patricia. Cuando me marché de la editorial me encontré con Maga en el recibidor, donde están los tornos en los que fichan los empleados para entrar y salir. Se nos había hecho tan tarde que los guardias de seguridad ya se habían ido y estaba esperando a que alguien la ayudase a salir. Al igual que me había pasado a mí la primera vez, no sabía que había una ranura específica en la que insertar la tarjeta a la salida. Así que la ayudé y bajamos al metro juntos porque íbamos a la misma estación. Una vez en el andén me quité las gafas de sol y hablamos cara a cara de la chica de Los Planetas y de todo lo que sentía por ella. Al día siguiente salió la entrevista. Recuerdo que el titular fue: «La chica de Los Planetas o de lo que alguien es capaz por recuperar a su amor».

TU SINCERIDAD

Al día siguiente hice el resto de las entrevistas y no tuve más hasta el miércoles 10 de diciembre, que volví a la editorial porque Juan Fernández, de *El Periódico de Catalunya*, quería sacarme en el dominical de la edición en papel de esa misma semana. Juan era un tipo alto y amable. Me inspiró tantas cosas buenas desde el principio que fue al primer periodista al que le dije mi edad y a qué me dedicaba. Bueno, le dije eso y muchas más cosas. Unos cuantos meses más tarde, la chica de Los Planetas me diría que esa sin duda había sido la mejor entrevista de todas, que había respondido con una sinceridad y una fuerza increíbles a cada una de sus preguntas. Un buen resumen de aquella entrevista y en realidad de todo lo que siento por ella fue la frase con que la terminé: «Si la chica de Los Planetas me hubiera llamado para vernos hoy, yo no estaría ahora mismo hablando con usted». Lo que yo ignoraba todavía es que, esa misma semana, la iba a volver a ver.

El viernes había concierto de Supersubmarina. Siempre tocaban en La Riviera sobre esas fechas. Hacía dos años había estado con la chica de Los Planetas y con Nacho en la presentación de *Santacruz* en ese mismo lugar. Al año siguiente yo no me atreví a ir a verlos porque me negaba a pasar por el trago de recordar todas esas canciones sin que ella estuviera a mi lado, pero este año sí que tenía que ir. Habían sacado *Viento de cara* y a diario me preguntaba qué le habría parecido a ella el disco y cuál era su canción preferida. A ese concierto, además de ir con Nacho, se apuntaron el Negro, Marina, Chema y Adina. Siempre que veía a Chema me acordaba de que tenía que pedirle *Moon Palace*, pero se me olvidaba entre unas cosas y otras. Fue un concierto muy intenso. Ese año llenaban tres días seguidos La Riviera por primera vez y yo lo di todo. Cuando sonó «Enemigo yo», Nacho y Chema me levantaron a hombros. Es mi canción preferida del disco. Al verme allá arriba por encima de las cabezas de la gente, me sentí un puto gigante y me dio por pensar qué pasaría si la chica de Los Planetas estuviera allí. Deseé que me viera allí arriba. ¿Y si la chica de Los Planetas estuviera aquí? Pues si ese era el caso, lo único que me gustaría es que me viera ahí arriba cantando con fuerza y dolor ese maldito tema. Al día siguiente me enteré de que no había estado en ese concierto, pero eso es lo de menos.

No paré de moverme, de levantar los brazos como si quisiera tocar el techo, aun sabiendo que era imposible. Mis piernas estaban colocadas una encima del hombro de dos de mis amigos y me impulsaba dando botes. Estaba más entregado a la canción que nadie en toda la sala, tanto que Chino me señaló un microsegundo para jalearme

aún más y siguió rasgando su guitarra. Después del último puente de esa canción, que me parece una *fucking masterpiece*, como dirían los malditos modernos, recuerdo que con mis manos golpeé el pecho de cada uno de mis amigos que estaban haciendo conmigo de trípode humano y les grité «¡Vamos, vamos!», para advertirles de que llegaba mi parte preferida, que es aquella en la que se canta, se grita, se repite tres veces como un auténtico alarido y una letanía perfecta: «Tu sinceridad y la mía va detrás». En ese momento vi que el Negro me estaba haciendo fotos desde abajo. El día que escuché el nuevo disco de Supersubmarina decidí que aquella frase iba a ser mi cabecera. Tenía que tomarme así mi vida a partir de ese momento si quería que ella volviera a mi lado como nunca. Necesitaba que fuera por delante la sinceridad de ella y luego yo iría detrás. Ya no me valían medias tintas. O todo o nada. Y creo que ya estoy acariciando la nada.

Al acabar el concierto, Ana Medina (con la que a día de hoy puedo presumir de mantener una buena amistad), responsable de comunicación en Pink House Management, nos dejó a Nacho y a mí quedarnos en el posconcierto, para tomar unos vinos y cenar con el grupo y el resto de invitados. Yo ya había hablado con el gran Pope, el bajista, porque lo había conocido en el ensayo general que dieron para Red Bull. Allí le adelanté que iba a publicar un libro en el que su banda era una parte clave de la historia. Le había dicho que quería regalarles a todos el libro porque era muy importante para mí que ellos leyeran la historia, y aunque él me dijo que no, porque lo iban a comprar, yo insistí tanto que al final acabó cediendo. Por eso nos invitaron al posconcierto. Otro gesto increíble que tuvo Pope conmigo fue el de ayudarme a cambiar mi entrada para el viernes, porque yo en un principio había comprado la del jueves a diferencia de todos mis amigos. Pope es un tipo bueno y sencillo, dispuesto a ayudar hasta a los desconocidos.

Allí me planté con los libros, bastante nervioso, mientras Nacho arrasaba con el vino y el *catering*. Bueno, yo también bebía y comía de cada bandeja, especialmente de la de *sushi*. Tenía que llevarme algo a la tripa para relajarme. Cuando llegó la banda. Pope me localizó y me dio un abrazo. Le dije que les había llevado los libros y que se los había fumado a cada uno de ellos, pero que no quería molestar, que se los podía dar a Ana y no incordiar al resto contándoles una batallita, pero me dijo que ni me preocupara y empezó a llamar a toda la banda y a reunirles conmigo. Estaban rodeándome y escuchando mi historia. Dos años atrás era yo el que había ido con la chica de Los Planetas a su prueba de sonido, les hicimos preguntas y les pedimos fotos. Ahora el encuentro era algo distinto. Me presentaron muy amablemente a sus novias, que mostraron un gran interés por empezar a leer el libro porque era una historia de amor con una chica de su misma tierra. Me trataron muy bien, y una semana después recibí un *e-mail* de esos que nunca se olvidan. Era de Elena, la novia de Juanca, el batería. El asunto era «Enhorabuena por tu libro», y decía lo siguiente:

Acabo de terminar el libro y me he quedado rota.

Tengo una extraña sensación. Y es que sentir tan directamente cómo influye el trabajo de mi novio en la vida de una persona me ha hecho leer cada frase del libro con pasión y un sentimiento un tanto extraño.

Primero, darte la enhorabuena por el libro, lo he disfrutado muchísimo. Lo segundo, darte las gracias, porque me he sentido muy cerca de tu historia, y no porque me haya pasado nada parecido, sino porque en esos conciertos de Supersubmarina a los que ibas con ella, yo estaba allí y he sentido que había una vida paralela a la mía. He vuelto a vivir aquellos momentos, pero ahora sabiendo que había alguien enamorado, viviendo una historia, creando una historia al compás de la música. Eso me hace sentir muy orgullosa de mi novio y del trabajo que hacen, porque una de vuestras bandas sonoras es la música que yo tengo tan cerca y que siento como mía. Por eso te doy las gracias, porque con este libro has hecho que me sienta indirectamente partícipe de la historia de dos desconocidos, y eso es algo realmente bonito.

Lo siento si te estoy soltando el rollazo, pero he tenido la necesidad de contártelo. De nuevo, gracias por tu historia.

Espero que algún día puedas volver a estar junto a ella.

Elena

No era ningún rollazo como ella decía, era un *e-mail* que realmente necesitaba leer porque de alguna forma me curó por dentro. Me hizo darme cuenta de que, en efecto, la chica de Los Planetas y yo habíamos construido nuestra historia a partir de la música desde el primer momento, el día que nos conocimos y vi la portada del álbum que llevaba en su móvil. Construimos nuestros cimientos con amor y con música. Siempre. Sin descanso. Incluso cuando dejábamos de vernos y de hablarnos, ese amor y esa música seguían creciendo aunque fuera en el silencio más absoluto. Eran tan grandes esos silencios que a veces podíamos escuchar las cosas que no nos decíamos en todo ese tiempo. Elena había definido a la perfección una serie de sensaciones que en buena medida explicaban muy bien lo que yo sentía por la chica de Los Planetas.

Antes de salir de La Riviera, le regalé otro libro a Ana por haber hecho posible mi encuentro con ellos y nos fuimos en la moto de Nacho de vuelta a casa. Entré en mi habitación, dejé la ropa tirada en el suelo, me puse el pijama y me metí en la cama con el móvil para ver las fotos que había hecho en el concierto. Mi colega el Negro ya me había pasado las suyas de aquel momento en el que me habían subido a hombros. Salía gritando con uno de los brazos levantado y mi camiseta del último disco de Vampire Weekend que me había comprado en el Dcode el año que fueron cabeza de cartel. Sin dudarle, la puse como foto de mi perfil de Whatsapp y apagué el móvil, dejándolo en el suelo y ya poniéndome boca abajo para dormir. Soy incapaz de dormir con otra postura. Me quedé tumbado con la cara aplastada en la almohada, sonriendo a media asta, con ese gesto que solo sube hacia uno de los pómulos

mientras el otro se queda totalmente parado, sin estirarse, como si no quisiera saber nada de la risa que se está marcando su compañero de cara. A veces sonreímos así cuando hay algo que nos hace tremendamente felices a la vez que otra cosa nos pone jodidamente tristes. Aunque parezca que no, en realidad es muy complicado sonreír de oreja a oreja. A mí al menos me cuesta bastante, pero la gente cree que no. Sé muy bien disimularlo.

En ese momento sonreía así porque pensaba que si la chica de Los Planetas hubiera visto lo que había pasado aquella noche habría flipado. También estaba así porque volvía a preguntarme si ya se habría enterado de toda la que se estaba liando alrededor de nuestra historia y cómo se sentiría por ello. Una parte de mí me decía que bien, y otra que no le gustaba tanto, pero era algo que no podía confirmar, una simple teoría. Quizá ya me había olvidado por completo y me había convertido en un punto y final. Puede que lo hubiese escrito con resignación y obligada a ello por las putas circunstancias absurdas en las que uno puede llegar a meterse sin ser consciente hasta que se ve en un jardín lleno de cardos y rosales sin rosas, solo con espinas resulta muy complicado salir de todo eso porque las personas por naturaleza somos muy cómodas y no queremos pincharnos y mucho menos hacernos sangre.

No quería ser su punto y final, pero lo cierto es que tenía todas las papeletas.



EL HOMBRE SIN NOMBRE Y LA MUJER CON BALAS

A la mañana siguiente aún seguía con la resaca del concierto. Todo parecía apuntar a que sería uno de esos sábados que parecen domingos porque son igual de asquerosos. Hacía mucho sol y el frío seco del diciembre de Madrid no estaba haciendo del todo honor a su nombre. A mediodía abrí mi Instagram y tenía varios comentarios en algunas fotos. El libro estaba muy reciente y la actividad en mis redes sociales seguía siendo constante, con menciones y todo lo que os podáis imaginar, pero ese día hubo un comentario distinto, o más bien especial para mí. Era de Clara, la amiga de la chica de Los Planetas, la misma que meses atrás me había enviado aquel correo contándome que había desayunado con ella y que creía en nosotros dos como uno.

Antes de la publicación del libro, ya me había puesto otro comentario diciéndome que en cuanto saliera a la venta lo iría a comprar a la Fnac de Málaga, pero el nuevo comentario era mucho mejor y más conciso: «Holden, ya lo tengo. Y la chica de Los Planetas también». Creo que cuando leí eso estuve a punto de coger mi móvil, llamar a todo el mundo y organizar el mejor guateque que se haya celebrado en la historia de todos los guateques. Bueno, seguramente estoy exagerando un poco (solo un poco), pero aquel comentario me hizo feliz.

Es curiosa la capacidad, la fuerza que tienen ciertas personas para cambiar tu estado de ánimo en menos de un segundo, porque de verdad que ella era capaz de eso sin que se llegara a cumplir el segundo. ¿Podéis sentir lo que significaban esas pocas palabras de Clara para mí? Eran las primeras noticias reales que tenía de la chica de Los Planetas desde que había descubierto que vivía en Madrid y, sobre todo, eran noticias que me afectaban directamente a mí. Si no me quisiera, si no me amara, jamás habría comprado el libro. Jamás. Lo tengo claro. No se hubiera ni molestado en salir a la calle a comprarlo. Estoy convencido de que ella sabía que esas páginas escondían su verdad.

Ese mensaje me alegró el día, pero a la vez me provocaba muchas dudas: ¿le habría dicho a Clara que me escribiera aquello o habría salido de Clara lo de informarme sobre el asunto? ¿Cuál era el siguiente paso? O, mejor dicho, ¿había siguiente paso o se habría comprado el libro porque en realidad yo ya le importaba tan poco que leer mis palabras y tenerlas en su casa no le afectaba en absoluto? ¿Seguiría pensando en mí cada día? ¿Tendría semanas en las que me echaba tanto de menos que estaba al borde de la locura? Era ella la que tendría que responder a todas esas preguntas llegado el momento.

Me pasé prácticamente todo el día en pijama, hasta las siete de la tarde, cuando salí de casa para tomar unas cervezas con Toni y Duki. Os juro que desde que leí el comentario de Clara empezó a cambiar el tiempo y a nublarse el cielo, parecía que de pronto quería ponerse a llover. Tenía el presentimiento de que iba a suceder algo, una de esas cosas que provocan tormentas y que en otra ocasión ya os he contado. Después de pasar un buen rato entre cerveza y cerveza con ellos, nos llamaron el Negro y Marina para ir a cenar *sushi*. Me gusta tanto esa mierda que daba igual que el día anterior me hubiera atiborrado en el concierto de Supersubmarina, tenía claro que iba a repetir. También se unió Jaén al plan y acabamos los seis cenando en el piso del Negro. En todo el tiempo que duró la cena me resultó imposible no pensar en que la chica de Los Planetas se había comprado *La chica de Los Planetas*. ¡Es que es muy *heavy*! Escribo un libro... ¡Qué coño! Escribo unos relatos en un blog contando la historia que habíamos vivido juntos y acaba convertida en un libro que lleva su nombre, el maldito apodo por el que ahora la conocía todo el mundo. Y ella lo había comprado y, por supuesto, leído. Estaba nervioso, intranquilo, pero bastante feliz.

Esta vez tenía muy claro que las cosas me saldrían bien y que, si pasaba cualquier desastre, podría controlarlo todo para que no se fuera al traste. Sentía que iba a llegar mi momento. No es una cuestión de que me lo merezca. La gente cree que me merezco estar con ella pero no tienen razón. Eso es una chorrada. Nadie se merece nada cuando estamos hablando de personas. El que lucha por alguien, el que ama sin condición, lo hace sin esperar nada a cambio, porque, si lo haces creyéndote el mejor y con derecho a alguna cosa, vas por muy mal camino. Las personas no se merecen. Conectan y punto. Viven, luchan, se matan y vuelven a vivir porque son capaces de quitarse esas balas que se han disparado mutuamente. Todos hemos disparado alguna vez contra otra persona sin razón alguna y luego hemos sido capaces de entregar las armas y curar las heridas. Yo he disparado muchas veces, pero todas para acojonar. Yo soy más de disparar al aire para hacer mido y decir «Aquí estoy», ven conmigo y déjate de tonterías. Aunque muchas veces he disparado al cielo simplemente para decir a gritos: «¡Me tienes delante de ti, dispárame si tienes cojones, si eso es lo que quieres, dispara, hace tiempo que colecciono todas tus balas como auténticos trofeos!». Y ella por supuesto que disparaba. Le encantaba dispararme en la cara y salir corriendo. No se atrevía a quedarse de pie mirando cómo caía al suelo y mi cuerpo se encogía sobre la tierra convirtiéndose en nada. Nunca lo hacía. Salía corriendo y prefería no echar la vista atrás para ver si había sobrevivido o si estaba completamente muerto, pero siempre volvía. Daba igual el tiempo. No importaba que fueran días, semanas o meses. Volvía al sitio donde yo me había quedado tirado y, con su pelo largo, me enjuagaba las heridas.

Habíamos terminado de cenar y estábamos de sobremesa cuando a las doce de la noche recibí un Whatsapp lo suficientemente largo como para no poder leerlo del

todo en la pantalla si no te metes directamente en la aplicación. Era de un número que no tenía guardado en mi agenda de contactos, el de Clara. «¡Hola! ¿Qué tal vas? Espero que estés bien aunque, por lo que veo en tus redes, lo estás petando y yo me alegro mucho por ti. Es impresionante todo lo que estás haciendo y logrando. Te escribo porque estaba empezando a leer tu libro, que como te he dicho antes me acabo de comprar, pero justo ha sucedido algo... Por favor, cuando leas esto, contéstame lo antes posible. Es muy importante, pero no te asustes que no es nada grave».

Me quedé sin habla, Clara se refería claramente a algo que tenía que ver con la chica de Los Planetas. Estaba seguro de que ella le había dado mi teléfono para que pudiera ponerse en contacto conmigo. Era la única explicación lógica que tenía este asunto. Estaba acojonado. ¿Y si le había dicho que yo era un capullo integral y que estaba harta de lo que estaba haciendo? ¿Y si Clara tenía un mensaje de su parte para decirme que yo estaba equivocado y que no tenía razón en nada de lo que había escrito? Y si..., y si... ¡Me cago en los putos «y si»! Le pregunté a Clara qué estaba pasando. Le dije que me había preocupado mucho su mensaje, que parecía alterada. Rápidamente me contestó que no había razón alguna para preocuparse, que estuviera tranquilo, que no era nada malo. Me dijo que la chica de Los Planetas estaba intentando contactar conmigo pero que la tenía bloqueada de todo. Que necesitaba hablar conmigo y que hiciera lo que tuviese que hacer para tener una conversación con ella. Yo la verdad es que no me tragaba nada. Le dije a Clara que no quería volver a sufrir, que no quería desbloquearla para que después sucediera algo que acabara mal para mí. Clara insistía y me pidió que me fiara de ella, que nos teníamos que volver a ver, que teníamos que recuperar el tiempo perdido porque nos lo debíamos de verdad, porque los dos lo necesitábamos. Después de eso empecé a ablandarme y pensé que quizá aquella era la forma que ella tenía de volver a mí, su manera particular de romper mis puertas, aunque fuera poco a poco.

Ella siempre vuelve de otra manera distinta a la que tengo en mi cabeza, y casi mejor. Siempre es mejor que te sorprendan, para bien o para mal. A ver, si es para bien mucho mejor, eso lo sabemos todos, pero yo quiero una vida que sorprenda y una persona sorprendente a mi lado. De todas formas, insistí en si estaba segura de que hacía bien desbloqueándola, a lo que ya me respondió: «Me está diciendo que el otro día te envió un MMS y que ni le contestaste».

Ahí estuve al borde del infarto. Me di cuenta al instante de que aquel MMS que me había llegado hacía unos días y que nunca pude leer era suyo. Una casualidad más en la lista de casualidades. Nadie envía MMS hoy en día, pero parece ser que ella sí.

Me escabullí del salón con alguna excusa porque necesitaba concentrarme en esa conversación y era incapaz de hacerlo con el barullo de todos hablando a la vez y la tele puesta de fondo. Me fui al baño porque no quería ponerme a dar explicaciones a nadie, y me senté sobre el saliente de la bañera mientras tecleaba con prisa el móvil.

—Mierda, Clara. Es cierto. El otro día recibí un MMS que no pude leer porque

justo me había comprado un móvil nuevo y lo tenía mal configurado. ¿Era de ella?

—Debe de ser ese, mira, me envía el pantallazo con él.

Descargué la foto. Era un pantallazo de aquel MMS, en el que la imagen era una fotografía del libro que se había comprado. Me puse a leer con el corazón en la garganta: «Seguramente sigas teniendo el Galaxy Ace y no te llegará la foto. Acabo de terminar de leerlo (o releerlo). Aunque lo haya intentado, es imposible no enterarse de que estás liando una buena con el libro. Algún día nos encontraremos, seguro, y hablaremos de ello, porque, estés de acuerdo o no, hay una conversación pendiente. Te desearía suerte pero tú no la necesitas».

Ese mensaje lo cambiaba todo. Definitivamente sí, tenía que desbloquearla. ¿Qué más me daba? Era una oportunidad nueva. Por si no estaba convencido, Clara me envió otro pantallazo en el que se veía el mensaje que la chica de Los Planetas acababa de enviarle en ese preciso momento. Ella le estaba pidiendo que me dijera que la desbloqueara sí o sí, que necesitaba hablar conmigo.

—De acuerdo, Clara. Voy a desbloquearla.

—Os lo debéis. Justo estaba leyendo la parte de tu libro en la que hablas de una de esas casualidades vuestras. Yo también creo en las casualidades como tú. Eso sí, más te vale dedicarme un capítulo en el próximo, porque esta historia no debe acabar nunca. Espero haber ayudado un poco con esto.

—Gracias, Clara. Yo también espero lo mismo. No eres nada consciente de lo mucho que esto supone para mí.

—Yo te entiendo. Habla con ella.

La desbloquee, abrí su conversación y escribí únicamente un «hola» acompañado de su nombre. Me encanta pronunciarlo, me encantaba llamarla por su nombre cada vez que tenía la ocasión, y ella sabe que me vuelve loco y que por eso lo hacía tantas veces.

Ella, en cambio, nunca me llamaba por mi nombre. Jamás. Ni siquiera al principio. Me llamaba de un millón de formas salvo por mi puto nombre, y a mí me gustaba que lo hiciera así porque eso nunca me había sucedido antes con ninguna chica. Yo notaba que conmigo era distinta que con otros chicos aunque no la hubiera visto nunca tratar a ningún otro, pero estaba convencido de que con el resto de tíos con los que ha estado en su vida era convencional y aburrida. Siempre se lo decía.

Cuando le pregunté su nombre el día que la conocí, le dije como un capullo totalmente pillado por una tía desconocida: «Encantado. F. Yo soy A.», y ella ni se inmutó. Solo me sonreía. No paraba de hacerlo. Pues bien, jamás utilizó esa A., o muy rara vez lo hizo. Un par de semanas después de conocerla la agregué a Facebook, y nada más aceptarme me puso un comentario en mi muro: «Popero». Me encantó que me llamara así. Y yo le contesté con el enlace de Spotify al disco *Pop* de Los Planetas diciéndole algo así como: «Un gran disco que esconde mejores momentos». Algo así. Yo ya me estaba refiriendo a ese 30 de noviembre y a todos los días que nos quedaban por vivir. Lo que más me llamaba siempre era Popero, pero a

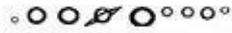
veces lo abreviaba a Pope, otras veces directamente me decía «tú», y otras, «nene», «madrileño», «hijo», «castizo», «planetario», «soba», «pelos» y «apañao». Decía que mi nombre era de rey y que eso a mí no me pegaba. También hubo alguna noche que me dijo mientras me besaba: «Tú eres el hombre dragón». Pero eso creo que solo fue una vez en la vida.

De pronto vi que se conectaba. «En línea». Pasaron cinco segundos interminables esperando a que ese «en línea» cambiara a «Escribiendo...», y entonces me llegó su mensaje: «A ver, tú, Vampire Weekend, ¿se puede saber la que has liado?».

En ese momento sentí que la chica de Los Planetas volvía a mi lado. Era como si, una vez más, no hubiera pasado el tiempo y todo continuara en el momento en que lo habíamos dejado. Esta vez traía su revólver sin balas, porque sabía que si me volvía a disparar no se lo perdonaría nunca y me perdería para siempre.



III. VUELVES, AUNQUE NUNCA TE FUISTE



«Puedo tatuarme un dragón en la espalda, pero el día del cumpleaños de cualquiera pensaré que de todas las cosas que nunca he tenido, ella es la que más echo de menos».

RAY LORIGA

LO PUTO PEOR

Tenía cojones el asunto. Nueve meses sin hablarnos y lo primero que me dice es eso. Me podría haber dicho un millón de cosas distintas, pero no. Escogió esa frase y me la soltó en cuanto la saludé. En realidad no lo hizo premeditadamente; fue lo primero que se le debió de ocurrir al ver mi foto, lo primero que le vino a la cabeza, porque, en esos cinco segundos interminables antes de escribirme, estoy seguro de que lo que estuvo haciendo fue entrar en el perfil de mi Whatsapp y ver la imagen en la que salía cantando para ella (aunque eso ella no lo sabía) con aquella camiseta que tanto le gustaba cuando me la ponía.

Siempre me ha gustado que sea así de natural y que entre nosotros no haya que retomar las cosas de una forma vergonzosa, enrevesada o forzada y que nos cueste a los dos sangre, sudor y lágrimas. No, de eso nunca hay cuando volvemos. Ese tipo de cosas solamente las experimentamos cuando no estamos juntos, porque, en el momento en que nos volvemos a encontrar, no hay espacio más que para la alegría. Eso es, finalmente, lo que nos sale de lo más profundo de todos y cada uno de los poros que tenemos en la piel y en el alma, porque el alma también tiene poros. Esa sensación de vacío que ambos compartimos sin darnos cuenta se llena hasta que rebosa, pero, igual que tenemos esa capacidad, también sabemos romperlo todo sin preocuparnos mucho y eso no indica nada bueno.

Tenemos una confianza y sobre todo un nivel de complicidad muy grande. No necesitamos presentaciones, ni preguntarnos qué tal nos va la vida, ni ninguna de esas mierdas para romper un hielo inexistente, porque los dos sabemos en qué punto se encuentra el otro aunque llevemos meses sin saber nada de su vida. A ver, tampoco somos adivinos. Eso está claro. No podemos saber a ciencia cierta todo lo que ha hecho el otro, pero sí conocemos a la perfección las sensaciones que lleva dentro, aunque no nos las hayamos contado.

No nos gustan los rodeos porque nunca los hemos utilizado. Siempre fue todo directo y con una intensidad que era más adictiva que cualquier droga que nunca me he planteado probar. Siempre hemos ido al grano. Las gilipolleces no están hechas para nosotros y esa virtud jamás vamos a perderla.

—Vampire Weekend... Tienes unos cojones, tía...

—¿Qué pasa?

—Que anda que decirme eso después de mil años sin hablarnos, como si no hubiera pasado nada... Muy tú.

—A ver, hijo, no vamos a cambiar eso ahora, ¿no? Es que eres un flipado con esa

camiseta de Vampire Weekend.

—Pero te gusta mucho la camiseta y que sea un flipado. No me lo niegues.

—No te lo niego. Me gustan ambas cosas. Ya sabes que cuando te tengo que reconocer algo, te doy la razón a la primera sin ningún tipo de problema.

—Me ha escrito Clara. No me llegó tu MMS. Ya no tengo mi móvil que parecía una Canon. ¿Qué te pasa?

—Ya era hora de que te deshicieras de ese móvil. ¿Cómo que qué me pasa? La maldita pregunta es ¿qué cojones te pasa a ti?

Me gustaba mucho que sacara su vena de malhablada. Ella no es como yo, que en mi boca hay un «puto» delante o detrás de cada palabra, a ella más bien le sale en determinados momentos que uno nunca se espera.

—A mí no me pasa nada. ¿Qué me va a pasar? Estoy igual que siempre.

—Mentira. Ahora por lo visto eres más famoso que Paul Auster, ¡Dios santo!

—Qué capulla eres. Cómo te encanta vacilarme y rente de mí. Pero lo haces bien. Yo no soy famoso, es nuestra historia la que conoce todo el mundo, y es a ti a quien quieren conocer todas las personas que leen el libro.

—¡Qué cruz tengo contigo! ¡Eso sí que no lo sabe nadie porque no lo has escrito! ¡No te cansas nunca! Eres la persona que más paciencia tiene conmigo y sé que me vas a matar por volver aquí, otra vez, como siempre, como si no hubiera pasado nada.

—La cruz la tengo yo, no te confundas. Tú tampoco te cansas, pero lo sabes disimular muy bien, si no, no estarías ahora mismo hablando conmigo y todo te importaría una puta mierda. Algún día me agradecerás todo esto.

—Un día me vas a matar. Soy consciente de que soy lo puto peor contigo. ¿Por qué siempre estás tan seguro de todo?

—Porque yo no me engaño. No como una que yo me sé, a la que le encanta hacerlo.

—Qué gilipollas eres.

—Pero eso también te encanta.

—También te lo reconozco. Tenemos que hablar. Hay una conversación pendiente.

—Estoy de acuerdo. ¿A qué hora y dónde quedamos? Voy para allá.

—¿Cómo? ¿Pero ahora? Estoy de cena de Navidad con las de mi trabajo. Que conste que te he escrito porque ya llevo un par de cervezas y tú sabes muy bien que no estoy muy entrenada con el alcohol y ya se me han subido a la cabeza.

—Ya sabes la chorrada esa que dice la gente tonta de que los borrachos no mienten. Al final quizá hoy vayan a tener razón.

—Puede que sí. Es probable que la tengan.

—¿Nos vemos o no?

—¿Pero ahora?

—Joder, hija, has sido tú la que me has escrito para ello. ¿No querías hablar conmigo?

—Sí, pero tampoco pensaba que ibas a querer ya de ya.

Era la una de la mañana y yo estaba en pleno Vallecas, en la otra punta de donde probablemente estaría ella. Os aseguro que me hubiera dado exactamente igual coger un avión hasta la otra punta del mundo para tener esa charla con ella y volver a verla después de tantísimo tiempo.

—No sé qué te sorprende, ya sabes que contigo siempre he funcionado así. Cuando se trata de ti, no me permito perder ni un segundo.

—Ya lo sé, hijo mío, ya lo sé...

—Bueno, que si estás cenando con las del trabajo, ya nos vemos otro día.

—No, da igual, si ya estamos terminando.

—¿Dónde estás? Me acerco.

—En la plaza de la Luna. Podemos quedar ahí.

—Perfecto. Yo estoy en Vallecas, le digo a alguno de estos que me acerque a casa en un momento, pillo dinero para un taxi y voy. Lo que tarde. Quedamos al lado de la iglesia. Sigo siendo un hombre sin datos y sin saldo, así que cualquier cosa, me llamas o me mandas un SMS.

—Ya sabía yo que seguías siendo de maldito prepagó. Ya te vale.

—Ya sabes que hay cosas que son mazo difíciles de cambiar, otras también, pero acaban cambiando. Salgo para allá, anda. Calcula que llego a la una y media.

—Mazo, mazo... Perfecto. Ahora nos vemos. Que sepas que estás loco.

—Ya sabes que ese es tu mejor piropo y el único que sabes decirme.

Salí del baño y fui al salón intentando poner cara de que no había sucedido nada, la cara que pone una persona después de hacer sus necesidades. No sé cuál es esa cara, la verdad, pero en cualquier caso me esforcé muchísimo en ponerla. Creo que lo conseguí, porque, al volver al sofá, nadie me dijo nada. Bueno, sí, el Negro comentó algo:

—Espero que mi baño siga oliendo a rosas después de tu visita...

—Tranquilo, mi mierda huele a rosas.

El Negro se rio con mi respuesta pero a Marina no le hizo ninguna gracia y nos dijo cariñosamente que éramos unos guarros. Todos estaban como muy a gusto sentados allí hablando y con *Un tiempo nuevo* de fondo puesto en la tele. Creo que ese día iban a entrevistar a la amiga del Pequeño Nicolás en el programa, y estaban todos muy expectantes. Tenía que convencer a Jaén para que levantara el culo del sitio y me llevara a casa inmediatamente, y me costó un poco porque justo estaba jugando a no sé qué juego en su móvil. Igual tardó en acabar la puta partidita dos minutos, pero para mí fueron como dos malditas horas. Nos despedimos del resto y nos subimos a su Fiat Punto mientras sonaba en la radio un recopilatorio de música Rock de los años cincuenta que siempre lleva puesto y que inexplicablemente alterna con reguetón cuando uno menos se lo espera, para saltar finalmente a «Un pingüino

en mi ascensor». Un auténtico cóctel molotov de sonidos.

Jaén iba con ganas de hablar. Ya no me acuerdo de cuál era el tema, pero no paraba de hablar y de hablar con la mirada puesta en la M-30 mientras esperaba la salida de O'Donnell. Yo de vez en cuando le contestaba con una de esas frases neutras que caben en cualquier conversación, sea lo que sea que te estén contando, tipo: «Es que me parece muy fuerte, ¿eh?». Probadlo. Sueltas eso en medio de cualquier tema y parece que te has enterado de todo aunque no sepas de qué coño va la movida. Funciona aunque te estén diciendo que se acaba de morir tu mejor amigo.

Con Jaén hablo mucho y de hecho me gusta hacerlo, porque siempre descubro algo nuevo en él, pero en ese momento, siendo honesto, no estaba escuchando nada de lo que decía. Mis ojos miraban al cielo de Madrid a través de la ventanilla, y podía ver que cada vez estaba más encapotado, con nubes grises y espesas que se movían a una altura muy baja hacia una dirección desconocida. Siempre me han llamado la atención las nubes. Su paso lento, su capacidad para ser tan oscuras y otras veces tan cieras, sus rayos saliendo de sus tripas con descaro y sus formas tan majestuosas que evocan algo que nos gusta: todas esas cosas me han hecho sentir siempre por ellas admiración y respeto.

La mayoría de las personas se pasan la vida mirando nubes y encontrando en ellas alguna forma que nos recuerde algo. Yo miraba las nubes desde el coche. No parecía que fuera a llover, pero ahí estaban preparadas, esperando algo grande, como un ejército preparado para morir en un campo de batalla.

Aquel había sido un invierno parecido a una primavera, no había llovido casi nunca. En Madrid suele llover lo suficiente para que acabes harto de la lluvia, y yo sabía que si llevaba tanto tiempo sin hacerlo y estaba todo tan seco era por nosotros. Llegados a este punto debéis de pensar que estoy como una puta regadera, pero ya os conté una vez el día en que los dos fuimos capaces de provocar una tormenta. Porque fuimos nosotros. Si no caía el puto diluvio universal sobre nuestras cabezas esa noche que iba a volver a verla, me iba a llevar una grandísima decepción.

En eso iba pensando, en eso y en cómo iba a ser el momento en que nos viéramos. Pensaba en ella, en la cara que pondría, en la ropa que llevaría puesta, en su reacción al verme, en su voz, en su acento y en sus labios. Pero, sobre todo, pensaba en su pelo... Un mes después de que desapareciera, alguien me hizo llegar una foto que había subido ella a sus redes sociales. Aparecía en una muy céntrica calle de Madrid con el pelo recién cortado a la altura de los hombros y su infinita coleta agarrada en la mano, exhibiéndola como si fuera un auténtico trofeo. Estaba sonriendo.

Ver esa foto me había revuelto el estómago y provocado pequeños pinchazos en el corazón. ¡Se había atrevido a cortárselo! Ya llevaba tiempo avisándomelo, pero jamás habría pensado que lo haría. Su pelo era como mío. Ella sabía lo importante que era para mí, y quizá por eso había terminado cortandoselo. No pude mirar esa foto más de diez segundos. No podía verla. No estaba acostumbrado a verla así. Era un cambio total. Como si ella me dijera en esa foto: «Toma mi pelo, esto ha terminado»; como si

fuera una especie de ofrenda que marcara una etapa nueva de la que yo estaba excluido.

Su pelo largo era para mí como estar en casa. La banda islandesa Sigur Rós tiene un documental muy bueno que se llama *Heima*, que significa «en casa», sobre la gira que hicieron por los pueblos de Islandia después de su gira por el mundo, dando conciertos gratuitos cuando caía la noche en parajes que eran únicos. Se me ponen los pelos de punta cuando recuerdo cómo los habitantes de aquellos pueblos llegaban al lugar del concierto en medio de la nada con sus hijos, con sus perros, con sus novios, con sus novias, con sus manteles para cenar allí mismo con los troncos de madera que necesitaban para encender hogueras antes de que se hiciera de noche. Por todo eso se llamaba así el documental, porque estaban en casa, porque hacían lo que les daba la gana, lo que les hacía felices, porque estaban en ese lugar en el que se pueden echar raíces. Su pelo, para mí, era *heima*. Lo tocaba siempre que podía, lo olía e incluso podía quedarme dormido sobre él. Era como estar en casa.

Mi colega Jaén me dejó en casa, nos despedimos y subí corriendo a por dinero y a por el cuadro enmarcado con el mapa de nuestra historia que hacía poco me había regalado Carmen. Quería regalárselo a ella. Al final, mi editora Mónica iba a tener razón. Durante todo este tiempo, el cuadro lo había tenido de pie apoyado sobre mi mesa. Nunca lo llegué a colgar, quizá porque sabía que no iba a ser para mí. La verdad es que era bastante duro levantarme cada mañana y ver aquel cuadro delante de mis narices. En él podía ver toda mi historia con ella en menos de un minuto, y, aunque hiera bonito y me gustara, también a veces me dolía. Quería que lo tuviese ahora ella y flipara con lo que la gente había sido capaz de hacer a partir de nuestra historia.

Salí de casa. Llevaba unos vaqueros pitillo, mi camisa verde y blanca que me había regalado hacía tiempo ella, una sudadera de flores que me compré en la sección de tías del Pull & Bear pero que a mí me quedaba de puta madre, mi trenca y unas New Balance azules y amarillas que tenía desde hace muchísimo tiempo pero que nunca me ponía. Me miraba de arriba abajo para ver si iba guapo, pero no llegaba a una conclusión clara. Quería que me viera guapo, joder. Todo el mundo quiere eso de alguien que te gusta. Subí al primer taxi cargado con el cuadro del mapa de mi vida y le indiqué al taxista que íbamos a la plaza de la Luna. En medio del camino recibí un SMS de ella diciéndome que mejor quedábamos en San Bernardino, en la salida del metro, justo enfrente del Fotomatón, así que tuvimos que desviar ligeramente nuestra ruta, ya que en esa zona todo está cerca de todo pero si vas andando. El taxista estaba tan dicharachero como mi colega Jaén. A mí siempre me gusta hablar con los taxistas, siempre tienen algo interesante que contar, pero esa noche no quería hablar con nadie.

Al fin llegamos a mi destino y yo tenía la cabeza hecha un puto bombo gracias a mi querido taxista. Me dejó en la esquina y me encaminé directo al lugar en el que habíamos quedado. El ascensor de cristal del metro está justo en medio de la pequeña plazoleta y alrededor no había ni rastro de ella.

Tenía que estar detrás, fuera de mi campo de visión, así que me dirigí hasta allí temblando y al final me encontré con ella.

Por fin la tenía delante. Frente a frente. Su mirada se apartó del móvil en el que estaba tecleando y se dirigió directamente a mis ojos. Nos sonreímos, y fuimos directos a darnos un abrazo.

Nunca he podido darle un abrazo en condiciones en ninguno de nuestros reencuentros. Nunca lo he podido hacer porque siempre llevo algo en una de las manos para regalárselo, y no tengo el reflejo de dejarlo tirado en el suelo y abrazarla con ambos brazos. Pero ella sí que lo hace, y aquella noche sus brazos se aferraron a mi cuerpo como un candado que se cierra para no abrirse jamás. Yo la abrazaba como podía, y le daba muchos besos en la mejilla. Ella me los devolvía riéndose.

—Te voy a matar —le dije.

—¿Por qué? —No paraba de sonreírme y de mirar al cielo.

—¿Cómo que por qué? Eres una capulla. Míranos.

—Soy lo puto peor contigo.



ESA NOCHE DE DICIEMBRE

Nos seguimos abrazando con fuerza, y estoy seguro de que, al igual que yo, en ese momento ella hubiera querido morir allí mismo conmigo y que todo lo demás desapareciera, incluso nosotros, pero juntos. Sentíamos una paz terrible. Nos habíamos convertido en un auténtico oasis dentro del desierto que éramos. Llevábamos meses así, caminando por un desierto que habíamos creado y en el que ni siquiera estábamos juntos. Es decir, más bien nos habíamos colocado a muchos kilómetros de distancia el uno del otro por decisión propia, pero siempre sobre el mismo tablero, en la misma partida, sabiendo que de alguna forma nos íbamos a terminar encontrando en aquel paraje deshabitado en el que solo convivíamos los dos aunque nunca nos cruzábamos y cuando lo hicimos en aquellos dos conciertos no tuvimos la fortuna de vernos. Sabíamos que tarde o temprano volveríamos a encontrarnos, aunque quizá no sospechábamos que iba a pasar tantísimo tiempo. Obviamente esto nunca lo habíamos comentado pero tampoco hacía falta. Era algo que sabíamos y que sucedería aunque no supiéramos cuándo, dónde ni en qué condiciones.

Necesitábamos volver a vernos, a tocarnos, y aquel abrazo lo demostró. Llevábamos mucho tiempo vagando por un puto desierto repleto de espejismos que en alguna ocasión nos habíamos creído que eran reales y nos habíamos contentado con ellos, pero al final, a pesar de los pesares, lo habíamos logrado y por fin allí estábamos los dos, convertidos en un oasis de agua que se retroalimentaba con aquel abrazo y esos besos que suavemente nos dábamos en nuestras mejillas. Tenía el pelo cortísimo, a la altura de los hombros, y con unas californianas que no podían hacerle la competencia a su pelo castaño, que se resiste a que otro color venga ahora a ser el protagonista en su cabeza. Imposible. Dejé de rodearla con el brazo para acariciarle el pelo mientras la apretaba contra mi pecho, como si quisiera que entrara dentro de mi alma para que viera las cosas que llevo dentro y me comprendiera. Ese pelo siempre me ha vuelto loco. Ella siempre se quejaba de tenerlo tan liso y yo siempre le decía que no se quejara tanto, que la finura que tenía me hechizaba por completo.

—Pero ¿qué te has hecho en el pelo? ¡Te has cortado mi pelo!

No parábamos de abrazarnos y ella sonreía y a veces se escuchaba su risa pero en bajito, se reía casi en silencio y dejaba soltar por su boca ese dulce aliento que siempre me deja fuera de juego en cuanto mi nariz lo percibe, provocando unas ganas de querer devorarla allí mismo y comerla a mordiscos.

—Pues que ahora llevo una melena francesa que lo peta. Soy una maldita

moderna —dijo con la ironía que siempre la caracteriza.

—Melena francesa, melena francesa... Sigues siendo muy flipada pero estás guapísima. Aunque te rapas el pelo al cero, por mucho que me guste tu pelo largo, voy a seguir estando totalmente colgado por ti.

Y era cierto. Estaba muy guapa aunque se me hacía raro verla así de cambiada. Antes de separar nuestros cuerpos y de abrir el candado que habían echado sus brazos a mi espalda, con una nostalgia terrible y un miedo a perderla que ya había desaparecido, le dije:

—Pensaba que ya no vivías en Madrid, tía.

—Pero ¿qué dices? Estás de broma, ¿no?

Nos separamos y seguimos con la conversación.

—Me enteré justo hace un mes de que estabas viviendo aquí. Pensé que te habías marchado a Andalucía de nuevo y que estabas lejos, muy lejos en todos los aspectos.

—Venga ya. ¿Pero qué hago yo allí? Ya he hablado contigo muchas veces de eso. No me creo que te hayas enterado ahora de que sigo viviendo en tu ciudad. ¿Es que no te metes en mi Twitter? ¿Cómo te has enterado? Seguro que lo sabes por los *tuits* que llevo poniendo desde que volví aquí.

—No me meto nunca en tu Twitter. Alguna vez lo he hecho, pero no más de treinta segundos, y hace ya bastantes meses que no entro en tu perfil. Me da miedo meterme y encontrarme con algo que me haga daño. Me enteré por una serie de casualidades que me llevaron a tu foto, la que estabas en un concierto. Yo también estuve viendo a Pollock el mes pasado como tú.

—¿De verdad? Uff, ¡qué fuerte! Pues por lo visto también estuvimos en otro concierto y tampoco nos vimos. En el de Guadalupe Plata en el Ocho y Medio, que fue en octubre. Me lo dijo Clara, me preguntó si nos habíamos visto, porque ella sabía que yo había ido con mi amiga Sofía y vio en tu Instagram que tú también habías estado.

—Joder, ojalá nos hubiéramos cruzado en alguno de los dos. Dos conciertos bajo el mismo techo y no nos vemos. Como cuando fuimos a Leiva el primer año que nos conocimos y estábamos a un paso pero tampoco nos encontramos. Me cago en la puta.

—¡Maldita sea! No me creo que no te metas en mi Twitter.

—Pues créetelo porque no lo hago. Como te digo, no quiero correr el riesgo de ver cualquier gilipollez que pueda destrozarme por completo. ¿Tú te metes en el mío o qué? Te tengo bloqueada. No puedes ver nada de lo que escribo. Te bloqueé para demostrarte que me da igual que me leas, porque, lo hagas o no, yo voy a seguir luchando, aunque me quede solo y nadie me apoye. Eso me da igual.

—No termino de creer que no te metas regularmente en mi Twitter, pero, bueno, ya no insisto en ese asunto. Claro que entro en el tuyo, y además lo hago prácticamente todos los días. Aunque me tengas bloqueada, lo hago desde el perfil de mi nueva empresa, y antes de crear esa cuenta me las ingeniaba por otras vías. Lo

llevo haciendo desde que desaparecí. Puede que haya pasado alguna temporada larga sin hacerlo, pero en general me metía tanto en el perfil de Holden como en el tuyo. De hecho, cuando te quitaste tu Twitter personal, me dio algo por dentro. Llegué a sentir cierta tristeza, no te lo niego, pero supongo que era lo que debías hacer con este follón que has montado. Yo siempre he sabido que harías algo grande, pero no sabía que sería por esto.

Suspiré para mis adentros aliviado cuando la escuché decir eso, porque aquello significaba que no se había olvidado de mí ni un solo momento, y que yo seguía vivo dentro de ella. Seguía escondiéndome dentro de su cabeza y sobre todo en ese corazón que tiene y en el que me guarda lejos de la vista de la gente que la rodea. Después de escucharla decir todo eso, fui consciente de que cada uno de sus latidos, a pesar de todo, llevan mi nombre y el de nadie más. Pensé que quizá algún día su corazón dejará de ser un lugar que utilice como un escondite, como uno de esos zulos contruidos en un bosque perdido del sur de Francia para mantenerme ahí recluido entre sus arterias y que nadie me vea, para que solo unos pocos sepan de mi existencia, para hablarme cuando le dé la gana y sacarme a la luz de todos cuando ella lo decida.

—¿De verdad? ¿En todo este tiempo me has seguido la pista y has leído lo que he puesto en mis redes sociales? Joder, tía. Me quedo flipando.

—No te hagas el sorprendido, anda, sabes de sobra que te leo. Lo he hecho siempre.

—De verdad que siempre lo he dudado, porque, si no estás a mi lado, ¿por qué cojones ibas a tomarte la molestia de leer las cosas que digo para enterarte de qué hago con mi vida? Si tu vida es tan cojonuda sin mí, supongo que ni te molestarías en entrar a ver qué coño he escrito cualquiera de esos días. Yo al menos no lo haría.

Guardó silencio y me puso esos ojos que ella me pone, que se abren mucho y me dicen: «Cállate, anda, soy la primera que sabe que la estoy cagando. No hace falta que me lo recuerdes constantemente. En algún momento de mi vida le pondré remedio». Cada vez que me mira así yo me callo y no le digo nada, pero me entran ganas de soltarle muchas cosas para que le ponga remedio cuanto antes y no cuando ya no tenga solución alguna. Después de esos pequeños segundos sin decir nada pero diciéndomelo con los ojos, volvió a la carga:

—¿Se puede saber por qué has traído eso?

—Es para ti, mira lo que han hecho. Es nuestra historia convertida en un plano de Madrid.

—Ya lo sé, lo he visto en tus redes sociales y casi me da algo.

—Veo que sí que va a ser verdad que lees todo lo que pongo. Quiero que te lo quedes tú.

—Vale, pero ahora no lo enseñes mucho por la calle, no vaya a ser que nos asalte una de tus fans y nos descubra. —Todo eso lo decía con la ironía que la caracteriza y que a mí tanto me gustaba.

—Tranquila, no te voy a hacer cargar con él, luego cuando nos vayamos te lo doy.

Empezamos a caminar por la zona buscando cualquier sitio donde poder sentarnos a hablar con más tranquilidad. La temperatura comenzaba a bajar y notábamos el frío en los huesos. Pudimos estar caminando durante veinte minutos en círculos, porque no le convencía ninguno de los sitios por los que íbamos pasando y también porque nos encontrábamos en una especie de estado de *shock* que no nos dejaba pensar con claridad. En todo ese recorrido nos dijimos muchas cosas, pero hubo dos en las que ella insistió especialmente: cuánto tiempo había pasado desde la última vez que nos habíamos visto y que por qué cojones no la había llamado antes de publicar el libro.

—No querías saber nada de mí y yo te había bloqueado de todo. ¿Cómo iba a llamarte como si no hubiera pasado nada y decirte: «Ey, tía, voy a publicar nuestra historia con una editorial a nivel nacional»? No podía hacerlo.

—Pero ¿cómo que no? Debías hacerlo. Es mi puta historia.

—No te confundas, es nuestra historia. La de los dos, y yo he contado mi parte.

—No lo veo de la misma manera, pero entiendo a qué te refieres. Es que, joder, ¿hace cuánto que no hablamos?, ¿hace cuánto que no nos vemos? —Se la notaba abrumada, saltaba de un tema a otro.

Esas eran preguntas que yo también me hacía, sorprendido como estaba de que hubiera pasado tanto tiempo y volviéramos a estar ahí, compartiendo el mismo aire, hablando de nosotros y tratando de solucionar el mundo.

—Nueve putos meses, F. Nueve putos meses y aquí estamos, como siempre.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué nos pasa esto siempre?

—Sabes la respuesta y no entiendo por qué aún me lo sigues preguntando. Hace tiempo que debíamos ser una misma persona. Lo sabes perfectamente. Basta ya de perder el puto tiempo.

—Es que soy idiota contigo, porque no hay nadie como tú y yo no termino de lanzarme.

—Eso será porque seguro que hay otros tíos que hacen un millón de cosas por ti y mejores de las que yo hago.

—Te puedo asegurar que no. No tantas y ninguna como las tuyas.

Me tranquilizó mucho escuchar eso. En ese momento nos habíamos detenido en la acera y me volvió a preguntar con su acentazo, comiéndose todas las eses habidas y por haber, como a mí tanto me gustaba:

—¿Vamos a meternos ya en alguno de estos sitios o seguimos caminando toda la maldita noche?

Entramos en La Mantequería, que justo la teníamos delante. Nos sentamos y el camarero nos comentó que en media hora iban a cerrar, pero en cualquier caso yo me pedí una Coca-Cola y sorprendentemente ella se pidió otra, alegando que ya llevaba demasiado café en las venas aquel día. Si os digo la verdad, yo me hubiera tomado unos buenos tintos a nuestra salud. El momento lo merecía.

—Ayer fui al concierto de Supersubmarina y luego estuve con ellos y les regalé a todos el libro, incluido a Javi, el pianista que tanto te gusta como toca.

—Ya, hijo, ya lo sé. Si te digo que te leo siempre, soba.

Entre su respuesta y que hacía un millón de años que no me llamaba así, me morí de la risa, y ella continuó:

—¿Qué te parece el nuevo disco? Yo quería ir al concierto, pero con el horario que tengo en el trabajo era totalmente imposible. Te acordaste de mí, ¿eh? No me lo niegues.

Me encantaba que volviéramos a hablar de esas cosas. Que hiciese nueve meses que no nos veíamos y que, sin embargo, además de lo nuestro, nos preocupara también lo que el otro opinaba sobre el nuevo disco de Supersubmarina y cosas de ese tipo. Nosotros éramos así, y éramos capaces de encontrar el amor en la música, al igual que lo hacíamos en los libros y en general en toda forma de cultura. En un momento dado comenzamos a hablar de las entrevistas que me hacían para promocionar el libro y, sonriendo, me interrumpió para indicarme que esperase un momento. Rebuscó en su bolso y sacó el libro de *Franny y Zooey*.

—¿En serio? —pregunté sorprendido—. ¿Lees y escuchas mis entrevistas?

—Mira que eres soba. —Me sonreía—. Ya te he dicho que te sigo a tope.

—Ese libro lo leí hace unos meses, cuando desapareciste, y no podía dejar de pensar en ti porque Franny es exactamente igual que tú. Me recordaba tanto a ti que sabía que era un libro que te gustaría. Por eso lo recomendé el otro día en la radio. ¡Joder qué momento más brutal el de ahora, F! Me hacen una entrevista cojonuda y tú estabas al otro lado escuchándola y te pillas el libro.

—Calla, que cuando esa periodista [se refería a Paloma, la que me había entrevistado] te preguntó cuál era mi nombre, casi me da un maldito infarto. Por no hablar de tu entrevista en el telediario... Eso ya es Champions.

—¿La viste? Esa sí que fue un pasote.

—¿Pasote? ¿Perdona? ¿Se puede saber en qué momento se te ocurre decir delante de todo el país que soy el amor de tu vida? Explícamelo, anda.

—Pues porque era la verdad. Fue lo primero que se me ocurrió cuando me hicieron la pregunta. ¿Qué querías que dijera? Ni de coña iba a mentir o soltar cualquier chorrada.

—Mira, yo estaba en el trabajo cuando vi eso, ¿vale? Es decir, que no la vi en directo. Pinché en el enlace que había en tu Twitter y cuando escuché eso te juro que me puse a hiperventilar y mis compañeras fliparon al verme y fliparon aún más cuando les tuve que contar toda nuestra historia porque hasta ese momento no sabían nada. No tenían ni idea de quién era Holden Centeno ni la chica de Los Planetas. Pues ahora varias se han comprado el libro y en la tienda hay siempre algunos ejemplares rodando. Así no me lo ponen nada fácil. Un día me va a dar algo. Te lo juro.

La conversación iba de un lado a otro. Estaba muy impactado de que ella llevara

el seguimiento de todo lo que estaba pasando en torno al libro de esa manera casi tan inmediata. Hablábamos sin parar, sin importarnos que una conversación no tuviera nada que ver con la anterior y la siguiente, y así. Me enseñó su nuevo tatuaje, que se hizo con y por Clara, en el Mao & Cathy de Malasaña. Después, mientras me quitaba mi sudadera y sacaba a pasear mi bandera verde y blanca, me dijo:

—Esa sudadera es del Pull & Bear de chica, que lo sé yo.

—Y también sabes que te gusta cómo me queda.

—¡Pero mira que eres flipado! —Y se reía—. Es que yo me la iba a comprar pero al final no lo hice porque no tenía suficientes flores. Te queda bien.

—Hubiera sido un descojone que hoy nos hubiésemos plantado los dos con la misma sudadera, eso ya sí que hubiera sido para matarnos. ¿Te imaginas?

—No me habría extrañado nada, porque tú siempre has sido un copiota de mí y yo de ti. Y las New Balance ya no son *iridies*, que lo sepas.

—Mira, tía, no sé quién coño te habrá dicho eso o si es una conclusión tuya, pero yo mis primeras New Balance las tuve con doce años, cuando tú ni siquiera sabías que existía esa marca y los putos modernos aún no estaban en el mundo dando por culo.

Nos encantaba discutir sobre ese tipo de cosas y nos reíamos mucho tratando de picar y vacilar al otro. Por supuesto que ganaba el que no se picaba y la devolvía con más fuerza, y ella era muy buena en el juego, pero yo también tenía lo mío. Estábamos felices de volver a tenernos tan cerca y esa era la mayor verdad objetiva que había en ese momento en cualquier parte del mundo.

Al salir de La Mantequería, de donde nos echaban porque ya tenían que cerrar, por fin sucedió lo que yo estaba esperando: empezó a llover y ya no paró en toda la noche. No era una lluvia de esas fuertes que te arruinan el ánimo en un segundo. Era una de esas bajo las que puedes caminar tranquilamente pero que en cuestión de minutos te calan. Ninguno de los dos llevábamos paraguas. Ambos odiamos ese inútil artilugio. Quizá para el resto del mundo sea un objeto cuya creación, existencia y utilidad tengan mucho sentido, pero para nosotros no, y solíamos recordar y llevar a la práctica aquella frase de Unamuno en *Niebla* que dice: «Un paraguas cerrado es tan elegante como es feo un paraguas abierto». Ese libro a ella le encantaba, hasta tal punto que en unas navidades me lo regaló y yo me enganché a él en un segundo. Es inexplicable la sensación de leer un libro sabiendo que una persona especial ya lo ha leído antes que tú y que ahora estás pasando por las mismas páginas que ella. Hay pocas sensaciones tan brutales e inexplicables como esa. De no ser por ella, yo no me habría leído ciertos libros que hoy se han convertido en importantes para mí. Con ella todo era distinto. Todo. Absolutamente todo. Joder.

Volvió a asaltarnos el mismo dilema que antes: ¿y ahora dónde vamos si todos los sitios están cerrados? En realidad, poco o nada nos importaba eso, pero estaba lloviendo y había que resguardarse. Siempre he odiado la lluvia, ya os lo conté en su momento, pero también la aprecio desde el día en que la chica de Los Planetas me

explicó que ella quería que lloviera para que sus olivos no se secaran. Pero a lo que sí que me niego es a tragarme esa chorrada que dice la gente de bailar bajo la lluvia. ¿Qué coño significa eso? No sé exactamente cómo es esa puta fiase estereotipada de mierda que dice que mientras unos salen corriendo para no mojarse o *no-sé-qué-cojones*, otros prefieren bailar bajo ella. No me jodas. Os aseguro que en mis veinticinco años de vida aún no he visto a nadie bailar bajo la lluvia, solo a Gene Kelly en la película y porque le pagaban por hacerlo, no os penséis que lo hacía por gusto.

Nosotros no queríamos mojarnos, la verdad, pero al final fue inevitable. Recorrimos Malasaña para encontrar un sitio y resguardamos de la lluvia, pero todos los bares estaban cerrando porque a esas horas, por ley, se ven obligados a hacerlo. Al final me llevó a unas escaleras donde nos sentamos, en una calle que sale a Gran Vía y de la que ahora no recuerdo el nombre. Daba igual que estuviera lloviendo. Cuando llegamos, justo delante de nosotros aparcó un coche que iba con la canción de «Leones», de Pereza, a todo volumen. Y yo la miré riéndome, y como ella no comprendía le pregunté: «¿No la escuchas? ¿No te parece surrealista? Siempre nuestras casualidades». Y ella me miraba flipando en general con todo y, fijando la vista en mis ojos y a la vez en todas partes, no era capaz de aguantarme la mirada porque nos reíamos todo el rato o porque tocábamos ciertos temas que se hablan mejor cuando uno mira a los ojos del otro de manera intermitente. Así suele costar menos decir algunas cosas.

—¿Sabes que fuiste *trending topic*?

—¿Tú qué crees?

—Hombre, pues, visto lo visto y dado que eres mi fan número uno, yo creo que sí. Casi seguro.

—Mira que eres gracioso, ¿eh? Claro que lo vi. Estaba tan tranquila en mi casa desayunando antes de ir a trabajar cuando me dio por mirar las tendencias de Twitter, que ya nunca las miro, y de pronto me encuentro con #LaChicaDeLosPlanetas. Tuve que salirme a la terraza porque te prometo que me iba a dar algo. En ese preciso momento eliminé mi cuenta de Twitter porque me superó verlo, aunque luego me la volví a reactivar inmediatamente. Al rato después me acordé de que esa misma noche había soñado contigo.

—¿De verdad? Me dejas K. O.

—Mira, casi me da algo cuando compré el libro. Fui a la Casa del Libro y entré dilecta a cogerlo. Lo abrí y primero leí la dedicatoria, que por cierto es increíble, no sabes cuánto me gusta, y luego pasé todas las páginas hasta llegar al final; al leer la nota que habías puesto justo debajo de mi texto, sentí algo por dentro que me hizo cerrar el libro, dejarlo en su sitio y marcharme a ir sin llevármelo, y eso que había entrado allí muy dispuesta a hacerlo.

Yo escuchaba atento, intentando imaginar todos esos momentos que había vivido que yo desconocía y que jamás podría haber imaginado.

—Aquel día no lo compré —prosiguió—. Mi madre flipó cuando le enseñé tu entrevista en el telediario y se reía mucho con eso que decía la periodista de que soy de «tierra de olivos». Fue ella la que me animó a que me comprara el libro, diciendo que era mi historia, la nuestra, y que debía hacerlo. La gente me dice que esto que nos está pasando no le ocurre a nadie y que debo valorarlo. Al final hice caso a mi madre y lo compré en El Corte Inglés de Preciados. Mira, cuando fui a pagarlo estaba temblando. Tenía que entregar el DNI porque lo pagué con la tarjeta y, aunque no salgan mis datos en el libro y yo no sea famosa ni nada de eso, tenía miedo de que me reconocieran y me dijeran algo por el dibujo de la cubierta, que, por cierto, mi madre siempre dice que se parece muchísimo a mí y que me ve cuando lo mira. Eso no pasó, como es lógico, pero yo estaba temblando.

Al día siguiente tenía que madrugar porque había quedado con su hermana. Ya eran las cuatro de la mañana. La lluvia nos había calado por completo. La acompañé hasta su portal y mientras nos abrazábamos me dijo al oído:

—¿Ahora vas a bloquearme otra vez y ya no vas a volver a hablarme nunca? Dímelo para ir mentalizándome. No lo hagas, anda.

—Mira que eres gilipollas. No lo voy a hacer. No quiero. Me encanta que hablemos y te voy a desbloquear de todo otra vez. Cuando llegue a casa, te escribo.

Nos dimos dos besos, le di el plano de nuestra historia y vi cómo se perdía en su portal de la calle Tesoro. Me fui hacia Bilbao para coger un taxi de vuelta a casa pensando que en aquella calle vivía el tesoro mejor guardado y que yo tenía la fortuna de haber tocado, de haber descubierto y de haber ganado en más de un millón de ocasiones.

No paraba de llover, cada vez con más fuerza, y Madrid estaba totalmente colapsado. No había un puto taxi libre. Ni uno. Os lo prometo. Me costó mucho pillar uno. Me costó tanto que fui desde Bilbao hasta la Puerta de Alcalá andando, y allí por fin pude cogerlo. Luego le pedí al taxista que me dejara a diez minutos de mi casa porque, por alguna extraña razón, quería seguir andando bajo la lluvia. «No pienso bailar, pero voy a dejar que sigan calándose mis huesos para celebrar esta puta lluvia que he provocado con ella», me dije.

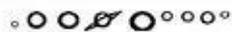
Al final de O'Donnell siempre paso por una zona donde hay lavanda y romero plantados. Son grandes y frondosos, y siempre que cruzo por esa acera los toco con una de mis manos para luego olfatearla como si fuera un perro. Me gusta mucho su olor y el invierno les había quitado su aroma fresco. Esa noche, cuando los volví a tocar, estaban mojados y os juro que olían como nunca. Cuando me metí en la cama, le escribí para avisarla de que ya había llegado a casa, como hacía antaño, y ella me contestó: «Buenas noches, Popero. Gracias por todo». Volvía a ser su hombre sin nombre. Podía notarlo. Aquella noche morimos de frío, de miedo y de amor contenido.

La tarde del día siguiente quedé con Duki y le conté todo. Le dije que había estado con ella y, antes de poder seguir con la historia, me frenó por completo diciéndome:

—Espera un momento, ayer me desperté en medio de la noche porque empezó a llover de madrugada...

—Pues sí, éramos nosotros.

Los pelos se nos pusieron de punta.



UNA DECLARACIÓN DE INTENCIONES

¿Y ahora qué? Esa es la pregunta que empecé a hacerme el día en que nos volvimos a ver y durante los siete meses que vinieron después. Se me hace muy difícil explicar todo llegados a este punto de la historia, porque las cosas han sido bastante diferentes a lo que había vivido anteriormente con ella. Es un verdadero reto continuar, pero prometo contar lo que esté en mi mano, de manera que podáis entenderlo. No sé si cuando acabéis de leer este libro vuestras dudas e interrogantes se habrán solucionado, pues creo que es ella la que tiene las respuestas de todo, y eso me hace recordar la letra de «¡Fiesta mayor!», de Vetusta Morla, cuando Pucho dice eso de «Te llevaste la solución y me quedé el interrogante». Lo mismo pasa con esta historia. Es ella la que puede responder a todas esas dudas que os entran al leerme y es muy probable que cuando terminéis este libro os quedéis igual que antes de leerlo, un poco como pasa con *Lost*, que uno se cree que en cada capítulo va a encontrar la respuesta a las incógnitas del anterior, y luego se da cuenta de que lleva seis temporadas sin resolver ni un puto enigma. Lo cierto es que tampoco me importa eso. Es decir, no estoy preocupado por contentar al público. Jamás me inventaría un final feliz. Jamás. Eso sería una locura.

El otro día, una amiga después de leérselo me escribió para decirme que le había gustado mucho y que ya estaba esperando la segunda parte. Como era una amiga, aproveché para preguntarle si de verdad el libro le pedía una segunda parte porque hubiera sentido que estaba escrito con un final abierto que diera pie a una continuación. Porque, de verdad, le insistí, que yo lo escribí para que la gente tuviera claro que no. Que no había nada más que contar, aunque en realidad siempre haya más que contar. Muchas veces pienso que podía haber dicho más cosas y haber dado más detalles sobre la infinidad de momentos que viví con ella y que se quedaron sin escribir. Podría haberme parado, por ejemplo, a hacer una descripción absoluta de cómo iba vestida cada vez que nos veíamos, y lo hubiera hecho con mucho gusto aunque a nadie le importara. También pude haberos contado lo inútiles que son sus ojos a la hora de mentirme. Son incapaces, y yo gracias a ellos podía saber las cosas que en realidad sentía por mí y se callaba. Podría haber dicho muchas más cosas, pero nunca me imaginé escribiendo una segunda parte de la historia.

Mi amiga me respondió que no se trataba de eso, que la cuestión no era que estuviese escrito de una u otra forma, ni que el libro pidiera una segunda parte o no: que era más bien porque es una historia que lo necesita y que no puede acabar así de mal. De hecho, me dijo que no sabía a qué estaba esperando para cruzar

Despeñaperros. La gente lo ve siempre todo tan sencillo..., pero no les culpo. Todo el mundo por lo general tiene vidas sencillas o al menos en este aspecto. No sé por qué pero cada día veo a más parejitas por la calle que estoy seguro de que en realidad no son felices pero creen que sí. Puede que sea una concepción que yo me haya creado a partir de mis desastres, pero también puede que no, y que tenga razón. Pobrecillos en ese caso. Mi historia no ha sido sencilla, y en realidad hubiera preferido ahorrarme escribir todo esto porque habría significado que todo estaría bien entre los dos y eso me hace pensar que quizá nunca logre estar bien, porque puede que nunca deba estarlo y que cada uno, en realidad, deba irse por su lado.

Ahora mismo, lo único que quiero hacer, que necesito hacer, es terminar de escribir este libro, tenga el final que tenga, y no volver a hablaros jamás de la chica de Los Planetas. O al menos no de la manera en que lo he hecho hasta el momento. Sobre todo si el final es malo, porque, si al acabar este libro no terminamos juntos, tendré suficientes motivos para no querer saber nada más de esta historia. Nada. Tal cual. Como lo oís. Puede que os alegréis por mí pensando que ya era hora, pero yo sé, porque os conozco, porque en este tiempo he hablado mucho con todos vosotros, que el noventa por ciento de mis lectores se vendrá abajo. Porque ellos también tienen sus luchas personales, como la mía o muy parecidas, y en mí ven un apoyo, un puto modelo y un ejemplo a seguir para salir airosos. Pues mal. Yo no soy nada de eso. Yo simplemente hice lo primero que se me ocurrió.

Sé que todos mis relatos son esperanzadores, y en ellos trato de deciros siempre que no os rindáis, que sigáis luchando, pero en mi caso, si ella vuelve a desaparecer, vaciaré mi escopeta de cartuchos hacia el cielo y no guardaré ni uno solo para ella, porque ya no se lo merecerá. Es muy importante no olvidar que yo no le estoy pidiendo una oportunidad a ella aunque pueda parecerlo, en realidad le estoy *ofreciendo* la oportunidad de su vida, y si la desecha tendré que parar esa alineación de los planetas, porque os prometo que ahora mismo solo me falta uno por colocar.

En cualquier caso, a todos esos que están conmigo en esto, yo les animo a que sigan luchando si ven que hay luz, recordad a Bukowski en *Corazón que ríe*: «Hay una luz en algún lugar / puede que no sea mucha luz pero / vence a la oscuridad». Si esa luz está ahí, no permitáis que se apague por nada en el mundo; siempre se recoge algo de todo lo sembrado. Siempre. Sin excepción alguna. Es una regla casi matemática. Si siembras, recoges y, en caso contrario, esas tierras no son tu guerra, por mucho que duela y por mucho que uno esté dispuesto a seguir preparando el terreno. Si ella volviera a desaparecer o no terminara de decidirse, será el momento de quemar todas las tierras y no porque estén pobladas de rastrojo, esos hierbajos del campo que se queman porque no sirven para nada y más bien pueden ser malos para las futuras cosechas, al contrario, porque mis tierras, las que he cultivado con y por ella, son ricas, están bien sembradas y siempre tienen fruto abundante, pero si llegara esa situación, a pesar de todo, las quemaría por completo. Cogería varias cerillas y las colocaría de forma estratégica, vaciaría bidones de gasolina y encendería un gran

fuego para que ardiera todo, sabiendo que esas cosas buenas y bonitas se convertirán en ceniza negra.

Si finalmente y como siempre he querido ella se queda conmigo, a mi lado, os aseguro que tampoco escribiré una tercera parte. Prefiero vivirla con ella, por mucho que haya gente que me haya dicho que eso sería lo cojonudo, escribir un libro de esos momentos definitivos. Esto no es un puto *reality*, no contéis conmigo para algo parecido. Yo solo escribí esto para que ella lo leyera, pero todo se me fue de las manos. Absolutamente todo. Mentiría si dijera que me arrepiento de ello, porque me siento muy orgulloso de todas las cosas que he logrado. Y, en definitiva, ¡qué cojones!, me alegro de que todo se haya escapado de mi control porque nuestra historia quedará grabada a fuego en la mente de muchas personas. Sin embargo, me niego a hacer de todo esto un culebrón y a que la gente elabore sus teorías sobre nosotros cuando en realidad no tienen ni idea de nada. Por eso estoy escribiendo este libro, para hacer justicia de lo que ha pasado después y para cerrarlo de forma definitiva. Si ella no hubiera vuelto aquel diciembre, ni siquiera lo habría empezado a escribir, pero lo justo era contar que volvió a aparecer y además con ganas de quedarse.

En cualquier caso, este libro lo escribo sin conocer el final, sin saber si finalmente se quedará a mi lado o desaparecerá para siempre. Tampoco incluiré en él las palabras que ella lleva escribiendo desde el último mes de diciembre, a pesar de que esas *Dosis* que me escribió contengan las mayores verdades que se han escrito sobre esta historia. Es muy probable que al acabar este libro todo se haya convertido en un puto puzle difícil de encajar, porque esto es una cuerda floja constante, pero no dejará de ser una despedida, al menos en lo que a mi historia personal con ella se refiere.

Ahora os enfrentaréis a una serie de encuentros que tuve con ella después del que acabáis de leer, justamente dos años después de aquel concierto en La Riviera en el que vimos a Supersubmarina y en el que nos rompimos en mil pedazos, otra vez, como dice la canción del grupo baezano. No creáis que a partir de ese día nos vimos a diario. No, de hecho nos vimos poco, y siempre manteniendo las distancias; jamás las rompimos por completo.

Este libro se extiende desde el mes de mayo de 2014 hasta el mes de mayo de 2015. Ahí tenéis mis 365 días, marcados por una historia con una chica que no vi ni un diez por ciento de ellos. También leeréis varias conversaciones que tuve con ella por Whatsapp, porque, aunque no nos viéramos con una frecuencia constante, sí que hablábamos prácticamente todos los días, también por teléfono. Habrá otras cosas que no contaré y no porque lo haya decidido, sino porque son muchísimos los detalles que vivimos juntos y que no me molesté en escribir en una libreta.

Reconozco que al empezar a escribir este libro acariciaba las teclas de mi ordenador como si estuviera acariciando a un animal herido, pero esa dulzura y ese tacto han ido desapareciendo paulatinamente, según siento que esta historia se vuelve a atragantar. Las caricias son ahora auténticos golpes, auténticos arañazos sobre unas

teclas que se van desgastando con el peso de mi rabia, con mi cansancio, y con la desaparición de mis ganas, que se van diezmando poco a poco.

Puedo decir que en estos momentos me siento como uno de esos alpinistas que se han hecho los catorce ochomiles. Mi hermano Rodrigo es muy aficionado a la montaña y me he tragado infinidad de documentales con él sobre expediciones al K2 y todas esas cosas. Recuerdo a un escalador que explicaba que todos sufren alucinaciones cuando llegan arriba, por culpa de la falta de oxígeno, de que están totalmente extenuados y con las extremidades congeladas, que en la mayoría de los casos acaban amputadas. Aseguraba que todos ellos, en los momentos más jodidos de subir un ochomil, cuando echan la vista atrás pueden ver a una mujer terriblemente guapa siguiendo sus pasos a unos metros de distancia; una chica que les da ánimos y fuerzas sin decirles nada; una presencia inexplicable de alguien que no está ahí pero que sienten como si estuviera.

Yo, cuando estoy cerca de hacer cumbre en una montaña, al límite de mis fuerzas, veo a veces a la chica de Los Planetas que me mira para darme ánimos y decirme que la espere, que no queda nada, que por favor tenga un pelín más de paciencia, que vamos a llegar a lo más alto y que lo vamos a hacer juntos. Esos primeros encuentros que tuve con ella eran lo más parecido a lo que vivieron aquellos alpinistas, pero ¿de qué coño me servía eso? Realmente no me diferencia nada de aquellos alpinistas cada vez que lo mío se convierte en una puta alucinación y, en esos momentos, me doy cuenta de que lo que verdaderamente necesito es una chica de montaña de carne y hueso, que me aliente cada día porque desee hacerlo y sin necesidad de esperar a que las condiciones climatológicas mejoren.

Esto es una despedida, insisto, y solo espero que el lector disfrute de alguna manera la lectura que le queda y trate de aprovecharla, pero sobre todo de sentirla como yo la he sentido al escribir estas páginas. Tomad mis palabras como si hieran cuchillos y dejad que se os claven en el alma.



DICIEMBRE

Fue un mes complicado. Enseguida le propuse que volviéramos a quedar, exactamente tres veces en un promedio de dos semanas, y las tres se negó. No insistí más. Después de haberlo hecho en tres ocasiones empezó a ponerme excusas hasta que me dijo que aún no quería quedar conmigo regularmente, y tuve muy claro que una cuarta no iba a existir; ya no se lo propuse nunca más en los siguientes meses. Si quería verme, supongo que me lo diría ella, pero antes de callarme en ese aspecto le dije que no sabía lo que se estaba perdiendo por no querer quedar conmigo, a lo que me respondió que sí, que lo sabía perfectamente y que algún día se arrepentiría por haber sido tan tonta. No sabéis lo mucho que me jodía eso: que supiera que lo estaba haciendo de tal forma que algún día se acabaría dando cuenta de todo el tiempo perdido y que aun así no le pusiera nunca un remedio inmediato. Me quemaba mucho que se negara a quedar conmigo y que a la vez admitiera que algún día se iba a arrepentir, pero yo no podía hacer nada al respecto. No nos vimos ni un día más en todo el mes de diciembre, pero me prometió que quedaríamos después de las navidades, que tendría menos trabajo y podríamos hablar con más calma.

A pesar de eso, empezamos a hablar mucho por Whatsapp, prácticamente todos los días, y de esas conversaciones se desprendieron infinidad de cosas grandes y buenas por su parte. No voy a transcribirlas desde el principio hasta el final, os dejo con lo más importante.

Conversación 1

—Yo no sé canalizar muy bien todo esto y sabía que en algún momento tendríamos que hablarlo. Estoy muy impactada, a veces para bien y otras para mal, aunque la verdad es que la mayoría de las veces es para bien, lo que pasa es que me lo callo y no te lo digo.

—Pues me encantaría que cada vez que te ocurra eso, en vez de callarte me lo digas, porque estoy seguro de que solucionaríamos muchas cosas si lo hiciéramos así.

—Una noche estaba en tu Twitter y no paraba de leer tus *tuits*. Lloré un montón durante un buen rato, por todo en general, por mi situación, por no estar contigo en ese momento. Las cosas que ponías me tocaban por completo y te necesitaba. Recuerdo un día que en Instagram habías puesto una foto con la canción de «Si me diste la espalda», de Los Planetas, y me puse a llorar y llorar. No podía parar. Esa

noche había quedado a cenar y ni siquiera me apetecía. Llegué de trabajar, me tumbé en la cama, entré en Twitter, vi que habías subido esa foto con aquella letra y me deshice en un mar de lágrimas, pero pensé: «Él está igual de jodido que yo», y en cierto sentido me sentí a tu lado.

—Joder. Esa foto con esa letra la subí un día después de ver a Pollock, sabiendo que tú habías estado ahí, muerto de la rabia. ¿Por qué no me llamaste en ese momento? Si viste que estaba escribiendo cosas por ti y que eran buenas y que además a ti te producían eso, ¿por qué no diste el paso y te lanzaste a decirme algo, a retomarlo todo?

—Supongo que por orgullo. Supongo que decidí alejarme de ti en algún momento y tenía que cumplirlo con todas las consecuencias. Además, no podía volver a aparecer de la nada y llamar a tu puerta. No era justo para ti. Me he portado mal contigo muchas veces y no quiero volver a hacerlo, porque tú nunca me has hecho nada malo. Al contrario, te has portado como nadie se ha portado conmigo jamás y no quiero que vuelvas a sufrir por mi culpa. Eso se acabó. No sé... Supongo que no te llamé porque tampoco estaba muy disgustada con la vida que tenía y no quería tener que volver a empezar de nuevo.

—Siempre has sido muy cómoda. Siempre te ha gustado tener el control de la situación y conmigo es imposible, pero eso no es malo. Yo te propongo una vida llena, una vida en la que realmente disfrutemos, y no me refiero a una felicidad mediocre. Me refiero a ser felices de verdad.

—Soy consciente de que te necesito, y lo soy aún más cuando no te tengo cerca, porque regularmente, por no decir todos los días, me acuerdo de ti y siento esa necesidad, mucho más cuando estoy mal. Siempre vuelvo a ti porque eres la persona en quien más confío. De verdad. Sé que tú harías lo que fuera por mí, y del resto de la gente no estoy tan segura. Tú me comprendes como nadie, sin tener que explicarte nada. Si tú y yo no estamos juntos, sé que en diez años no te llamaría, porque eso sería joderte más de lo que ya te he jodido, pero sé que te necesitaré como nadie si no acabamos juntos, y que seré infeliz y tú lo serás por mi culpa, y ya no podré solucionar el destrozo.

—Si es que lo explicas mejor que yo. Sabes de sobra lo que hay. Solo tienes que ponerle remedio para que no lleguemos nunca a ese punto. Estamos a tiempo.

—Solo, ¿eh? Y yo aquí perdiendo el tiempo. Porque, según tú, lo estoy perdiendo, ¿no?

—Totalmente y tú lo sabes. Sabemos muchas más cosas de las que me dices y le dices a la gente que conoces. Te las guardas para ti y te las callas, pero a mí me las cuentas, y cuando no lo haces puedo leerlas en tus ojos, y, si no te tengo delante, puedo verlas en tu cabeza aunque no nos digamos nada, porque nos conocemos. Es algo inexplicable.

—Me conoces mejor que nadie y llevo tres años preguntándome la razón, pero eso me gusta, porque me hace darme cuenta de que en realidad contigo todo sería

único y distinto. No hay que ser muy lista para saber que tú eres especial.

—Tú y yo nos conocemos mejor que nadie, y eso es una virtud. Está en nuestras manos potenciar eso o tirarlo por la borda. No te imaginas lo que echaba de menos hablar contigo, joder. No lo sabes.

—Y yo, de verdad. Me das una paz que nadie puede darme cuando me hablas, y me explicas tan bien las cosas y con tanto cariño, y sobre todo con tanta paciencia... Pero, oye, también sabes quitarme esa tranquilidad como nadie lo hace. Esto del libro me ha impactado mucho y, aunque sea impresionante y en realidad piense que es algo genial, me crea grandes quebraderos de cabeza. Mírame, aquí estoy de nuevo.

—Puedo darte más paz que cualquier persona del mundo, y esa intranquilidad, entiendo que alguna vez pueda provocártela. Yo no soy un muermo. Te lo he dicho mil veces desde que nos conocemos. Yo necesito hacer cosas y me encanta implicarte en ellas. Y claro que también me gusta, o más bien necesito, meterte caña cuando estás empanada en algún aspecto de tu vida, pero no lo hago a malas. Es siempre para ayudarte y que no te pierdas en ciertas pequeñeces.

—Lo sé. No hay nadie que sepa hacerlo mejor que tú, sencillamente porque no hay nadie que se atreva a hacerlo. Cuando hago lo que me da la gana y mal, todo el mundo suele callarse o apoyarme aun sabiendo que lo estoy haciendo como el puto culo, pero tú siempre estás ahí para decirme que así no, que no vaya por ese camino, y a mí, aunque me choque un poco, en el fondo me gusta, porque eso es muy tuyo, nadie más lo hace por mí y yo sé que tú lo haces porque me quieres y quieres sacar lo mejor de mí.

—Hay tantas cosas buenas dentro de ti que me niego a que las guardes ahí dentro. Yo nunca me voy a callar contigo, siempre voy a decir lo que pienso, al igual que tú siempre lo has hecho conmigo. No hay mayor sinceridad que la que tenemos nosotros, el uno con el otro, y no hay cosa más grande que esa. Debemos valorarlo siempre y no perderlo jamás, porque con sinceridad se llega a cualquier parte.

—Tú ves en mí cosas que ni si quiera yo sabía que tenía, pero sé que si las dices es porque son verdad, y tú siempre has potenciado mis locuras y mi creatividad.

—Como tú las mías. Tú siempre has explotado ese lado mío desde que nos conocemos. Empecé a componer muchas canciones para ti, por ejemplo, que igual es un dato que puede parecer una tontería, pero yo creo que no; tú me empujabas a crear mundos y al final, gracias a ti, estoy en el mejor momento de mi vida.

—Es que, joder, siempre apareces cuando se supone que estoy en un momento tranquilo de mi vida y todas las cosas me van bien.

—Eso es falso. En primer lugar eres tú la que aparece, porque yo siempre me mantengo a la espera, respetando tu decisión, y, en segundo lugar, si lo haces es porque realmente tu vida no te aporta mucho si no es conmigo. Nos necesitamos.

—Me jode darte la razón. Me jode muchísimo, pero ya sabes que te la doy sin problemas cuando la tienes, y en este caso es así...

—Bueno, no te preocupes. Ya sabes que yo no te voy a rayar y que te doy la

libertad de que hagas lo que te dé la gana, pero espabila, por favor.

—Siempre me ha encantado tu seguridad y a la vez me aterra tantísimo... Y sí, estoy muy de acuerdo contigo: si no estamos juntos todo será una mierda.

—Lo sé. ¿Sabes qué? Aunque todo lo nuestro acabe mal, me siento libre por haberlo soltado y sobre todo por haber hecho bien las cosas contigo. Nunca podrás reprocharme absolutamente nada.

—¿Eres consciente de que ese libro me va a perseguir toda la vida?

—¿Y qué? Nuestra historia te perseguirá igualmente, esté escrita en un libro o no.

—Eso es verdad.

—Pues ya está.

—Vamos a ver, hijo mío, que tú estás muy subido y ahora que eres escritor cualquiera te aguanta. Te subes a mi chepa muy fácilmente.

—¡Qué gilipollas eres! Pero es que es así. No me lo niegues.

—Lo sé. Has contado nuestra historia y lo peor es que llevas razón. Ese libro va a perseguirme toda la vida. Al final va a ser verdad eso que dices de que regalar un libro es como regalar un disparo, y no sé muy bien si me ha llegado al corazón o a la cabeza.

Conversación 2

—Popero, te voy a contar una cosa, ¿vale?

—A ver con qué me sorprendes...

—Cuando tenía siete años y ya empezaba a tocar el clarinete, mi madre me apuntó a clases de solfeo que, como sabes, por definirlo de alguna manera, es una especie de entrenamiento musical para aprender la entonación al leer una partitura. Pues bien, yo era la peor de todas sin ninguna duda. Era incapaz. No daba ni una. Lo hacía siempre mal. No había manera. Estaba atrancada con eso. Iba siempre a clase y siempre volvía sin tener ni idea de nada a pesar de mi esfuerzo. Me daba mucha angustia porque mi madre sabía que se me daba fatal y, a pesar de ello, me seguía llevando a las clases y me animaba a que siguiera. Imagínate yo, que era supercría, me acuerdo perfectamente de que incluso mis dedos eran incapaces de tapar los agujeros del clarinete al poner las notas para poder sacar sus sonidos. Llegué a ponerme esparadrapos en los dedos para lograrlo. A veces lo pienso y me doy cuenta de que, en realidad, sin proponérmelo, estaba luchando por todos los medios para tocar el maldito clarinete... Imagíname, tan pequeña con esos esparadrapos y tratando de solfear como los demás compañeros hacían. Era imposible. Bueno, pues, después de dos años, un día fui a clase de solfeo y fui capaz de solfear todo lo que me pusieron por delante. A partir de ahí me convertí en la mejor de la clase. Así, de la noche a la mañana.

Pues bien, te suelto todo este rollo para decirte que estoy completamente

convencida de que algún día me va a pasar eso contigo. Sé que un día me despertaré y todo habrá cambiado, y que esta cabeza tan inestable que tengo tendrá por fin clarísimo que eres tú con quien quiero compartir mi vida, y ya nada ni nadie podrá separarnos nunca.

—Joder, me dejas sin palabras, de verdad. Ojalá llegue ese momento pronto y de verdad te despiertes así, con esas ganas, y podamos estar donde deberíamos estar desde hace mucho tiempo, ojalá. Me encanta cómo te explicas y los ejemplos que me pones. Me haces entenderlo todo a la perfección y me demuestras que me quieres como a nadie con estas palabras. Me dejas tranquilo. Pensaba que ya te había perdido por completo y veo que aún queda algo de mí en ti. Pero hasta que no vea que lo haces, no te voy a creer. Se me está acabando la paciencia.

—Me alegro de que te guste mi manera de explicarme y mis ejemplos, aunque yo creo que la gente piensa que estoy loca. Todos menos tú, que a lo mejor también estás loco.

—Porque no creo que lo estés. Tonta no eres precisamente.

—¿Sabes qué? Muchas veces voy por la calle y pienso que el mundo va a ser absorbido hasta convertirse en nada, y te juro que siento cómo tiembla la tierra.

—Joder, ¿de verdad?

—Es que si yo le cuento esto a alguien, me encierran en un psiquiátrico. Me callo.

—No, por favor, sigue. Me parece increíble. No creo que estés loca. Te creo y te entiendo, y eres capaz de hacerme sentir con tus palabras que de verdad tiembla la tierra. Sigue contándome esas cosas que notas cuando vas por la calle. Me interesan mucho.

—Vas a pensar que estoy loca.

—Que no, de verdad. Me siento afortunado por entrar en tu cabeza. Venga, sigue.

—Bueno..., pues eso, la tierra es absorbida y al final todos morimos pero nadie se entera. Nadie se entera de nada. Nadie excepto yo, que sé cuál ha sido la causa que lo ha provocado.

—¿Y cuál ha sido la causa?

—Que todo va mal. Que no sabemos nada de lo que de verdad existe, de lo que hay y de lo que no. Entonces somos absorbidos y no sé más. No sé nada más de lo que sucederá después, aunque está claro que todos morimos por esas cosas pero nadie lo intuye.

—Eres brutal, tía. No te cambiaría ni un poco el cerebro. Yo también pienso cosas así y sé que no se las puedo contar a mis amigos.

—Yo sé que solo las puedo hablar contigo porque eres la única persona que no me diría que estoy loca después de contarle algo así. A veces me veo como la protagonista de la película *Vicky Cristina Barcelona*, de Woody Allen. Igual de loca.

—Qué va, mujer. No eres así. Tú eres clavadita a Franny y te dedicas a hacerte un millón de preguntas existenciales que tienen un contenido muy filosófico.

—No sé yo. ¿Tú crees?

—Totalmente.

—Me dejas más tranquila, de verdad. Yo siempre me fío de ti y te aseguro que siempre tengo la necesidad de compartir contigo estas cosas. Un mes antes de retomar el contacto contigo fui a la facultad y estuve a punto de llamarte. Aquel café de la cafetería y ver a ciertos profesores por los pasillos me hicieron transportarme por un segundo a esos cafés que me tomaba contigo y a esas clases a las que íbamos juntos. La Facultad de Derecho somos tú y yo, y siempre que paso por allí se me hace duro. Al final no te llamé. Fui fuerte.

—O débil, depende de cómo se mire.

Conversación 3

Ella aparecía y desaparecía de manera intermitente, aunque no hubo ni un solo día de aquel mes en el que no habláramos nada. Era muy duro, imaginaos la situación: la chica o el chico que os gusta se pasa el día hablando con vosotros por Whatsapp y además no habla con vosotros de tonterías, sino que las cosas que os dice son palabras grandes, capaces de remover el mundo, y, a pesar de eso, dice que aún no tiene ganas de empezar a quedar de nuevo con vosotros. Eso es algo duro, muy duro. Pero, bueno, yo tenía la confianza de que eso, tarde o temprano, empezaría a cambiar, y mientras tanto me alimentaba de aquellas palabras, aunque tenía el presentimiento gigante de que el resultado no sería el que yo habría querido.

Las últimas navidades me recordaron a ella porque cuando nosotros nos conocimos las calles de la ciudad ya estaban decoradas con el alumbrado de esas fechas, aunque aguardaba apagado a que llegase la inauguración oficial. Nos conocimos en esas fechas en las que el mítico Cortylandia de El Corte Inglés ya está perfectamente colocado en la fachada que se encuentra entre la calle Preciados y la calle Arenal y los niños (y no tan niños) pasan y señalan con el dedo el decorado de cartón piedra que cada año tiene un motivo distinto. Resulta muy curioso cómo nuestra cabeza asocia los recuerdos y es capaz de convertir un objeto o una época en una persona. A mí la pasada Navidad me recordó mucho a ella y ella me llegó a decir hacía tiempo que a ella también le pasaba lo mismo y así nos ocurría con un montón de cosas. Cuando empecé a quedar con ella, las tiendas estaban repletas de adornos y luces, y, aunque eso nos diera un poco de pereza, supongo que se nos quedaron grabados en el cerebro aquellos días, en los que por vez primera en nuestras vidas aquellas luces no parecían estar colocadas para celebrar esa festividad, más bien se diría que las habían puesto para celebrar que, después de tantísimos años esperándolo, por fin nos habíamos conocido. Quizá esté exagerando, pero llegué a sentir eso en aquella época.

El 24 de diciembre al mediodía aún no había hablado con ella. En ese momento me escribió al Whatsapp y me envió una foto desde la estación de Atocha en la que se

veía su mano agarrando un café en un vaso de cartón. El vaso estaba marcado con su pintalabios rojo en todos los sitios en los que había posado su boca para beber. Eso era muy típico de ella. Siempre marcaba todas las tazas y los vasos con aquel pintalabios rojo intenso con el que suele pintarse la boca y que yo tantas veces le quité con mis besos.

—Me he cogido un café en Atocha como los de la facultad. Su olor me recuerda a ti. Estas máquinas de café me recuerdan a ti. Así no puedo con la vida. Siempre me pasa. Me lleva pasando desde hace años pero lo siento con más fuerza estos últimos meses. ¿Qué hago? ¿Cómo le pongo solución a esto para no volverme loca?

—No puedes. No hay solución alguna, y yo me alegro de que te suceda eso, porque ignoraba completamente que, con lo que te gusta el café, esas máquinas para tomarse un café de emergencia o salvavidas te pudieran recordar a mí.

—Pues sí que lo hacen y no deja de parecerme curioso. Es algo que no me explico, o sí, porque ¿cuántos cafés de este tipo me he podido tomar contigo? ¿Un millón?

—¡Qué va! ¡Te quedas corta! Seguramente hayan sido tres millones.

—Tampoco exageres, que luego dicen que los andaluces exageramos, pero anda que tú...

—A mí el café me recuerda a ti. Tú me enseñaste a cogerle el gusto aunque solo sea un poco. Y. bueno..., las aceitunas. Joder, es increíble que vea aceitunas en un aperitivo y que para mí ya no sean un simple aperitivo. Es que son tú. Por no hablarte de la luna.

—¿La luna? ¿Qué le pasa ahora a la luna?

—Para que la luna llena nunca choque contra el suelo...

—¡Mi tatuaje! Bueno, el tuyo, el que me hice por ti. Aún sigue y seguirá clavado en mi espalda. Te llevo ahí. Pero, dime, ¿qué te ha dado ahora por la luna?

—Ahora nada, me lleva dando desde hace bastante. La luna, especialmente la llena, a veces me recuerda a ti, y no por aquel tatuaje. La cosa vino un par de meses después de conocernos, un año antes de que te lo tatuaras. Creo que nunca te lo he contado.

—No me suena. Que estos cafés me recuerden a ti es tan fuerte como que la luna pueda recordarte a mí. Nos vamos a volver locos un día, ¿lo sabes, no? Venga, cuenta.

—Lo sé. Nunca te dije lo de la luna por temor a que pensaras que ya se me había ido esto de las manos, pero, después de decirme tú lo del café, ya vale todo. La luna me recuerda a ti, a nuestra canción, a tu tatuaje, a las veces que te he besado, pero sobre todo me recuerda (y desde entonces) a aquel día que estábamos en tu piso y tú viniste a sentarte sobre mí. Pusiste el aleatorio de tu iPod y empezó a sonar «SPNB» de Iván Ferreiro, y tus besos en la boca me mataron. Ese día podía ver la luna en tus ojos, en tus dientes, en tu lengua y en tu pecho, y a veces escondida entre tu pelo.

—Eres único. Tú eres capaz de ver cosas que nadie ve y que en realidad están ahí.

—¿Qué haces en Atocha un 24 de diciembre a estas horas? ¡No vas a llegar a la cena con tu familia, y mucho menos a ayudar a tu madre con el marisco!

—Calla, que ya sabes que me da un asco terrible tocar el marisco y todo eso. Cada vez voy menos a Jaén y, cuando voy, lo hago con el tiempo justo para disfrutar de mi familia en el pueblo y descansar allí. Al final Madrid, que eres tú, se ha quedado conmigo y no quiere soltarme.

—Es muy fuerte que Madrid te recuerde a mí, que yo me haya convertido en ciudad.

—Sabes cómo ganarme. Siempre sabes decirme las palabras adecuadas para caer rendida.

—Sí..., caes tan rendida que mira cómo estamos. Seguimos en las mismas.

—El día que yo vuelva, te aseguro que se enterará todo el mundo, porque ese día llegará, ni se te ocurra dudarlo ni un segundo. Si no llega, podrás confirmar que soy gilipollas.

Las navidades sí que llegaron entonces, justo ese día. Siempre, cada año, aunque estemos distanciados, ella hace algo para volver a mi lado por esas fechas. No lo hace porque sea Navidad y esto sea un puto cuento de Dickens que tiene que terminar bien porque se supone que en Navidad todo acaba estupendamente y la gente se reconcilia. No, afortunadamente nunca lo ha hecho por eso. Estoy seguro de que lo hace porque las navidades las hicimos nuestras hace tiempo, y desde entonces no ha pasado ninguna en la que no haya estado presente en su vida de alguna manera.

Es como si ahora a las navidades se les quitara el haba que hay escondida dentro del roscón. Quizá yo sea el haba del puto roscón. Pensadlo: se supone que lo que quiere todo el mundo es que le toque el regalo que hay dentro, entre la nata o la trufa del bizcocho, y que nadie quiere el haba, porque entonces tienes que pagar el próximo roscón y, aunque luego nadie lo haga, todo el mundo acusa con el dedo al que le ha tocado y el susodicho pone cara de «¡Maldición! ¡Me ha tocado el haba y me va a tocar invitar!». En lo que llevo de vida me han podido tocar mil quinientas habas, y jamás he pagado ni un puto roscón. Pero os pido que lo sigáis pensando. Pensad que los regalos que hay dentro de los roscones son una auténtica mierda y dan un poco de grima y, sí, cuando te toca pones cara de «¡Sí! ¡Soy el puto amo!», cuando en realidad sabes que esa figurita, que es horrible, va a acabar en la basura o se la regalarás a uno de tus sobrinos que, por supuesto, hubiera preferido que le dieras un euro. A lo largo de los años no he visto ni uno de esos regalos en casa de nadie, lo que demuestra mi teoría de la basura; pero sí que me he encontrado con habas que la gente ha guardado y que tiene olvidadas en sus mesas o estanterías como recuerdo. Me pregunto si para la chica de Los Planetas no seré como esa haba que en realidad es la clave del roscón de Reyes, y que por eso me tiene guardado en secreto, en un cajón que a veces abre para sacarme y acariciarme en la oscuridad de las noches más frías.

Aquellas navidades, a pesar de que todas las putas luces del centro y de todos los

barrios madrileños ya estaban encendidas, para mí en realidad no habían llegado hasta que ella no me escribió aquel 24 de diciembre a punto de salir de mi ciudad para irse a su tierra, para decirme que ese café que tenía en sus manos y que estaba manchado con su pintalabios le recordaba a mí como nunca.

Conversación 4

Al igual que mi cumpleaños ha sido siempre un verdadero desastre y nunca lo he celebrado con ella a pesar de tener toda mi ilusión puesta en ello, también puedo decir que no ha habido ni un solo año en el que no nos hayamos felicitado el nuevo año desde que nos conocemos. Parece una tontería y es muy probable que lo sea, básicamente porque de un día para otro no sucede nada nuevo.

La gente tonta se impone nuevos propósitos que piensa que va a cumplir simplemente porque cambia la fecha en vez de hacerse propósitos todos los días del año e intentar cumplirlos cada instante. Pero, bueno, si ellos son felices haciéndolo, no voy a ser yo quien les diga que el ritual es absurdo. A pesar de todo esto, os aseguro que a mí me hacía muchísima ilusión felicitarme el año con ella y decirnos que el año que comienza va a ser el nuestro aunque luego no lo sea, porque, como digo, la vida se mide en días y momentos, y no en 365 días del año matemáticamente perfectos. Es igual. No voy a ponerme a daros la chapa sobre eso, que suficientes chapas os estoy metiendo ya en este libro, y las que os quedan.

Durante la mañana del 31 nos estuvimos escribiendo bastante, pero cuando llegó la tarde y después la noche hubo silencio total por ambas partes. Ella estaba en Jaén pasando la Nochevieja con su familia y yo en Madrid, como siempre, con la mía. A las doce menos cuarto, a quince minutos de que llegara el 2015, apareció de nuevo:

—¿Qué tal la cena? ¿Habéis disfrutado?

—Muchísimo. ¿Y vosotros? ¿Ya estáis preparados para ver las campanadas en Canal Sur?

—¡Cómo te gusta reírte de mí! Pues este año no toca. Estamos con otro canal. Madre mía, me he hinchado a comer. En mi familia siempre nos pasamos de comida estos días. No te lo podrías llegar a imaginar, de verdad.

—Bueno, un día tendré que pasar allí la noche y comprobar si coméis tanto o solo es una leyenda, ¿no? ¡Vamos, digo yo que en algún momento tendré que ir!

—Te veo hoy *sembrao*, ¿eh? Pues sí. Yo creo que algún día estarás en este follón.

—Sí, aunque tu prima diga que parezco judío por mi nariz, tu familia me cae bien. No les conozco a todos, pero, si son como tú, espero que no me pongan muchas pegas.

—¡Qué pelota te veo! Quizá sea yo la que esté una Nochevieja entre tus tropecientos hermanos y tus millones de sobrinos. Quién sabe.

—De momento parece que ni uno ni otro iremos en la vida.

Estuvimos *whatsapeándonos* hasta las doce de la noche. Cuando llegó el 2015 felicité a mi familia e inmediatamente después me puse a escribirle a ella, pero se me adelantó. «¡Feliz año, niño!», y yo seguí escribiendo mi mensaje, que quería que fuera extenso, pero ya estaba feliz sabiendo que me había felicitado a mí antes que a nadie. Después de un minutillo escribiéndole una parrafada, le envié el mensaje y en él me tiraba un poco a la piscina, como siempre, diciéndole sin decírselo que la amaba. Le decía también que para mí era muy guay poder felicitarle otro año más. Todos los años lo habíamos logrado a pesar de nuestras pausas.

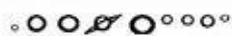
Incluso el año anterior, cuando no nos hablábamos, ella me felicitó comentando una de mis fotos de Instagram. Yo borraría aquel comentario para mantener a salvo su identidad ya que, por aquel entonces, ella no era muy consciente de la expectación que generaba su persona.

Pues bien, el mensaje del 2015 lo terminé con los versos de la canción «Dulces sueños», de Los Planetas: «Quiero secuestrarte y huir en autobuses y usar cruces como espadas». Al momento me contestó riéndose y diciéndome que era terrible. Es una frase muy suya que utiliza cuando le entran ganas de matarme. Luego continuó diciéndome: «Feliz año, espero que este sea un buen año para ti y para mí, para los dos. Te mereces lo mejor que pueda darte la vida porque eres maravilloso. Mil gracias por todas las cosas tan buenas que me has dado, chico de Los Planetas. Un millón de besos muy gigantes, como miles de autobuses y de espadas».

Me llamaba muy poco así y cada vez que lo hacía las pulsaciones se me disparaban. Sus palabras querían guerra. Estaban escritas para curarme, y yo, por supuesto dejaría que lo hicieran, porque eran sinceras y me transmitían que aún me seguía queriendo, pero no dejaba de pensar que, por mucha fuerza que tuvieran, si no iban acompañadas de actos no sirven de nada.

Me fui a dormir relativamente pronto. Llevo dos mil años sin salir de fiesta en Nochevieja. Me aburre tanto ese día... De hecho ya ni siquiera me tomo las uvas. Paso de subirme al carro de la gente que es feliz tomándose doce uvas y pensando seriamente que, si las acaban a tiempo, empiezan bien el año y se les cumple un deseo. Una vez mi primo Rubén se tomó las uvas antes de que acabaran de sonar las doce campanadas y luego vomitó en la alfombra del salón de la casa de mis abuelos. Gracias a él empezamos el año todos de putísima madre.

Me fui a la cama pensando en ella, sabiendo que cuando acabaran las navidades volveríamos a vernos, y algo me decía que, si entonces no terminaba de abrir los ojos, ya nunca lo haría.



ENERO

Me aseguró que nos veríamos la semana después de Reyes. Antes era imposible porque entraba a trabajar desde bien temprano y salía por la noche. Siempre pensé que en realidad me estaba evitando, porque cuando alguien tiene ganas de ver a una persona, si hace falta no duerme. Su forma de actuar me daba mala espina y me hacía experimentar una desconfianza que nunca había sentido hacia ella. En esas fechas también me contó que había empezado a escribir nuestra historia desde su punto de vista. No podía dejármela leer todavía porque aún no era el momento. Eso me decía. Sabía mantenerme a raya sin ningún motivo, y no tenía por qué tenerme así: yo le decía que no fuera mala, que me lo enseñara cuanto antes, pero tuvo que pasar un mes y pico para que me dejase leer sus *Dosis*, que llegaban así, dosificadas, poco a poco, cada mes. Hoy entiendo que le costara tomar la decisión de compartirlas conmigo, porque os aseguro que en ellas fue sincera como nunca lo había sido.

En ese momento me adelantó que se trataba de un libro para mí, y yo rápidamente le dije que eso había que publicarlo porque seguramente tenía una gran calidad a nivel narrativo y porque la gente se moría de ganas de conocer su parte de la historia. Pero se negó rotundamente. Sus palabras eran solo para mí, de nadie más. Eso me decía.

Finalmente quedamos el miércoles día 7 a las cinco y media de la tarde en La Latina, junto a la boca de metro que da al mercado de la Cebada, «para hablar de todo con más calma», como ella me dijo. En realidad yo empezaba a notar que ella se estaba acojonando, lo que significaba que si íbamos a quedar sería un completo fracaso y ella únicamente vendría a hacer acto de presencia y a echarme el mismo discurso de siempre que ni ella se cree y que suelta apoderada de un miedo inexplicable. Sentía que eso iba a suceder, lo notaba en sus formas, en que los últimos días ya no me había escrito tanto como antes y en que sus ganas en general para conmigo se habían reducido. Yo soy capaz de sentir su miedo sin necesidad de verlo y, si eso sucede, creedme, estoy jodido y tengo pocas probabilidades de que me escuche. El miedo no la paraliza como a mucha gente. Al contrario, hace que se mueva de un lado a otro, pero dando bandazos, como la cometa de plástico que uno no logra hacer volar.

Es imposible hacer volar una de esas cometas, porque, cuando consigues que ascienda cinco metros, al segundo cae en picado. Y tú sigues corriendo sin rendirte, sin siquiera mirar atrás, para que vuele, pero nada: la cometa cae y se golpea contra el suelo, luego sube otra vez, quizá medio metro y, al momento, vuelve a caer contra el

suelo y una vez más se levanta, y así varias veces hasta que el hilo comienza a enredarse y la cometa va golpeando lo que encuentra a su paso, jodiéndolo todo. Siempre nos hemos sentido muy identificados con esa fiase popular recuperada por Los Planetas que dice: «Si yo soy la veleta tú eres el aire». Ella era la veleta, claro, y yo un aire tan potente que provocaba sin quererlo sus bandazos, a pesar de querer soplar únicamente en una misma dirección. A veces esa veleta se rompía y entonces era incapaz de dirigirla con mi aliento. Esa era justamente la sensación que tenía sobre lo que iba a suceder aquel 7 de enero.

Me avisó de que íbamos a quedar un día antes, y yo tuve que pensar en cómo decirle lo mismo que le he dicho siempre pero de otra forma. Tenéis que tener una cosa muy clara, y es que la clave para ser feliz con alguien está en decir las cosas como siempre pero como nunca y en sentir lo mismo pero de otra forma. El resto no vale para nada. Decir lo de siempre como siempre es perder el tiempo. Es complicado lograr algo así, y más aún cuando llevas años dando el mismo discurso y aun así no ha servido para nada o para poco; o esa es la percepción que ella me ha querido transmitir en todo este tiempo. No penséis que el problema está en el discurso y que quizá el error sea ese, que nunca lo he cambiado cuando debería haberlo hecho. No.

Inexplicablemente, a veces las personas no quieren escuchar ciertas palabras porque son tan reales que duelen. Entonces, ¿qué coño podía hacer? Lo mirase por donde lo mirase, había más posibilidades de fracaso que de éxito, por lo que tenía que buscar una forma distinta de comunicarlo, así que decidí que se lo diría con humor, para que se riera, le impactara y a la vez pensara que estoy como una cabra; siempre haciendo cosas nuevas.

Tras darle muchas vueltas, se me ocurrió nada más y nada menos que prepararle una presentación en PowerPoint. Sí, lo habéis leído bien: una presentación en PowerPoint. Así que la noche anterior, sin tener ni idea de cómo funcionaba aquel programa tan simple, me puse con ella. La idea era explicarle a través de las portadas de los discos y los *singles* de Los Planetas el «antes» de conocernos, el «durante» y el «ahora» en que nos encontrábamos. Parece sencillo, pero ponte tú a buscar en Google esas portadas y elabora con ellas una teoría sobre nosotros que pudiera resolver la cuadratura del círculo. Según dicen, solo se puede resolver por el método de las repeticiones sucesivas, el cual no tengo ni la menor idea de cómo funciona. Lo que sí que sabía es que yo iba a repetirle lo mismo pero de otra manera. Oye, no sabía, quizá esta vez diera buen resultado.

A la una de la madrugada terminé la presentación, seguro de que iba a pensar que era un puto friki. No importaba, ya me daban igual ese tipo de cosas. Me fui a dormir cargado de adrenalina, pensando en eso que siempre escuché de un amigo mío emprendedor que solía hablarme así de sus proyectos: «Mientras haya conversación, hay negociación». Pues bien, esa frase me la apliqué con la chica de Los Planetas, aunque el fin nada tenga que ver con el de mi amigo. Joder, está claro que en esa situación, mientras ella me hablara y siguiera ahí, aún no había nada perdido.

Al día siguiente a las ocho de la mañana, antes de salir de casa para irme al trabajo, descubrí que me había bloqueado en Twitter. Durante el mes de diciembre me bloqueaba en Whatsapp de manera intermitente. De hecho entonces me tenía bloqueado. Yo había supuesto que lo hacía cuando estaba delante de gente a la que no quería hablar de mí, con todo lo que eso significaba. Pero lo de Twitter en cambio era la primera vez que lo hacía. Vaya percal. Tan temprano y bloqueado. Encima en Twitter, que para nosotros, era como una especie de punto de información sobre el otro cuando cada uno se iba por su lado. Le envié un SMS preguntándole qué estaba pasando, por qué me estaba bloqueando y si nuestra quedada se mantenía en pie o se había rajado en el último momento. Ahora era yo el bloqueado de todas las cosas en las que a uno se le puede bloquear en el siglo XXI. Hacía menos de un mes que ella me había pedido que no la bloqueara y ahora las tornas habían cambiado por completo y era ella la que lo hacía sin ningún motivo.

Sin una respuesta, a las ocho y media salí de casa y recuerdo que en el cielo aún se veía la luna, aunque ya hubiese amanecido. Como no podía ser de otra manera, estaba completamente llena, y un avión cruzaba por delante dejando una estela de humo como un brochazo de pintura en nuestro honor. Me sentía como un idiota, porque además me había arreglado algo más de lo normal, para no tener que pasar por casa después del trabajo, antes de quedar con ella. Entre eso y el hecho de que iba cargado con mi puto Mac bajo el brazo porque la noche anterior me había pasado hasta la una haciendo una jodida presentación que al final parecía que ni siquiera iba a tener la oportunidad de enseñarle, me sentía bastante gilipollas, pero seguía caminando por la calle tratando de llevar la cabeza alta, cosa que era bastante complicado de lograr. Me estaba esforzando porque hubo un tiempo en que yo solía ir mirando al suelo todo el rato, como si estuviera rendido y preparado para agachar el cuello y recibir el golpe final.

Cuando llegué a la calle O'Donnell me sucedió una de esas cosas que nunca le he contado a nadie, ni siquiera a ella. Si se lo hubiera contado, seguro que me hubiese entendido y hubiera flipado tanto como yo.

Crucé un paso de cebra mientras los coches esperaban a que el semáforo se volviera a poner en verde, y al mirar a la primera fila de vehículos vi que uno de los conductores era nuestro profesor de Filosofía del Derecho, con el gesto perdido en la luz roja del semáforo, esperando a que cambiara. De ese profesor os hablé en una ocasión. Fue el que me pidió que repartiese los folios de nuestro examen final un 31 de mayo, cuando llevaba dos meses sin ver a la chica de Los Planetas, y gracias a ello pude mirarla a los ojos de nuevo. Aquel 31 de mayo provocamos una tormenta.

Al verlo allí creí que podría ser un buen presagio, o no. Y me entró miedo de pensar que quizá a esas alturas todo estuviera más que acabado. Su comportamiento de los últimos días no indicaba nada bueno.

Ya en el metro, abrí mi *Almanaque de los músicos muertos*, una agenda donde, además de poder anotar todo lo que te dé la gana (yo apuntaba notas para el libro que ahora estáis leyendo), se recogen las necrológicas de infinidad de artistas explicando en qué grupos tocaban, qué papel desempeñaban en la banda y qué tipo de muerte tuvieron. Eran trescientos sesenta y cinco días con muertes de todo tipo y datos escalofriantes.

Ese día comencé por las necrológicas del día anterior porque se me había olvidado mirarlas. Todas eran de suicidios; aquello no me animaba ni un poco, así que después de haber leído el último caso de disparo en la cabeza, pasé la página para leer las muertes de ese 7 de enero, con el deseo y esperanza de encontrarme con una muerte natural o al menos por algún tipo de enfermedad. Todas volvían a ser muertes trágicas. La última que leí me hizo cerrar por completo el *Almanaque*. Había tenido lugar en 2013 y era la masacre de una banda mexicana. Diecisiete de sus músicos fueron secuestrados y asesinados tras una fiesta. Sus cadáveres fueron hallados en un pozo.

Al poco de llegar al trabajo me contestó al SMS diciéndome que sí, que seguía en pie todo y que me había bloqueado porque se había rayado. Palabras textuales. Ni más ni menos. Ese tipo de actitud era muy cansina, pero yo olvidaba rápido esos gestos que no consideraba muy correctos. Le contesté de nuevo diciéndole que vale, que me parecía muy bien, pero que viniera con la cabeza abierta y todas las ganas, como me había prometido, porque si no no iba a servir de nada nuestro encuentro.

Las horas pasaron muy lentas ese día. Había quedado a comer con mi amigo Chema para que me llevara aquella edición de *Moon Palace* que me puso patas arriba de camino al Low Festival. A Chema le conté toda la historia. Le dije que necesitaba que viniera de su trabajo sí o sí para darme el libro.

—¿Pero por qué ahora tanta prisa? ¿No podemos esperar al fin de semana cuando nos veamos con más calma? Tendría que salir corriendo de trabajar...

—Es que, Chema, después de mucho tiempo voy a quedar con ella, y ya sabes todo el significado que tiene para nosotros ese libro. Y tú no eres consciente, pero en la portada hay un clarinete y, joder..., también sabes qué significa eso para mí. Quiero regalárselo a la chica de Los Planetas. Lo tengo claro desde que lo vi.

—¿A ti no te han enseñado eso de que los regalos no se regalan?

—En este caso es distinto, y además te lo estoy contando antes de hacerlo.

—Bueno, me has convencido. Me paso a comer contigo y así llegas a tiempo.

—¡Gracias, de verdad! Mañana te invito a comer al Burger King o al McDonald's, que ya sé que ninguno de los dos sitios es el Palace pero para salir del paso no están nada mal.

—Trato hecho. A las dos y media nos vemos en Nuevos Ministerios.

Lo logré. Comí con Chema, me dio ese libro tan especial que resumía una parte muy importante de nuestra historia, volví al trabajo, estuve pensando en ella hasta que llegó la hora de salir y me fui a La Latina. De camino, en el metro, como iba tan

justo de tiempo, aproveché para dedicárselo.

Estaba tan nervioso y a la vez tan empanado que me pasé la parada y tuve que cambiar de andén para ir a Diego de León y hacer el trasbordo. Años atrás, volviendo con ella de un concierto, me había dicho en ese mismo andén:

—¿Estamos aquí de verdad? Te voy a parecer una cateta, pero llevo toda mi vida escuchando eso que dice Rubén Pozo de «Y los chicos del metro de Diego de León, que son la salsa del *rock & roll*», y ni siquiera sabía dónde estaba este lugar. Espera que le voy a sacar una foto.

Siempre se excusaba de la misma forma: «Perdona que parezca una cateta pero...». Lo decía cada vez que hacía una foto de algún lugar de Madrid. Ese día estaba guapísima y, después de hacer la foto al letrero del andén, me besó sin previo aviso con una fuerza abrumadora.

Cuando entré en el vagón que habría de llevarme a La Latina, hacía demasiado calor y me quité la trenca, que no me la había vuelto a poner desde aquella noche de lluvia juntos en diciembre. Al doblarla sobre mi brazo, descubrí que en ella había un pelo castaño que no era mío, porque mi pelo no es de ese color y porque terminaba en un tono rubio californiano. Era suyo, estaba claro. Había permanecido en mi armario durante semanas. Después de examinarlo como un loco, lo tiré al suelo del vagón. Os aseguro que al hacer ese gesto pude notar que un trozo de ella se estaba alejando de mí de una manera tan real que sentí miedo y la vez tranquilidad. Quizá fuera el momento de que todo se acabara por completo.

Me bajé en Callao porque al final me iban a sobrar diez minutos, y preferí aprovecharlos para dar un paseo hasta La Latina y despejar un poco la cabeza. Necesitaba aire. No me llegaba a los pulmones, me decía a mí mismo que tenía que hacer un milagro con ella, tocar de alguna manera su corazón y su cabeza para conseguir que resucitaran. No iba a ser tarea sencilla. Yo nunca he sabido hacer milagros ni he podido caminar sobre las aguas, ni arrancar una montaña y arrojarla al mar, pero por ella he luchado tanto que sin necesidad de un poder sobrenatural me creo capaz de destruir una montaña y vaciar el mar, o de crear un fuego en nuestras bocas con solo tocarla que acabe entrando por nuestras gargantas como si fuéramos un par de dragones milenarios que se mueren de ganas.

Bajé la calle Preciados logrando esquivar a los encuestadores, los vendedores, los evangélicos y sus biblias, las ONG y demás personas que por allí pululan normalmente con una carpeta en la que apuntar tu cuenta bancaria a cambio de hacerte sentir más solidario.

Pues bien, yo ese día logré esquivar a todas esas personas excepto a una chica que directamente me preguntó:

—¿Te gustan los libros?

A lo que respondí impulsivamente que no. Pensé que iba a ser la mejor forma de que no me entretuviera, pero ella insistió:

—Pues llevas una ropa con un estilo muy guay y tienes pinta de que te gusta leer.

—Las apariencias engañan. Tú que has leído conocerás esa frase.

La chica ya no supo reaccionar a eso, y mientras me alejaba me dijo sin venir a cuento:

—¡Vas muy guapo!

Aquello me subió el ánimo y me quitó los miedos, así que le di las gracias, nos deseamos un buen día y salí a Sol para cruzar la Plaza Mayor, pasar por delante de San Isidro y acabar en La Latina.

Llegué un pelín tarde y ella aún no había llegado. Era algo raro porque es muy puntual, suele llegar unos minutos antes de lo previsto y eso a mí me encanta. No soporto a las chicas que llegan dos años después de la hora a la que han quedado como si no pasara nada. Son insoportables.

La chica de Los Planetas solo había llegado tarde en una ocasión y hacía ya un par de años de eso. Yo le había regalado por su cumpleaños dos entradas para ir a ver a Nacho Vegas al teatro Lara. Ella jamás lo había visto en directo a pesar de que era uno de sus artistas preferidos. Siempre dice que jamás parará a un famoso por la calle salvo si es Nacho Vegas o Jota, de Los Planetas. Creo que fuimos juntos al concierto porque yo había comprado las entradas dos meses antes y me dijo que si no era conmigo no iría con nadie, pero en esa época no andábamos nada bien. Era un jueves y ella volvía de haber pasado unos días en Jaén para hacerse unas pruebas médicas por unos mareos que había sufrido semanas atrás. Cuando llegó la hora a la que habíamos quedado y yo ya estaba esperando, recibí un mensaje en el que me decía que se iba a retrasar media hora, que había ido al médico porque no se encontraba bien y que mejor quedáramos ya directamente en el teatro. Esa media hora se pudo convertir en dos horas perfectamente. Antes de que llegara, aproveché para comprar unos sándwiches del Rodilla con dos Coca-Colas, para tomarlos de cena en el propio concierto. Cuando llegó a la plaza de Callao, porque al final fui a buscarla allí, tenía cara de tristeza, le dolía la cabeza y estaba cansada. Yo intenté alegrarla con mis tonterías, saqué los sándwiches dentro del teatro a pesar de que estaba prohibido comer y cenamos en nuestras butacas, donde incluso conseguí que se riera un poco. Cantaba todas las canciones, pero lo hacía en bajito, y flipamos con aquel concierto, que llevaba el nombre de «La vida es dulce». Era un homenaje al director de cine Mike Leigh y, mientras tocaba «Vegas» con toda la banda, se proyectaban a sus espaldas escenas de películas de Leigh que te ponían los pelos de punta. Al salir del teatro, bajando por la Corredera baja de san Pablo, se detuvo un momento en un sitio donde no había mucha gente y me dijo que esperara. Agarrada a mí para mantener el equilibrio, me explicó que, como siempre, el médico le había pinchado en el culo para quitarle la jaqueca, y se bajó un poco el pantalón. Vi asomar su piel clara que en otro tiempo había devorado, y ella sacó un pequeño algodón con un puntito de sangre. Volvió a colocarse bien sus pitillos negros y la acompañé a casa. Los dos íbamos totalmente callados y vacíos porque éramos un par de testarudos que pensaban que no podían estar juntos. Ese día fue la única vez que ella llegó tarde, y

yo parece que me quedé atrapado en ese par de horas en las que la estuve esperando y que me perdí dentro de esa ausencia, incapaz de reaccionar a tiempo para evitar que en ese mes de abril se marchara de mi lado.

Pero volviendo a La Latina, al 7 de enero de 2015, finalmente apareció cinco minutos más tarde. Era la segunda vez que nos veíamos después de tantísimo tiempo y ya había pasado casi un mes desde la primera. Al llegar y verme me sonrió sin forzar nada y yo respiré tranquilo. Estaba acojonado pensando que iba a encontrarme con un muro impenetrable, pero, cuando alguien te sonríe de verdad, tienes mucho ganado, y ella me sonrió así, de verdad. Nos abrazamos en cuanto nos vimos, y yo me di cuenta de que iba a cumplir con su palabra de venir con la mente abierta, dispuesta a escuchar lo de siempre como nunca. Dimos una pequeña vuelta por la zona hasta que entramos en una cafetería que no sé cómo se llamaba. Mi hábitat natural es Malasaña, y en La Latina, dependiendo de en qué zonas, estoy más o menos perdido. Era un café de esos para modernos en los que también se venden libros y vinilos. Cuando entramos me dijo:

—A ver, no entiendo cómo tienen el libro de Balines y el tuyo no. Estos no saben de nada.

De vez en cuando tenía esas fiases. Desde que habíamos retomado el contacto, todo el asunto del libro le obsesionaba muchísimo, y siempre me decía que había montado una grande, con cara de que la situación la superaba. Sin embargo, me picaba con bromas como esa, que indicaban que le fascinaba ser la chica de Los Planetas y todo lo que eso conllevaba, que es bastante.

Ella pidió café con leche y yo lo mismo. Pocas veces tomo café y cuando lo tomo es por ella y normalmente con ella. Cuando nos los trajeron, le saqué mis regalos de Reyes, para no romper las buenas costumbres. Explicándole cómo había llegado hasta mí, puse sobre la mesa el *Moon Palace* de Chema que había pasado a ser mío para que fuera de ella. No os podéis imaginar cómo le brillaban los ojos. Cómo tocaba con los dedos de su mano izquierda aquel clarinete de la solapa, como si lo estuviera acariciando. Sin que yo le dijera nada, abrió la primera página porque se imaginaba que se lo había dedicado, como todos los que le había regalado antes. No recuerdo con exactitud qué le escribí, pero sé que al final ponía: «Para la verdadera mujer dragón. Un millón de besos de los guays, de los que hace mucho tiempo que no nos damos». Podía sentir cómo estaba conteniendo la emoción, cómo quizá pensara: «¿Por qué? ¿Por qué he complicado tanto todo esto?», cuando en realidad era ella la que lo había complicado todo y seguía haciéndolo.

Después le saqué otro detalle, mi camiseta de Los Planetas del disco *Unidad de desplazamiento*. Hacía ya mucho tiempo que también le había regalado la de la X de *Una semana en el motor de un autobús*, y le gustó tanto que creí necesario que tuviera la otra. Antes de llevársela la había embadurnado con litros y litros de mi colonia, para impregnarla de ese perfume que ya lleva de todas formas a todos lados con ella.

Todos mis regalos tienen un significado. No suelo regalar tonterías o, más bien, regalo tonterías que recuerdan cosas grandes. Ella jamás podrá olvidarme gracias a los libros, los discos, los conciertos y a esas camisetas, entre otras muchas cosas, que le regalé por sorpresa y que disfruté con ella. Pero tengo claro que no dejan de ser cosas, objetos, que, aunque tengan significado, puede que un día dejen de significar todo y se conviertan en simples recuerdos de una serie de momentos que ya no tienen valor alguno.

Aunque no se lo demostré, me quedé esperando que abriera el bolso y me sacara un disco de Los Planetas, como ya había hecho en otras ocasiones por esas fechas, pero no lo hizo. Llevaba ya dos años sin hacerlo. Eso no podía ser bueno. Daba igual, o no, pero el caso es que, cuando vi que nunca haría aquello que yo me había imaginado perfectamente en mi cabeza, saqué el puto Mac de mi mochila y lo puse sobre la mesa:

—A ver, por dónde empiezo... —Comencé a decirle mientras lo encendía—. Como lo que te voy a decir ya lo has escuchado un millón de veces, he decidido hacerlo de otra manera, así que... —cambié la voz como si fuera un anuncio de Teletienda— bienvenida al PowerPoint de la *Reunión en la cumbre* con la chica de Los Planetas.

—Estás loco —me decía mientras se reía y se tapaba la boca con la mano—. Es que lo tuyo no es ni medio normal, de verdad. Nunca sé por dónde vas a salir. Siempre me sorprendes. Siempre lo haces.

—Mujer, ya sabes que conmigo nada es normal, así que tienes que empezar a asumir eso, ¿vale? Es que, si fuera como todos los demás, vaya mierda. No deberías quejarte.

—Bueno, venga, ponme eso, anda. A ver qué has preparado. Miedo me das.

Fui pasando una a una las dispositivas. El contenido de las mismas no lo voy a revelar, porque creo que eso es algo que debo guardar para nosotros, pero en la última había escrito la frase que cierra la primera parte de este libro: «Tengo heridas en las manos de no tocarte y de escribirte tanto». Creo que gracias a esa frase fui capaz de empezar a escribirlo.

Le expliqué cuál era su origen: yo voy a trabajar en bicicleta y no porque piense que es cero contaminante o cualquier movida de esas. Lo hago porque no pienso pagar cincuenta y tantos pavos al mes por ir en transporte público.

Me parece un robo. ¿Puedo pagarlo? Sí, pero prefiero ahorrármelo de ahí para cenármelo, en el sentido más literal de la palabra. Llevo eso tan a rajatabla que me da igual que diluvie, yo iré a trabajar en bicicleta con el chubasquero más feo del mundo. Pues bien, en diciembre, después de nuestro reencuentro, en una de esas mañanas en las que hace un frío que te entra por el cuerpo y te deja roto, iba yo hacia el trabajo con mi bicicleta. Nunca llevo guantes. Me parece un invento coñazo por

mucho que te proteja del frío. Tengo un sentimiento hacia los guantes de invierno parecido al de los paraguas de Unamuno. Esa mañana hacía más frío de lo normal y yo iba pensando en ella. Estaba triste porque, aunque habláramos con frecuencia, no quería quedar conmigo a tomar algo y yo necesitaba verla, no leerla; y sobre todo no escribirle, como llevaba haciendo desde hacía casi dos años en mi blog. Iba pensando en todo eso sobre la bicicleta, y las manos me dolían tanto por el frío que parecía que se me iban a romper en cualquier momento. Ese dolor me recordaba las veces en que me rompía la cabeza tecleando delante del ordenador palabras que hablaban de ella, de nosotros y de todo lo que vivimos. El dolor metafórico esconde a veces un dolor real.

Durante la presentación nos estremecimos en muchas ocasiones y hubo otras en las que nos reímos mucho, porque cuando estoy con ella en algún sitio y me pongo a explicarle algo tiendo a hablar a voces, y ese día me pasó varias veces entre diapositiva y diapositiva. Ella, con los ojos muy abiertos y una sonrisa me decía: «Pero, hijo, no grites, que se va a enterar todo el mundo de nuestra historia». Y, claro, yo me moría de la risa con eso.

Cuando terminó el PowerPoint, me prometió que pensaría muy detenidamente en todo aquello y que me daría una respuesta. Y entonces me confesó por fin que estaba quedando con un chico al que veía con frecuencia y al que le apetecía dar una oportunidad. «¿Por qué no voy a darle una oportunidad, porque él no me ha escrito un libro? Nadie es como tú y nadie hace las cosas como tú, lo que implica que cualquiera, a tu lado, se encuentra en situación de desventaja».

Yo escribí un libro y si no lo hubiese escrito seguiría siendo la misma persona de quien se enamoró un día. Por supuesto que me dolió escuchar aquello y que me confirmara algo que yo ya me imaginaba, pero más me jodía que lo hubiera entendido todo al revés. Le intenté explicar que si realmente le gustaba ese chico, no habría vuelto jamás a aparecer en mi vida, no me habría enviado nunca ese MMS y no estaríamos todo el rato hablando por Whatsapp ni me habría dicho las cosas que me dijo desde que nos habíamos reencontrado. Da igual. Cuando lo pienso en frío sé que ella sabe a qué me refiero y que tengo razón. Lo sabe. Pero nunca le echa cojones y, si nunca lo hace, algún día le pasará factura, una de esas facturas que duelen para siempre porque se paga a base de echar de menos y de machacarse día tras día por no haber estado con la persona que había apostado por ella como nadie.

La acompañé a casa de su hermana y de camino me preguntó si les contaba a las chicas que se interesaban por mí que había escrito un libro para recuperar a una chica. Yo le respondí que sí y ella insistió:

—Pero ¿qué piensan de todo eso? ¿Les da igual o huyen de ti?

—Les da igual.

—Les da igual porque son retrasadas. Si a alguna no le da igual es que le importas.

—Pues como todos esos tíos que te tiran la caña. Esos sí que son retrasados, que

lo sé yo a ciencia cierta, te lo aseguro. ¿Y tú, qué? ¿Les dices a esos que tienes un tatuaje por mí o les cuentas simplemente que es una canción de Iván Ferreiro?

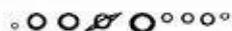
—Lo segundo.

—Y se lo tragarán... Menos mal que a ti no te puedes engañar.

Nos despedimos con dos besos, pero no fueron los típicos dos besos, sino que me pasó la mano por la cabeza y me los dio de lleno en la cara. Eso lo hace sin darse cuenta cuando se siente cerca de mí. Se llama lenguaje corporal. Volví a casa andando, y de camino recibí un *e-mail* de Patricia, anunciándome que la Fnac de Málaga quería que fuera en febrero a presentar el libro. Era la primera tienda que se interesaba por ello.

Nada más ver ese *e-mail*, lo primero que hice fue contarle a la chica de Los Planetas que iba a ir a su Andalucía. Ella se alegró mucho y me dijo que ojalá el trabajo le permitiera hacer esa escapada conmigo. Esa misma noche me confesó que había disfrutado mucho en aquel café y que era el hombre más maravilloso que había conocido nunca y que conocería jamás. Me prometió que iba a pensar en todo lo que habíamos hablado y que pronto me contestaría algo. Yo le dije que no había prisa, y se lo tomó tan al pie de la letra que nunca llegó a dar respuesta a aquella presentación. Mal por su parte. Mis fuerzas y mis ganas empezaban a estar bajo mínimos.

Días más tarde me escribió varias veces para decirme que estaba pensando en todo y que aún no me había dicho nada porque sabía que iba a ser la decisión más importante de su vida y no quería precipitarse. Otro día volvió a escribirme para decirme que había estado comiendo en el Potomac y que se había acordado mucho de mí. Algún SMS de ese estilo me volvió a enviar en esos días. No me desbloqueaba del Whatsapp, esa era su forma de comunicarse conmigo. A los pocos días desapareció sin dejar rastro. Un mes y pico después volvería a aparecer.



FEBRERO

A mediados de enero, Eric, batería de Los Planetas, me invitó a presentar el libro a su bar-museo de Granada, y para mí eso era una especie de sueño cumplido. Realmente no era un sueño porque jamás había soñado que un día publicaría un libro y mucho menos que el batería de mi grupo favorito me invitaría a ir a su ciudad para presentarlo.

Podría tener siete años cuando escuché por primera vez la contundencia de su batería. Era capaz de cerrar los ojos y olvidar el resto de sonidos de la canción para escuchar sus redobles poderosos. Mi hermano Antonio me contaba que Eric se iba a las procesiones de Granada a escuchar esos tambores para luego aplicarlo a las canciones. Esa anécdota siempre había llamado mi atención y me hacía imaginarme a Eric perdido por una de esas calles de Granada tan estrechas, escuchando con diligencia aquellos sonidos. El día que supe que iría allí a presentar el libro, solo tenía ganas de contárselo a ella porque estaba convencido de que fliparía cuando le diera la noticia, pero no pude porque había desaparecido. Cuando una persona desaparece por su propio pie y no por extraños acontecimientos que escapan a toda explicación, es mejor dejar que se vaya, que se pierda y que se encuentre sin que otra persona le guíe sus pasos. En realidad yo pensaba que no tenía nada que hacer y que su desaparición conllevaría perderla de nuevo, pero uno debe empezar a aceptar esas cosas. Si ella es tan ¿tonta? de no darse cuenta de que aquí hay un tío que lo ha dado todo por ella como ninguno, ¿qué puedo hacer? Nada. Es así de triste, pero eso es lo que he llegado a aceptar. Si ella no quiere estar conmigo, por muy equivocada que esté, tendré que parar y dejar de invertir el tiempo en alguien que no me quiere.

No le pude contar lo de Eric aunque intuí que de alguna forma se habría enterado, pero ella no dio señales de vida y no dijo nada, parecía que le daba igual. Fui a Granada con la estúpida ilusión de que quizá vendría a verme, porque yo seguía pensando que me debía una respuesta y que me la daría en algún momento. En realidad ella me debe muchas cosas que no ha cumplido. Debía de estar mal de la cabeza para llegar a pensar que aparecería por esa presentación. Era prácticamente imposible, y, como era lógico, no pasó. Pero igualmente aquella noche fue impresionante. Mi primera presentación llenísima de personas excepcionales a las que estuve escuchando una por una hasta la una y media de la noche.

Eric se ha convertido desde entonces en un auténtico amigo del que me puedo fiar completamente. El mejor batería de nuestro país y yo, un pobre hombre que no es el mejor en nada, compartiendo *gin tonics* y quién sabe si un proyecto.

A la vuelta de Granada, fui con @diostuitero un viernes 13 como espectador al programa de radio *Lo de las noticias*, dirigido con mucho desenfado por Carlos Langa y Anómalo, emitido en directo desde el Beer Station, un *pub* que está en la Cuesta de Santo Domingo. Por lo visto, al igual que nosotros, iban a ir un montón de *tuitstars* a verlo y él los conocía. Allí me presentó, entre otros, a Roberto López Herrero, más conocido como @ElExpecial, un hombre con varios libros ya a sus espaldas y una gran experiencia en el mundo de Amazon al que, después de hablarme con tanta pasión sobre mi libro, invité a que me acompañara en una de las presentaciones que hice en Madrid.

Empezó el programa, al que ese día acudieron como invitados, entre otros, Eva Hache, Iggy Rubín y Carlos García Miranda. Este último no paraba de hacer bromas con el próximo libro que iba a publicar. Las soltaba en medio del programa y algunas me hacían gracia y otras no, pero recuerdo que en ese momento me puse a investigar sobre él por Twitter, ya que no tenía ni idea de quién era. El tal Carlos, por lo visto, había sido guionista de series muy importantes y ahora publicaba su segundo libro, *Conexo*. Acabó el programa y todos nos quedamos a tomar unas cervezas. Mónica, mi editora, también se había unido al plan, y entre caña y caña me contaba más cosas sobre el mundo editorial. A eso de las once de la noche, Carlos García Miranda, que estaba cerca nuestro pero hablando con Eva Hache, se me quedó de repente mirando para decirme finalmente a voces:

—¿Que tú eres Holden Centeno, el autor de *La chica de Los Planetas*? ¿De verdad?

—Pues sí, ¿me conoces?

—¿Cómo no te voy a conocer? Yo te sigo desde hace bastante y ahora sé que lo estás petando con tu historia. Eres generacional, macho. Tu libro es el libro *indie* del momento.

Os juro que todas esas afirmaciones que me hacía se me quedaban grandes. Es curioso ver cómo haces algo sin pretensión y la gente del mundillo lo interpreta como jamás imaginarías. Pero no puedo quejarme y, si la gente piensa eso, no puedo dejar de sentirme responsable.

Carlos empezó a preguntarme por ella y yo siempre le respondía: «Pues la chica de Los Planetas...», «Pues F...», a lo que él contestaba: «¿Eres idiota? La puedes llamar por su nombre, deja de hacerte el misterioso». Carlos siempre me ha dado consejos, hemos discutido muchos temas y aún sigo aprendiendo bastantes cosas de él a pesar de que a veces nos enzarcemos en discusiones que realmente no nos llevan a ningún lado.

A eso de la una de la noche llegó @norcoreano. De él no sabía mucho, su identidad anónima la lleva a rajatabla. Lo único que había deducido es que era fan de Los Planetas, por el *tuit* que puso el día en que #LaChicaDeLosPlanetas había sido *trending topic*. Estaba convencido de que tenía bien controladas las canciones de sus discos. Hablamos del libro, de su trabajo, dónde vivía y todas esas preguntas que le

haría cualquier persona que sigue su cuenta y siempre se ha preguntado quién andará detrás de ese avatar del chino gordito. Ya os puedo decir que me pareció una gran persona: un tío que había llegado a rechazar salir en programas de televisión aun habiéndole ofrecido una buena cantidad por ello. Cuando salimos del Beer Station, todos los que habíamos ido al programa nos quedamos un rato en la puerta decidiendo dónde ir a continuación. Yo seguía hablando con @norcoreano de otras cosas. Creo que nos daba igual el lugar en el que acabáramos la noche. En ese momento estábamos hablando de Los Planetas, de quienes en efecto era muy seguidor, y me dijo que ese mes no podía parar de escuchar «Si me diste la espalda». Sin previo aviso se puso a cantarla allí mismo y yo le acompañé con los pelos de punta, pensando en aquello que me había contado la chica de Los Planetas en el mes de diciembre, de que se puso a llorar el día que escribí esa frase junto a una foto de Instagram, @norcoreano podría haberse puesto a cantar otra canción, pero no, cantó esa, y yo sabía que tenía que significar algo.

Al final terminamos la noche en un garito de Malasaña a las seis de la madrugada.

Un par de meses después de conocernos, Carlos me llamó diciendo que salía en la *Rockdelux*, como sabéis, una de mis revistas preferidas. Pues bien, el director de la revista me ponía verde a mí y al libro, pero el titular me encantaba: «Por el amor a una mujer». No podía ser más acertado y fue un placer saber que ese hombre que tanto sabe de música se parara durante cinco minutos a escribir una crítica sobre mi libro para un número en el que aparecía Jota. Estaba encantado, aunque no fuera nada positivo lo que dijera de mí y de mi historia.

Carlos se convirtió, a partir de aquella noche, en una especie de amuleto que me traía suerte con la chica de Los Planetas. El 17 de febrero salió a la venta su libro y yo fui a comprarlo al mediodía a la Fnac. Al poco rato le escribí para contarle que ya lo tenía y, después de estar un rato hablando sobre eso, me preguntó que qué tal con F. Mientras le contaba que no tenía ni idea de dónde andaba, recibí un SMS de ella. Llevaba varios días con el presentimiento de que pronto volvería a aparecer y no me confundía.

Conversación 5

—La cafetería de Derecho sigue teniendo tu nombre. Sé que tengo que responderte a lo del PowerPoint. Me resulta difícil, pero lo haré. Ahora me tomaré un café por todos los que no nos hemos tomado estos años atrás.

Sin dudarle contesté a su SMS:

—Me alegro de que aún no me hayas respondido. No hay prisa. Brindaría ahora mismo contigo, con café y un Donut Fondant de los que me flipan tanto.

—No puedo venir a Derecho —volvió a responder ella—. Lo llevo fatal. Me supera esta facultad. Me recuerda tanto a ti. Yo creo que voy a pedirme una palmera,

aunque no me la termine.

Me encantaba su manera de ser, el comentario sobre las palmeras, aquellas palmeras tan cojonudas de la facultad, de las que, días más tarde, me reconoció que se acabó pidiendo varias para guardarlas en la nevera de su casa y tomárselas más tarde. Me encantaba su forma de asociar cosas, comida y lugares, a mí, como yo hacía siempre con ella.

—Hazlo, sin duda. Tus SMS de por la tarde, cuando estabas en clase y yo te esperaba estudiando en la biblioteca, en los que me pedías guerra y palmeras, eran de esos que alegraban un día de mierda —volví a responder.

Ya no contestó más hasta que a la media hora me escribió por Whatsapp y, como siempre, sin rodeos, sin saludar, directamente me preguntó:

—¿Qué tal con Eric?

—Pues imagínate. Fue todo muy impresionante. Me moría de ganas de contártelo.

—Pues, venga, cuéntamelo todo, ¿no?

Y eso hice, se lo conté todo con pelos y señales. Le dije que viera el vídeo de YouTube que había montado sobre mi viaje a Granada (con mensajes que claramente eran indirectas para ella) y el vídeo tocando con Eric.

—Ya he visto esos malditos vídeos. Aunque no te haya escrito en ningún momento, te he estado leyendo y he estado siguiendo las cosas que hacías en todo este mes en el que he estado ausente. No sé cómo lo haces, pero consigues todo lo que te propones. Llegas a los lugares más impensables. No me jodas, ahora eres amigo de Eric. ¿Eres consciente?

—Claro que sí, y flipo tanto como tú. Eric me contó un millón de historias y también me habló de las cosas del libro con las que se había sentido identificado, por una historia parecida que él vivió. Y no consigo todo lo que me propongo, porque contigo nunca consigo nada.

—Tú crees que no lo consigues pero eso es mentira. Algún día lo sabrás todo. Todas esas cosas que he sentido por ti con tanta fuerza en estos meses separados.

—Pues quiero saberlo pronto, porque, aunque siempre he tenido paciencia y te he estado esperando, ya no es lo mismo y me empiezo a cansar un poco de todo.

—Nunca te cansas. Te lo he dicho mil veces. Siempre estás ahí como ninguno.

—Y tú tampoco te cansas, lo que pasa es que lo llevas siempre en silencio. Siempre estás ahí aunque no digas absolutamente nada.

—Puede ser.

Cuando ella dice «Puede ser», es que en realidad es, pero no te lo quiere reconocer de una forma tan directa y prefiere callárselo.

Nos pasamos el resto de la tarde hablando de mil cosas, saltando de un tema a otro como siempre. Estábamos felices de volver a hablar, aunque fuera por el maldito Whatsapp, nos bastaba para saber que aún no había muerto todo. Aun así, yo estaba quemado de verdad, en vez de aquellas conversaciones virtuales, lo que necesitábamos en realidad era vernos, dejamos de tonterías y hablar cara a cara.

Cuando llegó la noche le dije que tenía que lanzarse conmigo, que ya era el momento.

—No me atrevo, joder. No sé por qué, pero no me atrevo. Me atrevo a todo menos a ti. Muchas veces me lo pregunto, ¿qué es lo que me impide lanzarme?

—Mira que te conozco mejor que nadie, pero te aseguro que soy incapaz de explicarme eso, de razonar tu miedo. Yo creo que es básicamente por tu inestabilidad. Encima sabes de sobra que puedes conocer a tíos majetes sin problema y que no tendrán ningún inconveniente en adaptarse al tipo de relación que es cómoda para ti. Pero en realidad sabes que, si no te atreves conmigo, no te atreves con nada.

—Ya, eso lo hemos hablado muchas veces y yo soy más inmadura, más niñata para eso. Pero es que, joder, mira que me jode la vida tener que ponerme «Young Lion» cada vez que tengo miedo por algo, y aún así me la pongo y me relajo. Y luego lloro. Lloro porque tú me dijiste esa puta mierda hace aproximadamente un año. Tú fuiste el que me aconsejó que escuchara esa canción para calmarme y te llevo haciendo caso desde entonces.

Me quedé muy gratamente sorprendido al escuchar eso, bueno, al leerlo, ya me entendéis, y le pregunté que si de verdad se acordaba de aquel consejo que le di, porque yo pensaba que no le había impactado absolutamente nada.

—Sí, claro que me acuerdo. Ese día me dormí escuchando esa canción y desde entonces lo he hecho muchas veces. Me calma y no puedo dejar de pensar en ti.

—Es impresionante que no pasemos ni un solo día sin pensar el uno en el otro. Es de otro mundo. Creía que tú me habías olvidado por completo y que solo pensabas de mí cosas malas.

—Tú a mí nunca me has dado nada malo. Al contrario. Todo han sido cosas buenas. Y claro que ha habido muchos errores, pero es la única vida que vivimos. Estaría guay tener una de prueba, pero no la hay. Así que ambos hicimos algunas cosas mal. Pero ten claro que yo jamás podría decir nada malo de ti a nadie, porque me traicionaría a mí misma, de verdad. Cuando me dijiste que pensabas que te iba a denunciar por el libro y que por eso cambiaste los nombres... ¡Jamás podría hacerte algo así!

—Me sigue impactando que sigas leyéndome en las redes sociales.

—Leo siempre tu Twitter y tu blog. Nunca he dejado de hacerlo, ya lo sabes, y te sigues sorprendiendo.

—Es que es sorprendente pensar que escribo cosas de ti y que tú las lees y no dices nada.

—No hay privacidad entre tú y yo. Me cago en la puta. Hoy lo he pensado al escribirte. Me he dicho: «¡Maldita sea, esto ya lo va a escribir!».

Se reía al decirme eso. Bueno, escribía muchos «jajaja». Nos reíamos mucho en todas estas conversaciones, pero, por no llenaros esto de «jajaja», porque no me parece de recibo, os pido que imaginéis tanto sus fiases como las mías totalmente joviales.

—No exageres y, por favor, sobre todo te pido que espabiles, que lo que tengo

que hacer es vivir contigo una vida y no escribirla. Hazme ese favor, porque va a llegar un momento en que ya no quiera ni escribirla ni vivirla.

Me quedé dormido justo después de ese mensaje. Era ya tarde y mis ojos se cerraron. Al día siguiente leí su contestación:

—Ya lo sé. No me dejes convencer fácilmente, y además sé que podría arrepentirme toda la vida. Soy lo peor. Mira, el otro día encontré esta foto con la portada de *Pop* con la mayor resolución del mundo. Es flipante todo el significado que tiene para nosotros, para un momento tan grande.

—Perdona, ayer me quedé sobado. Esa pollada guarda un millón de cosas buenas y, sí, reconozco que yo pensaba que tenía la mejor imagen, pero la tuya tiene una resolución perfecta. Yo sigo teniendo el disco que me regalaste. Qué bien cuando estás tan simpática conmigo y me dices cosas que no me dices habitualmente y que tienes bien escondidas. Podrías ser así todos los días. ¡Buenos días, simpática!

—Supuse que te habías quedado dormido. La foto que me descargué aquel día era la que más resolución tenía del mundo, aunque luego tú y yo no llevamos la situación de una forma muy resoluta. Buenos días, antipático.

Conversación 6

No hablamos nada más hasta por la noche. Al día siguiente me iba a Málaga a presentar el libro y estaba preparando la maleta cuando me escribió.

—Escúchame. Ayer cuando te quedaste dormido, justo en el momento en que dejaste de contestarme, me puse a escuchar «Si me diste la espalda». Hacía muchísimo que no escuchaba esa canción, pero tú me la volviste a recordar hace unos meses cuando la vi en tu Instagram. No podría quedarme con una frase de todas las que dice Jota. Es imposible. Es una biblia esa canción. Hazme caso.

No sabía muy bien qué responderle, porque yo mismo había estado escuchando esa canción la misma noche, antes de quedarme dormido, y una vez más sentí que estábamos conectados. Le dije cuál era mi frase preferida de la canción y ella me contestó con un pantallazo de su *tuit* de esa mañana, en el que había puesto esa misma frase. Flipamos. Yo no lo había visto.

—Es demasiado fuerte para ser real. Voy a escucharla *in this moment*. Lo necesito.

—Yo también.

Le conté lo de @norcoreano cantando esa misma canción la semana anterior. Siempre andábamos rodeados de casualidades que nos pedían a gritos que estuviéramos juntos, o al menos así era como yo lo interpretaba. Seguimos hablando de música y le dije que estaba obsesionado últimamente con «Una nueva presa musical», que era un tema que requería escucharlo a tope y con buenos auriculares para apreciar bien los efectos de los sonidos con un estéreo apabullante. Ella me

respondió que esa fue la primera canción que escuchó de Los Planetas, cosa que yo no sabía, aunque me insistió en que me lo había contado alguna vez. Me dijo que lo había puesto en su libro, en ese que me estaba escribiendo y que yo aún no había leído.

—Pero, a ver, que el pelo de Jota de joven siempre me recuerda al tuyo. Es igual.

—¿Me estás diciendo que, cuando ves un vídeo de Los Planetas de hace tiempo y sale Jota con sus pelos, piensas en mí y más concretamente en mi pelo?

—Sí, de verdad. Si es que apareces siempre en mi cabeza cuando menos me lo espero. Oye, cuando celebramos mi cumple en el piso de mi *sister*, ¿yo bajé cantando «Cumpleaños total»? Es que no me acuerdo, pero lo escribiste en el libro.

—Así fue. Estabas totalmente emocionada cantando y me pareció mágico verte así.

—Un día tendré que aparecer, ¿no? Mis amigas me dicen que cómo puedo vivir en el anonimato y que me manifieste ya. Yo solo apareceré el día que decida pasar la vida a tu lado. Mientras tanto, me mantendré en la sombra.

—Sí, en la sombra de cara al público, porque entretanto soy yo el que me como solito tus idas y tus venidas, no me fastidies.

—No te dejes tranquilo, ¿eh? No sé cómo me aguantas, en serio.

—Yo también me lo llevo preguntando mucho tiempo, y más últimamente, que andas desaparecida.

—El día que aparezca se va a enterar todo el mundo. Me voy a dormir, a ver si lo consigo, porque estoy escuchando a Wagner y el muy cabronazo me activa.

Conversación 7

—Disfruta del sol de Málaga. Allí hace sol porque al sol le gusta el sur. Y si pasas por Jaén, que espero que así sea porque no hay mejor ruta, dale un beso a los olivos de mi parte. ¡Buenos días!

Claramente, ella era la aceitunera, y su amor (y adicción) por las aceitunas y el aceite jamás iba a cambiar. Aquel mensaje tenía nostalgia. Nostalgia de ver cómo yo me iba a pasar un par de días a Andalucía mientras ella se quedaba en Madrid. Era chocante, porque hasta entonces ella era la que me hablaba siempre de su tierra, y ahora yo, en menos de un mes, pasaba por Granada y Málaga, y meses más tarde, también por Sevilla. Ella siempre me hablaba del sol de Andalucía, además de su calor, porque, cuando llegaba el calor a Madrid y yo me quejaba, me decía que no tenía ni idea de qué era el calor de verdad, que eso solo lo sabían los andaluces. Podía pasarse media hora hablándome de eso, pero especialmente del sol. Me aseguraba que como el que había allí no existía en ningún lugar de la tierra. Yo pensaba que exageraba, aunque la creía, pero no podía darle la razón porque hacía muchísimos años que no iba por Andalucía, y cuando estuve de pequeño, como supondréis, no me

había parado a examinar cómo era.

Cuando llegué a Málaga y salí de la estación en pleno febrero después de haber sufrido esa misma mañana el frío de Madrid, noté en mi cara que el sol pegaba fuerte y que los rayos me picaban en la cara. Me quité la trenca e incluso la sudadera que llevaba. Me paré, dejé la maleta a un lado y aspiré el aire (como si creyese que no había contaminación) estirando los brazos con los ojos cerrados. Esa fue mi manera de presentar mis respetos y saludar al sol de Andalucía. Sonreía. Iba por la calle sonriendo. La chica de Los Planetas tenía razón, y os juro que yo estaba emocionado pensando en ella y en todas las veces que me había intentado explicar eso. Por fin podía experimentarlo en mi propia piel.

Lo primero que hice cuando llegué al Room Mate Larios fue tumbarme en la cama y escribirle para contárselo. Hablamos por Whatsapp durante todo el día mientras yo visitaba Málaga y le pasaba fotos de todos esos lugares que ella ya conocía. Decía que le daba envidia de que yo estuviera allí y ella en mi ciudad; que algo debía de estar haciendo mal para no estar allí conmigo, cuando sentía que era ella la que tenía que enseñarme todo aquello. «Ojalá», pensé. También pensé que sí, que algo estaba haciendo mal para no estar allí conmigo.

Después de la presentación, de cenar y darme un paseo por la ciudad, llegué al hotel sobre las doce y media. La habitación 207 del Larios era una pasada. Cuatro, cinco o incluso diez veces más grande que mi cuarto y con una cama inmensa que me hacía sentirme, a pesar de las diferencias, como en casa. Estaba tan cansado de haberme pateado Málaga durante el día que llené la bañera, también gigante, de agua templada, me metí dentro y me quedé dormido, calculo que alrededor de media hora, hasta que me despertó el sonido de una notificación de Whatsapp. Me desperté con la piel de las manos totalmente amigada. Me sequé despacio el cuerpo con los ojos medio cerrados, tratando de espabilarme, me puse el pijama y abrí el móvil: era ella.

—¿Qué tal ha ido la presentación? Espero que bien y que hayas disfrutado mucho.

—Muy bien. Es una pasada contarle a la gente nuestra historia y que flipen tanto.

—La verdad es que no puedo imaginármelo. Me impresiona mucho que haya tantos ojos puestos en nosotros dos. Nunca podría haberlo pensado.

—Yo tampoco. Me cuesta entenderlo.

—Es surrealista, y también algo muy guay porque solo puede significar algo bueno.

—Eso está claro, no sé cómo sigues dudándolo.

—Yo creo que debo de ser gilipollas, porque de verdad que me doy cuenta de todo pero a la vez hay algo que no me deja dar el paso, y eso me está jodiendo la vida. Mira lo que te voy a pasar.

Me envió una foto de su cuarto, con su estantería repleta de cosas. En un principio

no vi nada que me llamara la atención, es decir, tenía cosas decorativas que molaban, pero nada era algo que yo le hubiera regalado, lo máximo que vi que me gustara de verdad fue aquel bolso que llevaba siempre a la facultad. Hacía mucho que no lo veía y me recordó un millón de cosas. Cerré la foto pero al instante la volví a abrir para mirarla con más detenimiento y por fin vi aquella hucha pequeñita de metal que imitaba la típica cabina de teléfonos londinense. Yo se la había regalado un par de años antes con motivo de un plan que tuvimos de irnos a vivir una temporada a Londres. No podía creerme que siguiera allí en pie. Ya ni recordaba dónde la había conseguido.

—¡Sigues teniendo la hucha de Londres!

—Es cierto que casi todas las cosas que me has regalado, que son muchísimas, las he llevado a Jaén y las tengo guardadas en el pueblo, pero la cabina no. Siempre la he tenido aquí en Madrid. Me recuerda al mejor marzo de mi vida.

—No me digas eso, que me muero de pena. Me alegra tanto que para ti ese marzo fuera el mejor marzo de tu vida..., porque para mí también lo ha sido hasta el momento. Hicimos tantas cosas aquel mes del año en que nos conocimos... Tantas cosas y tan diferentes...

—¿Cómo voy a olvidar ese mes? Me llevaste a escuchar a Wagner, Verdi, Ferreiro, e hicimos planes sencillos que yo nunca había hecho antes y que me parecieron los mejores.

—Tendrías que estar hoy en Málaga conmigo.

—Yo creo que también. Creo que tengo suficientes motivos. ¿Sabes?, en este tiempo he estado al lado de otro chico alguna vez por la noche y lo único que hacía era imaginarme que estaba apoyada en tu pecho. Y así te juro que me sentía en paz. Joder, es muy *heavy* esto que te acabo de reconocer. Debes de estar flipando...

—Me dejas sin palabras. Sí, es muy *heavy* lo que me acabas de decir. Tanto el hecho de decírmelo como el hecho de sentir tú aquello en esos momentos.

—Estoy llorando. Soy una estúpida que sabe que hace estupideces y a la que le da igual no ponerles remedio aun sabiendo que lo está haciendo mal.

—F. no llores, por favor. No quiero que llores. Le pondremos solución para bien o para mal...

Después de decirle aquello, mi móvil empezó a vibrar. Me estaba llamando.

—A ver —le dije en cuanto descolgué—, ni se te ocurra llorar, que me planto ahora mismo en tu casa y te enteras.

—Ojalá estuvieras aquí ahora mismo, pero no, estás en Málaga, en Andalucía, en mi tierra, y yo mientras en Madrid, en tu ciudad. Es que hay algo que estoy haciendo mal, de verdad. Yo tendría que estar ahí contigo.

—No llores, anda. Estoy seguro de que pronto volveremos los dos a Andalucía, y esta vez tú me enseñarás todos sus secretos.

Cuando le dije eso por fin empezó a reírse un poco, porque hasta ese momento casi no la entendía entre tanto sollozo. De repente se le volvió a quebrar la voz. Podía

notar sus lágrimas empapando la pantalla de su móvil, os lo prometo. Como pude, contuve la rabia que sentía por no estar abrazándola en ese momento, calmándola y dejándome calmar por ella. Echaba de menos que me abrazara.

—Estoy en la mierda, Popero, y tengo que ponerle remedio a esto cuanto antes. ¿Por qué soy así? ¿Tú piensas que estoy loca? Porque yo creo que sí, yo creo que en algún momento tendré que ir a que me mire la cabeza un especialista.

—No digas eso, mujer. No estás loca. Siempre he pensado que lo que te pasa a ti es que eres tan listilla que te vuelves tonta. Tienes la cabeza siempre a mil por hora y no eres capaz de darle una pausa para que se relaje y piense en frío. Tomas la primera decisión que se te ocurre, y a la larga, después de negártelo a ti misma durante meses, te das cuenta de que la has cagado, de que aquella decisión te ha llevado a un lugar en el que puedes estar cómoda, pero en el que realmente no quieres estar.

—Lo sé. Me da miedo la capacidad que tengo para tomar una decisión, darme cuenta después de que está mal, de que no tengo que ir por ese camino, y aun así no ponerle remedio. Lo peor de todo es que siempre sales perdiendo tú en esta historia, cuando solo me has hecho bien desde el primer día, rescatándome de todo como estás haciendo ahora mismo. No me lo merezco. De verdad que no. Me merezco que me mandes a la mierda.

—No llores. Podemos solucionarlo todo, pero no podemos esperar más, después ya será tarde. Además, no puedes llorar. Por la hora que es, ya es 21 de febrero, lo que significa que mañana es tu cumpleaños, y ese es un día que siempre se celebra por todo lo alto.

—Bueno, aún es sábado, y dentro de pocas horas tengo que madrugar para ir a trabajar, y el domingo voy a celebrar el cumpleaños haciendo fotografías para mi empresa con mi socia Tamara, así que imagínate qué celebración voy a tener..., por todo lo alto...

—Pues yo te voy a felicitar por mi Facebook y espero escribir algo bueno para ti.

—Me vas a matar, ¿eh? ¡A ver qué dices! ¡Intenta controlarte, anda!

Seguimos hablando media hora más y al final se despidió de mí dándome las gracias por transmitirle siempre tanta alegría. Ella nunca me daba las gracias por nada. Ella era así. Daba las cosas por hecho y no solía agradecerlas verbalmente, al contrario que yo, que desde que la conocí me pasaba el día dándole las gracias. Hasta tal punto que ella se cabreaba y me pedía por favor que no se las diera, porque parecía que no teníamos confianza. A mí me daba igual que ella no me dijera «Gracias», pero también pensaba que eso que me decía de la confianza era una auténtica chorrada.

Con el tiempo se debía de haber dado cuenta de que no tenía razón, porque desde que nos habíamos reencontrado no paraba de darme las gracias por todo.

El día siguiente nos lo pasamos igual. Yo le enviaba fotos de los sitios que estaba

visitando, el Museo Picasso, La Malagueta, las murallas y un largo etcétera, y ella seguía muriéndose de envidia. Mi tren salía de vuelta a Madrid a las nueve de la noche. Estuvimos hablando algo durante el trayecto. Llegué a casa un poco antes de las doce de la noche y, cuando iba a escribirle un Whatsapp para felicitarla, vi que me había vuelto a bloquear. La verdad es que no entendí nada y me cabreó mucho. Pensé en escribirle un SMS, pero me dije que si me había bloqueado significaba que no quería hablar conmigo, así que decidí no escribirle ni llamarla de ninguna manera.

El domingo, desde bien temprano, anuncié en mis redes sociales que por la noche felicitaría a la chica de Los Planetas por su cumpleaños, lo anuncié con la canción «Entre las flores del campo». Me llegaron infinidad de notificaciones de mis lectores, que querían hacerle llegar sus mensajes. Me alegraba mucho recibirlos todos, pero a la vez pensaba: «¿La gente se cree de verdad que comparto con ella mis días? ¿No ven que cada día que pasa sigo en la misma mierda?». Da igual, la gente no suele prestar atención a los pequeños detalles. Por la noche, me puse a escribirle mi felicitación, que, sin tenerlo planeado, terminó siendo una carta.

En Facebook no cuento con muchos seguidores porque es una red social que no me gusta y que tengo poco trabajada. Pues bien, aquella publicación recibió un aluvión de *likes* y comentarios que no había recibido nunca.

Querida F:

Hace tiempo que no te escribo una carta. Creo que el día de hoy lo merece. ¡¡¡FELICIDADES, MALDITA SEA!!! La verdad es que no sé qué decirte exactamente. De hecho, no estoy muy seguro de que vayas a leer esto, pero, bueno... La verdad es que siempre he escrito para que me leas. Quizá hoy necesito desangrarme un poco y soltar lo que llevo dentro, en vez de enviarte un SMS para felicitarte o llamarte y escuchar ese acento que me mata, en el buen sentido de la palabra, claro.

Desde que te conozco, siempre he vivido contigo tu cumpleaños, los tres los hemos celebrado juntos. Me siento afortunado por ello. Te lo juro. No sabría explicártelo, pero el día de tu cumpleaños se ha convertido en uno de los días más importantes de los 365 que tiene el año. Aún me acuerdo de aquel primer año escribiéndote un *e-mail* interminable a las once de la noche para enviártelo a las doce, con todos los paralelismos que veía entre las canciones de *Diciembre* y nuestra historia, y gastándome el poco dinero que tenía en comprar dos entradas para ver a Iván Ferreiro contigo al mes siguiente, que fue el mejor marzo de nuestras vidas. Te di esas entradas en enero, dentro de un sobre que no sabías qué día podrías abrir hasta que a las doce en punto de la noche del 22 de febrero de 2012, justo al empezar tu día, te envié un SMS diciendo que el momento había llegado. Al día siguiente llegué a clase y tú estabas hablando con tu madre por teléfono y al acabar me diste uno de esos abrazos que no se olvidan nunca.

Por tu segundo cumpleaños, montamos una fiesta en tu piso una semana antes con tus amigas y algunos de mis amigos. Recuerdo los besos que nos dimos refugiados en tu cocina. Me acuerdo de aquella camisa blanca que llevabas, que dejaba ver tu pentagrama tatuado en la cintura, y de lo guapa que estabas, como siempre. Al día siguiente te regalé un par de entradas para ver a Nacho Vegas a principios de abril. Ese fue uno de los mejores conciertos en los que he estado en mi vida, pero musicalmente hablando, porque en otro aspecto fue el más triste. Los dos lo estábamos. Éramos cobardes. El miedo, o no sé qué cojones, se apoderó de nosotros.

Pero, sin duda, me quedo con tu cumpleaños del año pasado, porque, como tú, yo también soy de quedarme con nuestras historias más recientes. Tú acababas de llegar de Andalucía y yo estaba en Malasaña flipando por estar de nuevo a tu lado después de esos meses interminables, y regalándote *Pólvora* firmado por Leiva, un disco que no está a la altura de nuestro *Diciembre*, quizá porque lo vivimos de otra manera. Entre otras tonterías más te regalé *La música del azar*, de Paul Auster. Siempre intenté regalarte libros que te volaran la cabeza y que te hicieran pensar en mí cuando los leyeras.

No trato de hacerte un recuento de los regalos más «guays» que te hice. Lo que trato de explicar es que siempre he intentado regalarte cosas intangibles. Cosas que te hagan sentir algo por dentro y que te marquen para toda la vida. Tú ya me entiendes. Me entiendes tanto que ni es necesario que te escriba todo esto. Tú y yo hablamos un idioma desconocido que el resto de la gente no puede entender a pesar de que utiliza las mismas palabras que nosotros. Nuestro lenguaje no pertenece a este mundo, y sospecho que tú y yo tampoco. No encajamos en esta tierra, y mejor así. Nosotros somos capaces de crear mundos y convertirlos en polvo cuando ya no tienen nada más que ofrecernos, y tenemos el poder de volver a crear otros nuevos con agua, con vida, con miradas y palabras que son incapaces de mentirnos, de engañarnos, de negar lo que somos.

Hoy no lo hemos celebrado, me cago en la puta. Me hubiera encantado hacerlo. Yo creo que deberíamos haberlo celebrado aunque fuera por no perder la tradición, no sé. Podríamos habernos bebido todo el vino tinto de la Cava Baja y, qué cojones, también el de la Cava Alta, o cantamos a gritos «Cumpleaños total» o pasar una noche entera en vela celebrando cualquier cosa que nos inventemos sobre la marcha. Esas celebraciones improvisadas que se prolongaban hasta las tantas eran las mejores.

Cuando me preguntan cuál es mi número preferido, siempre digo que es el 22. La verdad es que no es una pregunta que me hagan dos mil veces al día, y es más bien una pregunta de un adolescente o de un niño pequeño, pero te aseguro que en este tiempo, en alguna ocasión, me la han hecho y me sale decir eso. Esa es la razón por la que el número 22, o el 2 a secas, sale varias

veces en nuestro libro.

Mañana es 23F. Joder, mañana mismo tendría que darte un golpe de Estado. Como el que te di el año pasado, o mejor como el de aquel Puente de Londres que está en Madrid. O, qué cojones, mañana dame tú a mí un golpe de Estado. Tú sabes darlos mejor que nadie, y cuando los das son brutales.

Recuerdo el día que descubrí que cumplías años el mismo día que Niki Lauda y ambos nos emocionamos. Hace ya tres años de aquella noche en tu piso, en la que terminamos abrazados, descalzos, de pie en tu habitación, mientras sonaba de fondo «La cara de Niki Lauda», de Los Planetas. Tú empezaste a cantármela al oído en voz baja, sin acento, como te pasa cuando cantas, y tu aliento tan dulce perfumaba mi cuello, mientras tus brazos y tus garras de dragón me transmitían todo el amor que sentías por mí. Acabamos en el sofá y luego en tu cama, incendiándolo todo. Absolutamente todo lo que tocábamos con nuestras manos se convertía en fuego. Te juro que aún tengo las marcas de tus dedos de las veces que los has puesto en mi espalda, como si me hubieran hundido el sello de un hierro ardiendo. A veces me las miro en el espejo y trato de acariciarlas. Entonces te siento cerca, conmigo, a mi lado, allí mismo, incendiándome de nuevo el corazón a golpe de besos.

Para mí el tiempo no existe. Este cumpleaños ya lo celebraremos en otro momento y, cuando llegue ese momento, viviremos en un mes de marzo continuo.

Me despido de ti con «Sol y sombra», y te aconsejo que la escuches a todo volumen con tus auriculares blancos que lo petan tanto y que un día te regalé para que escucharas a Wagner como se merece. Esta canción tiene una de esas letras que me recuerdan a ti, y es una biblia, como solíamos decimos cuando hablábamos de las canciones de estos *granaínos*. Cuando dice lo de la calle de Alcalá, me viene a la cabeza cuando el año pasado viniste en marzo por sorpresa y recorrimos un tramo de esa calle para acabar en el Café y Té de la Puerta de Alcalá. Tú tenías esa sonrisa que delata lo que piensas y callas, y en ese momento estabas pensando que si en cinco minutos se acabara el mundo, los pasarías escuchando a Nacho Vegas, pero conmigo.

Yo creo en ti. Te quiero y punto.

P. D.: Tengo un regalo para ti, pero no te lo puedo decir por aquí porque los regalos son secretos hasta que la cumpleañera los recibe.

Ese día no apareció. No me escribió para darme las gracias ni nada parecido hasta el día siguiente, que era 23F. Me escribió al Whatsapp.

Conversación 8

—Esta noche voy a pasarte algo que llevo escribiéndote desde diciembre, ¿vale?

—¿De verdad? ¡Ya era hora! Tengo muchas ganas de leerlo, pero ¿dices cosas malas?

—¿Eres tonto? ¿Cómo voy a decir cosas malas? Eso es imposible contigo.

—No sé. Nunca sé por dónde vas a salirme. A ver si me vas a poner verde...

—Qué no, soba. Que son cosas guays las que he escrito y espero que te gusten.

—¿Viste mi felicitación de Facebook? Creo que te puede gustar.

—Claro que la vi. Me vas a matar un día.

—¿Qué te pareció?

—¿Cómo me preguntas eso? Me pareció de otro mundo. De verdad. Muchas gracias.

—¿Y escuchaste «Sol y sombra» como te dije, con los auriculares bien a tope?

—Por supuesto, aunque sigo empeñada con «Si me diste la espalda». No puedo sacármela de la cabeza. Los Planetas siempre fueron mi grupo de cabecera, y desde que te conocí, más todavía.

—¿En serio? Eso seguro que lo llevas pensando mucho tiempo y ahora me lo sueltas.

—Y además es que es verdad. ¿Quieres ver dónde estuve ayer?

—¡Claro! A ver con qué me sorprendes...

Me envió una foto del Puente de Londres de Parque Europa.

—¿Y esa foto? ¿Por qué estuviste ahí?

—Te prometo que no sabía que iba a ir allí. Fui con Tamara a hacer las fotos para nuestra nueva web. Ella es de esa zona, de Torrejón, y me dijo que iríamos a un parque a hacerlas. Nada más. Ya sabes que yo no me entero de nada y cuando tú me llevaste, aparte de que iba con los ojos vendados, no sabía que estuviera en Torrejón. Tamara no tiene ni idea de lo que significa para mí ese lugar. Mira, cuando vi que estábamos entrando a ese parque, casi me da algo. Justo dos años después de que tú me llevaras, volvía de nuevo, y lo mejor de todo, sin habérmelo propuesto.

—Vaya tela. ¿Qué sentiste?

—Pues sentí todo. Recordé el día que fuimos juntos, que fue muy bonito, pero estaba mal con mis pruebas médicas y no pude disfrutarlo todo lo que quería.

—Me hubiera encantado ver la cara que pusiste cuando te viste en el puente.

—Imagínate. No podía creérmelo. Siempre nos pasan estas cosas sin explicación.

Nos quedamos un rato callados. No por nada, sino porque tanto ella como yo estábamos trabajando y no podíamos contestar siempre al momento. En ese lapso de tiempo hubo un terremoto que duró quizá cinco segundos. Tembló Madrid entero. Recuerdo que estaba sentado en mi despacho haciendo cosas y mi compañera Vanessa y yo nos miramos sin decirnos nada pero preguntándonos qué coño estaba pasando. Ella no tenía ni idea, pero yo sí: la chica de Los Planetas y yo habíamos provocado que temblara la tierra. Era nuestra forma de celebrar el 23F como ya lo habíamos celebrado los otros años. Esta vez no fuimos capaces de controlarlo y se

nos fue de las manos. Yo sentí que éramos ella y yo por aquello que nos estábamos contando. Así que al instante cogí el móvil y le escribí.

—¿Has sentido el terremoto? —se lo pregunté riéndome, porque no era una simple pregunta. Lo preguntaba con la convicción de haber movido la tierra.

—Sí —me respondió partiéndose de la risa—. ¿Crees que hemos sido nosotros?

—Eso no se pregunta. Está clarísimo que hemos sido nosotros. Tú fuiste la primera que habló de terremotos. Acuérdate que lo escribiste en las conclusiones del libro. Fue de las primeras cosas que dijiste, de hecho. Y yo ayer, en la felicitación que te escribí, te dije que nosotros somos capaces de crear mundos, planetas y convertirlos en polvo. Me faltó decir la palabra terremoto, pero está implícita.

Lo que restaba de día lo pasamos hablando de un trillón de cosas. Recuerdo que a las nueve de la noche puse el telediario y, un minuto después de haber encendido la televisión, apareció una reportera diciendo que en Madrid el lugar más afectado por el terremoto había sido Torrejón de Ardoz, donde se habían producido daños en algunas fachadas de las casas. Le hice una foto con el móvil a ese titular que transcribía las palabras de la periodista y se lo envié a la chica de Los Planetas para que no tuviera la más mínima duda. Eso lo confirmaba todo. Habíamos hecho temblar la tierra. Nada más que añadir. Bueno, sí, antes de acostarme me envió su primera *Dosis*. Una de muchas. Tituladas con números romanos y contando en ellas su versión de la historia, pero no me corresponde a mí publicarlas.

A finales de febrero me dijo que volviéramos a quedar. En todo este tiempo resultaba bastante incierto saber cuándo íbamos a vernos, porque lo decidía siempre ella en el momento más inesperado, planeándolo a veces con muchísima antelación y otras sobre la marcha. No es que yo no tuviera ni voz ni voto, pero como en diciembre me había dicho que no estaba preparada para empezar a quedar conmigo con regularidad, nunca más se lo propuse. Era consciente de que si ella no me decía nada era porque no quería encontrarse conmigo, así que me callaba y esperaba con mucha paz a que me dijera algo y, si no lo hacía, no pasaba nada. Era consciente de que aquella forma que tenía de actuar conmigo iba a tener mucho peso a la hora de valorar si quería acabar con todo esto o no.

Quedamos la semana después de la de su cumpleaños, cuando me preguntó si podíamos vernos un día para tomar un café por la tarde. Yo le dije que sí, que por supuesto, pero que después nos tomáramos unos vinos y cenáramos por ahí, porque nos lo debíamos; en enero me había dicho que íbamos a quedar tranquilamente y al final solo nos vimos dos horas y media y nos las pasamos analizando mi maldito friki-PowerPoint.

El caso es que me contestó que no. Hoy me digo que aquel chico con el que decía que estaba quedando debía de molar más que yo. Hay gente que tiene esa capacidad de no hacer lo que realmente quiere hacer y se pasa así toda la vida. Eso que le

sucede a ella puede que le siga pasando durante toda su vida, cosa que no le deseo; es algo de lo que hemos hablado muchas veces. Una persona que me dice todas esas cosas pero no termina de lanzarse es una persona que por los motivos que sean no está haciendo lo que quiere con su vida.

Me pidió que pensara un sitio para ir a tomar el café y yo le dije lo que a mí me apetecía, que era que empezásemos con un café en la azotea de El Corte Inglés de Callao y siguiéramos con nuestra ruta de vinos por La Latina.

Quería volver a hacer con ella uno de aquellos planes tan nuestros; despertar en su memoria el recuerdo de los días en los que hacíamos que planes muy sencillos se volvieran especiales. Teníamos la virtud y habilidad de convertir en milagro las cosas más profanas de la vida. Le propuse aquel plan porque estaba intentando hacer *crack* en su memoria. Me apetecía ese plan, como cuando quedábamos en Callao para seguir esa ruta donde acabábamos mareados y con las bocas negras de beber vino. Ella antes no conocía los lugares que hay para tomar tapas en la Cava Baja, pero yo estaba dispuesto a descubrirle cada rincón de Madrid para que disfrutara conmigo y para que se le quedaran grabados en la cabeza y los recordara siempre a mi lado aunque no estuviera conmigo.

Estábamos en quinto de carrera cuando hicimos aquel recorrido por primera vez. Yo quería descubrirle cada rincón de Madrid y en diciembre me propuse enseñarle los bares de tapas de la Cava Baja. Quedamos en Callao. En la plaza ya habían puesto ese árbol de Navidad gigante que quizá sea el más bonito de la ciudad, porque el resto son extraños de cojones, unos cuerpos gigantes de barras de metal en forma de cilindro que acaban levantando una especie de pino con colores chocantes.

El árbol de Callao, a pesar de ser de plástico, parece de verdad. Es verde, muy alto, lleno de ramas y con una maceta gigante de madera. Las luces que le ponen van cayendo de arriba abajo como si fueran las lágrimas de una criatura de otro tiempo, y quizá de otro mundo. Yo aquel día la estaba esperando allí, bajo ese tiesto, con la *Rockdelux* de ese mes en la mano, que le acababa de comprar en el quiosco de Anselmo. Quería regalársela porque incluía un DVD de Nacho Vegas sobre el proceso de creación de una de sus canciones. Era una pequeña sorpresa, un simple detalle que para mí tenía una importancia terrible porque pensaba que le haría ilusión. Llegué diez minutos antes y estuve mirando cómo la gente se fotografiaba con el árbol. La mayoría eran grupos de chicas adolescentes y parejitas que no eran de Madrid. Normalmente las parejitas que viven en Madrid, por muy enamoradas que estén, no se hacen fotos ahí. Es como si un madrileño se hace una foto en el kilómetro cero. Resulta poco convencional.

En aquel momento nadie sabía que era un puto *selfie*, pero todos conocían lo que era una autofoto desde que jubilaron sus Nokias 3310 y se compraron uno con cámara ultramegahiperpixelada con la que no se veía una mierda. Me refiero a que la gente lleva haciéndose autofotos desde hace dos mil años y a que aquel día en Callao también se las hacían sin parecer retrasados, es decir, sin gritar «¡SELFIE!», y mucho

menos sin ayudarse de un palo de diez metros. El anuncio ese del niño al que le regalan un palo ha hecho mucho daño; ahora a la gente le hace ilusión que le regalen un palo de metal. El otro día, un colega me dijo que se iba a comprar un palo de *selfies* para meter palizas a los que tengan palos de *selfies*. Tampoco hay que ser radical, pero entiendo perfectamente su discrepancia y contrariedad ante este fenómeno estúpido.

—Oye —le pregunté—, ¿y cómo sabes qué personas se lo han comprado para hacerse *selfies* y quiénes lo han hecho para meter palizas como tú? Es decir, podrías cometer un error y darle con el palo a uno de los tuyos. Piénsalo. Ten cuidado. Yo al menos no sabría diferenciarlos. ¿Cómo lo haces tú?

—Eso es fácil. La persona que lleva un palo de *selfie* con el mango de color rosa se lo ha comprado para hacer *selfies*. El resto lo decidiré sobre la marcha y ya veremos qué pasa.

Era diciembre del año 2012 y supongo que la gente era más feliz porque aún nadie iba por la vida con un palo y un mando a distancia para hacerse fotos a sí mismos. Es decir, si lo analizáis lentamente y con la cabeza fría, hay algo que no encaja en toda esta movida de los *selfies*. El mundo se vuelve gilipollas y parece que nadie quiere remediarlo.

Cuando llegó la chica de Los Planetas le di la revista con el DVD y nos pegamos un abrazo de esos que te hacen sentir que existes gracias a la persona que te lo está dando. Luego bajamos hacia la Cava Baja para empezar con unos vinos y unos huevos revueltos en Casa Paco. Me encantó ver su cara al estar allí. Sabía que le llamaría la atención porque ella solo lo conocía de haberlo escuchado en la canción de Perea. Allí estuvimos riéndonos como hacía tiempo que no lo hacíamos.

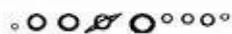
Después fuimos a tres sitios más mientras ella me advertía de que si seguíamos a ese ritmo de vinos tendría que llevarla a cuestras a su casa; lo que ella no sabía es que eso a mí no me importaba y que de hecho me parecía una buena idea. Recuerdo que acabamos en un lugar muy metido en La Latina, y allí nos sentamos los dos juntos con un vino en una especie de sofá con cojines y hablamos de todo lo que nos pasaba. Hacía mucho que no estábamos tan cerca.

Pero de eso ya hace mucho tiempo. Muchos soles han caído en la línea del horizonte desde aquel día en la Cava Baja tomando vinos. Mucho tiempo, el suficiente para sumar los días y que la cuenta te dé 365 echando de menos. Pero lo peor de todo no es echar de menos. Lo verdaderamente malo es echar de menos y no saber si a ti también te están echando en falta. Menos mal que en febrero de 2015 yo ya había descubierto que no era el único tonto que estaba en esa situación y que ella también se sentía igual, echándome de menos. No hay nada más grande que eso, que en alguna parte del mundo, ya sea cerca o lejos de donde uno se encuentra, haya alguien que te esté echando de menos. Pero, bueno, iré al grano: le había propuesto

acercarnos a la azotea de El Corte Inglés de Preciados a tomar algo y después recorrer La Latina para beber unos vinos, y ver si podía volver a todo aquello que había vivido antes con ella, cosa que es un error; a veces se vuelve y otras no, y en muchas ocasiones ni es necesario ponerse nostálgicos, porque en realidad hay nuevas cosas que están a punto de venir y hay que abrirse a ellas. Me respondió sin rodeos, como siempre.

—Prefiero ir a algún sitio de La Latina menos glamuroso. La típica cafetería cutre. Esas que tienen el café fuerte. ¿Me entiendes? Que sabe a puta mierda.

Claro que la entendía. Quedamos directamente en el barrio y, después de andar un poco por las distintas calles, nos metimos en una cafetería cutre. Quizá mucho más cutre de lo que ella había pensado en un principio, pero ese día llovía y había que ser prácticos. Además, nos daba igual. Ella ya tenía su café malo y yo mi Coca-Cola buena. Ese día noté que quería decirme cosas, pero se las calló todas.



MARZO

Cuando tienes tatuajes a veces te pican, o al menos eso me pasa a mí, que en cualquier momento, no necesariamente cada día, me empieza a picar algún trozo de la piel, y cuando comienzo a rascarme me doy cuenta de que se trata del tatuaje y paro. Me da miedo que se borren, como si fueran calcomanías para niños. El primer tatuaje que me hice fue en la pierna derecha, justo encima de la rodilla, y un año después me hice el siguiente en el mismo sitio pero en la otra pierna. Me lo hice en pleno verano, en el momento más caótico y surrealista que quizá haya vivido nunca. Después de haber pasado cuatro días en Burriana y una semana y pico en Madrid, acabé en mi puto pueblo durante dos días y al tercero no resucité, sino que vino mi hermano Rodrigo a buscarme, ya ni recuerdo de dónde, para llevarme de nuevo a Castellón, pero esta vez a Alcossebre, donde suele veranear con Macarena y adonde había llevado a mis sobrinos para evitarles la trágica semana que pasamos en Madrid. Mi hermana Cristina fue a por ellos unos días antes y yo me uní unos días después para ayudarla con sus cuatro criaturas y estar acompañándola. Dormía en el sofá-cama del salón. En mi vida había visto uno tan grande y sobre todo tan incómodo, pero tampoco soy muy exquisito; he dormido noches frías al raso y he sobrevivido. En Alcossebre hacía un calor húmedo tan horrible que dormía en calzoncillos. La primera mañana me despertaron mis sobrinos a base de pequeños golpecitos en el cuerpo y de ponerme sus juguetes por encima mientras se reían de mí. Me desperté definitivamente en el momento en que me tocaron los tatuajes con sus manos. Era la primera vez que los veían, y supongo que les impactó encontrarse con aquellas figuras y símbolos indescifrables. Me incorporé de mi improvisada cama y quitándome las legañas de los ojos les dije que luego, en la piscina, iba a hacerles ahogadillas hasta hartarme por haberme despertado tan pronto. Ellos empezaron a amenazarme con otro tipo de estrategias acuáticas hasta que se aburrieron de esa conversación y me preguntaron por qué tenía esas cosas en las piernas. Les dije que eran calcomanías, pero ellos no eran tontos, y no terminaban de creerme ni un poco:

—¡Pero si las calcomanías son más pequeñas! Mira las nuestras. —Y se señalaban los brazos totalmente cubiertos de ellas con el gesto lleno de orgullo.

—Es que mis calcomanías son de mayores. Las regalan en las bolsas de patatas fritas para mayores, y esas no las podéis comprar vosotros hasta dentro de unos años.

—Pues vamos a decirle a mamá que nos las compre para ver si nos tocan las tuyas.

—Imposible. Mamá no os va a dejar. Son patatas y calcomanías para mayores. Ya

os lo he dicho. Aún tendréis que esperar mucho tiempo para conseguirlas.

—¿Y si compras tú las patatas y te las comes, pero nos regalas a nosotros la calcomanía?

—Esa puede ser una opción. Si os portáis bien esta semana podemos negociarlo.

Los siguientes siete días se los pasaron diciendo que habían sido buenos y que ahora yo tenía que cumplir con mi parte del trato, pero no lo cumplí. Les había mentido.

Como os iba contando, aquellos dos tatuajes en ocasiones me picaban, me producían un pequeño cosquilleo. Cuando publiqué el libro dejaron de hacerlo y empezaron a picarme los tatuajes que aún no me había hecho. Me estaban pidiendo que me los hiciera. Sentía que tenía que volverme a tatuar. Desde el 26 de noviembre, cuando salió el libro, no dejaba de pensarlo. Cada día tenía algo en la cabeza que me decía: «¿A qué coño estás esperando para meterte tinta en la piel que te marque este momento de tu vida tan irrepitable?». Y era cierto. Estaba esperando demasiado, así que a principios de marzo decidí tatuarme los planetas que están dibujados en mi libro y que hacen de separador entre relato y relato: los mismos planetas que ahora están en la cubierta de este libro que estás leyendo: los mismos planetas que somos incapaces de ver al mirar al cielo porque por lo visto están a millones de años luz de donde nos hallamos nosotros. Estaba decidido y no dudaba de que este tatuaje me lo haría en un sitio donde pudiera vérmelo todo el mundo en cualquier momento. Tanto ella como yo llevamos tatuajes que simbolizan momentos importantes, porque son nuestras verdades y no tenemos miedo a la vida y mucho menos a la muerte. Tenía que llevar mi libro tatuado. Era necesario. A la semana siguiente de aquello, volví a hablar con ella y me propuso quedar.

Llevaba varios días queriendo que le firmara el libro. Esa noche le llevé dos ejemplares porque el suyo, que se había comprado en diciembre, se lo había dejado a una amiga y esta aún no se lo había devuelto, así que le di otro y un segundo para su madre. En El Corte Inglés de Linares estaba agotado y ella tenía mucha curiosidad por leerlo. Llevaba los dos libros en la trenca, uno en cada bolsillo. Quedamos en la Plaza Mayor, justo debajo de la estatua del hombre que va a caballo.

Estuvo lloviendo todo el día hasta las ocho de la tarde, y a las diez de la noche, cuando quedamos para ir a cenar a cualquier lado de La Latina, el suelo todavía estaba mojado. Fui andando desde mi casa hasta la Plaza Mayor, donde ella ya me esperaba apoyada en la verja que hay rodeando a la estatua. Desde que nos habíamos reencontrado, cada vez que nos volvíamos a ver nos saludábamos con un abrazo. Con un abrazo que no sé muy bien en qué se traducía, pero que intuyo que nos impulsaba a sentir miedo, un miedo que nos trataba de alejar al uno del otro.

Ya me estaba acostumbrando a su pelo corto, que le había crecido un poco desde la primera vez que nos habíamos visto. Estaba muy guapa. Los libros que le llevaba

sobresalían algo de los bolsillos de mi trenca, pero yo les había dado la vuelta para que no se viera la cubierta. Ella se fijó en ese detalle y, mientras caminábamos en busca de algún sitio para cenar, con su acento me dijo:

—Muy bien. Que solo me falta que nos pare por la calle alguno de tus seguidores y nos descubra aquí paseando por Madrid como si nada. ¡Que a ti te reconoce ya la gente por la calle! ¡Que te parece normal y no es normal! ¡Me va a dar algo contigo!

—No exageres tanto, que te gusta mucho exagerar. Si alguien nos para, tú tranquila, que no voy a decir que eres la chica de Los Planetas.

—Calla, calla, no te imaginas lo que me entra por dentro cada vez que me llamas así, y, tranquilo, que directamente, si eso sucede, ya salgo huyendo yo, ¿eh?

—¡Tienes que asumirlo! ¡Eres la chica de Los Planetas!

—Calla, que de verdad me va a dar algo.

Íbamos caminando con paso firme y muertos de frío. Cada vez que iba a su lado caminando por la calle me sentía muy afortunado, nevara o hiciera un calor del infierno a mí me daba bastante igual.

Al final, y después de caminar un rato por las calles solitarias del centro, por ser las horas que eran y un miércoles de cualquier semana, acabamos entrando en uno de esos lugares típicos de La Latina. Pedimos un par de copas de vino y algo para picar. Por fin cenábamos con calma después de tantos meses. Echaba mucho en falta la sensación de sentarte con alguien que quieres de verdad para compartir mesa, platos y sobre todo risas. No me refiero a las típicas risas estúpidas que uno suelta por cualquier tontería, sino a risas por las que sabes que la gente de alrededor, aunque no les hayas mirado, se han fijado y se están muriendo de envidia. A todo el mundo le gusta ir a cenar, salir por ahí, tomar unas copas y después irse a casa algo contentillo, pero sobre todo con el corazón lleno de cosas que te dan vida y que solo te las puede proporcionar una persona en el mundo. Creo que todos lo intentamos y aspiramos a ello. La chica de Los Planetas era una de esas personas que podían tocarte con un dedo, ¡solo con un dedo!, y hacerte sentir por primera vez en la vida que eras un sujeto con pensamiento propio y un montón de talentos que potenciar. Ella me descubrió todas las virtudes que tengo y la manera de utilizarlas de la mejor forma, pero también sacó a la luz todos mis defectos, que no son pocos, y ahora intento mejorarlos o al menos utilizarlos para algo positivo, porque, como suelo decir, los defectos se pueden y se deben potenciar para invertirlos en algo grande y bueno.

Pero, igual que podía tocarte con un dedo y hacerte sentir esas cosas, también podía hacer lo mismo para destruirlo todo, y eso también se le daba muy bien.

En nuestras cenas siempre desconectábamos del mundo y solíamos hablar de asuntos importantes, aunque también estúpidos. Pero ¿qué valor tenía todo eso si no acababa nunca en nada bueno? Llevaba meses preguntándome lo mismo, porque, como ella decía, el «nunca es tarde» está sobrevalorado. Y estoy de acuerdo, porque muchas veces es tarde y no hay nada más terrible que ese concepto. Por ejemplo, llegar tarde a una persona que amas y que te amaba por haber sido tan gilipollas de no

valorarlo en su momento y ver que ya no puedes hacer nada. Tarde y nada son dos palabras que os pueden arruinar la vida sin daros cuenta. Huid de ellas o asumidlas.

Al acabar de cenar, por fin saqué los dos libros de mi trenca y empecé a firmarlos. Primero el de ella. En cada firma que hago intento ser original, para que de verdad esas líneas que voy a dejar grabadas en el libro sirvan de algo al lector, o simplemente le provoquen ilusión. Por eso quizá nunca sé lo que voy a escribir con antelación. Tengo entendido que los escritores firman sus libros en la página en la que aparece el título, pero yo siempre lo hago en la página en la que está la dedicatoria. Creo que lo hago para que el lector sienta que las cosas que cuento en el libro son palabras aplicables a todo el mundo, porque todos hemos vivido cosas parecidas y mi historia es una más. Es una forma de decirle al lector que somos iguales.

No penséis que su dedicatoria, la que aparece en este libro, la escribí en treinta segundos. No. Ojalá me hubiese costado tan poco como lo que me cuesta expresarme cuando estoy escribiendo un relato. La dedicatoria fue algo bien distinto. A veces, cuantas menos palabras quieres utilizar, más complicado se vuelve todo. Cuando escribí las entradas del blog que luego formó mi libro, lo hice con una facilidad que no creo que vuelva a tener nunca para contar cualquier otra historia. Antes de escribir la dedicatoria de *La chica de Los Planetas* pasé varios días sin saber qué poner. De vez en cuando escribía borradores en alguna de mis libretas, pero acababan siendo interminables y en el fondo eran muy típicas. Las personas a las que les dije que estaba pensando qué poner en la dedicatoria daban por hecho que era un libro que dedicaría a mi familia y cosas por el estilo, algo que no lograba entender ni un poco. En esta historia siempre he estado solo. No porque no me haya apoyado nadie, sino más bien porque es lo normal y nunca pedí que alguien me apoyara. Las relaciones son cosa de dos, y con el resto del mundo no hay que contar para nada. Asumo que yo hice algo distinto al empezar a contar la historia en un blog, pero lo escribía ya con cierta perspectiva, después de que hubiese pasado algo de tiempo, y no se lo conté a nadie de mi alrededor. No busqué el apoyo de nadie, y esa es la simple razón por la que no le veo ningún sentido y me parecería poco real y mucho menos consecuente con lo que realmente he vivido dedicarle el libro a alguien que no fuera ella o dedicárselo a ella y a más personas. Odio esas dedicatorias en los discos o los libros en las que el autor o el grupo de música se lo dedican hasta al apuntador. A ver, que entiendo que detrás de un proyecto así haya mucha gente involucrada, pero ¿de verdad son necesarios esos agradecimientos interminables que en realidad a nadie le importan?

Cuando editaron *La chica de Los Planetas* en Suma de Letras, me preguntaron si quería añadir un apartado de agradecimientos y me negué en rotundo. Cuando volví a casa después de que me preguntaran aquello, hice un esfuerzo mental para elaborar una lista de todas las personas a las que tenía que agradecérselo y, por mucho que me esforzaba, solo me venía al espíritu el nombre de ella. Este libro que estáis leyendo ahora (que cuando escribo estas líneas aún no he dedicado) y el que ya publiqué son

para la misma persona. Espero que eso no me juegue una mala pasada y que solo sea un pequeño desastre, porque ¿quién no tiene una vida de desastres? Yo creo que el desastre, en la mayoría de los casos, es un indicativo cierto e inexcusable de que estamos viviendo de verdad. Si alguna persona nunca ha muerto en vida es que realmente nunca ha vivido. Yo hace tiempo perdí la cuenta de todas las veces que he muerto, de todas las veces que me quedo sin respiración en algún momento del día y mi cuerpo, y sobre todo mi mente, se convierte en un trozo de carne inerte y parece que se ha hundido en un nicho en el que no para de caerme tierra húmeda hasta sepultarme por completo. Eso es vida. Muere todas las veces que haga falta para vivir luego con más fuerza. Creo en las personas que tienen un pasado lleno de heridas que ya están curadas, pero ahí están las señales. Las heridas que tengo demuestran que fue una gran batalla, una señal de que estoy vivo, de que quizá caí, o me hicieron caer en algún momento y me desangré hasta conseguir detener sin saber cómo la hemorragia de ese río rojo de sangre que bien podría competir con esas plagas bíblicas que llenaron de sangre los ríos de Egipto. Está claro que lo que quiero son cicatrices más que heridas abiertas y os prometo que las estoy cerrando con mis propias manos porque es el momento de cerrarlas. Solo espero que no dejen mucha marca y que, si son cicatrices muy visibles, no vean en ellas el resquicio de lo que ya no existe. Hay personas que se cosieron ellas mismas las heridas pero siguen jodidamente rotas por dentro, porque luego las personas que vinieron después las juzgaron por sus cicatrices y no soportaron abrazar un cuerpo y unos labios repletos de llagas, heridas y otras marcas. Ojalá que a mí nunca me hagan eso.

Como decía, al terminar de cenar me puse con las firmas. Abrí el libro que era para ella y empecé a escribir lo que se me iba ocurriendo en la misma página de la dedicatoria. No había pensado qué escribir, ni qué palabras exactas quería que se le quedaran grabadas a fuego. Lo único que sabía es que en ella pondría su nombre completo, con apellidos, rodeado de todos los nombres que yo le daba en el libro. Después de eso empecé a escribir tanto que llené en un segundo la página de la dedicatoria, y tuve que darle la vuelta y seguir escribiendo en la siguiente. No le dije nada nuevo, o más bien no le dije nada que no hubiera escuchado nunca. Todas esas cosas se las había repetido en mil ocasiones y de mil formas, pero, aun así, a ella le pareció una dedicatoria impresionante y no paraba de repetirme que esas palabras eran algo de otro mundo. Luego le firmé el libro a su madre y noté que, mientras escribía las palabras con las que quería dedicárselo, ella me miraba con cara de que estaba completamente loco. Pero yo sabía que eso le gustaba. La chica de Los Planetas prefiere a un loco que a un tonto.

Volvimos a casa, la acompañé hasta su portal, y nos despedimos con un abrazo que me curó todas las heridas, que creo que ya eran innumerables. Esa noche volvió a releerse el libro. Creo que ya era la tercera vez que lo hacía. Cuando le pregunté por

dónde iba, me envió una foto de la página. Era esa en la que empieza el relato «Enero en la playa», por aquella canción de Facto Delafé y Las Flores Azules que nunca llegué a descubrirle después de esa noche que pasamos en enero, hacía ya un par de años. Se lo dije entonces, insistí en que tenía que escucharla, pero ella se me adelantó diciéndome que justo unos días atrás no había parado de escucharla. Esa noche, por Whatsapp, se despidió con una parte de la letra: «Suerte que tú ríes y no te enfadas porque eres más listo y menos egoísta que yo».

Aquel mes de marzo nos vimos en tres ocasiones más, y dos de ellas fueron muy rápidas. La primera vez fui a buscarla a su casa porque estaba por el centro justo cuando me dijo que si quería tomar algo.

Ella vivía en un bajo cuya ventana del salón daba a la acera de la calle, y esa ventana, por seguridad, estaba cerrada con una reja con barrotes de color blanco. Cuando llegué allí, como no sabía el número exacto de su puerta, la llamé al móvil, y ella abrió la ventana y con su sonrisa me dijo que esperara un segundo a que saliera. Aquella imagen solo puede recordarme una cosa: la canción de Los Planetas titulada «Ya no me asomo a la reja». Por fin, yo volvía a asomarme por la ventana de una de sus casas y esta vez esa ventana tenía reja como esa canción que tanto había escuchado en todo el tiempo en el que ella había desaparecido.

Tomamos un café rápido en el Cazador, que está al lado, y estuvimos muy a gusto, aunque a esas horas ya no servían café y habían pasado a las cervezas y las copas y no tenían ni un sobre de descafeinado, así que ella se pidió un Cola Cao, que era lo más parecido que tenían...

—¿Vas a escribir en el libro que me pedí un Cola Cao? —me preguntaba.

Es horrible quedar con una persona con la que te sientes muy bien, y que en realidad no haya *nada* porque esa persona no se atreva a dar el paso y te maree mientras te vas desilusionando cada día.

A la semana siguiente volvió a llamarme para tomar algo porque no sabía que ese jueves yo me iba fuera, a presentar el libro en Alicante y Murcia. Le dije que si no le importaba quedáramos en Atocha para que luego pudiera coger el AVE con más facilidad y aprovechar mejor el tiempo juntos. Lo logramos. Fuimos a una cafetería que está al lado de la estación. Fue muy sincera esa tarde y me contó cosas que yo no sabía. Me dijo que poco a poco me iría revelando otras, porque ya se había dado cuenta de que no tenía ningún sentido hacer lo que estaba haciendo. Me dijo que iba a llegar nuestro momento de estar juntos. Y yo me fui a coger el tren sin ganas de irme, la verdad. A cambio de su sinceridad yo le conté que cada día, cuando me despertaba y ponía un pie en el suelo, pensaba en ella. Era sentir el frío del suelo en mis pies y ya estaba pensando en ella. Algo me venía a la cabeza que me hacía recordarla. Así llevaba ya mucho tiempo.

La última vez que nos vimos en marzo fue en una cafetería de mierda de La Latina. Estaba a punto de comenzar a escribir este libro, y en la editorial me estaban preparando el contrato, en el que ya había que definir un título. Tenía claro que se

llamaría *365 días*, pero mi idea era añadir *con la chica de Los Planetas* o *sin la chica de Los Planetas*, en función de cómo estuviese ella conmigo el mismo día que entregara el manuscrito definitivo.

De manera que allí estábamos los dos en aquella cafetería horrible, y le empecé a contar que el fin de semana comenzaría a escribir mi próxima historia. Ella no paraba de preguntarme de qué iba, y yo me negaba a revelarle nada.

—Espero que al menos tengas la consideración de dejármelo leer antes de que se publique, porque quiero evitar que me dé un ictus como casi me ocurrió con este libro.

—No. Eso no va a poder ser, vas a tener que esperar a que salga a la venta.

—Estás de broma, ¿no? Tengo que leer ese maldito libro antes que nadie.

—Bueno, yo me lo voy a pensar, pero no creo que lo haga, ya te aviso.

—Y ese título, ¿por qué? No termino de entenderlo, ¿vas a escribir un año de los dos?

Empecé a contarle el significado del título y lo que en realidad quería hacer con él, pero, justo cuando se lo estaba explicando todo, me llegó al móvil un *e-mail* de Mónica que decía: «Te paso el borrador del contrato de *365 días con la chica de Los Planetas*». Al ver aquello se me pusieron los pelos de punta, y en ese preciso momento lo tuve claro, así que contesté a Mónica: «Acabo de decidir que ese va a ser el título del libro, termine como termine lo nuestro. No voy a pedir en la editorial que lo cambien». Ella no decía nada. Solo me sonreía, y yo empezaba a sospechar que el libro no acabaría con ese final de película.

Conversación 9

Es curioso conocer a alguien que tiene similares o idénticos pensamientos a los tuyos. Me refiero a cuando piensas en algo y la otra persona también lo está pensando, pero tú no lo sabes y lo descubres después. De hecho, hasta que no lo descubres, lo que realmente te preguntas es: «¿Se puede saber por qué estoy pensando esto? Debo de estar volviéndome loco». Uno se tranquiliza considerablemente cuando ve que esa persona a la que aprecias se estaba haciendo las mismas preguntas, planteándose las mismas cosas y deseando saber si tú estarías haciendo lo mismo. Con ella me pasaba a menudo, y quizá nos pasó con mucha más fuerza desde que volvimos a encontrarnos.

—Muchas veces en este tiempo en el que no has estado he pensado que te morías y que yo me enteraba porque me llamaba Pilar, Clara o tu hermana (o las tres juntas) para darme la trágica noticia. Me llamaban porque sabían que a mí me iba a doler. Y es horrible. Me imagino que me pongo a llorar como un puto desalmado en el momento en que termino de escuchar «F ha fallecido». Pero la cosa no acaba ahí, porque por supuesto que iría al tanatorio, al entierro, al funeral y a todo lo que fuera

para despedirte. Me imagino hablando con Nacho para viajar los dos juntos en su coche hasta tu pueblo y que una vez allí todos me miran raro. Todos se preguntan quién coño soy y qué pinto allí. Y yo pienso para mis adentros que soy la persona que mejor te conocía. Me imagino que ese día llueve en todo Jaén y que yo ya soy consciente de que no me despedí de ti como siempre había querido. Pero no te creas, que también pienso lo mismo a la inversa. Me imagino que me muero de un día para otro y no estoy muy seguro de si te enteras de ello, o puede que Nacho te lo diga, porque a mí la verdad es que me gustaría que te enteraras. A veces me da miedo pensar que no fueras al tanatorio y al entierro a despedirme, a decirle a mi cuerpo muerto que le quieres aunque ya no pueda escucharlo. Porque sé que me dirías que me amas. Sé que es una locura, pero lo he pensado muchas veces...

—Pues yo también debo de estar loca, porque me he imaginado varias veces que me moría y que tú venías a mi pueblo y le dabas el pésame a mi familia como ninguno de los que habían pasado a hacerlo durante todo el día. Muchas veces lo he pensado y te veía pasándolo peor que el chico con el que yo estaba, y tú te acercabas a él y le decías que tú me querías más y que yo a ti siempre te había amado más que nadie aunque no estuviésemos juntos. Luego, cuando llegaba a pensar ese tipo de cosas, paraba porque no quería volverme loca, pero, como ves, sé a qué te refieres perfectamente.

—Es que, si nos vemos en alguna de esas dos situaciones, yo no tengo ni la más mínima duda de que sería así y no de otra forma. Tendríamos que ir despidiéndonos, y así nos ahorramos las formalidades.

—Mira que eres gilipollas. ¿Sabes qué? También me pasa que muchas veces pienso que si fuese un día al médico y me dijese que tengo cáncer o algo así de malo, con lo que seguro que me voy a morir, iría corriendo a tu lado, sin importarme nada más, porque si hay alguna forma de poder sobrevivir es teniéndote conmigo. Es que, me cago en la puta, parece que necesito un maldito cáncer para dar el paso.

—Es que eres para matarte, ¿eh? Ya te vale. Tienes que empezar a espabilar antes de que sea tarde para los dos, y antes de que tengas que dar más explicaciones a la gente. Cada vez noto con mayor certeza que el tiempo entre los dos se está agotando y que vamos a terminar tirando cada uno por su lado.

—La verdad es que sí, que llevas razón en las cosas que dices, aunque la gente me da igual. Pero, a ver, ¿cómo le explico yo a todo el mundo la que has liado? ¡Dime cómo!

—Pues sí, lo tienes jodido, porque principalmente la que la ha liado eres tú. No es normal lo liada que estás siempre y cómo eso acaba salpicándome.

—Y no te quito la razón. Lo hago mal. No tengo remedio. No sé por qué me cuesta tanto dar el paso contigo, pero sé que lo acabaré haciendo. Lo sé porque, cada vez que quedamos, me entran unas ganas terribles de besarte y de quitarte toda la ropa. Lo sé porque me muero por ver tu ombligo. No me decido, pero sé que cuando lo haga será para siempre. De eso estoy totalmente segura. Eso es lo único que tengo

claro.

—Pues no sé a qué estás esperando. Cuanto más esperes, será peor, que lo sepas. Tienes que tener eso muy presente porque cada día que pasa nos acercamos más al final.

—¿Sabes lo que sé?

—Dime.

—Que daría todo lo que tengo por vivir una hora en clase de Derecho Mercantil contigo.

—Allí nos conocimos y allí pasamos un montón de horas que fueron perfectas. Daba igual estar en clase. Lo importante es que nos teníamos al lado. Muy cerca. Pero ¿y qué? No tendrías los cojones de darlo todo como dices, y eso a mí no me vale.

—Deberíamos volver un día a la facultad y colarnos en nuestras antiguas clases. Joder, Popero, me está costando mucho tomar una decisión contigo. Llevo el día entero pensando en todo y qué difícil es. No seas duro conmigo, anda.

—Mejor que te esté costando la decisión, porque de lo contrario sería mala cosa. Es más, solo hay una elección, así que es mejor que te la tomes con calma.

—Sea lo que sea, estoy a punto de llegar al final. Lo noto. O voy a por todas contigo, o te juro que esta vez me alejo de ti para siempre, y te prometo que en cualquiera de los dos casos lo haré con todas las consecuencias: pasarme la vida a tu lado o alejarme de ti para siempre.

—Yo solo te pido que esta vez no la cagues, por favor. Decidas lo que decidas, que sea porque estés de verdad segura de que eso es lo mejor.

Justo ese día se había anunciado que Los Planetas, después de muchos años de silencio, sacaban un nuevo EP, así que añadí:

—Que Los Planetas vuelvan el día antes de mi cumpleaños no es una puta casualidad. Tenemos que celebrarlo por una maldita vez. Me lo merezco y es nuestro momento.

—Tienes razón. Es ahora o nunca. Duérmete, anda, que son las dos de la noche y a las ocho tenemos que estar en pie, no te hagas el duro y a dormir.

—Siempre me hago el duro contigo, ¿eh?

—Totalmente. Siempre lo has hecho y siempre me ha vuelto loca que lo hagas. Buenas noches, Fofó. Duerme bien y mucho. Que descanses.

Me llamó por mi apodo de toda la vida, por el que nunca me llama y el que siempre utiliza cuando habla de mí a alguien. Lo interpreté como un gesto de acercamiento; de una forma u otra me estaba pidiendo tiempo. A la mañana siguiente, un 31 de marzo, me escribió al Whatsapp temprano:

—Hoy al despertarme y poner un pie en el suelo, lo primero que he pensado ha sido en «tu sinceridad y la mía va detrás».



ABRIL

Tener hermanos mucho mayores que tú te da una perspectiva diferente de la vida y de las personas que pasan por ella. En general, tener un hermano te enriquece a todos los niveles, tenga la edad que tenga. Se pone en marcha una forma de retroalimentación, es decir, de dar y recibir, de enseñar y aprender, y, cuando llega el momento decisivo, de vivir y morir, porque nuestros hermanos morirán y nosotros seguiremos viviendo sin ellos, o viceversa.

Yo era bastante pequeño cuando empecé a escuchar música, supongo que como todo el mundo, pero me refiero a música de verdad, de la que es buena. Tengo vagos recuerdos de la primera vez que escuché algo que me llenara o que me hiciera bailar, pero los tengo. Me acuerdo por ejemplo de estar en mi casa cuando tenía cinco años y que mi hermano Chema, el mayor de todos, pusiera la *Pequeña serenata nocturna* de Mozart en su habitación. Yo andaba por ahí cerca y me sentí muy atraído por aquella melodía. Entré y me lo encontré de pie, enfrente de su radio, con los ojos cerrados y moviendo las manos y los brazos como si tuviera una batuta en una de ellas con la que dirigir todos los instrumentos. Estoy seguro de que en aquel instante mi hermano se creía Mozart en un palacio de Viena actuando para un gran público, pero yo solo lo veía a él, un chico más bien gordito, con manos grandes y llenas de padrastrós que todos los días se cenaba a base de mordiscos aunque se hiciera sangre. Yo entré haciendo mido, y él estaba tan inmerso en la música que se asustó al verme. Creo que ni se dio cuenta de que había llegado hasta su lado en un segundo y por ello probablemente tuviera esa reacción de miedo. Eso, o que yo era muy feo y lo acojoné al verme la cara.

Chema me llamaba Flirpil, no recuerdo ni por qué, tampoco desde cuándo, pero sí que lo hacía con voz grave, imitando a Don Pimpón. Pues bien, con esa voz, me llamaba siempre gritando, y yo acudía enseguida como el típico perrillo alterado que va de un lado a otro sin saber quién le reclama, hasta que alguien grita su nombre de nuevo o le pega un silbido agudo. Me tenía medio amaestrado porque me daba siempre propinas, me llevaba a recorrer todos los museos de Madrid, me invitaba a desayunar en el VIPS, a comer en sitios en los que yo nunca había estado, e incluso una mañana, a las doce del mediodía, comimos en el Mundo Kebab de la calle Gaztambide, a un paso de Los Arcos de Moncloa. Joder, más bien era un segundo desayuno, porque un par de horas antes nos habíamos tomado un chocolate con churros y en una hora y media después teníamos que estar en casa para comer con mi familia. ¿Cómo no me iba a tener amaestrado un tío que me invitaba a comer *kebab* a

esas horas? ¡Dios mío! Para mí era como un genio de la lámpara que generaba comida por arte de magia con el dedo. Si me hubiera dicho que me tirara por un puente a cambio de comida, lo habría hecho sin dudarlo ni un momento.

El caso es que Chema tenía puesto a Mozart y a mí me gustó tanto que me subí sobre su cama y comencé a dar saltos. Lo normal hubiera sido que Chema me pegara un grito para que me bajara inmediatamente de su cama, sobre todo después del susto que le acababa de pegar, pero no lo hizo, porque estaba contento de que a su hermano pequeño le estuviera gustando la música de Mozart. Creo que esa fue la primera vez que una melodía me contagió su alegría.

Ahora, cada vez que escucho la *Pequeña serenata nocturna*, vuelvo a verme allí saltando, pegando botes, poseído por la música y por una felicidad inexplicable.

Mis hermanos escuchaban de todo, y quizá la música que más me marcó fue la que ponía mi hermano Antonio. Daba igual la hora que fuera, porque la ponía a todo volumen. Mis padres solían decirle que la bajara, pero tampoco eran muy estrictos con eso, porque lo cierto es que siempre estaba sonando a todo trapo, a cualquier hora. Desde las ocho de la mañana que nos preparábamos los tres pequeños para ir al colegio hasta que llegaba la hora de cenar. Aquella orden de mis padres era más bien una recomendación, aunque había veces que apagaba la radio de golpe porque mi madre estaba a punto de tirarla por la ventana. Bueno, no tanto, pero sí que hubo un día en el que mis hermanos estaban con la música a tope en el salón y rompió la radio, aunque no creo que lo hiciera aposta, más bien quiso darle un golpecito indignada y sin darse cuenta se la acabó cargando. Yo me había ido con mis padres de paseo por la tarde mientras todos mis hermanos se quedaban en casa porque por lo visto habían organizado una fiesta o algo parecido. Digo algo parecido porque en realidad no era una fiesta. Las fiestas de verdad son esas a las que va gente que no conoce ni el propietario de la casa, y en este caso los únicos asistentes eran ellos. Es decir, que no habían invitado a ninguno de sus amigos o amigas. Como yo soy bastante más pequeño que ellos, hubo una época en la que iba con mis padres a todas partes, mientras mis hermanos hacían sus planes por su cuenta. A mí no me importaba nada irme con mis padres a pasear por Conde de Peñalver, a ver escaparates de juguetes (que nunca me compraban, excepto cuando lo que pedía era un puzle) y cenar en la cafetería de El Corte Inglés una hamburguesa del tamaño de mi puta cabeza. Soy terrible con la comida. Soy un gocho de cojones que se comería cualquier cosa.

El caso es que esa tarde con mis padres, después de haber estado cenando por ahí, cuando llegamos al descansillo de nuestra casa, escuchamos ya desde fuera un musicote a todo volumen. Estoy seguro de que sonaba Modestia Aparte, porque a mis hermanas les encantaban esos grupos noventeros formados por madrileños, que hacían referencias a la ciudad y a los lugares de moda pijos en sus canciones. Imaginad, Modestia Aparte sonando a todo volumen. Creo que era esa canción que empieza con la *Novena sinfonía* de Beethoven y que sin previo aviso continúa con «Y

todo es por tu amor», y lo repite unas cuantas veces. Insisto, imaginad el percal. Mi madre abrió la puerta, entró en el salón donde estaban todos haciendo el salvaje y con la mano derecha le metió un golpe seco a la minicadena, que era de las primeras que traían lector de CD y que ella misma había regalado por Reyes a uno de mis hermanos. ¡Pum! A tomar por culo. El guateque se acabó en un segundo y la minicadena, que se había roto, esa misma noche acabó en la basura. Desde aquel suceso aprendimos que, si mi madre nos repetía tres veces que bajáramos el volumen de la minicadena nueva, teníamos que hacerlo en el acto, porque si no, si había una cuarta llamada de atención, era más que probable que también esa acabara en la basura.

Antonio tenía un radiocasete rectangular de color negro para dos cintas, con el que podía grabar de una cinta a otra o el programa de Radio 3 que llevaba Julio Ruiz en directo. Nunca voy a poder olvidar aquel FIB que grabó porque iban Los Planetas de cabeza de cartel y Julio Ruiz lo estaba retransmitiendo. Nunca voy a poder olvidar cómo empezaba aquella cinta: todo el público gritando como loco, esperando a que entrara la banda *granaína* y, de pronto, entre tantos gritos se empiezan a escuchar campanas de iglesias sin parar, una detrás de otra, para acabar sonando de manera dispar varias campanas a la vez. Un repique constante y preciso que iba en ascenso. Entonces la voz de Julio Ruiz anunciaba: «Suenan campanas psicodélicas de iglesias *indies* para revelar la llegada de Los Planetas al escenario principal de FIB. Esto es mejor que un milagro». Aquella frase se me quedó grabada para siempre en mi cabeza. Aquellos gritos de la gente. Aquellos ojos de mi hermano señalando con emoción a su radiocasete y tartamudeando un poco debido a los nervios, para advertirme del concierto que estaba a punto de empezar. Ese radiocasete me enseñó muchas cosas y fue una especie de surtidor de conocimiento e irreverencias para un niño como yo y un trocito de rebeldía para mi hermano. Ahí descubrí a Roxette y su *She's got the look*, a AC/DC y su *Thunderstruck*, a Daniel el Higiénico y su *Puto corazón*, a Manolo Kabezabolo y sus *Kosas de viejas*, a Porretas y su *Solo fui a mear y casi acabo en la comisaría*, a Reincidentes y su *Jartos de aguantar*, a Los Suaves y sus *Dulces noches de luna y pateras*, a Loquillo y su *Feo, fuerte y formal* y a Extremoduro y Sabina al completo. Así con infinidad de grupos. Daba igual el estilo, aunque justo mi hermano pasaba por esa etapa más definida. Yo me aprendía las canciones con mucha facilidad. Eran grupos que para mí decían cosas que estaba mal decir o al menos eso nos habían enseñado, pero Antonio los ponía igualmente a todo volumen en casa, y alguna bronca le caía, ya no solo por el volumen sino por el contenido de esas letras. Extremoduro y Sabina me impactaban mucho por esa razón, aunque no entendiera ni la mitad debido a que era un auténtico enano que no sabía absolutamente nada de la vida. Por ello los describía de esta manera: para mí, Extremoduro se cagaba en todo pero a la vez hablaba de amor con mucha delicadeza, aunque solo a veces; y Sabina mostraba un lado humano (y urbano) que yo desconocía, y hablaba de amor con sexo, algo de drogas y todo con una actitud

roquera. Me impresionaba mucho escuchar a Sabina decir «Hotel, dulce hotel: hogar, triste hogar». Intentaba buscarle el sentido a la frase. Intentaba entender con diez años por qué a ese hombre le parecía una mierda vivir en su casa y prefería pasar las noches en un hotel, pero nunca me atreví a preguntarle a Antonio el significado de todas esas frases, en el fondo porque intuía que en realidad eran cosas que no debía escuchar. A Sabina por supuesto que me lo aprendí totalmente, y me gustaba mucho el directo en el que empezaba diciendo al micrófono para que lo escuchara bien alto todo su público eso de «¿Quién coño me ha robado el mes de abril?».

Pues justo eso fue lo que yo me pregunté cuando terminó el mes de abril que pasé cerca de la chica de Los Planetas, porque lo que empezó como algo que prometía ser brutal acabó convirtiéndose en un disparo que entró directo a ese lugar que uno ni siquiera conoce, a ese punto débil que tenemos dentro de nosotros. El disparo llegó justo ahí cuando menos me lo esperaba, para convertir un momento feliz que podría haber cambiado nuestras vidas en uno en el que volvía a quedarme solo, sin ella, condenado a echarla de menos toda mi vida, a darlo todo para que no sirviera de nada, a volver a arriesgarme para que finalmente se rieran en mi puta cara. Aunque en el fondo nunca se ha reído en mi cara. En el fondo si hace todo eso es porque no quiere estar conmigo y es el momento de aceptarlo, pero entonces que no vuelva a decirme todas esas cosas que habéis leído hasta el momento, que no vuelva a mí después de tanto tiempo para acariciarme de nuevo, sacarme el corazón del pecho, llevárselo con ella a alguna parte en la que yo no quepo y pincharlo a su antojo como si fuera un muñeco vudú.

Abril apuntaba a ser el mejor mes de todos los que habíamos pasado desde que nos habíamos vuelto a reencontrar. Parecía que ella iba viéndolo todo más nítido y que sus dudas se iban disipando poco a poco, pero con ella cuando todo está bien parece que hay algo en su cabeza que le manda joder todo lo que habíamos avanzado, que siempre era mucho, aunque a ella le daba igual. Era capaz de destrozarlo sin valorar nada, sin darse cuenta de que esta persona que ahora escribe esto lo hace con las mismas manos con las que trató de darle un abrazo acertado, una caricia en la cara, un tirón en el pelo, un pellizco en el trasero, un movimiento para decirle hasta luego de lejos siempre que nos despedíamos y así un millón de cosas más que perdían todo su sentido cada vez que desaparecía. Unas manos que construyeron cimientos que ella era capaz de convertir en barro con un simple soplido, como si fuera un lobo salido de un cuento que destruye casas con solamente soplar y soplar con rabia. Ella era experta en eso, en decir que no, y al pronunciar esas dos letras, era capaz de quitarle la vida a todo y que yo muriera un poco. Cada vez que me ha dicho que no, he sentido que me mataba, sí, un poco. Es como si me amordazara con una cuerda en medio del campo, me pegara un tiro con una escopeta de caza, me subiera al maletero de su viejo Peugeot blanco y, después de cerciorarse de que no hay ni un alma

alrededor que pueda ser testigo, me sacara a arrastras hasta el borde de la orilla, metiera en mis bolsillos algunas piedras y tirara mi cuerpo al río Guadalquivir, mientras ve cómo me hundo, cómo las burbujas salen a la superficie justo en la zona donde he desaparecido. Sin dejar rastro. Pegando un acelerón con el coche y dejando atrás el polvo de la tierra que gira en círculos en el aire intentando subir a un cielo que nunca podrá llegar a tocar, mientras ella mira por el retrovisor al río que ya se pierde en esa neblina, impidiéndole ver si mi cuerpo ha emergido del agua; y apuesto a que tiene lágrimas en los ojos por haber hecho lo que acaba de hacer, pero ella piensa que es lo mejor para ambos y esa es su forma de huir, acabando conmigo. Pero no nos adelantemos, antes de que me robara el mes de abril, como os decía, todo había empezado de maravilla. Ella tenía ganas de verme todo el rato y, como os podéis imaginar, yo estaba encantado.

Ese mes yo presentaba durante tres viernes el libro en el fórum de Fnac de Callao y era un evento que me moría de ganas por vivir. La de colas que habría hecho yo en la calle Preciados para ir a esos conciertos que se celebraban en el fórum. El hecho de que se hubieran invertido los papeles era muy surrealista, pero empezaba a aceptar que mi vida oscilara hacia el surrealismo más puro, siempre y cuando no se me fuera de las manos.

Lo mejor fue que la chica de Los Planetas vino a verme a una de ellas sin que nadie lo supiera más que yo. Pero esto es tan solo un adelanto para que entendáis que el mes de abril tenía suficientes motivos para ser perfecto, aunque más tarde se truncara todo y yo acabase en el Guadalquivir, como un cuerpo frío, pálido y a medio descomponer, que se repartiría en todos sus afluentes de Andalucía para acabar desembocando en Cádiz, en el mar, justo en Sanlúcar de Barrameda, olvidado, rechazado incluso por los propios peces, incapaces de tocarme con sus bocas.

Después de decirme que una mañana al despertarse y poner un pie en el suelo le había venido a la cabeza esa frase de la canción que más me ha marcado del nuevo disco de Supersubmarina, desapareció durante un par de días. Esto, de todas formas, era una constante, y cuando se esfumaba yo no intentaba nada, me quedaba esperando, siendo consciente de que, si ella quería, volvería a aparecer, y siendo aún más consciente de que, cada vez que hacía eso, lo destrozaba todo un poco más. Yo tenía claro que no me iba a quedar con algo destrozado.

Por aquellas fechas yo solo pensaba en la canción de su grupo preferido que dice: «Si te esfuerzas puedes desaparecer», pero en su caso no se cumplía una puta mierda, y siempre me decía a mí mismo, en mi cabeza: aunque te esfuerces no desapareces. No sé si lo decía con rabia, pero a veces deseaba que desapareciera por completo. Ella nunca desapareció y jamás podrá hacerlo por mucho que se empeñe; hasta que no deje sus miedos a un lado, seguirá así toda su vida, guardándome dentro y preguntándose por qué jamás lo intentó conmigo.

Una noche a principios de abril, apareció en forma de mensaje para decirme algo sobre dos componentes de Los Planetas. Quizá a vosotros os parezca una soberana

estupidez, pero para nosotros no lo era. El mensaje fue el siguiente:

—Llevo años queriéndote decir dos cosas que jamás te he dicho porque no me he acordado cuando he estado contigo o porque no he tenido la oportunidad de decírtelas. La primera es que Banin es jienense, y la segunda es que el segundo apellido de Eric es Linares. Acabo de acordarme y he pensado que ya era hora de decírtelo aunque tú me digas que ya lo sabías.

Su mensaje me alegró mucho. Sí, era una tontería, pero era algo que yo también llevaba muchísimo tiempo queriéndoselo decir y nunca lo había hecho. Esas palabras solo indicaban que seguíamos conectados por algo que nunca hemos logrado explicar. No nos hacía falta entendernos porque ya nos entendíamos. No nos hacía falta decirnos nada porque ya sabíamos todo lo que había. Con emoción contesté a su mensaje:

—Te juro que yo también llevo años con lo mismo e igual que tú nunca te lo he dicho. Por eso en la crónica que escribí en mi blog sobre el concierto de Bilbao de Los Planetas puse aquello de «las siluetas de los *granaínos* (y de Banin, el jienense)» por ti, por si lo leías. Era un dato importante. Como lo de Eric, que te aseguro que eso no lo sabía. Y sí, ya era hora de que me lo dijeras.

—Pues tu amigo Eric se apellida Linares y es que yo siempre lo digo: ¡Jaén y Granada son una!

Últimamente no paraba de repetirme lo impresionante que le parecía todo lo que conseguía y siempre me decía que era impresionante cómo lograba todo y no terminaba de entender que Eric, el batería de Los Planetas, se estuviera convirtiendo en uno de mis amigos. Volví a contestar:

—Ahora que me lo has contado, mi colega Eric me cae aún mejor. En Jaén y Granada nacieron los más grandes de la música y creo también que una chica que conozco tiene sangre de ambos lugares.

Justo en ese momento me llamó al móvil, y al descolgarlo, antes de que pudiera decir nada, sonó al otro lado del auricular:

—Una chica que te da muchos quebraderos de cabeza, ¿no?

Lo decía con voz de arrepentida, con dolor de haber provocado que llegáramos a la situación en la que estábamos, con propósito de no volver a repetirlo y con la clara intención de cumplir la penitencia si yo le impusiera alguna. Hablamos de muchas cosas y una de ellas fue que podríamos pegarnos el verano del siglo viajando por toda Andalucía y volando luego a Nueva York. Estuvimos hasta la una de la noche hablando por teléfono, empezando a idear ese plan y muchas cosas más: durante todo abril ese fue el ritmo.

Me llamaba tres días a la semana como mínimo, cuando ya era tarde, y nos reíamos mucho. Yo le preguntaba qué mosca le había picado, pero de tal manera que se riera. Se lo lanzaba con segundas, sí, pero de una forma que le quitaba todo el hierro al asunto para que no se sintiera presionada. Ella me decía que con esas llamadas trataba de recuperar el tiempo de ausencia.

El primer día quedamos para tomar un café rápido después de salir de trabajar y en ese café concretamos lugar y hora para ir a cenar el día siguiente. Quedamos a las nueve en La Latina y cuando llegué ya era de noche. Ella me estaba esperando en la boca del metro, sentada en las escaleras. Al vernos fuimos a abrazarnos. Nos dábamos abrazos como si fuera el primero de toda nuestra vida y el último antes de no volver a vernos nunca. No era algo que tuviéramos ensayado. Nos salía hacerlo así porque creo que ambos teníamos el presentimiento de que nuestro final estaba cerca.

Cenamos en varios sitios. Bebimos vino en la Cava Baja como hacía tiempo que no lo hacíamos. Volvimos a un lugar de tapas que probablemente sea la única taberna andaluza que hay en esa calle y en la que la primera vez que fuimos estuvimos muy a gusto. Después de varios años volvíamos ahí, y apuesto a que pedimos exactamente los mismos platos que entonces: boquerones en vinagre y esa tabla de quesos que tanto me había gustado la vez que la probamos y que ella volvió a elegir sin que yo dijera nada, porque sabe lo mucho que me gusta el queso. Estábamos felices.

Justo ese día en la Fnac de Callao ya habían colocado la agenda cultural en el escaparate, y yo era el evento del mes, es decir, el destacado. La portada de mi libro estaba en grande en la calle Preciados, a la vista de las miles y miles de personas que cada día pasan por allí. Pues bien, ahí iba a seguir durante treinta días y junto a la portada, que estaba impresa en un tamaño de más de un metro de altura, había escrito un texto: «Dicen que cuando el alma y el corazón están en paz no se crea de la misma manera que cuando hay dolor. Este libro es toda una declaración de intenciones que comenzó en forma de blog para crear, partiendo de la escritura, lo que aquella relación supuso para el autor. Este mes nos visita Holden Centeno para hablarnos de ella, de la chica de Los Planetas. De su relación con ella, que, según sus palabras, era pura literatura». Antes de quedar con ella había pasado por allí y me encontré con ese póster en mis narices.

Intentad entrar en mi piel, por favor, e imaginad cómo tuve que sentirme al pasar por una de las calles más importantes de la ciudad en la que he nacido, he vivido, en la que la conocí y en la que, tres años después de conocernos, hay un cartel gigantesco para anunciar que estaré en esa tienda tan importante para hablar de nuestra historia. Yo muy pocas veces soy consciente de todo lo que sucede alrededor del libro y del impacto que ha tenido, pero, cuando me paro un segundo y lo pienso, os puedo asegurar que siento que el mundo se me viene encima.

Ella sabía toda la que iba a armar ese mes en la Fnac, pero yo no le había dicho nada de que el cartel ya estaba en el escaparate, simplemente le mostré un folleto que daban en la entrada de la tienda con la agenda cultural y que yo había cogido cuando pasé por allí al ver el escaparate.

—Calla, que acabo de pasar por Preciados y no sabes cuál ha sido mi reacción — me dijo cuando se lo di—. Según pasaba por allí y he visto el libro, inconscientemente me he cambiado de lado de la calle, para no pasar por debajo. Me

he quedado flipando al verlo. La que vas a liar.

—Pues deberías venir los tres días para ver cómo la lío, ¿no? Sería lo suyo.

—Voy a ir con mi hermana el día que va Eric, que creo que es el próximo viernes...

—¿De verdad? ¿Y se puede saber por qué no me dices nada? Sí, es el próximo viernes.

—Te lo iba a decir hoy. Lo he estado pensando mucho y creo que tengo que estar ahí.

—Pero, oye, ¿lo dices de verdad o al final te vas a rajar como siempre te rajas conmigo?

—No me rajo, soba. Voy a ir. Tampoco te pienses que haré cola ni nada de eso, pero allí estaré con mi *sister* para verte, así que cuidado con lo que dices. No te pases.

—Va a ser demasiado impactante para mí. Que vengas a verme significa mucho.

—Lo sé, aunque no lo creas soy consciente de lo que voy a hacer y lo hago porque quiero, porque me apetece y porque siento que tengo que estar ahí a tu lado ese día.

—Podrías ser así siempre. Tener las cosas claras y no acojonarte, porque de verdad que mi paciencia tiene límites aunque no lo parezca.

—Podría, pero ten paciencia, anda, que ese día llegará, pero con calma.

Seguimos cenando allí hasta las tantas, yo le dije que nos tomáramos unas copas antes de irnos a casa pero no logré convencerla, y al pasar por Sol acabamos en el Bar & Tapas de la calle Montera. Se pidió un café y eso que era casi la una de la noche. Yo una Coca-Cola. A ninguno de los dos nos afecta la cafeína a no ser que sea yo el que tome el café y ella la Coca-Cola. Mientras eso no suceda, no hay problema.

Llegué a casa a las dos y nos dimos las buenas noches por Whatsapp.

—Ten cuidado, mujer, que te va a dar algo, que llevas dos días seguidos en los que te mueres de ganas por verme y hemos quedado.

—Es demasiado, ¿eh? Igual me entra un cortocircuito por verte dos días seguidos. Yo creo que todo lo que hemos vivido, por todas las cosas que hemos pasado, nos llevará a algo mejor, nos llevará a estar juntos con una perspectiva más grande.

—No lo sé. Quizá todo lo que hemos pasado y estamos viviendo nos lleve a otra historia que no seamos nosotros. Si no te decides pronto, creo que vamos a destrozarnos todo.

En ese momento comenzó a enviarme pantallazos con algunos de los *tuits* que había escrito durante esos nueve meses en los que estuvo desaparecida. La gran mayoría eran cosas con referencias a Los Planetas, como una foto de ella con la camiseta de Los Planetas que yo le había regalado, los tatuajes que tenía por mí, otra foto tomando un café en la cafetería de Derecho, echándome de menos, y por último un libro con un poema: «No es lo peor / que todo sea mentira. / Lo peor es / que todo es verdad». Creo que no podía haber una mejor definición de nuestra historia. Era muy fuerte que en todo ese tiempo se hubiera acordado tanto de mí, pero lo que era

más fuerte es que pudiera vivir así y no le pusiera remedio a todo. Lo tenía fácil. Solo tenía que llamarme. No lo hizo.

—Ahora mismo, justo ahora, en este preciso momento, querría vivir todo contigo. Sin supervivencias. Solo viviendo. ¡Qué complicado es todo. Holden!

Llevaba una temporada que me llamaba Holden de vez en cuando.

—Siempre me dices que hay momentos en los que harías todo conmigo, pero sin embargo luego no lo haces. Eso sirve de poco. No hay nada tan complicado. Fuimos nosotros los que lo jodimos todo.

—Más bien fui yo la que estropeó todo. Tú eres el cincuenta por ciento de lo que soy. Eres la carrera que he estudiado, todos los conciertos a los que fui antes de conocerte, fuimos juntos, o a los que ahora voy sin ti. Eres mi forma de pensar en algunos aspectos y eres mi Madrid.

—¿De verdad? Yo también tengo muchas cosas de ti. Es algo inevitable, supongo. Te tenías muy callado tu porcentaje. Deberías de haberme dicho algo.

—Hay muchas cosas que aún no te he dicho, pero te las iré contando todas. Por cierto, estás muy guapo, más guapo que nunca. En serio.

A la mañana siguiente. Los Planetas anunciaron la agenda con las presentaciones previstas para su nuevo EP. Una de ellas era en la Sala But de Madrid. En cuanto me enteré se lo dije a ella y, como estaba trabajando y no podía sacar entradas en ese momento, le pregunté que si las sacaba yo e íbamos juntos, a lo que me respondió que sí, que por supuesto. Por fin iba a ir a ver a Los Planetas con ella, y sería el 15 de mayo, día de San Isidro, patrón de los madrileños, en la misma sala donde tres años atrás habíamos visto a Supersubmarina presentar *Santacruz*, y unos meses antes de volvernos a encontrar nos debimos de cruzar escuchando a Guadalupe Plata, pero ninguno de los dos nos vimos. Quedaba algo más de un mes para un concierto en el que tenía asumido perfectamente que podría decirme que al final no iría conmigo en el momento más inesperado, aunque durante abril me repitió más de tres veces que iríamos y nos cantaríamos a gritos todas las canciones, pero yo, una vez más, hasta que no lo viviera, no me lo iba a creer de verdad.

El día no había hecho más que empezar y ya estaba siendo perfecto. Tenía claro que nadie iba a arruinarme aquel viernes 10 de abril porque esa misma tarde era el primer día de los tres de presentación en el fórum de la Fnac. En la presentación hablaríamos de toda la música que rodea a mi historia y que suena en los relatos del libro, de lo *indie*, lo *mainstream* y cualquier cosa que se nos ocurriera. No llevamos ningún tipo de guion. La presentación fue junto a Pablo, mi editor, y tres grandes invitados: Eric, el batería de Los Planetas, y los periodistas musicales Arturo J. Paniagua y Wilma Lorenzo. Escogí a los dos no solo porque son unos grandes profesionales, sino también porque les conozco lo suficiente para saber que han entendido la banda sonora de mi historia y lo que yo pude sentir escuchándola. Pero sobre todo les invité porque sabía que les había gustado el libro. Tanto a Arturo como a Wilma les seguía la pista mucho antes de ser Holden Centeno. Me gustaba lo que

hacían y más que nada cómo lo hacían.

A Arturo lo había conocido un día en el metro, en el que sin dudarlo le paré y le dije quién era. Hablamos tres minutos y en ese tiempo sacó de su bolsa de tela *La chica de Los Planetas* para demostrarme que se lo estaba leyendo. Otro día, Wilma me explicó que se había sentido identificada con los escenarios de mi libro y los conciertos de los que hablaba, en los que habíamos coincidido. Era brutal que dos personas a las que siempre había admirado por su trabajo ahora reconocieran el mío, y sobre todo que lo apoyaran como hicieron, al aceptar mi invitación para presentar el libro. Estuve muy nervioso todo el día solo con pensar que la chica de Los Planetas vendría a la presentación. Me advirtió de que llegaría media hora tarde, cuando todo estuviera bien empezado, para pasar desapercibida y que nadie pudiera descubrirla.

Quedé con Wilma, Arturo y Eric en el Picnic, un bar de Malasaña que, aunque no lleve ahí toda la vida, ya se ha convertido en un clásico. También vino mi amigo Toni y mi hermano Antonio, que quería conocer a Eric, y era lo menos que podía hacer por él. Mi hermano llegó como diez minutos antes que nosotros y estaba tan nervioso que ya llevaba dos cervezas cuando aparecí con Eric y con Toni en el Picnic. Yo me pedí una ginebra. Necesitaba relajar el cerebro.

Empezamos la presentación media hora tarde. Mientras estábamos tomando algo en el Picnic, varias personas me enviaron fotos de la cola que se estaba formando en la entrada. No podía creérmelo. En ningún momento me he sentido alguien famoso o algo parecido, porque no lo soy ni a un nivel muy pequeño: de ninguna forma.

Cuando empezamos la presentación no había rastro de ella, y el fórum estaba lleno. Pablo empezó a preguntar al público (sin que yo le hubiese dicho nada) si la chica de Los Planetas se encontraba en la sala, y de broma le preguntó a Wilma que si era ella, a lo que Wilma respondió que no, que ella tenía el pelo corto. Yo pensaba: «Ay, Wil, si tú supieras que ella ahora también...». Me alegré de que ella aún no hubiera llegado y no escuchara todos esos comentarios. La gente se reía, pero a mí no me hacían ninguna gracia. No notaban los nervios que yo tenía encima.

De repente, al fondo de la sala vi entrar a su hermana y algo se encogió dentro de mí. Su hermana miraba todo aquello, me miraba a mí y flipaba. Pero ella, ¿dónde coño estaba? ¿Se había terminado rajando y había enviado a su hermana en representación? «No me jodas —pensaba—, NO ME JODAS». Si no aparecía por allí me iba a enfadar mucho. Pero estaba equivocado, después de dos minutos interminables, la vi entrar al fórum.

En ese momento desconecté por completo de la presentación. Y así estuve hasta el final de la misma. No podía concentrarme. No podía parar de pensar en todo lo que significaba para mí que ella se hubiera tomado la molestia de venir. Recuerdo que saludó a mis amigos, que estaban atrás del todo. Supongo que ellos estarían flipando tanto como. Se quedaron las dos al lado de Nacho. Llevaba el pelo recogido en una coleta y se reía con las cosas que estábamos diciendo en la presentación. Pero, entonces, Pablo volvió a preguntar al público si la chica de Los Planetas estaba entre

la gente. Aquel momento ya sí que fue bastante crítico. Pablo dijo que saliera, que le quería publicar un libro con su versión de la historia. Noté una tensión de cojones en la fila de atrás, mientras que el público en general se reía. Mis amigos la miraban muy serios, y ella miraba a todos los lados menos al escenario. Tuve que cortar aquello tajantemente, diciendo casi enfadado que no, que ella no estaba, que no había venido. Y creo que Pablo se dio cuenta de mis nervios y cambió de tercio.

La presentación terminó y yo empecé a firmar. Estaba un poco distraído porque, según firmaba a la gente, tenía puesto un ojo en ella, que estaba al final de la sala hablando con Nacho. Me preguntaba si su hermana y ella se pasarían a saludarme o si se irían sin decir nada. Vi cómo se fueron a los cinco minutos. Esa misma noche me envió un mensaje diciéndome que había flipado con todo y que teníamos que quedar para hablarlo, y además para empezar a planear nuestro viaje de verano.

Ese viaje, por supuesto, no lo hicimos jamás. Era ella la que hacía planes y luego se dedicaba a romperlos sin importarle nada lo que yo pudiera sentir.

El martes de la semana siguiente a la presentación me escribió: «¿Te veo mañana a las siete de la tarde en Lavapiés? Podemos ir a un café de mierda a planear nuestro viaje. ¿Qué me dices? Yo te prometo una tarde entretenida en la que hablaremos de muchas cosas y planearemos aún más».

El día que quedamos estaba tan nervioso que en vez de ir a Lavapiés, fui a La Latina porque era el lugar donde estábamos quedando desde que nos habíamos vuelto a ver en enero, y ya estaba acostumbrado a ir allí. Cuando por fin llegué a Lavapiés nos sentamos en una terraza. Yo empezaba a estar hasta las pelotas de hablar de tantas cosas, y más de planear, aunque no se lo terminaba de demostrar. Tenía la sensación de que, si ella no se decidía pronto, todo lo nuestro se iría a la mierda. Menos verbos y más acciones. Puede que la gota estuviera a punto de colmar un vaso que quizá ya no era de agua y se había convertido en sangre a causa de sus idas y venidas constantes.

Me estaba esperando en la parada de metro de Lavapiés, junto al teatro, y, a pesar de tener esos pensamientos negativos de que todo estaba a punto de irse a la mierda, en cuanto la vi todo eso se me olvidó por completo. Era bastante horrible esa sensación, aunque en realidad no lo era tanto. Es decir, podía estar quemado y bastante harto, pero era verla y se me pasaban todos los males. Porque lo único que de verdad necesitaba era estar a su lado, y ya. Pasamos la tarde bebiendo cerveza y cenando en una tasca de mierda de la zona. Le pregunté que por qué había llegado unos minutos más tarde que su hermana a la presentación. Me contó que realmente había llegado con ella, las dos juntas, pero que, cuando estaba a punto de subir las escaleras para entrar al fórum, algo se lo impidió. Era incapaz de subirlas para enfrentarse con todo lo que estaba sucediendo allí arriba y que yo había provocado. Por lo visto le dijo a su hermana que no podía subir, que le resultaba imposible, a lo

que su hermana respondió que no dijera estupideces y que ya no se podía echar atrás. En vista de que no la convencía, su hermana decidió subir las escaleras sin contar con ella. «Ahí te quedas, yo subo», algo así le diría. Ella se quedó allí plantada, sin saber qué hacer, hasta que por fin se decidió a seguirla.

En Lavapiés hablamos de la presentación y del libro, como solíamos hacer últimamente. Era normal que cada vez que nos juntábamos, nos pusiéramos a hablar del follón que se había armado en torno a nosotros. A ella la superaba toda esta parafernalia y yo intentaba no sacarle el tema, pero al final o me preguntaba ella o a mí me resultaba imposible no decir nada, porque cada día sucedía algo nuevo que tenía que contarle. Ese día planificamos por completo el viaje a Andalucía. Recorreríamos todas las capitales y unos tres pueblos de cada provincia. Al acabar nuestro recorrido por el sur, que duraría aproximadamente un mes, iríamos directos a Madrid para coger un vuelo y terminar el verano en Nueva York. Sin embargo, muy poco después de haberlo planificado ella se echaría para atrás.

Esa semana volvimos a quedar. Fuimos a cenar. Ese día estaba muy guapa. Más que cualquier otro día desde su vuelta. Cenamos *sushi* y bebimos Alhambra 1925. Hablamos con una naturalidad y una sinceridad que hacía tiempo no practicábamos. Al acabar de cenar, nos fuimos a tomar un *gin tonic* al Ojalá. Lo propuso ella. Estábamos atontados y en cierto sentido alucinando de volver a nuestra playa de Madrid, donde sin embargo me advirtió de que esta vez no me besaría. Yo le dije que me moría de ganas de hacerlo y ella me contestó que me callara. Me lo decía con una sonrisa y yo me reía, pero en realidad sabía que, si no le daba pronto un beso, perdería mi oportunidad de hacerlo. Aquella noche nos despedimos con un abrazo poderoso. Uno de esos abrazos que, si hubiese durado un segundo más, hubiera acabado convertido en beso. Pero nos separamos justo antes de que ese segundo se cumpliera. Si seguíamos parando nuestras ganas, acabaríamos rompiéndonos, y esta vez sería imposible reconstruirnos.

El viernes 17 presenté de nuevo el libro en la Fnac de Callao, pero esta vez con Elísabet Benavent. Habíamos quedado una hora y media antes para brindar, pero, cuando iba camino de Malasaña, la chica de Los Planetas me llamó para preguntarme dónde estaba y me invitó a que me pasara antes por su casa a saludarla. La verdad es que no lo dudé. Por supuesto, escribí a Elísabet para decirle que quedáramos mejor un poco más tarde, pero sin explicarle la razón. Cuando llegué a la calle Tesoro, estaba sentada en la ventana de su bajo, apoyada en la reja mientras se tomaba un café. Me sonrió al verme y se incorporó casi de un salto, dejando la taza en el alféizar. Le enseñé las pruebas con la cubierta, la contra y las solapas de este libro, que justo esa misma tarde me había enviado Sara Blanco. Le pasé el móvil por la reja para que lo viera, y se le iluminaron los ojos. Le gustó cada trazo de cada dibujo. Se veía muy reflejada y entendió a qué quería referirme en las ilustraciones sin que yo le

explicara nada. Mientras ella observaba las imágenes con una sonrisa en la cara, yo no escuchaba ni siquiera el ruido de la calle: en su lugar, «Ya no me asomo a la reja», de Los Planetas, no dejaba de sonar en mi cabeza. Entonces se lo dije, y levantando los ojos de mi teléfono, me respondió:

—Anda, calla, que siempre tienes música en la cabeza. ¿Quieres uno de mis cafés de vainilla que tanto te gustaban?

Y entré en su casa. Me hizo el café en cuestión de tres minutos. Son unos sobres solubles muy suaves que siempre los prepara con el calor y el azúcar adecuados para que a mí me guste, a pesar de lo poco asiduo que soy al café. Pegar un sorbo a ese café fue transportarme de golpe a su piso del barrio de Moncloa, en el que tantas veces había estado. Nos despedimos con un abrazo y me fui a la presentación con una energía mucho mayor que la que tenía antes de salir de casa.

Durante la presentación, Elisabet contó una anécdota del día que nos conocimos ella y yo (que yo no recordaba). Por lo visto me había preguntado cómo era la chica de Los Planetas y yo había respondido que guapísima. Explicó que lo dije con tal sonrisa y de tal forma que cuando pronuncié la palabra «guapa», aparte de referirme a su sentido más físico, se veía que me estaba refiriendo a su forma de ser, y que en ese momento, al escucharme decir eso, se dio cuenta de que todo era verdad, de que el libro estaba escrito con verdadero amor. Ella lo explicó escogiendo las palabras más adecuadas y correctas, hasta tal punto que logró emocionarme su reconocimiento, pero no se notó porque llevaba mis gafas de sol.

El domingo volvimos a quedar y también vino Clara, su amiga de Málaga, a la que por fin conocí en persona. Estuvimos en la terraza del Room Mate Óscar bebiendo ginebra y recordando cómo años atrás habíamos ido allí un día, y ahora de nuevo volvíamos a encontrarnos en el mismo lugar y la situación no cambiaba mucho: ahí estaba, al lado de una chica que no se atrevía conmigo, y yo como un idiota detrás como siempre. De ese domingo me quedé con el recuerdo de que, de vuelta a casa, cuando ya estábamos ella y yo solos y subíamos por la calle Fuencarral, nos cruzamos con una niña rubia sonriente, de unos cinco años, que iba con sus padres, y ella aprovechó para tocarle la cabeza y hacerle una carantoña según pasábamos por su lado. En esa misma calle me enseñó la foto que nos habíamos hecho los tres en la terraza unas horas antes para enviársela a nuestra amiga Pilar, que aún estaba en Nueva York, y darle envidia. La chica de Los Planetas en esa foto tenía una sonrisa en la que se notaba que era feliz de verdad, y yo le dije:

—Cómo se nota que eres feliz a mi lado y lo bien que lo disimulas.

Se rio mucho. Le jodía reconocerme ese tipo de cosas, que no eran más que la verdad. Seguimos caminando por la calle mientras yo la miraba de reojo y ella me decía riéndose y dándome golpecitos con los dedos en el costado:

—¡Que no me mires de reojo para tratar de adivinar qué estoy pensando!

Y era verdad. Eso era justo lo que estaba intentando hacer. Ella tenía heridas en los pies porque los zapatos le rozaban, y para solucionarlo se había comprado unas sandalias en Mango según pasamos por delante. En vez de solucionar el problema, le hicieron unas heridas aún más grandes. En un momento de la conversación, lleno de pena y respondiéndole a algo que ahora no recuerdo, le dije:

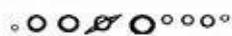
—Pero si yo no he hecho nada.

Y en cuanto escuchó aquello sonrió como nunca, e incluso se rio a carcajadas mientras se paraba y me estrechaba contra su cuerpo, diciéndome:

—¿Si no has hecho nada tú, entonces quién lo ha hecho? Tú lo has hecho todo por mí. Para mí el libro es nada, aunque sea todo a la vez. Tú ya eras ese chico antes de publicar un libro. Yo conozco al chico del libro porque eres tú. Y ese chico hacía todo por mí.

No supe qué decir, y permanecí en silencio entre sus brazos, al descubierto por el vestido que llevaba.

A la mañana siguiente, me envió el primer Whatsapp que anunciaría el desastre venidero: «Llevo toda la noche sin pegar ojo. Me imagino en Andalucía contigo, paseando por un pueblo, dándonos la mano, durmiendo abrazados o cogiendo un vuelo a Nueva York y no me apetece. Es que te lo juro que no me apetece y tampoco puedo hacer algo así por obligación. Está bien tomar decisiones, y es que yo contigo lo intento pero no puedo forzarme. Si el plan del verano no me crea ninguna emoción, no puedo cambiar eso. Lo siento, de verdad, pero no puedo obligarme a algo porque crea que es lo que debo hacer si en realidad no me apetece una mierda. Tengo que ser sincera contigo y conmigo». Por supuesto que no estaba siendo sincera conmigo y mucho menos consigo misma. Por supuesto que una vez más sus pensamientos estaban volviendo a lograr que se engañara y que esos engaños siempre acabaran golpeándome a mí. No obstante le dije que no se preocupara, que a mí también me parecía una locura hacer ese viaje aunque me hubiese lanzado a ello. Y era cierto, ese viaje era una locura que no habíamos pensado ni un segundo y que yo en ningún momento tuve claro, pero me dolió mucho su mensaje porque llevaba casi un mes emocionada con hacerlo y ahora me decía que no tenía ganas. Una mierda. No me lo tragaba y sigo sin tragármelo, porque después de aquello seguimos hablando con normalidad. Era todo muy extraño, y me preguntaba por qué coño me habría robado el mes de abril. No tenía ninguna necesidad de destrozarlo de un día para otro.



*C*onversación 10

Se fue a las fiestas de su pueblo, que cayeron entre finales de abril y principios de mayo, y después de unos días sin hablarnos me escribió para terminar de estropearlo todo. Era un sábado, el 2 de mayo. Lo recuerdo perfectamente:

—Oye, tenemos que hablar. ¿Qué te parece si nos vemos esta noche?

—¿Para qué? ¿Me vas a mandar a la mierda? Porque, si es para eso, no me hace falta quedar contigo y me lo puedes decir ahora.

—Es que yo quiero quedar contigo y hablarlo todo bien.

—No hace falta. De verdad que no. Deja de hacerme daño.

—A ver, el caso es que vas a pensar que es lo de siempre y tal. Pero es que no quiero vivir esta historia. No quiero escribir mi vida, ni publicar, ni nada. Para mí eres muy importante, de verdad, pero es que siento que quiero a otra persona.

—Sí, claro... —le contesté, sin poder creer lo que acababa de escribirme—. Por eso en todo este tiempo has estado ahí, diciéndome que era yo, que lo notabas cuando estabas conmigo. En fin, no importa. Me da igual. Una vez más estás haciendo el gilipollas.

—Tú para mí eres muy importante, de verdad. Y eso muchas veces me confunde. Toda esta historia que me persigue sé que va a perseguirme siempre. Me mantiene unida a ti. Pero no me sale. Esta vez no me sale.

—Vale, no pienso discutir nada. Haz lo que te dé la gana, que eso es lo que siempre haces, hasta que te das cuenta de que no te va tan bien como tú pensabas que te nía.

—Podemos vernos. A mí me gustaría explicártelo todo, pero, si no quieres ahora, podemos hacerlo en otro momento, de verdad.

—No te entiendo. Nunca entiendo por qué luchas contra ti misma, pierdes, vuelves, y luego la cagas otra vez. Debería quedar contigo para hablarlo pero sé que me va a doler mucho y yo ya no soporto más dolor de todo esto.

—No me gusta hablar estas cosas por aquí, por eso te he dicho de vernos, pero entiendo que tú no quieras, de verdad.

—Es curioso, porque la mayoría de las veces que me has mandado a la mierda me lo has dicho por aquí. Hoy soy yo el que te pido que por favor sigas con esa costumbre. Yo me rompo cuando te veo decirme que no. Debo de ser un cobarde pero no puedo evitarlo.

—¿Puedo llamarte luego? Aunque sea lo hablamos por teléfono. Quiero explicarte bien las cosas y decirte lo que siento y las razones por las que he tomado esta decisión.

—No quiero. Lo único que te advierto es que publicaré en noviembre la historia.

—¿Ves? No puedo vivir así, sabiendo que vas a publicarlo todo; eso me condiciona continuamente. Pero esa ya es tu vida. Hazlo como creas y quieras.

—Te entiendo, yo tampoco quiero contar mi vida, pero necesito poner el punto y final a toda esta historia y hacerlo ya para romper con todo.

—Lo comprendo. Hazlo. Ponle ese punto. Pero te pido una cosa solamente: no hables de mí con nadie. No me refiero a Nacho o a tus amigos, sino a la gente en general. A mí esta historia me duele mucho en el fondo y no quiero tener que escuchar las distintas opiniones. Van a empezar a opinar, y solo yo sé lo que me pasa y lo que siento; lo mismo que tú con tus sentimientos.

—Tranquila, puedes confiar en mí.

—¿Tienes las *Dosis* que te he enviado todos estos meses? ¿Puedes pasarme lo que te he escrito? Un día me enfadé conmigo misma y lo borré todo. Quiero tenerlo. No sé, por tenerlo, si no lo has borrado tú también, claro.

—Te las paso.

—Gracias.

—A ti, por haber escrito todas esas *Dosis* y haber sido sincera una vez en tu vida.

—¿Me vas a bloquear?

—¿Me lo estás pidiendo? Eres tú la que me bloquea prácticamente todos los días.

—No te lo pido, pero has dicho que ibas a desaparecer.

—Sí, y para eso no hace falta bloquearte.

—Vale.

De nuevo me había vuelto a hacer lo mismo. Una vez más. Sabía que no era verdad todo lo que había dicho, pero eso es algo que entiendo yo y que no podría explicar a nadie. Vosotros diréis: «¡Pero si te acaba de decir que quiere a otra persona!». Y yo os respondo: todo eso son mentiras y de las gordas. Yo lo sabía. Sabía que todo aquel discurso de mierda era una forma de eliminarme de su vida. Seguro que ella pensaba que esta vez iba a hacerlo de verdad, que era una decisión firme que llevaría a cabo con todas las consecuencias, pero el hecho de preguntarme si la iba a bloquear indicaba que en realidad me estaba pidiendo que fuera yo quien la eliminara de mi vida para ahorrarle a ella el esfuerzo. Pues bien, no pensaba hacerlo. Esta vez no.

Dos días después, el 4 de mayo, o más bien ya el 5, porque eran las doce de la noche, me escribió de nuevo con un «Hola» que me asustó un poco. Pensé: «¿Y ahora qué quiere?», y creí que me saldría con algo todavía peor que lo que me había dicho unos días antes, pero no. Venía con la bandera blanca desplegada:

—He estado hoy con Clara y me raya mucho contigo. Supongo que por eso te estoy escribiendo.

—Pues te juro que yo no le he pagado para que hable bien de mí y trate de convencerte de nada.

—Ya sé que no le has pagado. Me dice que no piensa discutir más conmigo, que

sabe que vamos a acabar juntos y que yo soy gilipollas por perder tanto el tiempo.

—Por eso no te quise bloquear el otro día. Sabía que estabas cagándola y no te lo tuve en cuenta. Tienes que tener claro que soy yo el que te está dando una oportunidad en esto.

—Así que por eso no me bloqueaste... Joder, es que me conoces como nadie y eso me flipa bastante. Yo ya sé lo que hay y lo único que tengo que hacer es tomar una decisión que me lleve a ti para siempre.

—Como yo te conozco, nadie. Puedes aprovechar eso o no darle valor alguno. Tú verás.

—Yo lo valoro, de verdad. Lo que pasa es que estoy loca, joder.

—Bueno, aún estamos a tiempo de curar un poco esa locura.

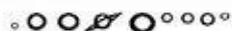
—Vaya tela. Me voy a dormir pero no sin antes desearte feliz cumpleaños.

—Eres imprevisible. Pensé que se te había olvidado por completo o que no me felicitarías, para variar. Hacía tres años que no hablábamos como adultos el día de mi cumpleaños. Así que supongo que este va a ser para mí el mejor regalo de este año.

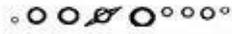
—Espero que pases un gran día aunque no lo pasemos juntos. Un día lo haremos, te lo prometo, y te prometo también que compensaré todos los que por mi culpa no hemos vivido. Te mereces siempre todo lo mejor, de verdad. Eres un hombre increíble. ¿Y sabes qué? Voy a terminar de escribir mis *Dosis*, mi parte de la historia, y enviártelas para que las publiques en el libro. Quiero hacerlo. He tomado esta decisión porque, aunque físicamente me hayas tenido más lejos que nunca, sabes que esta vez, mentalmente, he estado más cerca de ti que en ningún otro momento.

—Lo sé, y has tomado la decisión correcta. Y no me merezco lo mejor, me merezco algo que no se puede comprar ni con oro ni con libros y que solo tú podrías darme. Deberías empezar a espabilar. Gracias por escribirme.

—Gracias a ti por amarme como nadie lo ha hecho antes.



IV. PARA



«Soy el santo, orando en la terraza.
como las bestias pacíficas
que pacen hasta el mar de Palestina.
Soy el sabio del sillón sombrío.
Las ramas y la lluvia se lanzan contra
la ventana y la biblioteca».

ARTHUR RIMBAUD

14/07/2015

Al día siguiente de aquel perdón, ambos (sin premeditación alguna) publicamos prácticamente el mismo *tuit*, con la misma foto de nuestras manos sujetando el nuevo EP de Los Planetas. Casualidades. Coincidencias. Señales. No sé cómo coño llamarlo, y tampoco si tendrán algún sentido o soy yo el que se empeña cada vez en sublimar algo en realidad carente de grandeza. Quizá den igual todos esos sucesos inexplicables que siempre he pensado que marcan la diferencia. Puede también que sus últimas palabras de disculpa no tuvieran valor alguno, porque justo unos días después me dijo que no iría conmigo al concierto de Los Planetas al que supuestamente íbamos a acudir juntos. Me dolió tanto aquello... Me pareció una auténtica traición en el último momento, como cuando Cyrano es herido de muerte a plena luz del día por sus enemigos y lo último que hace antes de morir es ir a ver a la chica que le vuelve loco sin decirle lo que acaba de ocurrir. Todo porque prefiere mantenerse en silencio y no destrozar el momento. La diferencia es que Cyrano acaba muriendo en sus brazos, mientras que yo iba a morir solo. Apartado. Como si fuera un extraño.

A pesar de eso, ella me seguía hablando, como si no pasara nada. Podía llamarme y que los dos habláramos sin problema alguno, pareciendo incluso que éramos la pareja que en realidad nunca hemos sido (o que en alguna ocasión fuimos, pero por muy poco tiempo). Las últimas veces que hablamos llegó a decirme aquello de que tuviera paciencia, que ya estaba a punto de decidirse. Pero yo por fin era consciente de que esa situación no me aportaba nada bueno y acabaría conmigo. Hay gente a la que le das la mano y te cogen el brazo, y luego están los que además de cogerlo van y te lo arrancan. Les da igual dejarte mutilado de por vida. A esas alturas, yo tenía la sensación de que ya no me quedaba ninguno de los dos brazos porque se los había llevado.

Me convertí en una especie de cadáver andante sin extremidades, incapaz de enjugarme las lágrimas cuando lloro o de acariciar a alguien sin que se me juzgara por haber acariciado antes a otra persona, como todos hemos hecho alguna vez en nuestra vida. Pero aún me quedan las piernas, ya no necesito los brazos. Llevo un tiempo, que tampoco es mucho, pero que inexplicablemente parece una vida, en que, cada vez que pongo los pies sobre el suelo al despertarme, mi mente ya no viaja hasta esos momentos vividos y me siento liberado.

Hubo muchas (muchísimas) más conversaciones de Whatsapp y por teléfono que no están recogidas aquí, y otros tantos encuentros que tampoco os he contado, y no precisamente porque fueran quedadas que acabaran mal o conversaciones en las que nos pusimos a parir. Nada de eso, pero no llevaron a nada. También llegó a enviarme veinte *Dosis* entre los meses de febrero y abril, en las que me escribió nuestra historia desde su punto de vista, con unas palabras que para mí desvelaban el hecho indiscutible de que me amaba.

Hay muchas cosas que no he contado, en parte porque por mi propio bien no puedo seguir alargando todo esto. Es el momento de decir basta y de dejar de hacer caso a aquella frase del libro de Paul Auster en la que decía que nunca hay que quemar los puentes que uno va dejando a su paso. Ya no habrá otros caminos que seguir, y no pienso cruzar el río a nado aunque haga pie durante todo el recorrido.

Creo que es el momento en el que tengo que rociar todos esos puentes con gasolina y quemarlos hasta que se destruyan, porque no puedo pasarme la vida esperando a que sea su momento adecuado para que vuelva. No puede estar un día bien conmigo y otro día que ni me hable. Quizá no me ha querido nunca, porque supongo que cuando se quiere a alguien todo lo demás da igual y somos capaces de mandar todo a tomar por culo y de incluso recorrer el mundo por estar al lado de quien amamos. Al menos yo soy capaz de eso, de conocer a alguien y, si ese alguien me llena de verdad, empezar de cero en todos los aspectos, sin tener en mi cerebro resquicio alguno de pena o de buenos recuerdos. Quizá me paso el día diciendo que no creo en las películas norteamericanas, y en realidad me lo he tragado todo al verlas, pues yo estaba esperando un final apoteósico que acabara con la puta boda de los protagonistas. Quizá, bueno, quizá no; yo ya estoy cansado de esperar y de no lograr nada.

Quizá ha llegado el momento de que Holden Centeno desaparezca, al menos de esta historia. No puedo alimentarme por más tiempo de sus idas y venidas. Nadie puede vivir así. Nadie se lo merece.

Ya no quiero que me recuerden por haber escrito estos dos libros. Antes sí, hace unas cuantas páginas, lo sé. Escribo este último capítulo después de llevar un puto mes y medio sin escribir nada. No he podido, no quería, estaba completamente bloqueado porque a veces suceden cosas que nos quitan las ganas de todo. Mis ganas se han ido. He decidido que esta vez soy yo el que dice no, y ahora seré yo el que cumpla esas dos letras: no. Para. Esa es la dedicatoria del libro. No me pidáis que escriba una tercera parte de nuestra historia porque esta se ha acabado. Ha terminado. Fin.

Vosotros no podéis comprender nada porque incluso a mí a veces me cuesta comprender todo, pero da igual. Todas esas palabras que ella me dijo o todas las cosas buenas que aquí habéis leído no tienen valor alguno si no acaban coronadas en

algo bueno, pero sobre todo en algo real y tangible, que pueda tocarlo con mis propias manos, porque, aunque estemos hablando de sentimientos que no tienen materia alguna, la verdad es que, cuando esas sensaciones son reales, uno es capaz de tocarlas y darles una caricia, pero yo no lo logro, y mira que lo he intentado por un trillón de vías y formas, pero no me deja hacerlo y cuando me deja solo es un placebo, una mera apariencia, una forma de marearme que siempre acepté y que ya no quiero volver a experimentar jamás. Puede que en realidad nunca tuviera que hacerlo, puede que no tenga que acariciar esos sentimientos y que en todo este tiempo quizá debí tocar otros o directamente ninguno. Dios mío, he empezado a escribir este libro de una forma y lo estoy terminando de otra muy distinta.

Yo siempre quise escribir un libro alentador, positivo, que transmitiese a sus lectores que no hay que rendirse nunca, pero miradme ahora. Se me fundieron los plomos, ya lo dije, y ya no quiero que ella me los arregle. Me siento como el protagonista de *Birdman*, obsesionado con triunfar en el teatro adaptando un cuento, después de haber triunfado siendo un hombre pájaro en el cine. Me siento como Riggan Thomson, que mata a su propio personaje en la ficción (y al final casi se mata él mismo) antes de decir esas palabras que son capaces de revolverle las tripas al diablo: «No existo. Ni siquiera estoy aquí. Nada de esto importa».

Ya no soy una persona. Soy un maldito personaje y no me refiero a la expresión de «eres un personaje». De eso no hablo. Me refiero a que soy un personaje de un libro y que la persona ha muerto. Pero ya basta. Es el momento de que el personaje se quede encerrado en estos libros y sea yo el que resucite. Tengo que salir de esta tumba en la que hace tiempo me quedé tendido para dejarme morir, mientras mis enterradores me echaban palas de tierra, de tiempo, de palabras, de tristeza y de falsas esperanzas. No quiero morir. De momento, no. Quiero salir de este cementerio, que llegue otra persona y me diga: «¡Lázaro, levántate y anda!», y que, cuando saiga de mi sepulcro, la chica que me haya dicho eso no me mire a los ojos y piense que soy un muerto viviente. Quiero que vea fuego en mi mirada y que se dé cuenta de que soy capaz de resucitar como nunca.

A finales de marzo comencé a escribir este libro. No he llevado ningún ritmo. Solía hacerlo de lunes a jueves. También le he dedicado algún fin de semana, pero no pensé que en la recta final lo iba a dejar aparcado durante tanto tiempo, incapaz de hilar una palabra con otra. Ha sido duro aceptar que el final del libro y el libro en sí mismo no iban a ser como yo los había imaginado. En un primer momento pensé que contendría más relatos que no tuvieran que ver con esta historia, pero esta ha acabado robándome toda la atención y la fuerza que tengo. Sin embargo, lo prefiero, no me importa si de esta forma he conseguido cerrarla para siempre. Este fin y no es un final doloroso, es un final necesario. A veces hay historias que empezaron ya acabadas, otras que no tienen fin e incluso hay algunas que no tuvieron que empezar nunca.

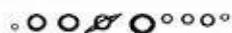
Creo que la mía empezó acabada y por esa razón quizá nunca tuvo que haber arrancado aquel día que hoy lo miro y ya no tiene el mismo valor que tenía. A veces pasa eso en la vida, que a base de actos constantes y paulatinos uno aplasta todo el sentido de las cosas que creíamos que eran las que más sentido tenían, pero que en realidad nos están cegando y nos impiden ver que fuera de todo eso nos esperan cosas mucho más especiales, historias que no necesitan estar escritas en un libro porque se viven y ya, y eso os aseguro que es demasiado grande. Miento: cuando algo es bueno y único, nada es demasiado y es por eso por lo que esas historias jamás podrán limitarse a un número de páginas concretas. Esta que he escrito sí. Tened cuidado con esa ceguera, porque nos puede suceder que pasemos delante de cosas y personas que nos harían más felices que nunca y no verlas. Por suerte yo ya no estoy ciego y abro los ojos al mundo para una persona que realmente quiera mirar estos ojos, aunque son feos, están repletos de llagas y predomine el color rojo ensangrentado en mis pupilas, una persona que sea capaz de mirarlos como nunca antes los han mirado y me deje mirar los suyos con la sinceridad de unos ojos que ven algo nuevo, que es mucho mejor que todas las cosas y personas que hayan pasado antes por mi mirada.

Creo que me merezco una oportunidad. No quiero ser juzgado para siempre por esto. Quiero poder ir a una fiesta y pasar las horas bebiendo cerveza con mis amigos hasta que de pronto aparezca alguien que sea capaz de atravesarme con su mirada como nunca lo hayan hecho; que me diga las cuatro primeras tonterías que se le pasen por la cabeza y que a mí me sobren tres para saber que es la chica que necesito. Seguro que si eso sucediera sería ya al final de la fiesta y yo no tendría tiempo para hacerle una demostración de cómo provocho la lluvia o los terremotos, porque en realidad nunca he hecho algo así en mi vida, pero podría mostrarle que mis ojos son reales y que la están mirando como el que mira un nuevo paisaje, un paisaje desconocido, con ganas de quedarse a vivir allí para siempre.

Al tiempo que escribo estas últimas líneas, mi hermano Chema, el mayor de todos, me ha enviado un mensaje con una frase breve y directa que creo que es la que necesitaba para terminar este libro: «Holden Centeno tiene que empezar ya el viaje de Ulises, porque el amor no es bastante. El amor necesita una catarsis para empezar de nuevo».

Joder.

Tengo que irme al norte. Ya lo he decidido. Empezaré pronto mi viaje, viviré mi catarsis y seré feliz como nunca.



EN EL LIBRO HAN SONADO ESTAS CANCIONES

Alis - «Debajo del limón»

Arcade Fire - «Crown of Love»

Carlos Sadness - «Astronomía en el Tibidabo»

Carmen Boza - «El ejército»

Él mató a un policía motorizado - «Dos galaxias» Evangelistas, Los - «Donde pones el alma»

Explosions in The Sky - «The only moment we are alone» Facto Delafé y las Flores Azules - «Pronombres»

Grisés - Otros planetas

Grupo de Expertos Solynieve - «Fandango de la libertad» Hola a todo el Mundo - «Amor Fati»

Iván Ferreiro - «NYC»

- «Canción de amor y muerte»

- «Me toca tirar»

- «Toda la verdad»

Izal - «Conclusiones en do para ukelele»

La Habitación Roja - «Los últimos románticos»

Leiva - «Miedo»

Lori Meyers - «Telescopio Hubble»

Love of Lesbian - «Segundo asalto»

Mäbu - «Paralelo»

Miss Caffaina - «Tormento»

Mucho - «Filtran tus paredes»

Mumford & Sons - «Sigh no more»

Nacho Vegas - «Relato de un error»

Pájaro Jack - «El segundo huracán»

Piratas, Los - «Colores»

Planetas, Los - «Dulces sueños»

- «Ya no me asomo a la reja»

- «Si me diste la espalda»

- «Santos que yo te pinté»

Quique González - «Anoche estuvo aquí»

Rayden - «Finisterre»

Rubén Pozo - «Lo que más»

Second - «La distancia no es velocidad por tiempo» Sidecars - «Dinamita»

Sidonie - «Un día de mierda»

Supersubmarina - «Puta vida»

- «Santacruz»

- «Enemigo yo»

- «Algo que sirva como luz»

The New Raemon - «El yeti»

The Noises - «En sus tumbas»

Tulsa - «Barro»

Vampire Weekend - «Young Lion»

Vetusta Morla - «Cuarteles de invierno»

Zahara - «El frío»





Holden Centeno es el seudónimo de un joven madrileño de veintitantos años que no quiere que se conozca su verdadero nombre. Como es de suponer, el nombre lo ha tomado del protagonista de *El guardián entre el centeno*, Holden Caulfield, y de la propia novela. Algunos le atacarán porque quiera imitarle y a los más, les dará lo mismo, el nombre no es lo importante, sino lo que dice y escribe.

Vive en Madrid y ha terminado la carrera de Derecho con matrículas y sobresalientes, pero no es su vocación. Se dedica a otro oficio totalmente diferente. Trabaja como *community manager* en una empresa.

Holden Centeno empezó contando sus experiencias de desamor o, mejor dicho, de amor, en Internet, en un blog que se convirtió en un éxito en muy poco tiempo. Tanto, que dos editoriales se fijaron en él. Una quería que sus historias las convirtiese en una novela y otra quería sencillamente publicar sus relatos. Esta última fue la que se llevó el gato al agua, pues era la idea que tenía el autor de divulgar su obra.

Es una persona que siempre lleva un libro debajo del brazo y escucha música constantemente. Se muestra crítico con la cultura de nuestro país: «La cultura ha desaparecido del medio televisivo hace muchos años. Afortunadamente el ambiente cultural que se vive en nuestras ciudades es grande e innovador».